

Romina Rossi

APRENDIENDO A AMAR

ANGELLA ARYES

Romina Rossi

APRENDIENDO A AMAR

Angella Aryes

©Angellae Aryes

1ª Edición, Noviembre 2019

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo.

Diseño de cubierta: Angella Aryes

Twitter: @AngellaAryes

Los personajes, las situaciones y algunos de los lugares que aquí se mencionan son ficticios, por lo que cualquier parecido con la realidad son mera coincidencia.

Argumento

Romina Rossi, en la recta final de su carrera tiene tantos sueños: ejercer su carrera y realizarse como profesional, clasificar para las Olimpiadas, establecerse en la empresa familiar; sin embargo, un golpe del destino la pone frente a frente de Leonardo Bianchensi, un hombre 11 años mayor que ella, dando un giro a su mundo de 180 grados.

Leonardo Bianchensi, considerado "El Midas del siglo XXI". Controlador, perfeccionista, su mundo se pone de cabeza al saber que la niña a quien conoció y aprendió a querer a través de las pláticas de su mejor amigo y hermano de Romina, Rafael, ha secuestrado su corazón como una atractiva mujer y sin que él se diera cuenta.

¿Qué hará Romina cuando su mundo estable y bajo la protección de su familia se tambalea, ante la nueva perspectiva que se vislumbra para ella?

¿Qué hará Leonardo para manejar la necesidad de proteger y control a Romina?

Ambos tendrán que, Aprender a amar.

Prólogo

Abril 2013

Llevo toda la noche intentando dormir, pero solo consigo alterarme más y más conforme avanzan las manecillas del reloj. Son casi las tres de la mañana y Leonardo todavía no ha llegado a casa. No sé qué es lo que ha estado pasando, hace dos meses empecé a notar un cambio en Leo; un cambio no sólo anímico. Su rostro se ve desencajado, ligeramente pálido, sus ojos han perdido su brillo característico, se ven hundidos y van enmarcados en púrpura, inclusive ha perdido varios kilos. En este último par de semanas ha estado evitándome, tratando de mantenerme alejada de él por alguna razón que no logro entender que podrá ser. Cuando estamos en la misma habitación, se siente un ambiente tan denso que podría tomar un chuchillo y cortarlo en pequeñas rebanadas.

Estoy repasando en mi mente todo lo que ha pasado durante estos últimos meses, tratando de encontrar que hemos hecho, que nos ha sucedido, a donde hemos ido, con quienes hemos salido, cuáles son las reuniones a las que hemos asistido, que negocios hemos cerrado, en fin, repasando cada instante. Todo esto, para ver si puedo encontrar una pista que me indique que es lo que pasó para que todo cambiara entre nosotros. Doy vueltas de un lado a otro de la cama, con un remolino de ideas que van y vienen dentro de mi mente.

Sin darme cuenta, logro quedarme dormida. Me encuentro en un lugar abierto y soleado, aparentemente sin sentido, enfoco un poco más mis sentidos, pareciera una pequeña playa privada. No reconozco la playa, no es ninguna de las de Baja. No es ninguna playa en la que yo haya estado antes. La arena es tan blanca y el agua tan cristalina, a lo lejos escucho algunas voces. Claramente no hablan español, afino más el oído tratando de identificar y detecto algunas palabras. Creo que lo que están hablando es italiano, pero no estoy muy segura. En ese momento empiezo a sentir tanto miedo, una corriente eléctrica recorre toda mi espina dorsal. Acabo de recordar a papá, la forma en la que se alteraba al pensar que yo podría ir a Italia. Siempre que le mencionaba que deberíamos ir a conocer el país donde nació, se ponía nervioso. La razón que me daba, es que sólo era porque sufrió muchas carencias, vivió la pobreza, maltratos, pasó muchos días de hambre, que definitivamente no le gustaría volver porque le traería tristes recuerdos.

“Romina, no me agrada la idea que vayas sola a Italia, me sentiría angustiado de saber que estas en el país en el que casi muero en la pobreza. Así que elije mejor otro lugar, pero Italia definitivamente no”. Esas fueron sus palabras, cuando le dije que con algunos compañeros de generación estábamos organizando un viaje al concluir la universidad. Lo importante en ese momento no era que me prohibiera ir a Italia, al menos no como cualquier padre normal prohibiría a sus hijos beber tanto o salir con algún chico o chica que no les gustara a ellos, sino la desesperación con la que me lo pedía. Era más bien como si me lo estuviera suplicando, rogando que no fuera a Italia, más que estarme prohibiendo hacer algo.

Empiezo a relajarme, recuerdo que papá no está aquí y que nunca se dará cuenta de que vine sin su permiso. Sentada frente al mar mi mente da muchas vueltas. ¿Por qué puedo ir a cualquier parte del mundo menos a Italia? Sé que papá y mamá nacieron en una pequeña provincia al norte de Lazio y creo que es válido que quiera conocer mis raíces, conocer los lugares donde nacieron. Mamá llegó a América, siendo todavía una niña y papá cuando tenía como unos veinte años (ya sabes en busca del sueño americano). El lugar exacto al que llegaron fue Nueva York, se conocieron y allá se casaron. Cuando mis hermanos y yo les preguntamos por qué decidieron

vivir en México, mamá y papá se ven fijamente a los ojos, como si mantuvieran una conversación en silencio, y sólo nos dicen que se dejaron llevar por los vientos del sur. Que se dejaron seducir por la magia de los viñedos.

Entonces, ¿Qué hay en Italia?, que no puedo ir, no veo nada de malo en que una persona haya pasado carencias y vivido en la extrema pobreza (por más terribles que haya sido), para usarlo como argumento para no visitar un lugar; puedo entender que él no volvería a ese lugar, pero que no quiera que yo conozca el lugar donde nació mi padre, es algo que no puedo comprender. ¿Por qué papá se pone muy nervioso de que vaya? Después con el tiempo entendería que no era ¿Qué?, sino ¿Quién en Italia? Pero esto lo sabrás más tarde que temprano, lo prometo, no desesperes.

Sigo escuchando ese diálogo, esas voces. No son varias personas, es una sola voz. De repente me doy cuenta que es la voz de Leo. Su voz se escucha plana, gris, con una gran nota de angustia y desesperación. Carajo, con un demonio, porque no puedo entender la conversación, sólo detecto vagamente algunas palabras. Mis papás nos enseñaron el idioma, y algunas veces lo hablamos en casa, por lo que deduzco debe ser algún dialecto de Italia. No entiendo lo que dice Leo, de saberlo podría comprender cuál es la razón de su desesperación.

De repente siento como alguien me da un fuerte tirón, y me doy cuenta que todo aquello era un sueño. La pequeña luz de la lámpara de mi buró hace que entrecierre los ojos. Leo está frente a mí, su mano izquierda sobre mi hombro, su mano derecha acaricia suavemente mi rostro. Sus ojos están ausentes, reflejan ese miedo con el que en mis sueños escuchaba sus palabras. Mi voz interior me da tal sobresalto. *Escuchaste a Leo hablar en ese dialecto italiano y creíste que era parte de tu sueño. Mientras dormías estabas escuchando que Leo hablaba con alguien. ¿Pero con quién? Romina.* Ciertamente sabía que los papas de Leo al igual que los míos habían nacido en Italia, pero tanto él como hemos nacido en América Latina, yo en México y Leo en Argentina. Nuestras vidas han transcurrido a miles de kilómetros de Italia. Me obligaba a tratar de entender que no había nada de malo en que Leo estuviera hablando con alguien en ese dialecto. Que estuviera hablando con alguien no necesariamente significaba que estuviera en contacto directamente con alguien en Italia, pero mi voz interior nuevamente haciendo de las suyas. *¿Por qué nunca te dijo que tenía conocidos, amigos, familia en Italia?, ¿Por qué ocultar una información como esa? Es muy común que las familias italo-americanas tengan familiares y amigos en Italia, ¿Por qué el nunca hizo mención de ninguno de ellos?* No todas las familias que han migrado de Italia hacia el continente americano deben de cortar los lazos con sus raíces. Papá siempre nos ha dicho que no tenemos familia en Italia y que no tuvo interés en mantener relación con las amistades porque para él representaba la vida precaria que vivió allá. Así que el hecho que nosotros no tengamos amistades en Italia no significa que las demás familias migrantes en América no puedan tener amistades y familia allá. Por lo que no debe extrañarme que Leonardo tenga familia o amigos con los cuales tenga que hablar en Italia. Qué no me haya dicho algo, no significa que me mintiera, tampoco significa que me haya ocultado algo, simplemente no se había dado el momento para que yo lo supiera ¿o no? Probablemente sólo estaba haciendo una gran tormenta en un vaso de agua, ¿Por qué será, que como mujeres queremos analizar todo y ver algo donde no lo hay?

De vuelta a mi realidad, tratando de alejar estas locas ideas, me doy cuenta de que Leo está sentado a la orilla de la cama a un lado de mí, se inclina y me da un suave beso en la boca. ¡Wow!, ese roce de sus labios sobre los míos me provoca tantas sensaciones, quizá porque hace varios días que no recibía de él un beso tan suave y tierno –bueno, de hecho, no había recibido de él ni un solo beso, sea como fuera en este tiempo–. Pienso en que quizá tuvo una crisis, una depresión tal vez, y que ha venido a que hablemos y arreglemos las cosas. Pero al tener más clara

mi visión, después de haberme despertado tan bruscamente, me doy cuenta de que sigue teniendo esa mirada de pánico.

—Romina, sal de la cama y vístete rápido, tenemos que irnos —me dice calmada y suavemente para no alarmarme, tomándose de las manos y tirando de mí para ayudarme a salir de la cama.

De verdad cree que, con ese tono calmado de voz, yo me voy a sentir tranquila. Sacarte de la cama, a estas horas, sea como sea a cualquiera pone con los nervios de punta.

—Irnos, ¿a dónde? Leo ¿Qué está pasando?, sé que algo no está bien, lo sé desde hace dos meses que te has portado ausente conmigo.... —pone su dedo en mi boca, para acallar mis reclamos.

Qué demonios pasa con los hombres, siempre que una chica empieza a pedir explicaciones, quieren callarla. Está bien, está bien, reconozco que estoy empezando a ponerme un poco histérica y que mi voz se está volviendo más aguda con cada palabra que va saliendo de mi boca, pero sólo quiero saber, ¿qué está tratando de evitar?, ¿qué es lo que no puede o no quiere decirme en este momento?

—En su momento lo sabrás —Leo me responde, como si estuviera escuchando las preguntas que me hacía mentalmente—, lo prometo. Ahora quiero que te des prisa y te cambies, o te vas en pijama.

Por unos segundos me causó gracia su comentario, imaginándome yendo quien sabe a donde en pijama, pero en cuanto me di cuenta que no tenía ni idea hacia dónde vamos realmente, especialmente de qué es de lo que estamos corriendo. Empiezo a sentir cómo el pánico se va apoderando poco a poco de mí. Así que no pienso seguir perdiendo más el tiempo, entre más rápido me mueva evitaré que el temor me paralice. Rápidamente tomo unos jeans, la primera playera que alcanzo y me pongo el par de tenis que normalmente uso para ir a correr. Por como veo las cosas, no tengo idea de a dónde vamos o cuánto tiempo vamos a andar “corriendo”, así que pretendo estar lo más cómoda posible. Entro al cuarto de baño para meter en una pequeña mochila el desodorante, una loción corporal, mi cepillo de dientes, observo claramente que Leo ha salido al balcón a tomar una llamada telefónica. Por sus movimientos, noto que está en una conversación bastante acalorada, nunca lo había visto así. Doy un vistazo rápido en el closet para buscar que otras cosas puedo llevarme. Leonardo me toma por sorpresa, ha entrado sin que me diera cuenta, toma mi mano y me acerca hacia él, dándome un fuerte abrazo, yo me dejo sostener como un pequeño niño temeroso con mi mejilla sobre su pecho.

—No vamos a necesitar nada más —susurra a mi oído, me abraza con mayor fuerza y me da un beso en la sien, acomodándose un mechón de mi cabello tras mi oído.

Al salir de la casa, el carro estaba ya esperándonos. A estas alturas ya me he acostumbrado al gran alboroto que se forma alrededor de Leonardo Bianchensi. Creo que no lo había comentado, pero Leo es un importante hombre de negocios, en casi siete años ha construido, por así decirlo, un importante imperio de la nada; algunas revistas, como el TIMES lo han llamado “El Midas” del siglo XXI. Ha tenido una gran habilidad o don para que cualquier negocio en el que decidiese invertir se convierta en una gran mina de oro. *Demonios Romina, ¿por qué no lo pensaste antes?* En ese momento puedo darme una ligera idea de qué es lo que está pasando, con tantos negocios, con tanto dinero y dada la reciente situación de violencia que se ha estado viviendo en México. Sólo encuentro una explicación. Hace dos meses han de haber amenazado a Leo, con secuestrarnos a él o a mí. Por eso tanto cambio de humor, tantas horas fuera de casa, por qué tantas salidas del país de formas tan repentinas y sin querer que lo acompañase. De ahí que él se haya vuelto más estricto con nuestra seguridad y de que yo tenga que traer pegado como calcomanía a alguien de seguridad, siempre y a cada momento. *Con un carajo Romina, el pobre*

hombre ha estado intentando protegerte, alejarte de cualquier cosa mala que pudiera pasarte y tú con tus cosas. Te ama, en verdad te ama, así que la tonta explicación que te hiciste de que si se había arrepentido de casarte contigo ya bien podrías irla tirando a la basura, y en cuanto puedas pides perdón a Leo por tus tontos pensamientos.

Genial, mi conciencia regañándome, cuando hace apenas unos minutos me estaba diciendo “que había algo raro en el comportamiento de Leo, que seguro algo muy oscuro estaba escondiéndome”. Continúo reprendiéndome por todo lo malo que pensé de Leo y de cómo no pude haber entendido lo que estaba pasando desde un inicio, no puedo evitar sentir como el estómago se me revuelve.

—¡Alto! —digo abruptamente, pero no hay indicios de que el auto reduzca la velocidad— ¡Detengan el auto, me siento mal, tengo que vomitar!

—Señora Bianchenssi, no podemos detenernos ahora, tenemos que llegar al aeropuerto —dice Julián, uno de los chicos que está a cargo de la seguridad de Leo y mía.

Siento un gran rayo eléctrico que me paraliza, que me diga “Señora Bianchenssi”, en lugar de mi nombre como siempre lo ha hecho me pone muy nerviosa, algo muy grave debe estar pasando. Antes de que pueda decir algo más, se siente un golpe en el coche. Leonardo y Julián intercambian unas miradas y de nuevo otro golpe. No sé qué es lo que está pasando, pero sí tengo muy claro que un coche nos ha golpeado. Julián incrementa la velocidad y veo que hay un automóvil que sigue tras nosotros, y ¡BAM! otro golpe. No cabe duda de que están intentando sacarnos de la carretera. ¿Qué demonios está pasando? Sólo veo un carro, si están intentando secuestrarnos no creo que sacarnos de la carretera sea una buena opción, amenos qué..... ¡Madre santa, no están intentando detenernos!, ¡están intentando matarnos! ¡No!, no, no, no.... ¿por qué?, ¿quién tendría interés en matarnos?, ¿qué ha pasado en estos dos meses para tener que salir corriendo a mitad de la madrugada por nuestras vidas? No creo que el objetivo de esta persecución sea obtener dinero de manera ilícita. En este momento es muy claro para mí de que están tratando de deshacerse de algo, como si fuera una basura, un deshecho del cual debes desprenderte. La verdadera pregunta aquí es ¿Por qué están tratando de deshacerse de nosotros?, ¿deshacerse de Leo?, o ¿deshacerse de mí?

—Julián, sólo hay una manera de salir de aquí, o al menos intentarlo, así que adelante —la voz de Leo interrumpe mis cavilaciones, las palabras salen con dificultad de sus labios pues su mandíbula se ha tensado.

¿Qué significa solo hay una manera de salir de aquí?, me rehúso en pensar que el NO salir de aquí sea en una bolsa negra. Mi imaginación vuela y me imagino una de esas escenas en las películas de acción, que van a sacar armas escondidas debajo de los asientos o algo por el estilo. En lugar de eso, Julián acelera como alma que lleva el diablo y una vez que ha alcanzado una gran velocidad, así sin más aviso, ¡ZAZ!, frena tan abruptamente que el otro auto se impacta con nosotros, el otro carro, pierde el control y lo único que veo es una polvareda atrás de nosotros. Si no fuera porque llevábamos puestos los cinturones de seguridad hubiéramos salido volando por el parabrisas. *Romina, recuerda que cuando acabe todo esto le des un “gracias” a Enrique, porque cada que te subías al coche te molía y te molía que usaras el cinturón de seguridad, aunque no quisieras.* Enrique es mi hermano mayor y como tal, ponía especial atención en proteger y consentir a su hermana pequeña. Al ser la más pequeña he sido consentida no sólo por mis papas, sino también por mis hermanos. Pero, en lo referente a usar cinturón de seguridad en el auto, era una de las pocas cosas que mi hermano no cedía conmigo.

Julián tarda unos segundos en tomar el control del carro y nos alejamos del lugar tan rápido como es posible, antes que termine de decir *parangaricutirimicuaro*, ya no tenemos el auto a la vista y definitivamente estábamos muy lejos de aquél punto de impacto. Ninguno de nosotros dice

nada, tenemos muy claro que en ese momento era nuestra vida o la de ellos, así que no pienso preocuparme por lo que pudiera haberles pasado.

Después de lo sucedido mi corazón late tan rápido, que siento que saldrá de mi pecho, vuelvo a tener la sensación de mi estómago revuelto.

—Julián, por favor —ruego, mi voz es muy débil apenas un hilo muy delgado a punto de quebrarse—, necesito bajar para vomitar, de verdad no me siento nada bien —digo en un tono de súplica.

Julián ve fijamente al frente, observa por el retrovisor y por los espejos laterales. Por el retrovisor veo sus ojos y asiente con la cabeza. Desde luego que no se estaba dirigiendo a mí, se notaba que tenía un diálogo en silencio con Leo. Se orilla y detiene el auto.

Bajo tan rápido como puedo del coche, y así sin más aviso toda mi cena sale fuera de control. *¡Romina, estás loca! ¡No es la cena de hoy, es la cena de ayer, en que carajos has estado pensando que no has comido en todo el día!* Si genial, mi voz interior otra vez llamándome la atención, pero tengo un punto a mi favor, con toda la situación que he vivido con Leo de no saber que ha estado pasando en estos meses y creyendo que me estaba siendo infiel o se estaba arrepintiendo de haberse casado conmigo, creo que es normal que pierda el apetito. Sin darme cuenta Leo está detrás de mí, pone una mano en mi espalda y con la otra mano recoge mi cabello.

—¿Estás bien?

Vieras, ¡SÍ, PERFECTO!, ¿por qué habría de estar mal? Me choca cuando las personas hacen esa clase de preguntas; “No encuentras tus llaves, ¿pues dónde las dejaste?”, “¿dónde fue la última vez que viste las llaves?” Con un carajo, ¡Si supiera en donde las dejé o en donde fue la última vez que las vi, no estarían perdidas! ¡Daaaa! O en este caso, como voy a estar bien, si me saca a mitad de la madrugada huyendo de algo o de alguien, la persecución, el choque y todavía pregunta “¿Estás bien?”.

Tomo un profundo respiro y respondo con toda la calma que me puede caracterizar (está bien, sin calma, si algo tengo muy claro es cómo soy: desesperada, alocada y rebelde).

—SÍ VIERAS, tan bien como se puede estar —digo sarcásticamente y mi volumen empieza a elevarse un par de octavas con cada palabra que voy diciendo—. Primero has estado dos meses sin casi dirigirme una palabra, luego me arrastras de la casa prácticamente en pijama y para colmo, alguien intentó sacarnos de la carretera y por lo que veo no para ponerse a platicar y tomar café en medio de la carretera y todavía me preguntas *¿Estás bien?* —antes de que pueda seguir, continúo volviendo toda la cena de ayer. Eso sí, con toda la elegancia que me puede caracterizar.

Cuando nos subimos al carro, observo que tanto Julián como Leo me están viendo con una expresión, como si acabaran de ver a la mismísima Llorona^[1] (sí, sí esa mujer que vaga en medio de la noche, entre terrenos baldíos, lamentándose. Vestida de blanco, con sus cabellos sueltos). ¡Hombres!, ven a una mujer superando una crisis y nos observan como si luciéramos como unas completas locas. Decido hacer caso omiso a sus miradas, lo que menos necesito es sentirme vulnerable en estos momentos. Dirijo mi mirada hacia el retrovisor, para intentar acomodar mi cabello y, ¡madre santa!, con razón tienen esa mirada. Sí que parezco la Llorona y no sólo porque tengo el cabello por ningún lugar, o por que ande lamentándome a mitad de la carretera en la madrugada, sino por qué mi rostro está tan pálido y demudado. Cierro mi gran bocota, pues la quijada cayó al verme en ese estado, ¡wow!, hasta a mí me dio miedo la imagen espectral frente al espejo. Hago uso de mi gran estilo discreto y casual, acomodo mi cabello, de mi bolsa saco el polvo facial y un brillo labial. Después de hacer uso de todos los artilugios que el maquillaje te puede ofrecer, me doy cuenta de que ese sutil tono pálido de la temporada muerta por el cementerio en la primavera no se quita.

La verdad no sé si este estado es por todo el estrés en el que he estado desde que Leo empezó a comportarse diferente, o por el hecho de que me haya sacado de la casa a mitad de la madrugada, o porque si las cosas hubieran sido diferentes seríamos unos cuerpos inertes tirados en algún lugar del desierto. Lo que sí me preocupa es que este estado tenga que ver en qué lo último que comí ayer hubiera podido caerme mal. ¡Genial!, con frío en la madrugada, asustada y enferma. Si existen personas en el mundo a las que les pasan estas cosas, tenía que ser exactamente a mí.

Despierto no sé cuánto tiempo después de haberme subido al carro en mitad de la carretera. Estaba tan desgastada, física y emocionalmente que no tuve sensación de lugar o tiempo. Leonardo se encuentra dormido a un lado mío, su respiración es tranquila, pero sé que sigue angustiado. Lo puedo ver por la pequeña arruga que se ha formado entre sus ojos. Estamos en un avión, uno pequeño, con todos los lujos y comodidades. Leo tiene todo el dinero para comprarse una flotilla de aviones si quisiera, pero siempre dijo que eso no era su estilo. Así que este jet o es de alguno de sus amigos o lo rentó.

Me dirijo al baño, con la misma sensación del estómago revuelto. Me lavo la cara, acomodo por enésima vez mi cabello y observando que ese rostro demacrado ha decidido quedarse fijo en mí. *Romina, siempre te ha gustado ser tan dramática para todo, y escogiste el mejor momento para enfermarte.*

Tomo asiento en mi lugar, con un vaso de agua mineral, esperando que me ayude a disminuir las molestias de las náuseas. Leo sigue dormido (sí ya sé que podría pensarse que Leo está haciéndose el dormido, tratando de evitar una plática que podría convertirse en una acalorada discusión). Realmente está profundamente dormido, sé muy bien cuando duerme, no está fingiendo. Cuando vives y duermes con alguien sabes muchas cosas de esa persona. Qué hagas como que no lo sabes es otra cosa. Su rostro es tan bello, mi esposo es un ángel cuando duerme (pero en esta ocasión, mi ángel se ve perturbado). Tomo asiento a su lado y me quedo observándolo. Veo claramente su piel blanca, su nariz recta y esa mandíbula que en conjunto en su rostro me han vuelto loca, desde la primera vez que nos conocimos esa noche de verano en la hacienda. La noche de la vendimia.

Capítulo 1

Mi familia

¿Cómo y cuándo inició todo?, la verdad es que no lo sé. Probablemente fue el día en que él y yo nos conocimos, inclusive puede ser que todo haya iniciado desde antes de que yo naciera.

Es un hecho que, desde que la vida nos puso uno frente al otro han pasado muchas cosas, mis amigos dicen que hasta la forma en que nos conocimos fue muy extraña, que no ha habido nada de normal en nuestra relación; pero para mí la forma en como nos conocimos, ha sido un gran golpe del destino (creerme cuando digo un gran golpe, pero este acontecimiento lo platicaré más tarde). El mejor golpe que la vida pudiera haberme dado, eso era lo que pensaba, hasta ahora, que otro “golpe del destino” nos tiene al borde de la vida y la muerte...

Antes de continuar con esta historia, me presentaré. Mi nombre es Romina Rossi Botello. Tengo 21 años. Mido 1.75. Compleción delgada, de cuerpo atlético y tonificado, por tantos años de entrenamientos. Cabello negro y lacio a la altura de los hombros. Ojos color verde (según mi madre, tan brillantes como una esmeralda). Estudio el último año de Ingeniería Industrial. Nací en una *pequeña familia* de Ensenada, Baja California. Es un pequeño municipio (bueno, no tan pequeño pues es considerado el más grande de México e inclusive uno de los más grandes del mundo). Un mágico lugar en donde atraídos por la diversidad marina, muchos Chefs de prestigiadas escuelas gastronómicas se han establecido, y se ha desarrollado un propio estilo gastronómico con influencia de la comida francesa e italiana. Tiene una excelente posición perpendicular al océano Pacífico, las corrientes y ventiscas marinas, así como las propiedades climáticas de esta región han permitido ser cuna de grandes viñedos. El lugar exacto en donde vivimos, Valle de Guadalupe.

Soy la más pequeña de cinco hermanos, sí ya sé, había comentado que *mi familia es pequeña*, pero crecí con esa idea. Mamá tuvo sólo una hermana, la cual murió en un brote de influenza cuando tenía tres años. Papá es hijo único. Ellos siempre nos han contado que crecieron anhelando tener hermanos con los cuales jugar, y pelear (claro, como no tuvieron hermanos, no saben lo que dicen cuando de pelear con los hermanos se trata). Siempre soñaron con tener su *pequeña familia*. Muchas veces me he preguntado “¿Qué no tenían nada que hacer mis padres?”, pero la verdad es que desde que tengo uso de razón, han estado siempre llenos de ocupaciones, quizá por eso sólo seamos cinco hermanos y no siete u ocho como deseaba ella. Las jornadas en un viñedo son agotadoras, me sorprende que hayan tenido ánimo y energía para tener y criar tanto hijo, la mayoría de las familias de la región no tienen más de tres hijos. Ahora que lo pienso bien, creo que quizá, la razón de que tenga tantos hermanos, considerando todas las ocupaciones de mis padres (aparte de su anhelo por una familia grande); y de que yo haya nacido después de que habían decidido ya no tener más hijos, es *el Vino*.

Capítulo 2

La Vendimia

Agosto 2011

El cálido mes de agosto ha llegado, para mí es el mes más esperado del año. Puedo sentir el viento que sopla con tanta algarabía más allá del mar. Puedo sentir los rayos del sol danzando alegremente por mi rostro, este sol que brilla tan radiante mostrando en lo alto del cielo quien manda, sabedor de quien es el rey. Es época de bendición y abundancia en el Valle de Guadalupe, Baja California.

Me encanta esta época del año, en la que se pueden ver los viñedos tan frondosos, cargados de racimos maduros (para mí siempre ha sido como navidad, cuando me encuentro frente al árbol admirándolo lleno de esferas y adornos, pero hoy “el árbol”, está cargado de jugosas esferas de fruta fresca en diferentes tonalidades de púrpura y verde), anunciando que ha llegado el tiempo de cosechar una de las frutas más veneradas por el hombre: la uva.

Así que heme aquí, haciendo el recorrido por los viñedos, viendo todos los últimos detalles para dar inicio a la vendimia.

La vendimia, es un evento trascendental para los viñedos, es el momento de la recolección de las uvas. Aquí en Valle de Guadalupe, es un evento tan importante, que se prolonga más de diez días. Este año será del cinco al veintiuno de agosto, durante estos diecisiete días las casas vinícolas se unen para celebrar y organizar diferentes eventos como degustaciones, catas, conciertos y verbenas. En estas actividades participan no solo las haciendas vinícolas, la vendimia es para todos, lo mismo si uno es residente que visitante. Es inimaginable la cantidad de trabajo, planeación y “locura” que se requiere para cada uno de los viñedos.

Dando las instrucciones para los pormenores finales, viene a mi mente un gran recuerdo, una importante conversación con papá. Una tarde al atardecer, sentados en la tierra, escuchando como el viento jugaba traviesamente entre las vides. Un día como hoy, una tarde antes de dar inicio a la vendimia, pero hace dieciocho años.

—Papi, ¿Por qué todo mundo corre?

—Ahh.... Verás, esto es porque mañana es un día importante para nosotros. Es una gran celebración, es la oportunidad de dar gracias por esta buena tierra y los beneficios que obtenemos de ella.

—¿Por qué?, ¿con el maíz no hay fiesta por las tortillas?

Papá se rio y movió la cabeza, en señal de las cosas que se le ocurren a su pequeña hija de tres años.

—Es muy importante, porque estamos llenos de la ilusión por recoger esta fruta que por años ha sido tan generosa para esta región. Estamos tan llenos de alegría por concluir con un ciclo de esperanzas y poder iniciar uno de pasiones. Es el tiempo en que podemos cosechar las bondades de la madre tierra. Es saber que todo el tiempo invertido en los surcos ha valido el esfuerzo. Es sentirnos orgullosos de la vid que sembramos. Es momento para soñar con vinos generosos. Es importante porque la gente que trabaja y vive del campo sabe de sacrificios, de levantarse horas antes del amanecer y sudar de sol a sol; sabe del dolor y del placer que se siente al perder o lograr una buena cosecha; gente que sabe dar gracias por un año más.

Al volver de mis recuerdos, mi vista se centra al final del sendero que lleva de los viñedos a la casa, cuando veo a Adriano que trae una cara de marca diablo (¡auch!, demonios, demonios, demonios, creo tener una leve idea de por qué viene con esa carota y se dirige hacia mí). Lo cual me hace salir de mis recuerdos de infancia, tomo valor, y me encamino para encontrarme con él.

—¡Romina! ¡Papá te ha dicho mil veces que antes de que tomes una decisión, nos comentes! ¡Está muy enojado, porque realizaste cambios en la campaña publicitaria de este año de último momento!

—Adriano, hasta donde tengo entendido, nuestra publicidad ha tenido gran éxito.

El rostro de Adriano cambia por todas las tonalidades de furia, en cuanto abra la boca sé que saldrán toda clase de reclamos; sin embargo, ha cerrado sus ojos unos instantes y ha realizado una profunda exhalación, tratando de sacar desde el fondo de su ser toda la frustración que le provoca hablar conmigo. Siendo sincera, lo que acababa de decirle fue en un tono de soberbia y altanería, rayando un poco en la pedantería.

—Romy, no estamos cuestionando tus capacidades —dice mientras me da un tierno beso en la frente—. Debes aprender que una cosa es que seas la niña consentida en casa y que ahí te permitamos cumplir casi todos tus caprichos, y otra cosa es el negocio. Sabes bien que hay decisiones que se toman en consenso. Con esta actitud que ejemplo das a nuestros colaboradores, “que la niña de papá hará siempre su voluntad”.

Aunque no quiera admitirlo, debo de reconocer que tiene toda la razón, en casa siempre que se me ocurre alguna idea, muy rara vez mis hermanos tiene el valor para ponerse frente a mí y detenerme (aclaro que nunca he llegado a extremos tan descabellados). Mamá y papá se han encargado de transmitir en nosotros valores y principios, así que mis arranques son cosas tan sencillas, como que me compraran un pony cuando niña, que mis hermanos me enseñaran a manejar a los dieciséis años, tomar clases de cerámica o *kick boxing*, cosas así por el estilo.

—Lo sé, tienes razón —un profundo respiro emerge de mis labios—. Perdóname, por qué he sido muy grosera contigo. Es sólo la fuerza de la costumbre, es algo más allá de mí. Sólo reacciono.

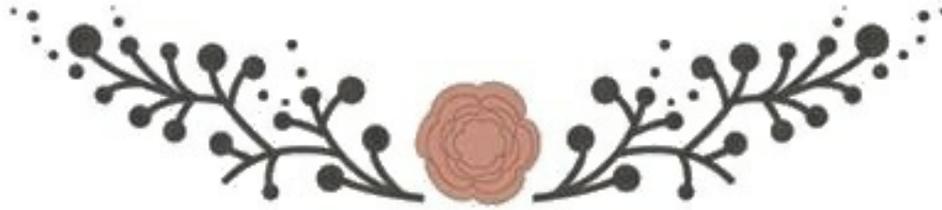
—Romy, cuantas veces mamá te ha dicho que razones antes de actuar. No puedes andar por la vida en acción y reacción, un día te meterás en muchos problemas y no siempre estaremos ahí para poder ayudarte a resolverlos.

Asiento dándole una gran mirada de cachorro regañado. Mis hermanos han tenido que detenerse muchas veces antes de responderme, estoy muy segura de que en diversas ocasiones se han quedado con las ganas de darme una muy buena cachetada cuándo los he llevado hasta el límite de su tolerancia.

—Estas bien loca, ¿lo sabías?, pero así te quiero —dice Adriano pasando su brazo sobre mis hombros y con la otra mano hace ademán de darme un buen golpe en la cabeza.

Empezamos a jugar como cuando éramos niños, corriendo a través de los viñedos, después de haber hecho una travesura. A pesar de que Adriano y yo nos llevamos trece años de diferencia, él ha sido mi mayor cómplice. De todos mis hermanos (creo que no había platicado que cuando me refiero a hermanos, a lo que en realidad me refiero es a *todos* mis hermanos varones; Enrique de 36, Adriano de 34, Rafael de 32, Alonzo de 31. Como veras no sólo soy la más pequeña de todos los hijos, sino que, soy la única mujer). Con Adriano es con quien más me identifico, y sé que él siente lo mismo porque hemos sido grandes confidentes, aun cuando ya está casado y tiene una bella niña seguimos siendo grandes aliados.

Mientras corríamos y añorábamos nuestros días de infancia, veíamos todo el alboroto que se realizaba en la hacienda, organizando todo para el evento de mañana.



Como ha sido tradición en mi familia, el hijo más pequeño toma y corta el primer racimo de uvas de la cosecha y para variar este año me toca a mí. Aunque he peleado mil veces que, ya a estas alturas debería de hacerlo el más pequeño de mis sobrinos.

A la hora de la comida estamos reunidos alrededor de la mesa, con la deliciosa comida que mamá ha preparado (sopa campesina y estofado de res). Sé que la hora de la comida no es el mejor momento para sacar el tema, pero me armo de valor y decido hacerlo.

—Má, porque no puede ser Alessandra o Rocco quienes hagan la ceremonia de inicio de la vendimia en la hacienda, creo que les corresponde a ellos. Además, es algo raro que todavía haga esa labor cuando la semana que viene cumpliré veintiún años.

—Nena —me responde mamá sonriente, con un tono suave y tranquilo, que por un momento olvido el porqué de mi molestia—, sabes que es tradición y la tradición dice que el hijo más pequeño de la familia. Alessa y Rocco, cierto que son los más pequeños, pero ellos no son los hijos más pequeños, son los nietos más pequeños. En algún momento cuando alguno de tus hermanos quede al frente de la hacienda serán sus hijos. Pero en este momento, papá y yo estamos a cargo, así que te corresponde a ti como la más pequeña de nuestros hijos.

No puedo evitar que salga de mi un resoplido nada femenino, aún a pesar de haber percibido lo orgullosa que está mamá de decir la “más pequeña de mis hijos”, creo que estaré vieja, con arrugas y para mamá siempre seré su bebe. Claro que tiene sus ventajas (la mayoría de las veces). Pero en este momento no estoy tan segura de que sea una gran ventaja estar al frente de todos en la hacienda y de todos nuestros invitados y seguir haciendo el trabajo que normalmente en otras haciendas hace un pequeño de a lo mucho diez años.

Papá permanece callado en la mesa, mirándome fijamente y recuerdo que hace un par de horas Adriano llegó a los viñedos diciéndome que papá está enojado conmigo. Siento un escalofrío terrible, porque viendo así a papá sé que sigue molesto conmigo. Para papá yo soy *la luz de sus ojos, su pequeña princesa*; sin embargo, nunca le ha gustado que yo me sienta que todo lo merezco. No le gusta que yo crea que, si quiero algo, sólo tengo que tronar los dedos y ahí estará. Él siempre ha querido que yo me gane las cosas con esfuerzo. Quiero que en el negocio me den mi lugar, crean en mis capacidades y heme aquí haciendo berrinche como mis pequeños sobrinos. Así que mi voz interior me dice, *Romina, es hora de tomar el toro por los cuernos, ya basta de ser una niña rebelde y si quieres que te traten como adulto deja de andar haciendo rabietas y compórtate como tal*. Tomo un profundo respiro y digo.

—Pá, ehh.... Siento hacer las cosas por mi cuenta —Papá deja la cuchara en su plato de sopa, se lleva la mano a la boca, sujetando su mandíbula, meditabundo, inclina su cabeza y se queda unos segundos viéndome directamente a los ojos, no dice nada, así que continúo—. Siento haber hecho las cosas sin tomarlos en cuenta.

Papá se endereza, junta sus manos con sus codos recargados en la mesa.

—Romina, nena —al agregar “nena” después de mi nombre, supe de inmediato, que era una manera de suavizar la situación—, bien sabes que la mesa, no es lugar para discutir asuntos del

negocio, ya tendremos tiempo para hablarlo con más calma en la oficina, por el momento disfrutemos estas delicias que ha preparado mamá. Y nena... te amo, pero no abuses.

Noté en su tono de voz que estaba cansado, mas no enojado conmigo. *Claro, desde luego Romina. Como no va a estar papá cansado, considerando que el último año has estado haciendo muchas imprudencias, tonteras, locuras, como dirían tus hermanos.* De nuevo mi voz interior tenía razón, como ya había mencionado siempre he sido muy impulsiva, pero este último año me he estado comportando de una forma muy imprudente, en mi afán de querer que me vean ya no como una niña, sino como una mujer que está a un año de terminar la universidad y quiere que la respeten, tanto en la familia como en el negocio.

—Yo también te amo papá. Mañana temprano estaré lista para dar inicio a la vendimia —digo alegremente.

Después de todo hay que aceptar que en la vida existen batallas que son para ganar, otras para perder y otras que nunca debieron haber iniciado, como en este caso. Mi gran pelea queriendo dejar de ser la pequeña de la familia, cuando en realidad, aunque tenga sesenta años, así llueva, truene o relampaguee es un hecho que no puedo cambiar, soy la hija más pequeña de esta familia.

Darme un baño, al final del día, después de todos los preparativos previos para dar inicio a la vendimia es un gratificante premio. Realizado un breve repaso de los pendientes para mañana mientras me cepillo el cabello, recargada en el marco de la puerta, abierta de par a par, que da al balcón. Mi vista se pierde en el final de los viñedos, observando como una brillante y maravillosa luna empieza a emerger por estas fértiles tierras, mientras la brisa cálida del verano juega traviesa entre mis cabellos húmedos. Mamá me toma por sorpresa dándome un fuerte abrazo y recargando su barbilla en mi hombro, no sentí en que momento había entrado al cuarto. Me doy vuelta para quedar frente a ella y en su rostro se extiende una gran sonrisa que ilumina sus ojos. Vuelvo a hundirme en sus brazos. Aunque no me guste reconocerlo abiertamente, es un hecho que, aunque sea grande necesito tanto de los abrazos de mamá y papá.

—Nena, ¿ya está todo listo para mañana?

—Así es, todo listo y revisado, nada pendiente. Má... ¿Qué te parece el vestido que me regaló mi madrina para mañana?

—Me parece perfecto y gracias por continuar con la tradición, sabes que para papá eso es importante.

Salgo de los brazos de mamá, doy unos pasos, tomo un ligero vuelo y brinco a la cama, doy unas palmadas en señal de que se siente a mi lado. Al sentarse se recarga en la cabecera, así que yo me acomodo en sus piernas y ella tiernamente empieza a peinar mi cabello con sus dedos. Desde que tengo uso de razón, recuerdo que mamá siempre me acomodaba así en sus piernas, cuando no podía dormir o cuando teníamos una conversación de *chicas*. Así fuera cuando tenía cinco años y trataba de convencerme de que no había “monstruos” debajo de mi cama, o cuando tenía diez años y me recordaba que pasara lo que pasara en la competencia de natación, ella siempre estaría orgullosa de mí. Las más recientes ocasiones han sido relacionadas a preguntarle si no había nada raro en mí, la mayoría de mis amigas han tenido novio. Muchas de ellas desde los catorce años. No es que yo tenga una mala pinta y esa sea la razón por la que no se me acerquen los chicos, más bien, eso de salir con chicos no lo había considerado importante. Siempre he tenido muchas actividades, la escuela, la natación, las clases de pintura, mis travesuras, y lo que más me encantaba que ocupara mi tiempo correr por los viñedos soñando que era mi jardín encantado (papá muchas veces jugaba conmigo. Obviamente él era el Rey de esas tierras mágicas y yo la pequeña princesa. Juntos combatíamos contra dragones o trolls malvados). El caso es, que siempre dije que los niños solo quitaban el tiempo y que si salía con

chicos no volvería a hacer más las cosas que me gustan para dedicarle tiempo a un novio, como veía que pasaba con mis amigas que dejaron de realizar muchas de sus actividades favoritas para pasar tiempo con sus novios (para mi gusto una forma moderna de esclavitud). Pero ahora, quería un chico en mi vida, y obviamente sabía que eso no sería una tarea fácil. Todos los chicos de la localidad ya están más que por enterados que soy algo así como una extraña combinación entre nerd, deportista, adicta al trabajo y a eso se le suma mi fama de que a todo chico que se me acercó le rompí el corazón en pedacitos diciéndoles que no tenía intenciones de salir con ellos.

El anillo de bodas de mamá se enredó en mi cabello, dándome un tirón que me sacó de mis recuerdos y de mis nostálgicos pensamientos sobre el novio que no tengo y que tanto deseo tener.

—¡Auch! —digo con una expresión más dramática de lo que realmente me había dolido e inmediatamente le di una gran sonrisa a mamá.

—Lo siento nena, no era mi intención. Aunque creo que me faltaron unos cuantos jalones cuando realmente te los merecías.

—No soy un caso perdido. Bueno, un poquito perdidito —mamá pone los ojos en blanco alzando los hombros. Y las dos nos soltamos a reír a carcajadas como dos grandes amigas colegialas.

—Mamá, hablando de casos perdidos. ¿Papá sigue molesto conmigo?

—No nena, es solo que no debes pasar por encima de él. Una, él es tu papá y tiene autoridad en esta casa para tomar las decisiones finales que corresponden a la familia y como tu padre le debes respeto y obediencia; y dos, él es el gerente general de Viñedos Nonna Rosa, y aunque no todas las decisiones las toma él, tiene que estar enterado de que se hace y que no en la empresa. Sabes muy bien que papá apoyará tus decisiones, siempre y cuando no te pongan en peligro o vayan en contra de nuestros valores y principios. Pero actuaste casi a escondidas, no lo comentaste con nadie, ni siquiera lo consultaste con Adriano que es el responsable del área de mercadotecnia.

—Sí lo sé, y en verdad no trataba de pasar sobre su autoridad o querer demostrar que tengo más habilidad que mi hermano. En el fondo es un pleito que traigo conmigo misma —tomo un respiro y continúo con un tono melancólico—. Es sólo que siento.... mmmm... como si tuviera una competencia con la vida, cómo si algo me faltara... —antes que mamá diga algo continúo rápidamente, anticipándome a lo que ella probablemente me va a decir— sé que los tengo a ustedes, a mis hermanos, a mis traviesos sobrinos. Tengo la gracia de poder estar por terminar mis estudios en la universidad. Tenemos estabilidad económica. En fin, tengo todo para ser feliz. Pero entonces ¿Por qué sigo sintiendo que algo me falta?

—Romy, ¿esto tiene que ver con los chicos?

Me quedo pensando unos segundos, y aunque trato de buscar los motivos por los que últimamente me encuentro de este humor, en el fondo de mi ser, sé que todo tiene que ver con los chicos.

—Creo que sí. Me paro al espejo todos los días y sé que tengo una *muy buena* genética, desde luego gracias a ustedes como mis papás, que me han dado una “muy buena” estructura física —sonríe entre dientes, tratando de ahogar una carcajada—, pero mis amigas dicen que a los chicos no les gustan las mujeres que son tan independientes y menos las nenas de papá.

—¿Y haces todo esto para demostrar que no es así, según tú lo que intentas probar es que eres independiente y muy segura de ti misma? —asiento con la cabeza—. ¿No crees que con esa actitud solo haces que se fortalezca la imagen de que sigues siendo la nena de papá, que quiere hacer su voluntad cuando quiera; además de mostrarte como una persona insegura e irresponsable?

Ahora que mamá lo pone en esa perspectiva, realmente estoy dudando si me he conducido como una persona adulta y madura, como según quiero que me vean. En lugar de esa imagen, los demás

me ven como una niña caprichosa que siempre se quiere salir con las tuyas. Sí, definitivamente sí que tiene sentido. Y supongo que los chicos, lo que menos quieren es una mujer actuando como una pequeña niña haciéndoles rabietas por todo y por nada.

—Nena, te voy a dar un consejo. A mí me funcionó con papá, y créeme que es una herramienta que aún sigo ocupando de vez en cuando. Caen más rápido las abejas con la miel que con la hiel. Sé lo suficientemente inteligente para que el hombre haga lo que tú quieras y él realmente crea que fue él quien tomó la decisión.

Wow, esto sí que es extraño, no puedo pensar en papá haciendo todo lo que mamá quiere y más que papá pensara que él era el de las decisiones finales en casa.

—¿Papá sabe de tu “truco Jedi^[2]”?

Mamá suelta una gran carcajada y dice —Nena desde luego que papá sabe lo que hago, pero para él es más importante saber que le doy su lugar y eso lo hace sentir importante. Al final de todo es hombre, les gusta ser el macho alfa de la manada.

—¡Ajá!, eres una tramposa mamá —reímos y reímos, jugando a que peleamos, con nuestro sable láser. Aunque te suene raro, mamá sabe todo sobre Luke Skywalker, la princesa Leia, Darth Vader y la fuerza Jedi, con cuatro hijos varones, creo que ha visto mil veces *todas* las películas (a lo que debo agregar que están dentro de mis películas favoritas).

—Muy bien, pequeña pícara. Es hora de que ya te vayas a la cama. Mañana será un día agotador y no podrás tener descanso en las próximas semanas con toda la locura de la vendimia —mamá simula guardar su sable y me acomoda las sabanas para que me meta en la cama.

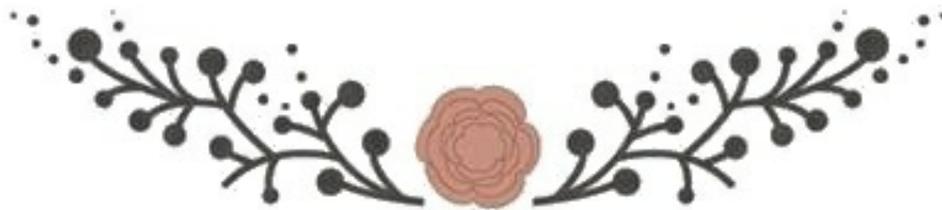
Me acuesto, acomodo mis almohadas y mamá me tapa, dándome un beso en la frente. Qué ironía, peleo contra el mundo para que me consideren un adulto, y me sigue encantando que mamá me de las buenas noches como cuando tenía dos años.

—Buenas noches mamá, te amo.

—Buenas noches nena, que descanses —dice mientras apaga la luz, y cierra la puerta de mi cuarto.

Me despierto media hora antes de que suene mi despertador. No oigo mucho alboroto en la casa, así que debo ser la primera en despertar. Tengo tanta emoción, como cuando era niña, de llegar a los viñedos y cortar el primer racimo de uvas. Me doy cuenta que debo disfrutar estos momentos ahora que puedo, algún día le tocará a alguno de mis sobrinos y yo estaré añorando estos días, deseando en volver a hacerlo.

Salgo rápidamente de la cama, me doy un baño. Me he bañado y cambiado en tiempo récord (y cuando digo tiempo récord, es porque de verdad me di prisa, normalmente me tomo *todo* mi tiempo para bañarme y arreglarme). Mientras me estoy trenzando el cabello, noto una sensación en mi estómago, como si un enjambre de abejas estuviera zumbando dentro. Realmente tengo tanta emoción, en el fondo de mi corazón. Sé que este año será la mejor vendimia de mi vida.



Son cuarto para las siete de la mañana, apenas y empiezan a notarse los primeros destellos del

día, el viento del verano es tan característico, así que cierro mis ojos para poder sentirlo danzar por mi rostro. Todos estamos parados al límite de los viñedos. Mis papás, mis hermanos, mis cuñadas, mis sobrinos; desde luego están todas las personas que colaboran con nosotros en los viñedos, en la casa y en la planta. Varios de nuestros clientes, nuestros amigos y algunos que otros turistas que vienen estas fechas para vivir las fiestas, también están aquí esta mañana.

Papá me entrega unas tijeras, no son las tijeras normales que conocemos para cortar papel, o tela. Son unas tijeras especiales para cosecha de uva. No miden más de diecisiete centímetros y su peso no llega ni a los cien gramos. Estoy tan familiarizada con estas tijeras desde que tenía dos años, cuando papá me puso delante de la vid, tomó mi mano y juntos cortamos mi primer racimo de uva.

Una vez tijeras en manos, doy varios pasos al frente. Me doy media vuelta para quedar frente a aquella multitud y espero a que el padre Andrés realice una plegaria.

—Señor, te damos gracias por este día, por esta cosecha. Permite que en este año tengan buenos frutos y den buen vino. Bendice a esta familia y a todos sus colaboradores, dales la fortaleza para continuar con su labor. Amén.

—Amén —repetimos todos al unísono.

Me encamino a los viñedos, tomo entre mis manos un racimo de uvas. Con las tijeras realizo el corte. Me giro hacia mi audiencia, levanto mi mano derecha con el racimo de uvas y lo enseño en un ademán dramático, como si estuviera alzando un trofeo. En ese momento se rompe el silencio, entre aplausos y vítores.

Camino hacia papá para hacerle la ceremonial entrega de nuestro primer racimo de uvas de la cosecha de este año, nuestros recolectores ya están adentrándose a los viñedos para iniciar la colecta. Para papá siempre ha sido importante que quienes trabajan con nosotros se sientan parte de la familia, siempre nos recuerda a cada rato, *“No son nuestros trabajadores, ellos son nuestros colaboradores. Apoyarlos es nuestro trabajo, si nosotros los cuidamos, ellos cuidaran de nosotros. Esto es el trabajo de una familia”*. Veo en ellos una alegría inmensa de iniciar la cosecha de este año, están llenos de júbilo. Claramente se nota que trabajan con orgullo, por sentir que la sangre que corre por las venas es la misma que brota de las entrañas de la tierra en cada uno de los racimos de uvas.

La música inicia, y todos los aquí presentes estamos realmente dispuestos a disfrutar de las festividades; sin embargo, para disfrutarla sólo es necesario estar dispuesto a brindar con una copa llena (o dos, o tres, quien lleva la cuenta en un evento tan importante como este) y gozar de esta buena vida.

La celebración de la vendimia se vive con cada uno de los sentidos, pero especialmente se vive con el corazón. Escuchar la pasión con que se habla de un buen vino, oler y sentir las bondades de la vid, y claro, paladear las mejores reservas.

Éste es momento de celebrar, de compartir con la familia y amigos. Estos son unos cuantos días en los que se olvidan las duras jornadas del ayer, evocar los propósitos del mañana, para disfrutar el día de hoy en donde todo tiene sentido. Son momentos que se viven, en los que se va fortaleciendo la tradición. Tradición de una cultura del vino que, en México, poco a poco, va creciendo.

Hay una magia en esta vendimia, en su música, en el intenso color de las uvas y el olor de las barricas de roble blanco en las que se madura el vino. Magia que, quizá, sólo es entendida por los que conocen de vinos, pero que puede ser apreciada por cualquiera que se deje llevar por el suave ritmo de esta alegre celebración.

El espectáculo de la danza da inicio, y todos disfrutamos al ritmo de la música. Aquí se come,

se bebe y se disfruta sin límites. La música en vivo suena durante toda la fiesta y el baile no termina hasta que se apagan las luces, lo cual no sucede hasta bien entrada la madrugada.

Todo es una excusa perfecta para convivir con los amigos y beber los buenos vinos de Valle de Guadalupe, especialmente los vinos de los *Viñedos Nonna Rosa*.

Capítulo 3

El “gran” golpe

Me siento muy mareada, el vino no ha parado de servirse desde la mañana, y aunque ya estoy muy acostumbrada al vino, las cantidades que uno toma en esta fiesta son inimaginables. Todo el día se sirven grandes cantidades de vino, el vino fluye a caudales, en señal de la abundancia que se espera este año.

La fiesta todavía está en su apogeo, y definitivamente quiero seguir disfrutando de ella. Por lo que desecho de mi mente la idea de retirarme para dormir. Tomo camino hacia los rosales, esperando que el aire fresco y en especial el aroma de las rosas puedan quitarme un poco lo mareado.

En la mayoría de los viñedos es muy común tener rosales. La razón no sólo es estética o porque el aroma es muy agradable. Las vides son muy sensibles al ataque de un hongo, que provoca una enfermedad llamada “oidio”, que hace aparecer un polvo blanquecino sobre las hojas. En los racimos el ataque produce que en la baya se produzcan resquebrajaduras, haciendo que estas se sequen o se produzca la entrada de otras enfermedades, esta enfermedad es muy dañina y difícil de erradicar si no se detecta a tiempo.

Los rosales también son atacados por este hongo y los efectos (manchas en las hojas) se ven antes en los rosales que, en las viñas, por eso se plantan, para detectar a tiempo la enfermedad y poder tratarla cuanto antes. Esa es la razón de que existan los rosales en los viñedos.

Así que aquí estoy, dando un recorrido por los rosales, pero me doy cuenta de que ha sido una mala idea. La fragancia que producen estas delicadas flores, está provocando que me maree más. Definitivamente un grave error (no sólo por el aroma embriagador), sino porque que noto el hecho de que los rosales han atraído a algunos insectos, abejas, y a varias parejas de enamorados. En estas fiestas, el vino, los atardeceres, la brisa cálida del verano, son una gran fórmula que abre espacio para el romanticismo, ese que nos invita a recorrer los rosales durante la noche, para caminar y respirar profundamente bajo un cielo abierto, celebrando el amor con una copa de buen vino. Bueno, ya podrá uno imaginar que estas parejas no sólo están caminando o platicando.

No es un agradable lugar para estar, considerando que estoy ahí parada, sola sin perro que me ladre, mareada a más no poder y deseando con toda el alma poder estar en el lugar de alguna de las chicas que están aquí. Mientras estoy empezando a hundirme en una tremenda depresión, una pequeña mano jala de mi vestido. Al ver de donde proviene esa intromisión, veo a Rocco, el hijo de mi hermano Enrique, de tan sólo cuatro años.

—Hey tú —digo mientras me agacho para tomarlo entre mis brazos—. ¿Qué estás haciendo aquí a estas horas, no deberías estar dormido?

Me señala a una de las parejas entre los rosales y veo a mi hermano con Rebecca, ¡genial!, lo que me hacía falta. Ver a mi hermano disfrutando de sus arrumacos con su esposa, mientras descuidan a su pequeño retoño.

—¡Enrique!, te haces cargo de tu hijo por favor.

—¿Puedes hacerte cargo?, —responde, mientras sigue besando a Rebecca y agitándome la mano en señal de que deje de estar molestando, me imagino que también en señal de que me aleje de ahí lo más rápido posible.

Intento descubrir si me estaba preguntando o dándome una orden, pero mi voz interior como

siempre recordándome mi realidad en la vida. *Bien Romina, tu hermano ha dejado claro que te ven como la niñera de tus sobrinos. Uff ha sido un día estupendo, estás deprimida, mareada a más no poder por haber bebido tanto, sin nadie para andar de arrumacos y terminaste tu “maravilloso día” cuidando a un pícaro travieso.*

Rocco se retuerce entre mis brazos, en protesta para que lo baje. Al bajarlo empieza a correr y acto seguido ahí voy yo, detrás de ese pequeño pícaro.

Debo reconocer que mis sobrinos son mi punto débil, no puedo negarme a hacer cosas por ellos, y así es que termino corriendo detrás de Rocco jugando con él. Estamos jugando a las escondidas, bajo la luz de la luna, los viñedos siempre han sido el mejor lugar para jugar a las escondidas desde que era niña (y aquí entre nos, supongo que sería más divertido jugar con alguien de tu edad y que te guste, en lugar de con un pequeño).

Me quedo agachada, oigo unos pasos, y sin pensarlo salgo de entre la vid en la que me he estado escondiendo, saltando como un resorte que ha sido contenido por mucho tiempo y gritando “Te atrapé”.

Lo que recuerdo después de eso, es estar tirada en el piso con un fuerte dolor de cabeza, sintiendo toda mi cara caliente. Llevo mi mano a mi rostro y percibo que algo líquido y espeso escurre por mi nariz, observo mi mano llena de sangre. Intento ponerme en pie, pero es una *muy mala idea* porque estoy tan mareada que pierdo el equilibrio (no sólo es por el efecto del vino lo juro, sino por el golpe que no sé de dónde vino, y bueno, también por ver esa gran cantidad de sangre). Siento cómo alguien pone un brazo en mis hombros y luego otro por debajo de mis rodillas y me alza para sostenerme entre sus brazos. Paso mis brazos por su cuello para sentirme más segura, mientras trato de enfocar la vista, pero es inútil, solo logro ver un bulto borroso.

—Julián, yo estoy bien —dice una voz grave que no reconozco—, y aquí todo está bajo control, sólo mantente cerca por si es necesario buscar a un médico.

¡Que todo está bien!, si claro para quien quiera que sea él, a mi todo me da vueltas y tengo sangre que no deja de brotar de mi nariz. Y en cuanto a eso de buscar a un doctor, no creo que sea para tanto.

—¡Tía, tía Romy! —escucho a Rocco gritar mientras se acerca a mí. Está llorando y claramente está asustado (desde luego que está asustado, si está viendo a su tía con una gran cantidad de sangre escurriéndole por la nariz, sin poder sostenerse en pie y en brazos de quien sabe Dios quien).

—Todo va a estar bien. ¿Cómo te llamas?, —escucho la misma voz, tratando de calmarlo. Vaya debo no estar bien de mis facultades, pues considero que esa voz es la más sexy que haya escuchado en *toda* mi vida.

—Rocco —arrastra las letras de su nombre, gimoteando.

—Hola Rocco, tu tía estará bien. Sólo hay que llevarla a un lugar donde podamos recostarla y limpiarle la cara —este extraño ha dicho estas palabras en un tono tan suave, tan armónico que hasta a mí me ha dado calma.

Intento moverme, debo tener toda esta situación bajo control (esta ha sido una gran manía mía, el querer tener el control de las cosas. Así es, debo aceptar que a Romina Rossi le encanta que todo salga como ella quiere, cuando y como lo quiere, definitivamente soy una obsesiva controladora). Vuelvo a intentar ponerme de pie, el extraño dueño de esa voz tan varonil me sigue sosteniendo para evitar que caiga de nuevo.

—Rocco, ¿sabes dónde podemos llevar a tu tía para que podamos cuidarla?

Rocco asiente con la cabeza y señala un lugar. No puedo ver claramente, porque todavía sigo teniendo la visión borrosa. Conozco estos terrenos como la palma de mi mano, y ubicándome un

poco en el espacio, creo que el lugar al que se refiere Roco es al solarío que está cerca de la alberca, dónde los domingos desayunamos en familia al aire libre. Siento una fuerte punzada en mi cabeza, definitivamente para que mi nariz este sangrando y tenga esta visión es porque debió haber sido un gran golpe. En estos momentos realmente estoy considerando decirle al tal Julián que busque un doctor.

—¿Crees que puedas caminar un par de metros?, —dice la voz, ahora dirigiéndose a mí.

Romina., tú puedes caminar, inténtalo. Lo que menos necesitas es que un extraño piense que eres una nenita que no aguanta nada y mucho menos crea que eres de esas chicas que se pierden en la bebida y no pueden ni caminar. Así que asiento con la cabeza. ¡Madre de Jesucristo!, fue un gran error mover la cabeza porque siento que esta por estallar. Empiezo a tratar de dar un paso, pero lo cierto es que mi cuerpo no reacciona a las órdenes de mi cabeza. Es como si el cableado que conecta mi cerebro con mi cuerpo ha sido cortado.

Antes de que intente volver a darle la orden a mis pies para que se muevan, siento como un par de brazos me toman con mayor fuerza y mis pies ya no están en el piso. El dueño de esa extraña y sensual voz debió haberme cargado, de nuevo.

Mientras nos desplazamos hacia el lugar que señaló Rocco, empiezo a tener una extraña sensación de pánico, pena, preocupación, emoción, todo al mismo tiempo.

—Rocco, ¿estás bien?, —pregunto con preocupación y arrastrando un poco las palabras (doy mi palabra que no es por el vino que he tomado todo el día y noche). Para un niño de cuatro años no ha de ser nada fácil ver como un extraño carga a su tía, con el rostro lleno de sangre.

—Tía, yo estoy bien. Yo no tengo la cara como tomate aplastado —dice tan claramente, en ese tono de voz tan característico de un niño de su edad.

Bien hecho Romina, has dejado bien claro que un niño de menos de cinco años es más inteligente que tú. Y Rocco solo acaba de remarcar el hecho de que no debes verte muy bien que digamos. Pero sus palabras me alarman, porque en mi mente un tomate aplastado no es algo que sea una imagen agradable, aunque eso podría explicar el dolor tan fuerte que en estos instantes siento.

Mi samaritano me baja y me instala en una de las sillas. Es un bonito comedor de jardín, con su gran mesa resistente a la intemperie con cristal templado y las sillas a juego, con todo y la sombrilla. Es un agradable lugar para estar al aire libre. Pero en este momento me siento tan extraña de estar aquí, el lugar donde desayunamos en familia con mi rostro, *¿cómo dijo Rocco?*, ah sí, aplastado como tomate.

—Bien, vamos a evaluar que tan grave es este desastre —el dueño de la voz desconocida para mí, se agacha para que nuestros rostros estén al mismo nivel, toma mi cara entre sus manos, gira mi rostro suavemente de un lado a otro para que la luz del jardín pueda darme en la cara y valorar que tan seria es mi lesión.

De pronto, tengo un poco más clara mi visión, y frente a mí, un ángel caído del cielo (sí, sí, ya sé que la expresión puede sonar *muy exagerada*, pero de verdad, su rostro parece sacado de una pintura en donde los ángeles se ven tan celestiales). Sus ojos son grandes de color azul, de ese azul profundo y tan bello que me recuerdan el mar del caribe. Su nariz es recta, perfecta para esa boca de labios carnosos, que hacen juego con su maxilar estrecho, ligeramente sinuoso. Sus pómulos resaltan cuando esboza una sonrisa (imagino que de la gracia que le ha de dar la cara que debo estar poniendo, espero piense que esta cara es por lo desorientada que estoy por el golpe y no por lo anonadada de ver a ese hombre tan guapo frente a mí, atontada como si fuera una chica de secundaria).

—Creo que nada grave, con un poco de hielo y algunos analgésicos estarás bien en poco

tiempo.

Me agrada que la voz haga juego con ese rostro; sin embargo, mi auxiliador sigue siendo desconocido para mí.

De repente como un pequeño saltamontes, Rocco salta de una silla al lado mío y continúa con la conversación.

—¿Cómo lo sabes?, ¿qué tú eres doctor? —dice tan serio con sus dos manitas sobre sus caderas, luce como un pequeño príncipe valiente presto en mi defensa.

—Rocco, compórtate —reprendo a mi pequeño defensor—. Siéntate y quédate callado, que en cuanto pueda levantarme y dar un paso sin caerme iremos a buscar a tus papás que ya es muy tarde para que tú jovencito sigas dando lata.

Inmediatamente Rocco se acomoda de nuevo en la silla a mi lado y hace señas de cerrar la boca como si la clausurara con un cierre. Nuestro extraño compañero suelta una risa coqueta, en señal de que le divierte ese espectáculo entre un pequeño niño de cuatro años y su atolondrada tía.

—No Rocco, no soy doctor —responde a mi pequeño sobrino, luego dirige su mirada hacia mí y continúa—. Mi nombre es Leonardo Bianchenssi. Y supongo tú eres la tía Romy.

Wow, escuchar mi nombre salir de sus labios me hace sentir acalorada, emocionada. Aunque no sé si este estado alocado es por la adrenalina de los últimos minutos vividos, por la embriaguez del aroma de las flores o por la gran cantidad de vino que he estado tomando a lo largo de todo el día.

Antes de que pueda articular una palabra, de repente empiezo a observar que de nuevo mi visión se torna borrosa, inclusive empieza a volverse más y más oscura.

Capítulo 4

La culpa

Madre mía, el dolor de cabeza es terrible y está matándome, no sé cuánto tiempo he dormido y mucho menos recuerdo que tanto he bebido. Honestamente no tengo nada a que levantarme (el día después de la vendimia es casi día nacional aquí en la región, así que no hay labores y no tenemos más compromiso que levantarnos, sólo si queremos, para desayunar), por lo que me propongo seguir en cama (de ser posible todo el día), el hambre tendrá que esperar. Pero este dolor de cabeza es tan insoportable. Este dolor no solo se queda en el área de mi cabeza, se siente fuerte en mi rostro. *¡Jesús Bendito!*, creo recordar que pasó. Por el dolor que tengo estoy bastante segura que no fue un sueño.

Intento abrir mis ojos y hay tanta luz que me cuesta trabajo abrirlos. En cuanto logro mantener los ojos abiertos por más de un segundo me doy cuenta que no estoy en mi habitación (cómo ya me lo venía suponiendo, al recordar lo que había pasado en la madrugada). Me encuentro en una habitación de hospital, la iluminación, el aroma, y desde luego el suero que tengo en mi mano izquierda. Me acomodo en la cama y veo a papá. Está sentado a un lado de mí, con una mano sosteniendo su cabeza sobre la cama. Está dormido. He perdido la noción del tiempo, por lo que no podría decir cuánto tiempo ha pasado desde que perdí el conocimiento. Aclaro un poco la voz, carraspeando mi garganta apenas y sale de mí una voz débil. Lo cual es bueno, porque no pretendo despertar a papá tan bruscamente.

—Papá.

Abre sus ojos y todavía con la mano en su cabeza, se me queda viendo con una sonrisa tierna en sus labios. Esta alegre de verme, de verme despierta. Pero en sus ojos, veo cansancio, agotamiento, angustia.

—Romy, ¿cómo estás cariño, como te sientes? No te puedes ni imaginar el miedo que sentí cuando vi que ese muchacho se venía acercando a la casa contigo entre sus brazos y tu vestido manchado de sangre. Pensé lo peor.

—Pá, ¿qué podría pasarme en la hacienda para que pensaras lo peor?, —se limita a alzar sus hombros en señal de que no quería ni pensarlo, pero me dio la impresión de que en su interior se libraba una gran batalla, como si “lo que pudiera haberme pasado” fuera algo que hubiera estado presintiendo, como si fuera cuestión de tiempo de que algo pudiera pasarme. Continúo para distraerlo de sus pensamientos—. Sólo estaba jugando con Rocco, y sé que me golpe con algo, pero no tengo muy claro con qué.

—Bien, bien. Eso lo aclararemos más tarde. Por lo pronto te comento que van a tener que operarte.

—¡Operarme! ¿Pero por qué? —hace unos segundos mi voz era un débil susurro, pero ante la noticia, mi voz ha resonado tan fuerte que me toma por sorpresa.

—Te fracturaste la nariz. El doctor nos comentó algo sobre la separación de las fosas nasales por un traumatismo cerrado. Algo así, yo que sé, pero en términos generales, te rompiste el tabique nena. Así es que mañana van a operarte

—¿Mañana?, digo...no es que me agrada la idea de que tengan que meterme cuchillo. Pero, por qué no hacerlo de una vez y acabamos con este suplicio hoy mismo.

—No han podido hacerlo porque has bebido bastante, están esperando a que el alcohol se

elimine totalmente de tu organismo.

¡Madre mía!, y como un acto involuntario, de tan sólo haber escuchado a papa decir nariz rota y bebiste demasiado, me retuerzo entre las sabanas del dolor que me ha provocado. No sé si realmente sentí el dolor o este dolor fue un reflejo psicológico de saber que tendré que entrar a un frío quirófano.

Se abre la puerta y veo entrar al cuarto a mamá, seguida de mis hermanos Enrique y Rafael. Después de ellos puedo observar como entra una persona a la que no reconozco. Su camisa está manchada de sangre, por lo que deduzco que debe ser aquel extraño en cuyos brazos me desmayé un par de horas atrás. El pensarme entre sus brazos ha hecho que me ruborice, sólo espero que nadie lo haya notado. Si mi memoria no me falla, antes de perder el conocimiento me dijo su nombre, pero por más que intento recordarlo no logro hacerlo.

Mamá al verme despierta se acerca a la cama, toma mi rostro entre sus manos y empieza a evaluar la situación. Lleva sus manos cuidadosamente por todo mi cuerpo. Creo que se está cerciorando de que no tengo más lesiones.

—¿Cómo te sientes nena?

—Mmmm... podría decirte que bien mamá, pero mentiría. La verdad es que me duele *tanto* la cabeza, como si la hubiera estampado contra la pared.

El extraño intenta reprimir una mueca de sus labios, cielos es tan guapo. Recordaba que era un rostro celestial, pero ahora con toda la habitación iluminada confirmo que es un hombre que podrían haberlo sacado de una revista de moda. No sé qué es lo que le provoque esta incomodidad. Puede ser que mi cara ahora se vea peor que un tomate aplastado como dijo Rocco, o quizá porque *la pared* contra la que choqué fue él.

—Romy, esta molestia acabará pronto. Por el momento no pueden darte medicamentos fuertes para el dolor. Hay nena, sí que bebiste demasiado —mueve la cabeza en señal de desaprobación y exhala un ligero suspiro.

No lo dijo en un tono de regaño, por un momento pensé que me tocaría una seria reprimenda por haber bebido demasiado la noche anterior y que no hayan podido intervenirme pronto.

Es tan extraño tener tantas miradas sobre mí, en otra situación me hubiera encantado ser el centro de atención. Pero en este momento estoy tumbada en una cama de hospital, con una de esas pequeñas batas que no son muy bonitas que digamos, la nariz rota (y supongo que ha de tener un color no muy agradable). Instintivamente me llevo la mano al rostro, intentando evaluar la dimensión del golpe y noto que llevo una gasa. Al ver mi reacción, mamá comenta que ha sido para evitar que siguiera la hemorragia (hasta este momento no había notado que más allá de la gasa sobre mi nariz habían puesto algo dentro de mis fosas nasales, razón por la cual me encuentro respirando por la boca). Estar en esta habitación, ha hecho que quiera que la tierra me trague, porque hay cuatro hombres parados frente a mí, bueno tres, porque papá sigue sentado a un lado de la cama.

Veo a Enrique que se ha quedado algo alejado del grupo, y nuestros ojos se quedan fijos unos segundos. Mi hermano da su protesta.

—Romy, lo siento. Ha sido mi culpa, si no me hubiera comportado como adolescente y hubiera controlado mis hormonas para estar a cargo de mi hijo, no estaríamos en este lugar.

—No es tu culpa. Pero creo que tomaré ventaja de esto y me debes una *muy grande*. Ya pensaré como vas a pagarla...

Antes de que pueda continuar con algo más, mamá nos interrumpe.

—¡Nadie va a pagarle nada a nadie!, me oyeron. Sólo fue un accidente y no es culpa de nadie. Ahora, tú intenta dormir un rato —señalándome con el dedo y su voz está en un tono de orden—, a

ver si se te baja más rápido esa cruda que traes para que te puedan operar lo más pronto posible. Por el momento iremos a la casa a dormir que hemos estado con el Jesús en la boca desde la madrugada que tu padre y yo no estamos para estos trotes. Tú —se voltea señalando a mi hermano Rafael—, te vas a quedar con tu hermana y estarás al pendiente. Cualquier cosa nos hablas, y por favor compórtate, no quiero que estés molestando a tu hermana.

Siento un gran remordimiento por ser yo la causa de que mis papas se vean tan agotados. No sólo por las actividades del día anterior, ni por haber estado despiertos toda la noche conmigo, claramente la preocupación de no saber qué va a pasar conmigo es lo que los tiene más acabados esta mañana (o tarde la verdad es que no tengo noción del tiempo).

Papá se levanta de la silla, toma mi rostro entre sus manos, se inclina hacia mí y me da un beso en la frente, me dice “hasta la vista cocodrilo”. Mamá también me da un beso, pero no me dice nada como papá sólo me da una dulce y tierna sonrisa (por un momento creí que me iba a tocar más regaño). Al incorporarse me amenaza diciéndome que me comporte y que no quiere más problemas conmigo (hable demasiado pronto). Lo cual me molesta un poco, porque hasta donde yo recuerde no fue mi culpa terminar aquí, solo cumplía mi labor de buena tía cuidando al terremoto de mi sobrino y en cuanto a la bebida, no creo haber estado más bebida que cualquiera en días de la Vendimia.

El último de salir del cuarto es Enrique, quien antes de cruzar la puerta de la habitación dice:

—Te quiero mucho duende, y lo siento.

—Yo también y lo sabes. En cuanto a esto —señalo mi nariz—, no te preocupes tan solo es un accidente que pudo haberle pasado a cualquiera de nosotros. Por cierto, ¿cómo está Rocco?

—Preocupado, se asustó mucho cuando perdiste el sentido y no contestabas. “Mi tía no me habla, no me habla. Yo le hablo y no me contesta”, repetía una y otra vez, después de que te trajeron a casa.

—Siento haberlo preocupado así, dile que estoy bien. Ah y también dale un beso de mi parte.

—Lo haré, ahora obedece a mamá y duerme un rato —dice cerrando la puerta.

Ok, mamá dijo que Rafa se quedaría conmigo. Pero este individuo, ¿Por qué sigue en la habitación?, ¿qué parte de necesito descansar no entendió?

—Romy, él es Leonardo Bianchessi. Acaba de abrir un restaurant aquí en Ensenada. Ha estado comprando nuestros vinos para sus restaurantes por varios años —dice mi hermano, como si supiera que mentalmente me estaba preguntando qué demonios hace este individuo aquí.

—Rafa, sé que eres el gerente de ventas, pero este no es el lugar para asuntos de negocios — intento sonar tranquila y serena, pero haciendo un poco de énfasis en *este no es el lugar*, a ver si el tal *Leonardo* se da cuenta y sale de la habitación.

No hay que mal interpretar, este hombre es un David de Miguel Ángel. Ahora que tengo mi visión más clara debe medir casi dos metros, es ligeramente más alto que Rafa y el mide 1.90. Me encantaría quedarme todo el día observándolo. El hecho es que no me agrada la idea de que él se quede observándome a mí en las trizas en las que debo estar en estos momentos.

Me sorprende a mí misma al saber lo mucho que me gusta su nombre, vagamente empiezo a recordar cuando se presentó “mi nombre es Leonardo Bianchessi”.

—Romina, él no está aquí... —dice señalando el lugar, haciendo referencia al cuarto de hospital—...por cuestiones de negocios. Ha estado al pendiente de ti. Sólo quiere ver que estés bien. Se ha sentido culpable.

Bueno que pasa con estos hombres, ahora resulta que todos se sienten culpables. Mamá lo dijo muy claro, sólo fue un accidente. Pero ahora que lo pienso bien, que demonios tenía que estar haciendo este “cliente” rondando los viñedos. Es una de las políticas que tenemos, toda persona

ajena tiene prohibido andar deambulando por los viñedos sin compañía de alguno de nosotros que le dé un recorrido. Inclusive para el día de la vendimia, es muy raro que las personas anden rondando por los viñedos, salvo por la mañana en el momento de la colecta, el resto del día y noche todos están más preocupados por estar en la fiesta (comiendo y bebiendo, bailando y bebiendo, bebiendo y bebiendo).

—Culpable ¿por qué?, por estar vagando sin permiso por los viñedos, o porque al chocar con él terminé metida en esta situación —hice un gran esfuerzo por sonar tranquila, pero mi tono ha sido muy sarcástico, inclusive un poco hiriente mi comentario. Lo noté porque vi que de verdad su rostro se llenó de sentimiento de culpa.

—Por ambas —dice tímidamente, aunque con voz fuerte—. Si no hubiera estado *vagando*, como lo dijiste por los viñedos, no me hubiera topado contigo y no te hubiera lastimado. Pero creo, que pude haber evitado el golpe. Veras, soy un poco paranoico y cuando noté que algo se aproximaba a mí, me defendí.

¡Jesús bendito!, escuché bien, ¿“me defendí” dijo? Entonces si solo me hubiera *topado con él* no estaría aquí a punto de ser operada. Estoy aquí porque pensó que estaba siendo agredido y respondió al ataque. ¿Algo paranoico dijo? ¿Quién es este hombre que anda por la vida pensando que quien se acerque a él sin previo aviso va a atacarlo?

—Bien, ya te disculpaste. Podrías retirarte —no suelo ser grosera, mamá me ha enseñado que un comportamiento agresivo no es correcto para una mujer. Pero de verdad que me siento malhumorada. No sé si fue el hecho de saber que si no fuera *tan paranoico* yo no estaría aquí, o porque su presencia hace que mi corazón lata tan rápido que siento que se saldrá de mi pecho. Pero de verdad en este momento no lo quiero en la habitación, por más guapo que esté.

—¡Romina, compórtate por favor!, no tienes por qué ser tan grosera.

—Lo siento, de verdad lo siento —en el fondo no siento estar arrepentida, no puedo evitar estar molesta—. Perdón ahh... ¿Leonardo? —digo pretendiendo que dudo de su nombre, la verdad es que ese nombre jamás podrá olvidárseme, pero intento aparentar que no le doy gran importancia —, es sólo el dolor que me pone tan agresiva.

—No te preocupes, puedo entenderlo. Sé que tu mamá dijo que nadie pagará nada a nadie, pero si me lo permites en cuanto puedas salir, me gustaría invitarte a comer o a tomar un café, para compensar un poco este mal momento.

Asiento con la cabeza. Abre la puerta de la habitación, se despide de mí agitando su mano, antes de cerrar la puerta alcanzo a escuchar que habla con alguien diciendo que estará en la salida en cinco minutos.

Debo reconocer que por más molesta que esté de estar en este cuarto de hospital, sin medicamentos para soportar este dolor infernal, agradezco este momento. Un chico me ha invitado a salir. Sé que no es una cita, qué solo es una forma en la que él se sentirá mejor después de todo el alboroto de los viñedos. Pero wow, ¡voy a salir con un chico tan guapo! *¡Romina, calma tus hormonas!*, *en cuanto este chico se entere de la fama que tienes en Valle de Guadalupe de ser una rompe corazones, acelerada y rebelde, va a salir corriendo*. Maldita sea, mi voz interior tirando por la basura el mejor momento de toda esta tortura de la nariz rota. Hay, te puedes callar, quiero dejar bien claro, que yo no ando por la vida dándole falsas esperanzas a nadie para luego romperles el corazón.

En fin, creo que por el momento será mejor que intente volver a dormir un rato y hacer caso a mamá de descansar

Cuando abro mis ojos no puedo evitar estar pensando en todo lo que ha pasado y en especial con el chico con quien me “topé”. Rafa está en el sillón que está en una esquina del cuarto a un

costado de la ventana, muy atento a mí. Se ha dado cuenta que estoy en medio de mis cavilaciones. Sólo espero que no haya notado como me altera emocionalmente este hombre, por qué estoy perdida. Rafa es como un sabueso, en cuanto percibe algo y es de su interés, no lo suelta hasta que logra obtener todo lo que desea.

—¿Te gusta eh?, —niego con la cabeza—. Romina Rossi, te conozco desde que naciste.

—Debo reconocer que es guapo, pero de eso a que me interese hay un gran tramo —trato de sonar lo menos afectada posible, ni siquiera sé si este hombre *maravilloso* pueda estar interesado en una alocada niña consentida como yo. Así que lo mejor será hacerme a la idea de que lo veré para ir a comer o tomar un café; y sólo para que se sienta redimido y perdonado por haberme golpeado. Y si acaso, una que otra vez que tengamos que toparnos por la oficina.

Yo estoy por terminar la carrera de Ingeniería Industrial, así que en la empresa estoy más metida en todo el proceso de producción. Me gusta mucho la publicidad, así que de vez en cuando apoyo en el área de mercadotécnica la cual está a cargo de Adriano. Pero en el área de ventas, no suelo meterme más que cuando tenemos junta de consejo y tenemos que dar nuestras opiniones o escuchar los reportes de ventas. Rafael es el gerente de ventas, así que es él quien se encarga del contacto y seguimiento de los clientes. Por lo que, como nuestro cliente, las probabilidades de que vea a Leonardo frecuentemente serán nulas, tenemos cientos de clientes y debo reconocer que a la mayoría jamás los he visto.

—Ese cuento, de que no te interesa, ve y cuéntaselo a Alessandra y Rocco, que a sus dos y cuatro años, tengo la certeza de que te lo van a creer.

—Rafael Rossi, si no me crees ese es *tu* problema. Ahora cállate y déjame dormir, porque este dolor me está matando —el dolor es fuerte sí, pero no tanto como para sentirme morir, tenía que decir algo para no seguir sobre esta línea en la conversación—. Sí mañana no estoy en condiciones de que me operen, le diré a mamá que fue tu culpa, ya escuchaste que dijo que no me estás molestando. Por cierto ¿qué horas es?

Observa su reloj, todavía con una sonrisa escapando por la comisura de sus labios, me dice que son casi las dos de la tarde. ¿Qué hora habrá sido cuando paso todo el alboroto de chocar (bueno de que me golpeará) con Leonardo?, haciendo cálculos no debió haber sido más tarde de las tres de la mañana cuando perdí el conocimiento. Considerando que de la hacienda a Ensenada se hace como una hora, debimos haber llegado al hospital como a las cuatro y cacho de la mañana. Así que había estado alrededor de doce horas entre inconsciente y dormida. Creo que ya era tiempo suficiente para que la molestia del dolor de cabeza, a causa del vino, se me hubiera pasado. Me temo que este dolor se debe más por el golpe que por toda la ingesta de alcohol del día anterior. Hasta ahora solo he evaluado los daños por lo que he podido percibir a través de mis manos. Respiro profundamente, sabiendo que debo observar por mis propios ojos que tan fuerte ha sido este impacto con este dios griego. Por cómo me duele, este dios era de mármol.

Pido a Rafa que me ayude para llegar al baño, me rodea la cintura con un brazo, mientras el otro lo paso por mis hombros para que pueda tener un mayor soporte, abre la puerta del baño. Una vez dentro me pide que no cierre la puerta, por cualquier cosa que me pueda pasar, promete volver al sillón y esperar a que lo llame para que me ayude a volver a la cama.

Mis hermanos siempre han respetado mi espacio, nos llevamos muy bien, considerando la gran diferencia de edades, pero siempre han tenido muy claro que por ser mujer hay un límite. Pero estarían dispuestos de cruzar ese límite en caso de que yo estuviera en peligro. Lo puedo ver ahora, que Rafa está dispuesto a entrar al baño, en caso de que algo me pasara, considerando que esta pequeña bata de hospital podría exponer gran parte de mi cuerpo.

Estoy en el baño parada frente al lavabo, no me atrevo a alzar el rostro y verme en el espejo.

Así que tomo valor a través de un profundo respiro. ¿Qué tan mal podría estar?, así que alzo poco a poco mi vista para fijarla en el espejo y ¡*Madre de Jesucristo!*, parece que me agarraron a palos. Por debajo de las gasas se percibe claramente que mi nariz ha duplicado su tamaño. Tengo el ojo izquierdo casi cerrado por lo hinchado que está. Eso sin contar que tengo medio rostro en un tono purpura verdoso.

¡Hay Dios mío, hay Dios mío!, con este rostro estabas frente a ese hombre tan guapo Romina. ¿Con razón tenía esa cara de culpabilidad?, parece que te dio de golpes hasta cansarse. Y tú todavía con tus groserías corriéndolo. Mi voz interior, como siempre haciendo notable lo más notable (si es que eso puede ser posible). Pero esta imagen hace que me desanime aún más. Tengo claro que Leonardo no me ha invitado a salir porque en el fondo pudiera gustarle (por un momento pensé que eso de recompensar el mal momento era sólo un pretexto para salir conmigo), sino porque realmente se sentía culpable de haberme dejado como santo Cristo.

Capítulo 5

El regalo

Aquí estoy sentada en el corredor, con mi cabeza recargada en el respaldo del sillón, admirando la vista del atardecer que solo agosto puede ofrecer. Observando como unos tonos naranjas, rojizos e inclusive morados están pincelados sobre los viñedos. Estos días han sido tan complicados para mí. Uno, he tenido que acostumbrarme a dormir casi sentada; y dos, no olvidar respirar por la boca (han puesto unos taponos para evitar alguna hemorragia después de la cirugía) y no digamos la odisea que es para comer. Había escuchado muchas veces a mamá decir “uno no puede chiflar y comer pinole al mismo tiempo”, pues bien, en este caso aplica, no puedo comer y respirar al mismo tiempo.

He estado algo molesta, no sólo por los dolores que una fractura de nariz y una cirugía conllevan. Ayer 10 de agosto fue mi cumpleaños, y la gran fiesta que tenía planeada no se llevó a cabo. Mi extraordinaria reunión planeada, se redujo a un pequeño pastel, el cual se partió después de comer ese día. Nada especial, la comida normal de una familia, en un día normal. Había cumplido veintiún años y habían pasado tan desapercibidos.

Y la verdad, aquí entre nos, lo que más me molesta es que desde que salí del hospital no he sabido nada de Leonardo. Tenía claro que un hombre como él, debía tener cosas más importantes que hacer, que salir a dar la vuelta para disculparse con una tonta niña caprichosa de veintiún años. Pero había sido él quien comentó el hecho de que podríamos salir, no fui yo.

En días pasados, aprovechando un poco mi aletargamiento post-quirúrgico, alcance a escuchar que Rafa comentaba con Alonzo que Leonardo tenía treinta y dos años, que había nacido en Argentina. Sus padres habían nacido en Italia y que tiene una cadena de restaurantes. También escuche que había hecho una gran cantidad de dinero invirtiendo en varios negocios. Ahora que lo pienso bien, no sé si se pusieron a platicar eso porque me vieron tan inconsciente que pensaron que no escucharía nada o porque en el fondo Rafael estaba seguro de que escucharía y aunque inconsciente, prestaría atención a la información. Conociendo a Rafa, es más probable la segunda opción.

Así que sigo reforzando mis ideas para no sentirme tan mal, por haber sido rechazada por este adonis. *¿Qué demonios me está pasando? Es tan simple Romina, han herido tu vanidad. Normalmente eres tú la que les dices que NO, la que deja plantados a los chicos, la que les rompe su corazón al ser indiferente, y ahora es a ti a la que han dejado plantada haciéndose sus ideas tontas con este atractivo hombre. No te engañes niña, ¿qué podría querer un hombre maduro como él con una muchachilla como tú?* Sí eso es cierto, yo todavía ni termino la universidad (que por cierto esta semana iniciaron las clases y voy a tener un trabajo descomunal para ponerme al corriente), oficialmente no estoy trabajando en la vinatera, solo percibo una pequeña ayuda económica como becaria (igual que los demás chicos que entran a hacer prácticas con nosotros). No recibo más cantidad por ser la hija de los dueños. Papá siempre me ha dicho, *“Romina, tienes que valorar las cosas y para ello debes ganártelas, no tendrás beneficios, trabajarás igual que todos”*. Lo que me corresponde de las utilidades, por ser accionista de la empresa, no llega directo a mis manos. Mamá me ha convencido de que ese dinero lo meta a un fondo de inversión. Así que al final de cuentas sigo siendo dependiente de mis papás, por tanto, que podría interesarle a ese hombre. Un hombre de treinta y dos años, que trabaja, y por lo que

escuché varias empresas. ¿Qué podría aportar yo a una relación con un hombre como él? *Romina, te estas escuchando, has dicho “una relación”. No seas ilusa niña, tendrías suerte si tan sólo fueran amigos.*

Una mano en mis hombros me saca de mis verdugos pensamientos. Abro los ojos y es Matilde. Ella ha trabajado con nosotros desde antes de que yo naciera, es más, llegó a la hacienda desde antes que naciera Rafael. Para mamá ha sido la mano derecha en la administración del hogar, para mis hermanos y para mí ha sido la abuela que no tuvimos.

—Hola nana.

—Hola mi niña. Perdón por despertarte —dice suavemente mientras pasa sus dedos por mi cabello.

—No nana, no me despertaste. Sólo tenía los ojos cerrados mientras pensaba en la inmortalidad del cangrejo.

—Está bien, pero por la cara de preocupación que tenías, ese cangrejo no debe ser tan inmortal después de todo.

—Hay nana, las cosas que dices.

—Lo digo por qué te conozco. Me atrevería a decir que te conozco desde que te removías inquieta en la panza de tu madre, y sé que algo te está dando vueltas por la mente. Sabes que puedes confiar en mí, así que cuando quieras hablar de ello estaré aquí para ti.

—De verdad nana, no es nada importante. Ya sabes una de esas locuras que a veces llegan a mi mente. Ya se irá, así como llegó.

—Hay mi niña. Contigo hay que temblar, cuando te llegan las ideas a la mente.

Le sonrío haciendo un puchero, ella me da un abrazo. Un abrazo lleno de tanto cariño, con el cariño que una abuela abrazaría a su nieta.

—Bien, antes de que por la vejez se me vayan a mí las ideas de la mente. Te trajeron un paquete, está en la sala. ¿Quieres que te lo traiga o lo subo a tu cuarto?

—Al cuarto nana, lo abriré más tarde. Lo más seguro es que sea un presente por mi cumpleaños, de alguno de los clientes o proveedores que quieren quedar bien con papá.

Nana me dio un beso en la frente y volví a quedarme sola, tan solo con mis pensamientos como compañía por el resto de la tarde.

Después de cenar subí a mi habitación. Lavándome los dientes no puedo evitar observar en el espejo mi reflejo. Todavía se muestran ligeramente los moretones de la cara (ya no tan verdosos como los primeros días), recordando que el doctor comentó que en este tipo de lesiones se puede tardar de dos a tres semanas en desaparecer los moretones. *“Sin embargo, he notado que tus plaquetas son bajas, lo cual nos trajo muchas complicaciones en la cirugía, razón por la cual es muy probable que tus moretones desaparezcan por completo en un plazo de cuatro a cinco semanas”*, fue lo que dijo el doctor al darme de alta del hospital, también comento otra cosa sobre ir con un hematólogo para verificar que mi baja de plaquetas no fuera nada complicado y que no estaría de más hacerme un chequeo.

Tomo el paquete de la mesita de mi cuarto, me dirijo a la cama y me siento. Unos minutos me quedo sólo observándolo y decido empezar a quitarle la envoltura. Quito el papel estraza que lo cubre, es el clásico papel con el que se envuelven antes de ser enviados por algún servicio de paquetería. El regalo que tengo en mis manos tiene un papel satinado en un tono rosa de palo, la verdad que parece un papel muy fino. Tiene un pequeño sobre, del cual saco una tarjeta, la letra es tan sofisticada y elegante (conozco ese tipo de letra la he aprendido en el colegio, nunca entendí por qué siguen enseñándonos este tipo de escritura cuando en la actualidad ya casi nadie lo usa, sólo había visto esta caligrafía tan clara con mamá y papá. Mis hermanos y yo a pesar de que

escribimos manuscrito, parecen más patas de hormigas por ningún lado), leo detenidamente y me llevo una gran sorpresa.

Romina:

¡Feliz Cumpleaños! Marianne, Elizabeth e inclusive Emma, me recuerdan mucho a ti, sigue siendo original y como ellas no intentes cambiar para agradar a otros.

LB

Wow, esas palabras me dan mucha curiosidad por saber que hay debajo de este papel rosa. Con la paciencia de un pequeño niño al abrir sus regalos en navidad, desgarré el papel y más ¡wow! Ante mí tengo cada uno de los libros de Jane Austen, no falta ninguno. Todos los libros en esta caja. Es una edición de colección, en una pequeña arca de madera como si fuera un pequeño baúl, con las letras que forman el nombre de la autora talladas al frente y un pequeño cerrojo dorado. Los he leído todos, tengo los libros, pero han sido ediciones sencillas e inclusive en su versión digital, no una edición de lujo como la que tengo enfrente. Esto es definitivamente un *gran* regalo. Me encanta leer, desde los dos años mamá se sentaba a un lado de mi cama y me leía un capítulo de algún libro que pudiera entender. Conforme fui creciendo y la lectura ya no dependía más de mamá, no puedo irme a la cama sin antes haber leído un capítulo de algún libro.

Dejo la caja en la cama y vuelvo a tomar la tarjeta, paso mis dedos por las letras, como si estuviera acariciando una flor, con esa misma delicadeza para que no se me rompa. Lo que me impresiona es que haya leído estos libros. Debió haberlos leído, como para que pueda hacer el comentario de las personalidades de las protagonistas. No hay otra forma de que conozca las historias de cada una de ellas. Aunque pensándolo bien, no es la clase de literatura que un hombre acostumbraría a leer, estos libros están catalogados dentro de la *literatura rosa*, libros para mujeres con historias románticas, con sus pequeñas dificultades, pero en donde al final triunfa el amor.

Lo realmente extraño aquí, es que las haya comparado conmigo, puedo entender que conozca la personalidad de estas tres mujeres, pero, ¿qué puede saber de mí?, ¿qué tanto puede conocerme para decir que le recuerdo a estas chicas? ¿Qué está tratando de insinuar respecto a que me parezco mucho a ellas? Espero que sea la parte positiva de que, a pesar de sus alocadas actitudes, poseen cierto encanto. Qué yo recuerde solo nos hemos visto dos veces, cuando “chocamos” en los viñedos, y en el hospital cuando fue a disculparse por haberme “lastimado”. No pienso quedarme con esa duda.

Tomo mi Tablet, y estoy tratando de acordarme si en aquella conversación de Rafael y Alonzo, han mencionado el nombre del restaurant de Leonardo. *Piensa Romina, piensa. Trata de acordarte, seguro dijeron el nombre del restaurant. Debes acordarte, porque lo que definitivamente no puedes hacer es ir a preguntarle a Rafael, eso solo le confirmará que el tal Leonardo te mueve algo. Así que concéntrate y piensa.* Aquí estoy yo, con la Tablet entre mis manos, pasando mis dedos sobre la pantalla, como si estuviera pasándolos por mi cerebro intentando encontrar el nombre. Mmm, tenía que ver con un lugar de Italia. *Bien Romina, vamos progresando.* Un lugar, un lugar, creo que una película. ¿Cuál película? *Bajo el Sol de Toscana, Romina.* Sí así es Toscana, pero era algo de no sé qué de Toscana, ¡*Demonios!*, esas pastillas para el dolor sí que me tenían dormida porque me está costando más de lo normal recordar. I Giardini di Toscana^[3]. ¡*Sí, eso es!, genial Romina te has lucido.*

Activo la Tablet y entro al explorador, bien San Google como siempre nos sacara de dudas. Escribo: *I Giardini di Toscana Restaurant Ensenada* y doy enter, latiendo mi corazón a mil por

hora mientras espero que el buscador arroje los resultados. Se despliegan varias ligas, la segunda es una en la que leo “La tradición italiana y la sazón argentina desde 1970”. Sí supongo que ha de ser ese, porque los otros van más relacionados a recetas o restaurantes italianos en Argentina. Doy clic a la liga www.giardiniditoscana.com y me dirige a una página muy impresionante. Una página que aparenta ser una pared color crema, en donde penden varios cuadros con fotos, cada uno de estos cuadros tienen leyendas como *nuestro menú*, *Benvenuti alla Famiglia*^[4], *nuestra historia*. Busco en la página algo que diga sucursales o algo parecido, lo que encuentro es un cuadro con una foto de un mapa con una leyenda que dice *locaciones*. Sé que en Argentina al igual que en México se habla español, pero también sé que tienen un uso diferente de algunas palabras, por lo que deduzco que *locaciones* ha de significar lo que para mí *sucursales*. Doy clic y ante mí está el mismo muro crema de la página de inicio, sólo que ahora los cuadros muestran varias banderas, distingo la bandera de Estados Unidos, Argentina (obviamente), Japón, Reino Unido, y *bam*, veo la de México. Doy clic. Leo directorio y menú, así que obviamente me voy directo al directorio. Hay dos ligas más, y mientras observo que ya me estoy acercando a mi objetivo, estoy a punto de sufrir un infarto, nunca había sentido que mi corazón latiera tan fuerte. *Ok, bien Romina. Compórtate, cálmate*. Dando clic en la liga que dice: Interior de la República, me doy a la tarea de buscar Baja California (lo bueno que vivo en un estado que inicia con B y no en Zacatecas, porqué me hubiera vuelto loca). Ubico la única sucursal, que es precisamente la de Ensenada, veo la dirección (eso no me interesa), ¡ajá esto es teléfono!

Bien Romina, ahí tienes el número telefónico. Sólo toma tu celular y marca. A ver niña atolondrada, mueve un dedo, luego la mano. ¡Carajo Romina! Te la vives diciendo que enfrentas todo reto, te avientas de paracaídas, practicas kick boxing, y no puedes hacer una llamada telefónica. Ya sé, ya sé, no necesito que mi propia voz me esté diciendo que debo hacer. Doy un respiro profundo, tomo mi celular y marco el número.

Hay Dios, o mi corazón deja de latir así, o voy a regresar al hospital. Pero esta vez por paro cardíaco. De repente.

—I Giardini di Toscana, ¡buonanotte^[5]!, —dice la voz de una mujer, una chica que no debe pasar de treinta años.

—Buenas noches. ¿Me podría comunicar a la administración o a compras?, por favor —digo en un tono muy propio, muy profesional. Siendo Leonardo un hombre tan guapo, estoy segura que muchas chicas llaman intentando hablar con él. Así que no pienso decir de inmediato que mi intención es hablar con él. Mi idea es pretender que hablo del viñedo, en relación con alguna información que debo darle al Señor Leonardo sobre nuestros vinos.

—Un momento por favor. La comunico.

Mientras estoy en espera se escucha una agradable melodía, muy representativa de Italia. Si mi memoria no me falla, papá comentó una vez que era *Tarantella Napoletana*, cuando estábamos escuchándola una tarde.

—Compras, ¡buonanotte! —vaya, sí que se toman muy en serio todo este rollo italiano.

—Buenas noches, me podría comunicar por favor, con el Señor Leonardo Bianchenssi —por un momento pensé que se me iba a ir la voz y que no podría terminar la oración, siento el estómago tan revuelto. Me siento como cuando estaba en secundaria, que estando con las amigas tomábamos el teléfono y marcábamos a la casa del chico que nos gustaba, una vez que el muchacho en cuestión nos contestaba le colgábamos. Sólo espero ser más madura esta ocasión y no termine colgándole a Leonardo una vez que escuche su voz.

—El Señor Leonardo no se encuentra, ¿quién le digo que llamó?

—Romina Rossi, de Viñedos Nonna Rosa.

Me quedé sin aliento, ahí estaba yo, preparándome psicológicamente para no colgar en el momento que escuchara la voz de Leonardo, y ¡zaz!, él no está. Creo que estaba siendo muy ilusa, por lo que escuche de Rafa y Alonzo es una persona con varios negocios, sólo a mí se me ocurre que este *Adonis* estaría sentado en su oficina, esperando a que una chica atolondrada le hablara por teléfono.

Justo estoy terminando de poner mi Tablet y mi celular en la mesita de mi cuarto, cuando suena el teléfono de la casa. Obviamente no estoy esperando ninguna llamada, y dejo que siga sonando, dejaré que alguien más tome la llamada. Estoy metiéndome a la cama, cuando entra mamá al cuarto.

—Nena, tienes una llamada —no puedo evitar poner cara de “¿quién demonios me habla?”, en el siglo XXI, ya no se acostumbra que tus amigos te marquen a la casa. Normalmente te hablan al celular, te mandan un WhatsApp, o en el caso de que no te localicen te mandan un mensaje por Facebook.

—No me mires así nena, si tú no sabes quién es yo menos. Sólo dijeron con Romina por favor, y yo contesté un momento por favor.

Que mi mamá no hay preguntado quien llamaba se me hace algo inconcebible, normalmente mamá siempre ha realizado un gran interrogatorio cuando llaman a cualquiera de sus hijos por teléfono a la casa (ya la quisieran en la CIA, FBI o alguna de esas agencias de investigación porque siempre logra obtener toda la información si se lo propone, ese don que heredo a mi hermano Rafael).

Mi mamá sale de la habitación con una ligera y perspicaz sonrisa. Tomo el teléfono de mi cuarto. Bien vamos a averiguar quien llama a mi casa.

—Sí, buenas noches —la educación, ante todo, mamá siempre ha dicho “lo cortés no quita lo valiente”.

—Hola Romina buenas noches, ¿puedo decirte Romy?

En automático pongo cara de interrogación, no reconozco la voz, y empiezo a sospechar que ha de ser una broma de mal gusto de alguno de mis amigos o peor aún una broma de mis hermanos. Estoy a punto de colgar, cuando escucho de nuevo la voz.

—Romina ¿sigues ahí? Habla Leo, Leonardo Bianchensi.

—Ahmm... —¡Oh Dios mío, oh dios mío!, ¿ahora qué hago? *Calmate y podrías empezar por saludar*—. Sí, claro que sigo aquí, ¿a dónde más podría haber ido?, —*Romina, eres tonta o qué*. No me molestes, sabes que normalmente cuando me pongo nerviosa empiezo a ser algo sarcástica. No es la impresión que quiero dar, pero no puedo evitarlo.

Hace unos minutos temblaba de pánico pensando en hablar con él. En cuanto sé que él no se encuentra, mi corazón descansa al ver que por lo menos hoy no tendré que lidiar con él y minutos después lo tengo del otro lado de la línea (del teléfono de mi casa, lo cual no es nada común hoy en día) preguntándome si me puede llamar *Romy*.

—Me imagino que, sin autorización del doctor, a ningún lado —ahogo dentro de mi garganta una risa, y bendito Dios que no puede verme porque me he puesto tan roja, si algo me encanta en un chico es su sentido del humor—. Llamaste al restaurant, ¿en qué puedo servirte?

—Se supone no estabas, ¿cómo te llegó tan rápido mi mensaje?, —bien Romina, directo al grano, pero no seas muy agresiva.

—Aunque esté en el restaurant, no suelo contestar las llamadas. Me dejan los recados y luego atiendo los pendientes en orden de prioridad.

Si bueno, un punto a favor con su sentido del humor y luego dice esto y un punto en contra. ¿Quién demonios se cree para darse tanta importancia?, “Aunque esté, no suelo contestar las

llamadas”. *Romina ya cálmate, desde que lo conociste traes pleito casado con él, no se te puede ocurrir que cómo están las cosas no hay mucha seguridad en contestar, así como así las llamadas. Además, dijo que contesta en orden de prioridad, y solo pasaron ¿qué?, cinco minutos cuando te llamó. Así que deja de andar organizando guerras. ¡No es guerra declarada!, bueno al menos no todavía (pero por lo pronto eso es un buen punto, no pasó mucho tiempo para que él me regresara la llamada).*

—Ahmmm, no era nada urgente, ¿podías haberte comunicado mañana?, —digo tratando de sonar indiferente, como si mi vida no dependiera de escuchar su voz (a quien engaño, si estoy que muero de que se haya tomado la molestia de regresarme la llamada), si él puede darse sus aires de grandeza yo también.

—Lo sé, cuando me dijeron que hablaron de Viñedos Nonna Rosa, supuse que no era nada relacionado con la cuestión mercantil. A menos que atendieran asuntos de negocios a las diez de la noche —demonios, no me había percatado que fuera tan noche. Sabía muy en mi interior que no era prudente marcarle. *Pero no, no podías aguantarte la curiosidad hasta mañana temprano, ¿verdad Romina?* —. Y lo confirmé cuando me dijeron tu nombre, pues no creo que con todo y tu descanso temporal e involuntario estés atendiendo llamadas de negocios. Hubiera marcado a tu celular, pero no lo tengo así es que decidí llamar a tu casa.

—Es verdad —digo tranquilamente, no debo mostrar que moría por hablar con él para averiguar cuál era la razón de enviarme los libros (deseando en el fondo de mi corazón saber si había algún otro interés aparte de desearme feliz cumpleaños) —, bueno yo también hubiera llamado a tu celular, pero no lo tengo, por eso marque al restaurant. En cuanto al motivo de mi llamada, bueno... ahh yo sólo quería dar las gracias por los libros. ¿Cómo supiste que los libros serían un buen regalo?

—¿Así es que te han parecido un buen regalo?

—Sí, muchas gracias. Los libros son una de mis pasiones.

Fui muy sincera, realmente agradezco este detalle. Es muy común en los chicos regalar flores, chocolate, pero que un chico te regale libros realmente es adorable. Además, al tomarme en curva después de que mi llamada no podía ser de negocios a estas horas, no podía seguir comportándome arrogante.

—Al recordar nuestro encuentro por los viñedos, no pude más que pensar que era el escenario perfecto para una historia de Jane Austen. Así es que, tan solo me arriesgue al escoger el regalo.

—Gracias de nuevo, fue correcto el riesgo que tomaste.

—Hablando de riesgos, ¿cuándo crees que podrás arriesgarte a volver al mundo exterior? Todavía tengo que pagar mi deuda por haberte lastimado.

¡Oh por Dios!, ¡Oh por Dios! *Sí, sí, volvió a sacar el tema para salir, pero por favor ¡puedes calmarte y contestar rápido niña! Pero no digas que sí luego, luego, te verás desesperada. Sí, ok, no verme desesperada, compostura.*

—Por lo pronto me arriesgaré mañana. Iremos con mamá al doctor. Por fin me quitaran todos estos chunches que tengo en la nariz.

—Bien, eso es bueno. Cuídate y seguimos en contacto.

¿Qué?, no me iba a invitar a salir. *Hay Romina no hagas dramas, así es el juego cómo en el tenis, él te lanzó la pelota y tu respondiste, así que ahora la pelota está de su lado de la cancha. Tendrás que esperar a que haga el próximo saque. Aunque siendo honesta, creo que está siendo amable contigo. Está preocupado por haber lastimado a uno de los dueños de la compañía que le provee vinos, en especial de haber provocado una lesión a la hermanita menor de su representante de ventas.* La idea de seguir en comunicación con este dios griego hace que

mi corazón vuelva a acelerarse, por un momento no hare caso de mi voz interior que me dice que está sólo siendo amable conmigo.

—Buenas noches.

Antes de colgar, alcanzo a escucharlo decir “Feliz Cumpleaños”.

Capítulo 6

El descubrimiento

Es veintidós de agosto y he regresado a la escuela, después de dos semanas de que iniciaron las clases en la universidad. Voy en el carro con Alonzo, el día de hoy le ha tocado pasar por mí a la escuela. Solo quedan unas pequeñas marcas moradas que me recuerdan el golpe en los viñedos, eso hablando sólo de una marca física. Porque en mi mente siempre tendré una impronta (y una que no olvidaré nunca), el haberme *topado* con Leonardo Bianchessi.

El doctor me ha dado de alta. Ya puedo integrarme a mis actividades normales. Siempre y cuando no representen un esfuerzo mayor, o que no tenga que agacharme, o que no tenga que cargar pesado (lo cual se refería claramente a no cargar a ninguno de mis sobrinos). Incluye también el no manejar, razón por la cual a partir de hoy, que regrese a la universidad y hasta que me den el alta definitiva, se irán turnando entre mis hermanos y mis papas para llevarme y traerme a clases.

Desde ayer ha estado nublado, en las noticias se ha advertido de que se acerca una tormenta. Mientras vamos por la carretera, voy observando el cielo. Las nubes grisáceas que cubren los viñedos de Valle de Guadalupe. El verano está por terminar y me siento muy nostálgica. Lo que más me gusta del verano, aparte del hecho de la vendimia y de mi cumpleaños (el cual este año pasó como si nada, gracias a mi magistral choque con un coloso adonis de mármol), es la temporada de lluvias. No hay nada más sorprendente en el mundo que ver caer la lluvia sobre los viñedos. Lo mejor es estar sentados en familia en el corredor mientras vemos llover y disfrutamos de una agradable tertulia con chocolate caliente y pan recién horneado. Adoro el pan que hace mi nana Matilde. Mientras estoy anhelando que ya llegué esa gran tormenta que se avecina, para poder disfrutar de mi familia, viene a mi mente que todavía me faltan varios trabajos para ponerme al corriente. Así que salgo de mi ensueño de querer disfrutar del chocolate caliente y el pan recién horneado.

El resto del camino voy organizando mis actividades, revisando los pendientes que tengo y haciendo unas llamadas a Lety y a Mario, para avisarles que no podré salir con ellos este fin de semana como lo teníamos planeado. Lety y Mario han sido mis amigos por mucho tiempo; Lety desde que andábamos en pañales y Mario se unió a nosotras en la primaria. Somos algo así como la versión Valle de Guadalupe de los Tres Mosqueteros.

Antes de llegar a casa le pido a Alonzo que pasemos por la embotelladora, necesito ver a Enrique y pedirle permiso para que me deje realizar un estudio de diseño de planta que tengo que entregar para la semana que viene.

Al recorrer el área de producción y envasado del vino, a uno se le puede llegar a romper esa imagen romántica de la película “Un paseo por las nubes”, pues las bodegas en donde se elabora el vino (en cantidades industriales), han perdido la visión de las antiguas haciendas. La tecnología sigue su interminable carrera, debo reconocer que todavía quedan algunos maravillosos rincones llenos del encanto tradicional.

Estoy en el área de envasado, con todos los aditamentos que son requeridos de higiene y seguridad. Podría asegurarte que esta área está tan aséptica como un quirófano (considerando que ya tengo mi experiencia en los quirófanos). La realidad es que, al ver a las personas encargadas trabajando en el área de envasado, observo que no son tan diferentes del todo al personal de un

hospital. Tienen sus cofias, sus cubre bocas, guantes, los trajes blancos y también llevan esas piezas para cubrir sus zapatos. Así como se cuida que en un quirófano no entre ningún elemento ajeno que pueda provocar complicaciones o infecciones; en esta área se evita que entre algún elemento que pueda contaminar el vino y se tengan que tirar producciones enteras. Inclusive también tenemos aparatos que prenden y apagan lucecitas y hacen sus pequeños sonidos cada determinado tiempo, al igual que todos los aparatos raros que vi en el quirófano mientras me preparaban para la operación.

Estoy terminando de poner en mi libreta cada uno de los procesos de esta área, tomando los tiempos que se lleva cada uno de los procesos. Ya realicé las mediciones y cálculos para determinar la cantidad de botellas que envasamos por minuto. Tomo unas fotografías del área, para que no se me vaya ningún detalle cuando estemos realizando el análisis de mejora.

Salgo del área de envasado. Me quito todo el equipo de higiene y lo deposito en los contenedores. Camino rumbo al área administrativa y entro a la sala de juntas, para terminar con mis últimas anotaciones y no perderme de ningún detalle antes de ir a casa. Mamá ya está esperándonos para comer, y considerando que estoy en la embotelladora esperaré a que todos mis hermanos salgan en una hora más, para irnos juntos. Bueno solo espero a Rafa, porque Enrique y Adriano al estar casados se van a comer a sus respectivas casas. En cuanto a Alonzo, él llegó conmigo y es él quien está esperando de mí. Papá, está en casa, algunos viernes él no viene a la planta, se encarga de ver los pendientes de los viñedos y pasar tiempo con mamá.

Prendo el pequeño equipo de sonido que tenemos en la sala de juntas y conecto mi iPod. Estoy escuchando *Come to Me* de *Vangelis* mientras estoy haciendo la distribución de planta, recordando todo lo que el profesor comentó en clase sobre volver los espacios eficientes, reducir los tiempos muertos y en especial todo lo relacionado a evitar re-procesos. Estoy rompiéndome la cabeza, tratando de pensar qué re-ingeniería puedo hacer en esta área. Pero el hecho es que mi hermano Enrique ha hecho un buen trabajo (él también es ingeniero industrial y tiene una Maestría en Administración de Calidad Total). Hace un tiempo se contrató a un despacho de consultoría y se realizó un trabajo exhaustivo para poder obtener la certificación ISO 9001, y en especial porque estamos buscando la certificación OHSAS 18001. Después de todas esas modificaciones llevadas a cabo no encuentro en donde pueda hacer mis aportaciones de mejora. *Romina, nota mental. Hablarle a Enrique más tarde para ver si se puede reunir contigo y hacer un análisis.* Tengo que reconocer que ser la hermana menor me da grandes ventajas académicas. No sólo porque mis hermanos ya han estudiado y se han graduado, también tienen maestría y ya tienen varios años de experiencia laboral. Enrique que es el mayor me lleva 15 años y Alonzo que es el más pequeño me lleva 10 años, así que siempre acudo a ellos para que sean algo así como mis tutores.

—A ver Romina, piensa —estoy pensando en voz alta, realizando mi análisis—. Del proceso dos al proceso tres es en donde tienes tu cuello de botella por tanto ¿qué vas a hacer para mejorar la productividad o en su defecto reducir los tiempos de proceso?...

Estoy haciendo todos mis cálculos, proceso entre tiempo de operación, más el movimiento entre el tiempo de traslado, etcétera, etcétera. Un fuerte golpe sobre la mesa de trabajo provoca que se me acelere el ritmo cardíaco.

Al alzar la vista me doy cuenta que, ha sido Rafael lo suficientemente *simpático* como para darme tal susto, todavía siento mi corazón ligeramente acelerado. Para él debe parecerle algo muy gracioso porque está riendo a carcajadas.

—¡Con un carajo RAFAEL! ¡Eres un completo IDIOTA!, ¡Tú y tus grandiosas ESTUPIDECES!... —heme aquí vociferando a los cuatro vientos.

Si mamá estuviera a aquí ya nos habría puesto como lazo de cochino a los dos. A él por haberme dado tremendo susto y a mí por estar diciendo tanta palabrería, me imagino que mamá ha de estar cansada de que Rafa y yo vivamos peleando todo el tiempo. De repente me doy cuenta de que no está solo, Leonardo se encuentra recargado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre su pecho. ¡Trágame tierra!, y acto seguido cierro mi bocota.

—¿Ya te calmaste fiero? —Rafael me lo ha dicho en un tono, que en lugar de calmarme hace que me enfurezca más.

Ganas no me faltan para ahorcarlo, después de su tonto comentario. Si no fuera porque aquí está presente Leonardo hubiera hecho más rabietas. Tengo tantas ganas de agarrarlo a golpes. Pero tengo que contenerme, no puedo dar tal espectáculo.

—¿Qué quieres? ¿Se te ha perdido algo?, —le con una mirada, que si mis ojos fueran armas ya estaría tirado en el suelo.

Nuestro espectador sigue a pie de la puerta, sin hacer un movimiento, sin intenciones de dar un paso al interior de la sala. Por su postura me hace creer que ha considerado prudente no meterse a mitad de una pelea titánica entre dos hermanos y que se encuentra *mu*y divertido con el espectáculo.

—Tú eres la que está perdida FIERA —si no fuéramos hermanos le hubiera contestado algo así como “FIERA la más vieja de tu casa”, pero lo único que hago es darle un gruñido en señal de protesta—. Acaso no te fijaste que está programada una reunión a la una, antes de meterte a la sala de juntas.

Por más que quiera aventar por la ventana a Rafael en este momento, admito que tiene razón. Es parte de las políticas de la empresa, antes de hacer uso de los espacios o de los equipos debemos cerciorarnos de que estén disponibles.

—Eso no te da DERECHO de actuar de esa manera Rafael. Acaso estás tratando de LUCIRTE, mostrando tu PODER como hermano mayor —o peor aún, está tratando de hacerme quedar en ridículo, considerando que Rafael sospecha algo de que me gusta Leonardo.

—Lo siento FIERA —otra vez con esa palabra, con un carajo, una vez más que me diga fiero y en realidad va a saber lo que es una FIERA FURIOSA—. No era mi intención asustarte, sólo pensaba dar un pequeño golpe en la mesa. Pero reconozco que se me pasó la mano, así que una disculpa. ¿Qué haces?

Bien, ya se ha disculpado y eso ha hecho que se le bajaran unas dos rayitas a mi genio. Mamá nos enseñó a nunca decir “te quiero”, “te amo”, “me perdonas” y “lo siento” si realmente no pretendemos decirlo; así que cuando mi hermano me dijo que lo sentía realmente estaba segura que era así y le respondí ya más tranquila.

—Tarea, debo entregar un trabajo la semana que viene —más calmada vuelvo a dirigir mi mirada a Leonardo, y continuo—. Hola Leonardo ¿Cómo estás?

—Bien, gracias Romina. Evitaré decir que me encuentro divertido al verlos así, no vaya a ser que también te enojos conmigo.

Podría haberme molestado, pero lo único que me provocó es risa. Este hombre logra hacerme reír, aun en este momento en el que me invadía la furia (bien, creo que por algo Rafa se la ha pasado diciéndome FIERA). Ahora que lo pienso, se me hace curioso que justo cuando estaba escuchando *Come to me*, apareciera mi hermano con Leonardo, ha sido como si lo hubiera invocado.

Rafael y Leonardo empiezan a comentar algo, levanto mis cosas, antes de salir de la sala de juntas Rafael me detiene.

—Romy, ¿vas para la casa?

—Sí, pensaba esperarte para ir a comer. Pero no sabía que tuvieras una reunión. Así que creo que ya me voy para la casa.

—¿Con quién vas?

—Alonzo pasó por mí a la uni. Pasé por aquí antes de llegar a casa para hacer una investigación, así que no te preocupes me iré con él, debe de estar en su oficina.

—Los alcanzo en la casa para comer, no nos llevaremos mucho tiempo en esto. Leo, ¿comes con nosotros?

¡¿Qué?! Definitivamente Rafa ya tiene la certeza de que Leonardo me gusta, pero sea lo que sea que se esté proponiendo no lo va a lograr. Y que no me salga con ninguna tontera de que fue por amabilidad, porque nunca se ha invitado a comer a la casa a un cliente, así nada más porque sí. No espero a escuchar la respuesta cuando salgo de la habitación.

He estado absorta en mis pensamientos todo el trayecto a casa, realmente no es mucha la distancia que hay de la embotelladora a la casa. Antes de llegar, Alonzo se me queda viendo y me pregunta:

—¿Y ahora a ti que te pasa Romina?, has estado muy “silenciosa” todo el camino.

Mis hermanos me conocen muy bien. Así hayamos recorrido medio metro, es tiempo suficiente para que yo hable en promedio unas mil palabras por minuto.

—Ahhmmm nada. Sólo estoy molesta con Rafa. Me pego tremendo susto en la sala de juntas y luego para colmo, así como así, invita a comer al tal Leonardo ese.

—¿Y eso por qué te molesta?

—Me molesta por que la comida es un rato para pasar en familia. Y Rafa está invitando a este hombre, que es un cliente. ¿No se supone que nada de llevar asuntos del negocio a la casa?

—Romina, para Rafael, Leonardo no sólo es un cliente que atiende en calidad de Gerente de Ventas. Él y Leonardo son amigos, se conocieron cuando Rafa se fue de intercambio a Nueva York. Tomaron juntos un par de materias y desde ahí han mantenido su amistad.

¡Vaya!, eso sí que no me lo esperaba. No me acuerdo que en algún momento Rafa haya comentado algo al respecto. Aunque es muy claro que siendo él once años mayor que yo, no me deba extrañar que no sepa nada de Leonardo. Cuando Rafa se fue a hacer ese intercambio yo debería haber tenido unos ocho o nueve años.

—Eso explica muchas cosas —digo para mí misma en voz alta.

—¿Qué cosas Romy? —pregunta mi hermano mientras bajamos del carro y empezamos a encaminarnos hacia la casa.

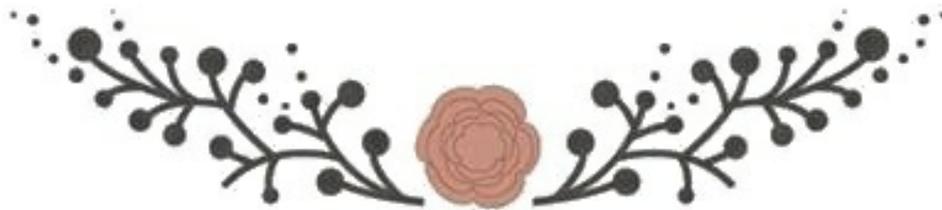
—Bueno... pues el hecho de que lo haya invitado hoy a comer a la casa. Pero también explica el por qué la noche de la vendimia estaba por lo viñedos. Al ser amigo de Rafa, no aplica la norma de que ningún extraño ande por los viñedos sin compañía —me pregunto sí ya los había recorrido con anterioridad.

Después de este dato me doy cuenta de que mi hermano no actúa así por que quiera molestarme conscientemente, lo hace para quedar bien con su amigo (supongo que no podría mostrarse débil con su hermanita pequeña, siempre hemos tenido una batalla campal entre los dos). Por lo que creo (y realmente espero) que todavía tengo una oportunidad de que no se haya dado cuenta de lo mucho que me atrae Leo.

Alonzo se ríe, me figuro que de las cosas triviales que ocupan mi mente. En cuanto cruzamos la puerta de la casa, mi hermano pasa su brazo alrededor de mis hombros y en un rápido movimiento me carga juguetonamente cómo cuando yo era pequeña, colgando como bulto sobre su hombro.

—Nena, creo que hay muchas cosas de nosotros que no sabes y que probablemente nunca conocerás. Y más considerando la diferencia de edades que tenemos contigo.

Sí, supongo que sí. No es lo mismo que tu hermano sea tu confidente y que se lleven una diferencia de uno a tres años, a lo mejor máximo cinco. Pero ya que te lleves más de diez años, sí que hace una *gran diferencia*. Me pregunto si Adriano, que es con quien más me llevo de los cuatro tendrá secretos conmigo. Yo no tengo secretos con él. Los dos hemos sido muy apegados el uno al otro. Todavía recuerdo cuando me comento que estaba muy preocupado porque al parecer su novia estaba embarazada y yo sólo tenía quince años. Obviamente a esa edad que consejo podría darle yo, o que autoridad podría tener para decirle *muy mal hecho*. Pero creo que precisamente eso ha sido lo que lo ha unido más a mí. El hecho de que cuando me platica sus cosas lo único que hago es dejarlo que hable y se desahogue. Y él también hace lo mismo, escucharme, aunque él al ser mayor que yo, muy frecuentemente me da consejos o me da mis pequeños jalones de oreja.



Después de ayudar a mamá y nana, a poner la mesa (poniendo desde luego el lugar extra para nuestro invitado de último minuto), subo a mi habitación con la intención de distraer mi mente. No quiero seguir pensando en los trabajos de la uni, en mis hermanos y sus secretos, y mucho menos en Leonardo.

Estoy parada frente al ventanal de mi cuarto. Tiene una pequeña terraza desde la cual puedo ver los jardines, los rosales y desde luego los viñedos. Esta era la recámara de Enrique, la habitación más grande después del cuarto de mis papas. Al ser él, el hijo primogénito tenía ciertos “beneficios”, pero al nacer yo y ser mujer lo movieron de habitación y a mí me dejaron aquí. La razón por la que mis papás tomaron esa decisión es porque este cuarto y el de mis papas son los únicos cuartos que tienen baño propio, bueno también está el cuarto de visitas (pero dudo que a mis papas les haya agradado la idea de dejarme en el cuarto de visitas en la planta baja).

Disfruto contemplando la vista desde la terraza, observando el panorama, pensando en el tiempo en que mi hermano y Leonardo tienen esta amistad, ¿habremos coincidido en alguna ocasión?, si es así, yo no lo recuerdo. Me distraigo con las nubes, han pasado de oscuras a grisáceas; me deleito con las gotas que han quedado en mi ventana después de la lluvia que cayó a medio día, realizando una danza bastante divertida. Deseo tanto que empiece a llover otra vez, mientras tanto evalúo en qué puedo ocuparme para no tener que estar pensando tanto. Podría ponerme a leer, pero la verdad es que tomar cualquier libro en estos momentos solo me harían especular en las razones que pudieron orillar a Leo para acrecentar mi pequeña reserva bibliográfica, así que Leo no es *algo* que quiero que ocupe mi mente. Podría ver una película, pero la verdad es que tendría que bajar a comer antes de terminar de verla. Qué tal si solo prendo la tele, mmm... nop, más voy a tardar en dar con un programa que me agrada cuando me hablen para ir al comedor.

Lo más conveniente será tomar un baño, espero que el agua caliente me ayude a relajarme. Saber que desde que tenía unos nueve años Rafael ha sido amigo de Leonardo me ha puesto los nervios de punta. Una cosa era saber que me gusta un chico y otra cosa es saber que el chico que me gusta es un gran amigo de mi hermano mayor. Definitivamente no puedo andar como mis

amigas que andaban rondando por la casa a ver si veían a mis hermanos. O como otras amigas, que una gran parte del colegio estuvieron enamoradas de los amigos de sus hermanos.

Es un hecho que ya no estoy en el colegio, y no puedo andar por ahí como una mariposa revoloteando alrededor de las flores (en este caso alrededor del amigo de mi hermano). No, definitivamente no puedo andar aleteando alrededor de Leonardo.

Lo más probable es que Rafa haya platicado de su hermanita, mientras estaba estudiando con Leonardo en Nueva York. *Romina, hazte a la idea de que este maravilloso hombre sólo te ve con cariño (por así decirlo) porque eres la hermana menor de uno de sus amigos.*

Estoy terminando de cambiarme, y el baño no ha sido muy efectivo en cuanto a dejar de pensar en Leonardo, cuando escucho que me avisan que baje a comer.

Capítulo 7

La amistad

Septiembre 2011

Sin darme cuenta que tan rápido ha pasado el tiempo, ya estamos en la segunda semana de septiembre. Esta semana he reanudado las prácticas de natación. El doctor me ha dado el alta definitiva por lo que, puedo reanudar mis entrenamientos.

Estos días han sido *tan* agotadores. Desde luego es normal que sienta tan pesado el entrenamiento si he estado inactiva mucho tiempo desde el accidente en los viñedos y de la operación de mi nariz. Pero tengo que volver a tomar el ritmo, en octubre serán los Panamericanos (y este año será importante pues serán aquí en México, en Guadalajara). He participado en varias competencias de natación, y he obtenido varios premios a nivel regional y nacional, pero es la primera vez que voy a poder participar en un evento de tal magnitud. La razón por la cual nunca busque clasificar a los Panamericanos ha sido porque mis papás no lo habían permitido. No habían querido que me dedicara de lleno al deporte y terminara descuidando los estudios, así que ahora que ya estoy por concluir la universidad me han dado la oportunidad. Si logro tener un buen desempeño en los Panamericanos, podre clasificar para las Olimpiadas, las competencias se realizan en Julio del próximo año y yo para mayo ya me estaría graduando.

La verdad es que tengo tanto miedo de no poder lograr una buena ejecución, un mes sin entrenar es tiempo suficiente para que no pueda obtener el mejor desempeño. Después de haber logrado la clasificación, no podía decir que no participaría luego del accidente en los viñedos. Por lo pronto no pienso soltar el ritmo y sé que los entrenamientos van a ser exhaustivos para poder recuperar el tiempo perdido.

Cerca de las seis de la tarde llego a casa, veo que los carros de Adriano y Enrique están aquí, siendo viernes, lo más seguro es que estén organizando una noche bohemia. Pero considerando que estoy en entrenamiento por lo que no puedo beber alcohol, terminare cuidando a mis sobrinos. No es que no me agrade estar al pendiente de ellos, pero mis hermanos por lo regular dan por hecho que no tengo nada más que hacer y terminan encomendándome la labor de ser la niñera de sus hijos. Esta noche no lo pienso permitir. Así que antes de que me arrepienta, tomo mi celular y marco. Después de unos tonos escucho que atienden la llamada.

- Soy Romina ¿todavía sigue en pie la oferta de salir?
- ¡Romina! ¡Sí desde luego!
- Voy llegando a la casa. Estaré lista como en una hora.
- En una hora pasaré entonces a tu casa.
- Ok, cuídate. Nos vemos.

Al entrar a la casa se percibe tal alboroto en la sala. Me imagino que mis hermanos ya han iniciado “su fiesta”. Enrique y Adriano están aquí con sus respectivas esposas. Rafael y Alonzo han traído a sus novias.

—¡Si no están los gatos, los ratones salen a jugar!, —les digo mientras me desplazo al centro del salón.

Mis papas están celebrando 36 años de casados, así que se fueron a pasar un merecido descanso a Cancún.

—Romina, muchos años antes de que tú nacieras estos ratones han salido a jugar estuvieran o no los gatos.

Comenta Adriano, señalando la mesa en donde hay gran variedad de botanas y la cerveza que tiene en su mano.

Me siento en el descansabrazo del sillón y justo en ese momento entran Alessandra y Rocco, corriendo como si su vida dependiera de ello.

—¡Tía Romy!, ¡tía Romy, vamos a jugar!

Gritan al unísono, jalándome para sacarme del sillón.

—Esta noche no será, jugaremos otro día. La tía Romy tiene una cita.

Como si hubieran dicho “Romina tiene lepra”, todos voltean a verme patidifusos. Justo en ese momento confirmo que, para mis hermanos, he sido la niñera que consiguen sin que tengan que pagarle un solo peso. Me alegro de haber tomado la decisión haber realizado esa llamada. Mis hermanos se tienen que ir haciendo a la idea de que si quieren niñera *gratis* al menos tendrán que primero consultar si estoy disponible.

—Lo siento, tendrán que tomar el teléfono y llamar a una niñera, o, hacerse cargo ustedes mismos de ellos, porque esta noche voy a salir.

—Romy, pensé que esta noche estarías con nosotros. ¿Con quién es tu cita?, —Rafael protesta realmente extrañado a mi comentario, porque normalmente no soy una chica que tenga mucha vida social.

—No tengo tiempo, pasa por mí en una hora.

Sin dar más explicaciones, me levanto del sillón y me encamino para salir de la sala antes de que sigan con el interrogatorio. Les doy un gran beso a mis sobrinos quienes me ven con una cara de tristeza y reproche porque no podré jugar con ellos esta tarde.

—Ah y por favor si llega mientras yo todavía no estoy lista COMPÓRTENSE, en verdad me gusta —grito desde el pie de la escalera.

Nunca había sido tan difícil saber que ropa me voy a poner, pero en esta ocasión voy a salir por primera vez con un chico. Hace un par de semanas había creído que mi primera *cita* sería con Leonardo, pero desde que supe que es uno de los mejores amigos de Rafa, he estado evadiendo ese momento. Lo que menos quiero es terminar enamorada del amigo de mi hermano. Tengo muy claro que al ser más de diez años mayor que yo, no estaría interesado en la hermanita menor de su amigo.

Saco un vestido de tirantes, floreado en tonos verde y azul pastel con blanco. Me pongo unos zapatos bajos de color blanco. Frente al espejo estoy pensando si maquillarme o no, no soy una chica de usar mucho maquillaje. Mamá siempre me ha dicho que las mujeres al natural con un pequeño retoque se ven bien, para que el día que se requiera hacer uso de un verdadero maquillaje pueda sorprender. Por lo que decido sólo usar un poco de polvo facial, un toque de rubor, rímel para las pestañas y brillo labial.

Doy un último vistazo en el espejo y todo parece perfecto, tomo mi bolsa y una ligera chaqueta. En septiembre ya empieza a sentirse fresco por las noches. Estoy cerrando la puerta de mi cuarto cuando escucho que tocan el timbre.

Al entrar al salón veo un visitante, pero no es el chico que estaba esperando. Es Leonardo. Por lo visto ha sido invitado a la reunión (desde que llegó a Ensenada Leo y Rafa han reforzado su amistad. Yendo y viniendo. Fiestas, reuniones, comidas, en fin, todo lo necesario para que yo termine de hacerme a la idea de que Leonardo Bianchessi está fuera de mi alcance). Una razón de más para alegrarme de haber aceptado por fin la invitación de Yair.

¡Por Dios!, se me hace tan difícil no pensar en él. Esta noche se ve tan guapo. Lleva un

pantalón de mezclilla con una playera polo en un violeta claro. Se ve tan relajado, tan casual, que me encantaría no haberle aceptado a Yair la invitación para salir esta noche. *Basta Romina, no te distraigas en lo que no puede ser. Si sigues con la idea de Leonardo terminarás con el corazón roto. Mejor ve a lo seguro.* ¿Mi voz interior diciéndome que vaya a lo seguro?, de cuando acá me sale muy preocupada porque me pase algo. Normalmente es mi voz la que me incita a hacer todas las locuras como aprender windsurfing y cosas por el estilo.

—Hola Leo, buenas noches —digo tratando de sonar desinteresada de la visita de *nuestro amigo*, aunque la verdad no puedo evitar que mi corazón esté a punto de salirse de mi cavidad torácica por la emoción que me ha dado verlo.

—¡Romy, te ves muy bien! No sabía que la reunión de hoy era muy formal —dice, su mirada ha recorrido de mi rostro a mis pies y de regreso.

Supongo que lo de la reunión formal iba en respuesta al vestido que traigo puesto. También ha de haber notado el maquillaje, porque diario solo uso brillo labial.

—¡Oh, esto!, —digo mientras señalo mi vestido tratando de no dar tanta importancia—. Sólo me puse lo primero que encontré.

—Si claro, “lo primero que encontré”. Romina, tu nunca encuentras lo primero en el closet. Siempre tardas tanto en ver que vas a ponerte —dice Rafael, como siempre buscando molestarme—. Y esta noche que vas a salir, mucho menos creo que NO hayas invertido tiempo eligiendo tu ropa.

—¿No vas a pasar la velada con nosotros?, —dice Leonardo mientras da una rápida mirada a Rafa buscando alguna respuesta.

—Oh, no. Otra ocasión será.

Y antes de que pueda seguir dando más explicaciones, suena el timbre (gracias a Dios), camino lo más rápido que pueda para desaparecer de la sala.

Yair está ahí en la puerta, trae un ramo de rosas. Se ve tan bien (bueno, no como Leo, creo que nadie podría verse como él). Trae puesto un pantalón de gabardina color caqui, combinado con una camisa de manga larga en azul cobalto (esa camisa combinaría muy bien con los ojos de Leonardo). *Ya basta Romina, concéntrate.* Sí, cierto, trae mocasines color miel.

—¡Wow! ¡Romina te ves guapísima!

Percibo que la sala está muy silenciosa, me imagino que están tratando de escuchar la conversación. Supongo que para mis hermanos es una novedad que un chico venga a la casa en calidad de “pretendiente”. Ellos saben muy bien que he rechazado a todos los chicos que anteriormente me invitaron a salir. Así que no pienso seguirles dando más tiempo de escucha, tomo las flores y las pongo en la mesa que está a un lado de la puerta en el recibidor. Agarro el brazo de Yair dispuesta a salir lo más pronto posible de la casa (escapar, diría yo, antes de que mis hermanos hagan algo).

—Gracias por las flores, ¿nos vamos?

—Desde luego. ¿Tienes alguna hora para regresar?

Empiezo a articular mi boca para decir que no, cuando se escucha desde la sala la voz de Enrique que grita que a la una por muy tarde debo estar de regreso. Comenta algo de que al estar mis papas él está a cargo de mí.



Tomamos la carretera en dirección hacia Ensenada. Aquí en Valle de Guadalupe hay buenos restaurantes, pero por muy tarde están cerrando entre las nueve y diez de la noche.

—¿Tú hermano mayor supongo?, —asiento con un ligero movimiento de cabeza—. Sonó algo sobreprotector —dice mientras pone el iPod en el estéreo del coche.

—Bueno creo que no hay hermano que no sea sobreprotector con su hermana pequeña.

El resto del trayecto le platico de mis cuatro hermanos, de la gran diferencia de edades que nos llevamos y de cómo ha sido vivir con ellos siendo la única hija y la más pequeña de todos. Él es hijo único por lo cual se le hace extraño el hecho de que nosotros seamos cinco. No se hace a la idea de él viviendo con otros cuatro hermanos.

Llegamos al estacionamiento de un restaurant. Y de todos los restaurantes que hay en Ensenada, se le ocurrió venir a éste. El restaurant de Leo. Estoy tranquila, porque sé que Leonardo está en mi casa y no voy a toparme con él esta noche, pero el saber que es *su* restaurant me pone algo intranquila.

La cena estaba sublime. Soy amante de la buena comida y definitivamente es un lugar al que debo regresar, sólo que debo hacerme a la idea de que no siempre correré con la suerte de que Leonardo no esté aquí.

Yair es una grata compañía. No me puedo quejar, tiene un gran sentido del humor, hemos platicado sobre sus gustos, sus proyectos, la maestría que pretende hacer en Alemania al concluir la universidad. Es un chico consentido al igual que yo, solo que en su caso es por ser hijo único. A pesar de tener una gran química, mi mente no ha estado del todo en la velada. Cada cinco minutos no hago más que pensar en Leonardo.

Al cuarto para la media noche llegamos a la casa. Adentro se ve que la reunión está a todo lo que da. Le pregunto a Yair si quiere entrar un rato a la casa.

—Supongo que si no entro tus hermanos podrían verlo como que les tengo miedo.

—No lo sé, ¿te preocupa lo que mis hermanos piensen?, —me rio torpemente ante la idea de mis hermanos teniendo que dar aprobación de con quien salgo.

—La verdad no. Pero, es un hecho el que me gustas mucho y supongo que si quiero seguir saliendo contigo, en algún momento tendré que lidiar con ellos.

—Oh, ya veo. Así que pretendes seguir saliendo conmigo —muerdo mi labio para esconder la sonrisa ante el pensamiento de que alguien esté interesado en mí.

La idea me parece muy agradable, aunque mi voz interior me ha dado una gran reprimenda en cuanto a usar a un chico para intentar no pensar en otro. Pero en esta ocasión no pienso hacerle caso. Salir con alguien no implica que ya me esté casando con él, ¿cierto?, y supongo que será una distracción diferente aparte de salir con mis amigos, los entrenamientos y la escuela.

Escucho música que proviene del patio trasero. Mis hermanos han prendido una fogata y están *muy* animados. Quién sabe cuánto han tomado desde que me fui, pero todavía no están en un estado inconveniente.

Cuando nos ven entrar, Alonzo deja de tocar la guitarra y hace una señal (aparentemente

imperceptible para quienes no dominan la comunicación no verbal entre hermanos) señalando de que la princesita ha llegado a casa antes de que el carruaje se le convierta en calabaza. Las miradas de todos los presentes se centran en nosotros (desde luego que incluye la mirada de Leonardo).

—Yair, esta es mi familia. Adriano y su esposa Alejandra, él es Enrique y ella es su esposa Rebecca, él es Alonzo y ella es Olivia su novia, este loco de aquí es Rafael y su novia Fernanda y él es Leonardo amigo de Rafa —digo señalando a cada uno de ellos respectivamente al decir sus nombres—. Chicos, él es Yair.

—Que tal. Buenas noches —dice con mucho dominio de la situación, la verdad es que si está intimidado por mis hermanos no se le nota para nada.

—¿Una cerveza Yair o que tal una copa de vino?, —Alonzo le pregunta mientras nos hace señas para tomar asiento.

—No, muchas gracias —responde Yair tomándome de la mano, lo cual me hace sentir muy extraña ante las miradas de mis hermanos.

—No estarás intentando hacernos creer que no bebes, ¿verdad Yair?, —dice Rafael, con una inflexión bastante sarcástica, llevando su mirada de nuestras manos entrelazadas al rostro de Yair.

—No para nada, no ha sido esa mi intención. La verdad es que todavía tengo que regresar a Ensenada y ya bebí algo de vino en la cena.

—Romy, creo que tú tampoco deberías beber, luego tienes accidentes, como el de los viñedos.

Ese comentario de Rafael ha sido un golpe bajo, y no sé si lo está haciendo para hacerme quedar mal con Yair o con Leonardo, o en el pero de los escenarios con ambos.

—Por mí no te preocupes RAFAEL, estoy en entrenamientos y el entrenador me mataría si me saliera de la rutina.

Alonzo comienza a tocar la guitarra y a cantar. Me da un guiño y una sonrisa se extiende hasta su mirada. Adoro a mi hermano, a quien con una mirada doy gracias por haber roto este momento tan extraño e incómodo.

La guitarra pasa de manos de uno a otro de mis hermanos, y ha sido una noche agradable. Yair se ha integrado bastante bien; sin embargo, yo no he podido estar tan tranquila. Durante toda la noche Leonardo y yo hemos cruzado nuestras miradas en repetidas ocasiones y eso me ha mantenido muy desconcentrada, inquieta diría yo.

Cerca de la una de la mañana, Yair se acerca a mí y me dice al oído que ya debe retirarse, todavía le queda por delante una hora de camino. Lo acompaño camino hacia la entrada principal, pero antes de salir de la vista de mis hermanos, ¡BAM!, sin previo aviso me da un beso en los labios. Ese beso me ha hecho sentir tantas cosas. No suelo ir por la calle besando chicos, así que el hecho de que me roben un beso de la nada me ha hecho sentir de alguna manera como en el cielo. Me hace sentir esperanza de que haya alguien a quien le gusto. No es mi primer beso. En la secundaria llegamos a jugar un par de veces a la botella. Pero sí que es mi primer beso de un chico que me ha dicho que pretende salir conmigo y que me gusta.

Cuando regreso al jardín, todos están sentados ahí esperándome, incluyendo mis cuñadas. Mis hermanos tienen una hosca mirada. Mis cuñadas en cambio tienen una mirada divertida, me imagino que por que han tenido que lidiar con sus esposos y novios celosos de que por primera vez su hermanita pequeña haya llevado a un chico y que este la haya besado, frente a ellos.

—Bien Romina, ¿tienes algo que contarnos?, —pregunta Adriano, su voz es fría, ¿está molesto? No puedo saberlo a ciencia cierta, pero me ha dado escalofríos que él sea quien lo pregunte y más después de ver como se han tensado los nervios de su mano mientras hacia un puño con ella.

—No que yo sepa —le respondo en un muy mal tono, más por miedo que por valentía.

—¡Mira niña déjate de jueguitos! Somos tus hermanos y Adriano te ha hecho una pregunta — Enrique bufó en un tono bastante torvo, si le habla en este tono a mi cuñada cuando está enojado la compadezco.

—¡Es mi novio y me gusta! —grito, me quedo helada. No sé si por haberles gritado, o por las palabras que salieron de mi boca. Pero, ya lo dije y no pienso retractarme en este momento. Cambio un poco mi tono de voz y más calmada continuo—, así que les voy a pedir con todo RESPETO que NO SE METAN.

Sinceramente les dije esto no por que estuviera retándolos a ellos. Me sentí acorralada, nunca los había visto así conmigo y no supe que más responder. Me siento muy extraña al saber que otra de las razones por las cuales, inconscientemente lo dije, es por qué quería ver qué cara pondría Leonardo. No soy muy experta leyendo las reacciones, pero pude ver que como apretaba la mandíbula (sé que no necesariamente dice nada), era más cómo si de alguna manera se mantuviera fuera del problema entre mis hermanos y yo. También sé que voy a tener un gran conflicto, porque tendré que decirle a Yair que les he dicho a mis hermanos que es mi novio y se complicarán más las cosas al tener que desenredar todo este embrollo que he creado.

Alonzo alza la voz y empieza a decir no sé qué cosas, porque antes de que pueda entender que es lo que está tratando de decir (mejor dicho, vociferar), Rebecca toma la palabra. Dice varias cosas, en las que les recuerda que ya tengo veintiún años, que no pretenderían que me quedara siempre en casa como la niña pequeña. Que en algún momento dado yo empezaría a salir con chicos y que ha llegado el momento. Los comentarios van respaldados por mis cuñadas y cada una de ellas logra calmar a las fieras que tengo por hermanos. Gracias a Dios por mis cuñadas, a pesar de lo que muchas personas puedan decir, me llevo muy bien con ellas y muchas veces han tenido que intervenir por mí cuando mis hermanos exageran en su papel sobreprotector.

¡Genial!, en estos momentos no sé qué tan bueno o malo ha sido que mis papás no hayan estado aquí esta noche. Mis hermanos continúan con la fiesta, se han relajado (un poco, realmente todavía se puede percibir algo de tensión). Me siento en la escalinata que viene de la casa al jardín. La verdad es que estoy sentada ahí como un perro apaleado, intentando evaluar la magnitud del impacto que acabo de generar.

Hay Romina, ahora sí que la has sabido armar en serio. No podías solo haber dicho que es un chico que te gusta y que pretenden salir a ver qué pasa. NO, en lugar de eso, tenías que haber abierto tu gran bocota y tirar a quema ropa “ES MI NOVIO”.

Ahí estoy regañándome a mí misma, sintiéndome tan miserable, veo a Leo acercarse a mí, y lentamente se sienta a mi lado.

—Así que ya tienes novio.

Me limito a sólo levantar los hombros.

—Vaya, tremendo balde de agua fría que les has tirado a tus hermanos, por como reaccionaron parecía que le pusiste muchos hielos a esa agua.

—Sí, bueno... —estoy contemplando la posibilidad de decirle la verdad, pero no estoy para andar dando explicaciones—. supongo que no se lo esperaban. Me temo que no fue la mejor manera de que se enteraran.

—No, créeme que no se lo esperaban. No podían creer que un chico hubiera pasado por ti para salir, pensaron que apenas se estaban conociendo. Comentaron que conociéndote terminarías cansándote pronto de él. Pero así, como así, les sueltas que es tu novio.

—No tenía pensado decírselos así. Es solo que se empezaron a poner muy densos, y me pusieron nerviosa.

—Bueno, ya tendrán tiempo de asimilar las cosas. Cambiando de tema. ¿Por qué has estado

evitándome?

¡¿Qué?!, es en verdad esta su gran idea de cambiar de tema, pasamos de estar preocupada por la reacción de mis hermanos al tema de estar preocupada por no reaccionar de más ante Leonardo.

—Yo no te evito.

Mentira Romina, cada que puedes sales corriendo con cualquier pretexto para no estar cerca de él. Desde luego que yo tengo muy claro por qué lo evito. No quiero terminar enamorada de él y acabar sufriendo por no poder ser correspondida. Pero esto es algo que él no tiene por qué saber.

—Pues pareciera que lo haces. Siempre que estamos en una misma habitación encuentras una razón para irte.

—¡Oh! —digo, como si me sorprendiera el comentario, cómo no dándole mucha importancia. Cómo si no me hubiera dado cuenta de ello—. No es que esté tratando de evitarte por alguna razón particular. Veras, mamá siempre me dijo desde niña que no esté de entrometida en las cosas de mis hermanos, y normalmente eso es lo que hago cuando ellos están con sus amigos, no andar merodeando si no tengo razón para estar ahí. Eso es todo.

Esta parte es cierta, siempre lo ha dicho mamá. Pero no puedo decirle que también está el hecho de que no puedo estar mucho tiempo con él en la misma habitación porque mi corazón empieza a latir tan fuerte provocándome que mi respiración se vuelva más acelerada. Obviamente no le puedo decir que estar cerca de él me perturba tanto.

—Entiendo. Sé cómo podemos solucionar eso.

—¿Ah sí?, —no puedo evitar una expresión de incertidumbre y por la risa que da, me imagino que mi cara le ha de haber dado mucha gracia—. ¿Cuál es tu propuesta para solucionarlo?

—Fácil. Seamos amigos Romina.

Capítulo 8

El secuestro

He pasado toda la noche intentando ver que meter a la maleta. Siempre que salgo de viaje me pasa lo mismo, doy y doy vueltas por mi cuarto y después de tres o cuatro horas termino con la titánica misión de empacar. Pongo unas playeras en la maleta y me siento a ver la tele. Es hora de meter el traje de baño, el bloqueador y me siento otro rato, hablando por teléfono con Lety, platicando de lo emocionadas que estamos de pasar este fin de semana largo y de la gran cantidad de margaritas que beberemos para celebrar la independencia de México (aunque en mi caso serán unas cuantas, no puedo beber en exceso cuando estoy en entrenamiento).

Es la primera vez que mis papas me dan permiso de salir de viaje, sin que vayan ellos o tengan que ir mis hermanos. Así que tengo que admitir que estoy emocionada (no es que esté planeando realizar grandes locuras) lo cual hace que me cueste algo de trabajo conciliar el sueño.

Por fin es jueves, obviamente mañana dieciséis de septiembre no hay clases, y estoy contando los minutos para abordar el avión y gozar del fin de semana en los Cabos^[6] con mis amigos. Disfrutar del sol tendida en la arena en la playa, observar las maravillas que ha creado Dios (y no sólo hablo de la naturaleza, sino de los chicos), y beber margaritas al lado de la piscina.

Al subir al avión guardamos nuestras cosas en los compartimentos y tomamos nuestros asientos. Aquí estamos D'Artagnan y los tres mosqueteros; Yair, Mario, Lety y yo. Ahora que Yair es *mi novio* no podía faltar. ¿Cómo se tomó Yair todo el asunto con eso del *novio*? Pues, después de mi metida de pata al decir que era mi novio a mis hermanos, no me quedó más remedio que comentarle lo sucedido. Para Yair fue lo mejor que le había pasado, y me dijo que no era necesario pretender que somos novios ante mis hermanos y mucho menos desenmarañar aquel nudo que arme aquella noche por molestar a mis hermanos. Así que en este momento oficialmente somos “novios”.

Si salimos a tiempo como está programado el vuelo, estaremos llegando alrededor de las cinco de la tarde, con tiempo suficiente para instalarnos, refrescarnos un rato en la piscina y alistarnos para dar el grito de independencia en uno de los mejores antros del lugar.

Saco mi iPod de la bolsa y me pongo los audífonos, cierro los ojos e intento relajarme, siempre me pongo muy nerviosa en los despegues y aterrizajes. En realidad, a lo que temo es estrellarme contra el suelo desde las alturas a una gran velocidad. Escucho a Lety comentar algo, por su tono de voz, está muy sorprendida, pero no hago el intento de abrir los ojos.

—¡Romina!, ¿A que no sabes quien acaba de abordar el avión?

—No, ni idea. A menos que sea Zac Efron, Ian Somerhalder o Jhonny Depp, no me interesa saberlo.

—¡Hola duende!

Debo de estar soñando, porque me pareció haber escuchado la voz de Rafa diciéndome “Hola duende”. Abro los ojos. ¡Con un carajo! ¿Qué demonios está haciendo mi hermano aquí?, y no viene solo, viene con su novia y con Leonardo (bueno, y con Leonardo siempre viene pegado como estampilla Julián). Me he preguntado muchas veces, ¿qué no se enfada Fer que Leo últimamente anda con ellos frecuentemente?

—Intente advertirte Romy —me comenta Lety en voz baja—, para que no te tomara por sorpresa.

—¿Qué carajos haces aquí Rafael?, —le digo tratando de no alzar demasiado la voz, pero estoy

tan molesta que podría gritarle lo más fuerte que mi garganta lo permita.

—No eres la única que puede tomarse un descanso en este fin de semana Romina. Además, de verdad creíste que mis papas te dejarían venir sola a un viaje donde viene TU NOVIO. No te ofendas, nada personal —esto último lo dice dirigiéndose a Yair, él sólo se limita a alzar los hombros en señal de no importarle mucho.

—Hola Romy, créeme que intenté detenerlos —intenta explicar Fernanda haciendo hincapié en que ella trato de persuadirlos de esta locura—, pero ya conoces a Rafa, de que se le mete una idea, no hay poder humano que pueda hacer algo. Además, era yo contra estos dos y no pude hacer nada

Por lo que veo esta tonta idea fue de Rafa o de Leonardo, de quien quiera que fuera la idea, ¿qué demonios estaban pensando?, mis papás ya me habían dado permiso de venir sola, aún después de enterarse que Yair es mi novio.

Terminan de guardar sus cosas y toman asiento. Leonardo no comenta ni una sola palabra, pero tiene una gran sonrisa instalada en su rostro, me imagino cuanta gracia debe estarle provocando este momento. Pero alguno de los dos tiene la culpa y me la van a pagar en cuanto lo averigüe. Con eso que ahora Leo y yo somos “amigos”, que no crea que se va a escapar de una buena si fue su idea y mucho menos crea que tiene el derecho para estarse entrometiendo en mi vida.

Lety y Mario se la han pasado tratando de que se me baje el coraje, pidiéndome por favor que no permita que mi hermano nos arruine el fin de semana. Yair todo el vuelo ha tomado mi mano, y veo que ha estado provocando a Rafa, es una manera de decirle “aunque estés aquí no voy a dejarla sola, no me intimidas” ¡Hombres!

Estoy seriamente considerando si debimos haber hecho este viaje, primero se aparecen Leonardo y Rafa con Fernanda y ahora la aerolínea ha perdido mi equipaje.

Después de llenar los formularios necesarios para la reclamación del equipaje, hemos llegado al hotel. Considerando que no tengo ropa que ponerme, les he comentado que la idea de ir al antro no me parece nada factible. De modo que hemos decidido celebrar la independencia en uno de los restaurantes del hotel.

Bien Romina, tienes que animarte. No siempre en la vida hay buenos momentos todo el tiempo, además, no puedes andar con tu carota. No dice el dicho “si la vida te da limones has limonada”, así que ponle mucha azúcar y hielos a esta limonada y bébetela. Bueno, mi voz interior me ha convencido de que no tiene caso seguir molesta y menos por tonterías. Me integraré alegremente a la celebración. Después de cenar y haber visto el grito de independencia en las pantallas, se alegra la fiesta con los mariachis y más tarde el lugar se anima con muy buena música para bailar.

Pasados unos minutos después de las dos de la mañana entramos a la habitación. Lety me ha prestado un short y una playera para dormir esta noche. Espero pronto encuentren mi maleta, no puedo estar todo el viaje pidiéndole a Lety que me preste ropa. Fernanda también se ha ofrecido a prestarme ropa en lo que aparece mi equipaje, pero al ser ella más bajita que yo, lo más seguro es que uno de sus shorts me quede como ropa interior y sus vestidos como blusas; sin embargo, le agradezco el detalle. Las tres nos hemos quedado en una habitación. Mario y Yair comparten habitación, y mi hermanito con Leonardo comparten otra (en cuanto al chico de seguridad que siempre acompaña a Leo de sol a sol, no tengo ni idea si tiene asignado un cuarto o pasara toda la noche afuera de la habitación de Leo como en las películas).

Después de cambiarme y acomodarme en la cama decido investigar de quien ha sido la grandiosa idea de venir de chaperones.

—Fer, ¿de quién fue la idea de venir con nosotros?

—Pues creo que en parte de tu hermano y en parte de Leo.

—Así que los dos son culpables, ¿cómo convencieron a los papas de Romina?, —Lety pregunta, y debo reconocer que realmente quiero saber cómo se las ingeniaron para convencerlos.

—La realidad es que no los convencieron —nos responde Fernanda.

—Si no los convencieron, ¿entonces que hacen aquí?, —cuestiono ya en un tono de molestia e indignación, con unas ganas de ahorcar a estos dos locos.

—Veras, tu hermano y yo estábamos en el cine. Entonces empezó a hacer comentarios de que no podía comprender por qué razón tus papas te habían dado permiso, aún sabiendo que tenías novio, que ese muchacho no le parecía adecuado para ti y no sé cuántas cosas más. Creme, que realmente intentó convencer a tus papas de que no te dieran permiso, pero ellos le recordaron que ya no eras una niña y que sabían que no traicionarías su confianza, estaban muy seguros de los valores y principios que habían dado a cada uno de sus hijos. Así que como no consiguió el apoyo de tus papas, fue a buscar refuerzos con Leonardo. De él fue la idea de que, si tus papas no hacían nada al respecto, nosotros deberíamos venir de “chaperones”.

—Juro que ya encontraré la manera en la que esos dos me las paguen.

—Eso será divertido Romy, en cuanto sepas que les vas a hacer me dices y si te puedo ayudar cuenta conmigo. A veces creo que a mi *noviecito* le hacen falta algunos límites.

—Cuenten conmigo, además entre las tres algo interesante se nos ocurrirá —nos dice Lety, con una pizca de picardía y travesura en su rostro.

Después de ver la cara de Lety y pensar realmente que podríamos hacer contra esos dos, reímos a carcajadas y nos disponemos a dormir para poder disfrutar de nuestro viaje en este paradisíaco puerto.



Es cerca del mediodía. Estoy literalmente *desparramada* en un camastro, pienso aprovechar al máximo del sol y de estos días de tranquilidad (como todavía no ha aparecido mi maleta, he tenido que comprar un traje de baño y artículos personales). No pienso moverme de este lugar, mi intención es disfrutar al máximo del maravilloso clima que nos ofrece los Cabos en estos últimos días del verano.

Lo único que nos ha hecho dejar la alberca ha sido el hambre. Al regresar de comer me informan en la recepción de que la aerolínea ha llamado para notificar que ya tienen mi equipaje y que no tardarán en entregarlo en el hotel. Comentan que en cuanto llegue lo subirán a mi habitación.

Una vez entregada mi maleta, me dispongo a revisarla y no falta nada. Estamos en la habitación y es toda una pajarera, imagínate tres chicas en sesión de belleza para ir al antro. Los Cabos no tiene muchos lugares para la vida nocturna; sin embargo, los que existen se han ganado una muy buena fama, en la que todavía no has terminado de disfrutar la fiesta cuando las primeras luces del día empiecen a brillar por el horizonte.

Fernanda y Lety se las han arreglado para convencerme de que me ponga unas zapatillas. *Madre mía*, me siento tan extraña (siempre ando con zapatos bajos o tenis, por mucho, zapatos de

no más de cinco centímetros), para mí estas zapatillas de casi quince centímetros ya son zancos. Fer me ha marcado los ojos con sombras y un delineador negro, comentando algo relacionado a que los ojos ahumados están de moda. Hemos terminado con esto de “mi sesión de maquillaje”. Lety me dice que me veo encantadora, que si no fuera porque mis hermanos son tan celosos debería considerar la carrera del modelaje. Gracias a Dios que en lo único que no pudieron convencerme es en ponerme un vestido diminuto, y puedo usar uno de mis vestidos, uno con el cual me siento más cómoda sin tener que estar preocupando a cada instante de lo “mucho” que podría mostrar. No entiendo como las chicas pueden andar con esos vestidos en los que es muy fácil enseñar la cruz de su parroquia.

Cuando bajamos al lobby, los chicos ya estaban esperándonos. En cuanto nos ven han puesto una cara, esas miradas nos han confirmado lo bien que nos vemos. Mientras vamos caminando, varios pares de ojos se dirigen hacia nosotras y aunque me cueste reconocerlo, me agrada que muchas de ellas son para mí. No estoy acostumbrada a recibir tantas miradas. Quizá sea porque no salgo arreglada de esta forma.

Yair se ha puesto celoso y ha dejado de tomarme de la mano para pasar su brazo alrededor de mi cintura, para que todos los que me voltean a ver sepan que llevo compañía. *Hombres*. La atención que estoy recibiendo por parte de los demás turistas no pasa desapercibida por nuestros acompañantes, Leonardo pone unos ojos cada que un chico voltear a verme, y también para mi hermano Rafael que no pierde oportunidad para molestarme.

—Romina, más te vale que no se te haga costumbre salir así y tu Fernanda a ver si dejas de seguirle la corriente en todas estas locuras.

—Rafael, no la molestes. No puedes esconder que tu hermana ya es una mujer. Y una mujer muy guapa. Así le pongas un hábito encima seguirá llamando la atención —le responde Fernanda y le da un beso en los labios, para que cierre su bocota y deje de estar molestando.

—Pues no sería una mala idea —dice después de hacer un gran esfuerzo por dejar de besarla. Lo pero del caso, es que creo que lo está pensando realmente.

—¡Ya basta Rafa! —Fernanda reprende a mi hermano y pone su dedo sobre su boca en señal de que ya guardé silencio y se acabe esta conversación.

Al ser fin de semana largo, hay muchos turistas aquí en los Cabos. El antro está a reventar, nos ha costado trabajo conseguir una mesa (bueno no tanto después de que Leo entregó una de sus tarjetas de presentación a uno de los chicos de la entrada). Nos han traído nuestras bebidas, yo tomare sólo un par de margaritas y después me dedicare a beber agua mineral.

No he parado de bailar en toda la noche y la verdad es que todos estamos de muy buen humor. Mario ha ido a la barra por unas bebidas para él y Lety (empiezo a sospechar que estos dos después de tantos años de convivencia van a terminar juntos). Yair ha ido al baño, así que Lety y yo tomamos asiento mientras los demás siguen en la pista de baile. Leo me da un guiño y me hace señas de que vaya a la pista, con la mano le indico que, en un minutito, primero necesito algo de beber. Justo en ese momento el mesero se acerca a nosotras y nos ha traído dos copas de champagne.

—Nosotras no hemos ordenado esto —le digo haciendo señas para que lo retire.

—Lo sé señorita, las ha mandado el joven de aquella mesa —nos señala a un joven de unos treinta y cinco años.

—No podemos aceptarlas. Gracias.

Mamá siempre me ha advertido de no aceptar bebidas de desconocidos y menos en un antro, en la actualidad uno nunca sabe las intenciones que tienen algunas personas. Además, se me ha hecho de mal gusto que viendo que venimos acompañadas se haya tomado tal atrevimiento.

Así que no pienso seguir ahí en la mesa, las miradas de ese hombre hacia nosotras me han hecho sentir bastante incomoda y más ante la insistencia del mesero en aceptar las bebidas. Sin muchas explicaciones, propongo a Lety que esperemos a Mario y a Yair en la pista de baile junto a los demás.

—Me da gusto verte en la pista. La verdad es que no me ha gustado nada la manera en que ese hombre las ha estado viendo —con un movimiento de su cabeza señala al hombre que minutos antes nos ofreció las bebidas y que todavía sigue observándonos.

—La verdad es que ni a mí. Así que si lo que pretendía era “ligarnos” verá que no estamos solas.

—Ya veo que aun a estas horas todavía puedes pensar —me dice mientras yo le saco la lengua, en respuesta me da una sonrisa y continuamos bailando.

Cerca de las cuatro y media de la mañana ya estoy cansada. Les digo a los chicos que ya deberíamos irnos, comentando que aún estoy en entrenamiento y no debo abusar mucho de mí “libertad controlada”.

Antes de disponernos a salir, le pido a Lety que me acompaña al baño, eso es lo que pasa cuando tomas muchos líquidos. Me lavo las manos y me refresco un poco la cara, con el clima tropical y después de no haber parado de bailar en toda la noche me siento bastante acalorada.

Al salir del baño la música sigue sonando a todo volumen, caminamos por el pasillo que conduce al área de los baños. Dos hombres nos bloquean el paso, antes de que podamos gritar o salir corriendo ya nos están arrastrando por una salida de emergencia al final del pasillo a un lado del acceso a los baños. Todavía hay bastante gente y por más que intento ver a alguno de los chicos es inútil.

La puerta da a la parte posterior del lugar, todo parece indicar que es el lugar de carga y descarga de proveedores. Hay una camioneta negra a la cual nos meten, me he estado resistiendo, han sacado un arma y nos han amenazado con matarnos si intentamos hacerle de heroínas.

Al momento en que nos suben a la camioneta nos vendan los ojos y nos amordazan. Amarran también nuestras manos para que no podamos escapar. La camioneta arranca. Tengo tantas cosas dándome vuelta por la cabeza, si es un secuestro, si van a hacernos daño o peor aún si después de obtener lo que quieran van a matarnos. Lo único que puedo hacer en esos momentos es rezar.

Capítulo 9

El rescate

No podría asegurar cuanto tiempo ha pasado desde que se puso en marcha la camioneta, por más que he tratado de tener todos mis sentidos alerta. El motor del coche se apaga y escucho que uno de los hombres le dice al otro que llame al “jefe” para informarle que la mercancía ya ha llegado.

—El jefe dice que tardará en llegar. El río está revuelto y no quiere levantar sospechas.

Abren las puertas de la camioneta y ya nos están arrastrando. Se escucha que abren unos cerrojos, me parece que han sido unos dos o tres. Nos conducen todavía unos metros después de la puerta, percibo que abren otra puerta. Nos avientan dentro una habitación. Yo caigo de rodillas y me doy un buen golpe al no poder meter bien las manos para evitar la caída.

Cuando confirmo que han cerrado la puerta y que los hombres se han quedado fuera, me llevo las manos a la cara para quitarme la venda de los ojos y la mordaza que tengo en la boca. ¡Dios mío!, veo que aparte de Lety hay otras cinco chicas y todas lucen igual de asustadas que nosotras. La luz que hay en la habitación es muy tenue, a penas y se puede ver, con tan solo una luz muy débil en una de las esquinas. Me acerco a Lety quien también ya se ha quitado las vendas de la cara y la ayudo a quitarse los amarres de las manos y ella me ayuda a quitarme las cuerdas de las mías. Nos quitamos las zapatillas para estar *más cómodas*, como si estando encerradas en este cuchitril pudiéramos estar *confortables*.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que nos encerraron en este cuartucho, he perdido la noción del tiempo. Las pocas palabras que cruzamos con las chicas no me sirven de nada, saben exactamente lo mismo que nosotras que las sacaron de un lugar. Sólo que ellas recuerdan haberse sentido mal y que dos hombres se acercaron a “ayudarlas”, después no recuerdan nada hasta despertar en este lugar.

Les digo que tratemos de calmarnos, que no podremos hacer nada si estamos tan histéricas. He entrenado kick boxing y defensa personal, pero la verdad estoy considerando si debo hacer algo. Estos hombres están armados y aun pensando en poder desarmar a uno queda el otro. Eso sólo suponiendo que sean sólo ellos dos, realmente no estoy segura si hay más hombres. Por lo que me acerco a la puerta para intentar escuchar si hay más de dos voces.

No alcanzo a escuchar claramente de que están hablando por que están alejados de la puerta, pero confirmo que sólo hay dos personas (me imagino que los que nos trajeron a Lety y a mí).

Ha pasado mucho tiempo, no podría realmente saber si fueron minutos u horas, escucho el motor de un auto y el sonido de los cerrojos al abrir la puerta. Detecto otras tres voces más. Percibo que los hombres se acercan a la puerta del cuarto en el que estamos, escucho que una de las voces nuevas dice a los demás:

—Mañana a primera hora deben estar en la frontera. Estarán esperando para cruzarlas del otro lado.

Como sé que se dirigen hacia el cuarto en donde nos encontramos, inmediatamente me alejo de la puerta, jalo a Lety y nos instalamos en el fondo de la habitación.

Al momento de que entran, identifico a uno de los hombres, es aquél que nos mandó las bebidas en el antro. Me lleno de tanta rabia, tanto coraje y siento tal frustración. Si no fuera porque hay otros cuatro hombres más y que pondría en peligro a las demás chicas en ese momento me le iría

encima y le daría una golpiza. Es alto de un metro ochenta, delgado y su rostro es de facciones finas (si no estuviera en esta situación podría decir que es un hombre atractivo), no como los otros hombres que están ahí, que son de baja estatura y gordos, de facciones bastante toscas. He escuchado mucho de esto en las noticias, de hombres de buena apariencia que deslumbran a las muchachitas y se las llevan. Justo en ese momento un escalofrío recorre todo mi cuerpo. *Madre mía protégenos*, estos hombres se dedican a la trata de blancas.

Uno de los hombres le entrega lo que parecen ser unas tarjetas, al parecer son credenciales. Lo cual confirmo cuando se para frente a una chica, busca entre las credenciales e identifica a su dueña. Lee el nombre de la credencial. Así lo hace con cada una de ellas, además de observarlas detenidamente. Como si estuviera contemplando la calidad del material recientemente adquirido.

Solo quedamos Lety y yo, se para frente a ella toma su credencial.

—Leticia Vega Rodríguez, de Ensenada, veintiún años.

Después de observarla detenidamente, da un paso hacia a mí. Mi corazón está a punto de estallar. He estado contemplando mis opciones y ninguna me parece factible. Solo lograría enojar más a estos hombres y poner en peligro la vida de todas.

Me ve detenidamente, con una mano toma mi rostro, lo voltea de un lado y luego del otro. Me toma de los brazos me separa de la pared y me gira detenidamente para observar a detalle cada parte de mi cuerpo, igual que hizo con las demás chicas.

—Esta no traía bolsa, ni nada con ella jefe —dice uno de los hombres, explicando por qué no tenía una identificación mía.

—Bien, así que no aceptaste las bebidas que les envié. Hubiera sido más fácil sacarlas de ahí si se las hubieran bebido y no hubiera tenido que retrasar los planes ¿Cómo te llamas muñequita?

Intento responder, pero no sale ni una palabra de mi boca. Estoy paralizada, en parte del miedo de pensar que podrán hacer con nosotras. Pero la verdad, es que, también no puedo hablar por el enojo y el coraje. Siento como la sangre me hierve y lo único que pasa por mi mente es buscar la manera de golpear a este hombre. Trato de detener mis impulsos, ante estas circunstancias no puedo darme el lujo de poner en riesgo la vida, no sólo la mía sino de todas las chicas que están aquí, tan sólo por una imprudencia mía.

—¡Así que tenemos una valiente! ¿Te estoy preguntando cómo te llamas escuincla? —grita apretándome fuertemente la mandíbula entre sus dedos.

Mis ojos lo ven con tanto desprecio, con tanta furia. Que percibe mi coraje. Saca una navaja y la presiona fuertemente en mi cuello.

—¡Romina por favor! ¡No los retes! —grita Lety, y está llorando tan angustiada.

—Así que te llamas Romina —lenta y lascivamente arrastra cada una de las letras de mi nombre, mientras hace señas a uno de los hombres que de inmediato saca un arma y apunta a la cabeza de Lety—. Si no quieres cooperar por ti, veamos si lo haces por tu amiga.

—Romina, me llamo Romina Rossi —respondo con apenas un hilo de voz, no quiero que por mi culpa puedan hacer daño a Lety y sin darme cuenta un par de lágrimas recorren mi rostro.

—Bien muñequita nos vamos entendiendo —me dice aun sosteniendo la navaja en mi cuello, y continúa—. No tienes un nombre muy común, así que con este cuerpecito y esa carita debes ser una princesita de papá. ¿Eres mexicana?

Asiento con la cabeza.

—¿Tus padres son mexicanos?

Niego con la cabeza.

—¿De dónde son?

—Italia —arrastro las letras, todavía sin poder hablar muy claramente del coraje e impotencia

que siento en esos momentos.

—¡Vaya, vaya! ¡Esta noche he encontrado una joya invaluable! Me pregunto cuanto pagaran por ti. Aunque realmente estoy considerando si debo venderte, podría sacar de ti más dinero. Veo tienes un cuerpo tonificado —dice recorriendo mis piernas y mi abdomen con la otra mano que no está sosteniendo la navaja—, si invierto en tu acondicionamiento físico supongo que podría obtener muchos ingresos de ti por unos quince, e inclusive unos veinte años.

Intento resistirme mientras pone su mano en mi pecho. Hago un gesto con mi rostro en señal de asco y desprecio.

—¡Me gustan las fieras! Así que probare la mercancía antes de exponerla en el aparador.

Me arrastra sacándome del cuarto, ante la mirada de pavor de las demás chicas. Entramos a otro cuarto, uno más pequeño que en el que estaba anteriormente. Hay basura por todos lados, platos sucios todavía con restos de comida, por lo que puede observarse comida de varios días. Botellas de licor y cervezas vacías, tiradas por toda la habitación.

Me avienta a un colchón que está en el piso. Se pone encima de mí y hago un gran esfuerzo para zafarme de él. Estoy peleando con todas mis fuerzas cuando me da un golpe en el rostro. Ha sido un golpe tan fuerte que si no fuera porque en las prácticas de *kick boxing* he tenido por accidente golpes de esa magnitud ya me hubiera desmayado. Con menor fuerza sigo peleando.

—¡Sí que eres toda una fiera! ¿Me pregunto qué tan fiera serás en la cama?

Con una mano sostiene fuertemente mis manos, con la otra alza mi vestido y empieza a recorrer mi pierna, mi muslo, continúa deslizando su mano por mi abdomen y subiendo a mi rostro pasando por mis pechos. Su rostro tan cerca del mío. Sus labios brusca y violentamente recorriendo mi cuello, buscando mi boca, puedo absorber su olor a coñac y tabaco.

En mi mente solo repito una y otra vez esa oración que me enseñó mamá. Me decía que es una oración muy poderosa cuando se trata de atacar al mal.

Se baja el cierre del pantalón, y justo cuando se dispone a desgarrar mi ropa interior se escucha un gran alboroto afuera. Con una mirada de fuego, como un demonio al que le han interrumpido a la mitad de la diversión se levanta, antes me vuelve a dar otro golpe, que me hace sentir mi cabeza estallar.

Lo observo salir del cuarto, con trabajo me incorporo acomodando mi ropa y busco un lugar seguro. Hay un escritorio, corro hacia él para que sea mi refugio. Ahí estoy yo hincada debajo del escritorio. Escucho unos pasos que se van acercando. Sintiendo como mi corazón está por salirse de mi boca, con los ojos fuertemente cerrados estoy repitiendo una y otra vez en mi mente con los ojos cerrados, *no permitas que el mal me devore, si estoy con Dios quien contra mí*. Unas manos me toman de los hombros. Me resisto débilmente, ya no tengo fuerzas para seguir peleando después de esos dos golpes no sé si podré seguir soportando más golpes por resistirme.

—¡Romina! ¿Estás bien?

La voz me parece familiar, abro los ojos y veo a Leonardo frente a mí. Ha sido tanto por lo que he pasado que no puedo hablar. Me aferro a él con tanta fuerza, reposando mi cabeza sobre su pecho y empiezo a llorar como una Magdalena. En sus brazos, me siento protegida, segura. Se escuchan unos pasos acercándose a nosotros y un temblor recorre mi cuerpo. Es una mujer, tiene uniforme de la policía federal. Se agacha para que nuestros rostros queden a la misma altura.

—Bien, necesito evaluar la situación —inicia calmada y pausada—, debo saber en qué condiciones estás. Para lo cual te haré unas preguntas y poder determinar si te llevamos a un hospital o te llevamos al laboratorio de criminalística para obtener todas las pruebas y acusar a este hombre en caso de violación.

El cuerpo de Leo se tensa al escuchar la palabra violación. Intento decirle que todo está bien,

que no pasó nada, pero no puedo lograr que salgan palabras de mi boca.

—Señor le voy a pedir que salga —dice la oficial a Leo.

—¡NO!, —grito tan fuerte sujetándome con más fuerzas a Leo.

—Voy a hacer varias preguntas que te harán sentir incomoda. ¿Aun así quieres que se quede? Asiento con la cabeza. De nuevo no puedo decir ni una sola palabra.

—Está bien, veamos. ¿Este hombre te ha tocado?

Asiento con la cabeza.

La mujer se da cuenta que nuestra conversación va a ser de esta manera, sin palabras de mi parte y continúa.

—¿Ha tocado tus partes íntimas?

De nuevo asiento con la cabeza. Y vuelvo a sentir el cuerpo de Leonardo tensarse; sin embargo, sigue abrazándome y esta vez lo hace con más fuerza dejándome un suave vezo en mi cabeza. De mis ojos brotan más lágrimas al pensar que esto pudo haber acabado muy diferente.

—¿Ha tocado tus partes íntimas sin tu ropa interior?

Niego

—¿En todo este rato que has estado con él no te ha quitado tu ropa interior?

Niego. Siento como el cuerpo de Leo se relaja al saber que entraron justo para impedir que este hombre pudiera lograr lo que se proponía.

—Bien, ¿crees que después de descansar un rato podrás hablar conmigo y hacer tu declaración? Muevo mi cabeza en señal de afirmación.

Se pone de pie y la escucho hablar por radio. Comenta algo de que necesitarán trasladar a una persona en la ambulancia (solo espero que no sea alguna de las chicas).

Leonardo se separa de mí y me ayuda a incorporarme, me carga (por tercera ocasión estoy en los brazos de Leonardo y no puedo evitar sentir tantos sentimientos encontrados), salimos de esa casa. Cuando cruzamos la puerta hacia el exterior, puedo percibir que el sol arde en mi rostro y quema mis ojos, revelándome que es pasado del medio día.

Un paramédico se acerca a nosotros con una camilla y Leonardo me acomoda en ella. Veo a Julián que está hablando con unos federales, Leonardo le llama para que se acerque y le pide que se encargue de todo el papeleo que vaya a ser necesario. Suben la camilla a la ambulancia y Leonardo va a un lado mío. Todo el camino al hospital me repite una y otra vez que todo está bien, que pronto pasara, sus manos sostienen fuertemente mi mano.

Al llegar al hospital Rafa, Mario, Yair y Fernanda corren a encontrarse con nosotros mientras me bajan de la ambulancia. Veo en sus miradas un pánico tremendo, me imagino todo lo que ha de haber pasado por sus mentes.

Mis ojos están buscando a Lety desesperadamente. Fernanda se da cuenta y comenta que no me preocupe que desde hace rato han estado revisando a todas las chicas y que saldrá de un momento a otro.

Una enfermera les impide pasar, cuando se han tranquilizado un poco les comenta que sólo un familiar puede ingresar conmigo, a mi lado veo a Rafa caminando a la par del desplazamiento de la camilla.

Sigo todavía con un gran nudo en la garganta, no he podido lograr que salgan palabras por mi boca, cuando me esfuerzo por querer decir algo, siento como me sofoca el aliento, como si el aire no pasara correctamente a través de mis pulmones impidiéndome decir una palabra.

Rafa espera detrás de la cortina mientras el doctor me revisa, al terminar abre la cortina y le comenta a mi hermano que sólo tengo una crisis nerviosa, que no hay daño físico más allá de la pequeña herida que tengo en el cuello, de los golpes en mi cara y en las rodillas tras la caída, le

dice que aparte de eso sólo nuestro signos de deshidratación. Por lo que me pondrán suero y un relajante muscular para que pueda descansar.

Me siento desfallecer de solo acordarme de que si las cosas hubieran salido de otra manera estaría ahora en la morgue con la garganta abierta. Una enfermera me canaliza con una sonda y segundos después vuelve a entrar el doctor quien pone una inyección en mi suero. Me imagino debe ser el sedante porque no pasa ni un minuto cuando me quedo dormida.

Al abrir los ojos veo que todavía seguimos en el área de urgencias, y sólo puedo pensar en que ya van dos veces en este año que termino en un hospital. Rafa sigue a mi lado y cuando se da cuenta que he despertado me da una sonrisa.

—Hola duende, ¿cómo estás?, me has dado un susto tremendo cuando vi que no salían del baño y más cuando no había rastro de ustedes en aquel lugar —con una mano sujeta una de mis manos y con la otra pasa sus dedos con una caricia suave entre mi frente y mi cabello, su voz es dulce y calmada, pero puedo percibir en él miedo.

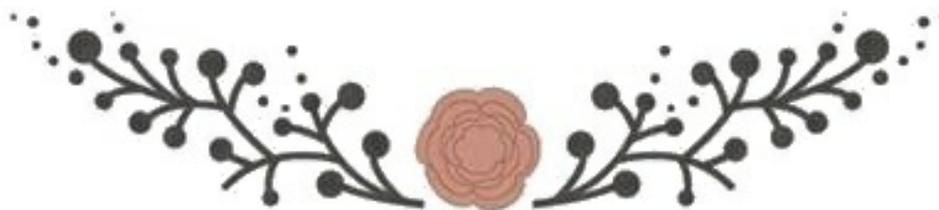
—Bien, estoy bien —mi voz es apenas un susurro, llevo mi mano libre a su rostro, acaricio su mejilla, mi hermano, el que vive para estarme molestando se ve tan indefenso, angustiado. Le doy una de mis más grandes sonrisas de agradecimiento y continuo—. Aunque no creo que tu susto haya sido más grande que el mío.

Todavía me cuesta algo de trabajo articular las palabras, pero ya es una ganancia que pueda decir algo, aunque sea arrastrando las palabras entre los dientes.

—Veo que ya empiezas a recuperar también tu sentido del humor —me rio todavía ligeramente adormilada—. Me alegra que ya puedas hablar. Debo confesar que estuve en una encrucijada, por un lado, deseaba que volvieras a hablar, pero por el otro lado, sabía que si no volvías a hablar ya no te pasarías la vida rezongándome por todo.

Sé que ese comentario en otro momento habría hecho que le sacara la lengua o le hiciera un reproche, pero no puedo evitar darle una gran sonrisa. Me siento muy extraña, esta no es una faceta muy común de mi hermano, es muy raro verlo preocupado y al pendiente de mí. Su mayor hobby es molestarte siempre y a cada momento que tiene oportunidad.

—Tu suerte no llega a tanto. Todavía tengo voz para seguir rezongándote hasta que me canse o hasta que te vuelvas loco, lo que suceda primero.



Cerca del anochecer me dan el alta, por lo que después de dejar el hospital nos desplazamos al hotel. Leo comenta que los chicos se acaban de ir al aeropuerto. Pensaron que yo estaría más tiempo en observación y no tenía caso que se ellos se siguieran quedando después de cómo habían sucedido las cosas. Al verme tan agotada decidieron que nos quedemos esta noche y tomar el primer vuelo de regreso a casa.

Después de todo lo que he vivido, pensé que me costaría mucho trabajo conciliar el sueño. Pero luego de cenar, tomar un baño caliente y que mi hermano me entrega unas pastillas para el dolor, me he quedado profundamente dormida.



He estado muy paranoica desde que salimos del hotel rumbo al aeropuerto. Recuerdo lo que Leo dijo cuándo se disculpaba en el hospital después de nuestro encuentro en los viñedos, “Veras, soy un poco paranoico y cuando noté que algo se aproximaba a mí, me defendí”. Ahora entiendo esa sensación de querer reaccionar cuando alguien se acerca a ti y buscas defenderte.

—No había ningún jet disponible, solo pude conseguir dos lugares en primera clase y dos en turista —dice Julián mientras entrega a Leonardo los pases de abordar—. Yo iré en el siguiente vuelo, García ya está informado y estará esperando por ustedes en el aeropuerto.

—Gracias Julián, comunícate con el licenciado Nava y que se cerciore de que caiga sobre ellos todo el peso de la ley.

No había conocido esta faceta de Leonardo, el hombre de negocios, teniendo todo bajo control. Dando órdenes y cerciorándose de que se cumplan.

—A mí me da igual en que clase me vaya —digo cansada—, sólo quiero llegar a casa lo más rápido que se pueda, aún si tengo que irme en el área de carga. Rafa tu vienes conmigo.

No pude evitar decírselo a mi hermano en tono de súplica, realmente no le estoy preguntando si quiere irse conmigo, le estoy rogando. Quiero sentirme protegida. Aún con todas las peleas entre mi hermano y yo, sé que él se preocupa por mí y no dejara que nada me pase.

—Romy, no estoy tan seguro si me agrada el área de carga —dice bromeando en un intento para que me relaje, lo cual funciona levemente—. Iré contigo, si sólo así te sientes segura lo haré. Pero... ¿crees que me pueda ir con Fer? Leo iría contigo. Él te cuidará bien, después de todo, el movió cielo, mar y tierra para poder encontrarte. Si dices que sí, te dejo ir en primera clase. ¿Qué dices?, sí o sí... —está “negociando” conmigo para que él pueda pasar los últimos momentos de este viaje con su novia, pone cara de gatito tierno para tratar de convencerme.

No puedo evitar reírme, ¿mi hermano está “negociando conmigo”? ¡Wow, esto sí que es algo nuevo para mí!, lo que yo piense o desee pasa a primer término ante lo que él quiera; pero después de todo el alboroto, no ha tenido tiempo de pasar con Fer. No creo que haya nada de malo que me vaya con Leo. Cuando la policía nos rescató de aquella casucha, Leo estaba ahí. Él estuvo conmigo, sosteniéndome, haciéndome sentir segura. Pero nunca me imaginé que era porque hubiera removido cielo y tierra para encontrarnos.

Después de despegar, por más que lo intento no logro dormir, sigue en mi mente que gracias a Leonardo pudieron rescatarnos, no puedo seguir con la duda, así que me he decidido a preguntarle cómo logró dar con nosotras.

—Leo, ¿cómo pudieron dar con nuestro paradero?

Se acomoda en el asiento de tal modo que pueda quedar viendo hacia a mí. Toma mis manos, y se queda unos segundos observándome en silencio, meditabundo. Me imagino que recapitulando todo lo que pasó, porque su rostro va cambiando de estados de ánimo. Ha pasado de la angustia, al miedo y de regreso a la incertidumbre.

—Veras, sabiendo lo “eficientes” que son para investigar, tuve que jalar de algunas conexiones y hacer uso de algunos favores. Tengo la nacionalidad italiana por mis papas, tú, aunque no tienes

un documento de nacionalidad eres hija de italianos, así que involucramos a la embajada italiana. Cuando llegamos a las oficinas de policía federal, ya tenían la orden de investigar y resolver cuanto antes el caso, lo que menos querían es un escándalo internacional.

—¿Cómo supieron en dónde estábamos?, puedo entender que hayas hecho uso de influencias para lograr que la policía realizara un operativo de búsqueda, pero no tengo ni idea de cómo *gracias a Dios* pudieron encontrarnos y lo mejor llegar a tiempo —puedo sentir como la sangre abandona mi cuerpo al recordar que si hubieran llegado más tarde mi historia sería muy diferente en manos de ese hombre.

—Triangularon la señal del celular de Lety, gracias a Dios que no les dio tiempo de apagarlo. Hubiera sido más rápido si te hubieras llevado el celular contigo —cuando salgo de antro no llevo bolsa, así que mis identificaciones y celular se lo doy a alguien a cuidar, en este caso se los había dado a mi hermano—. Pero también ayudó esto.

Extiende su mano y toma el dije de mi cadena. Es un crucifijo de oro blanco con unas pequeñas incrustaciones de diamantes, lo tengo desde el día en que nací.

—Esto fue lo que más nos ayudó.

—Sé que la fe mueve montañas. Pero... el celular solo puede darles una posición aproximada y aún con eso pudo haberles llevado mucho más tiempo del que realmente les tomó.

—Bueno, que el encomendarnos a Dios nos ayudó mucho para poder movernos y llegar justo a tiempo. Pero, además de eso, está el hecho de que en tu dije hay un localizador.

¿Un qué? ¿Cómo para qué? ¿También mi papá será paranoico? ¿Pero por qué?, antes que pueda decir algo, Leo continúa.

—Todos en tu familia tienen un dije parecido al tuyo, es decir, con un localizador. Ha sido una forma en la que tu papá los ha protegido, sabes que la delincuencia siempre ha existido y siendo una familia con un negocio rentable, están expuestos al secuestro.

Ahora entiendo por qué la insistencia de papá de que siempre usáramos nuestros crucifijos. Al cumplir los quince años y por ser la más rebelde para usarlo, mandaron a adaptarlo para que cuando no lo usara de cadena pudiera usarlo como pulsera, bajo la condición de que no me lo quitara nunca.

—Entonces mis papás están enterados de todo lo que pasó —Digo en un susurro más para mí que para él.

No logro imaginarme la angustia por la que han de haber pasado mis papas. Cuando desperté en el hospital ese día que conocí a Leo, mi papá me comentó que pensó lo peor al verme con sangre, cuan desesperados pudieron haber estado ahora que no sabían en dónde estaba y mucho menos quien y para qué me retenían.

—Así es, tuvimos que hablarles. Necesitábamos los datos de su carnet de nacionalidad, para hacer presión con la embajada italiana. Me comentó del localizador, y sólo esperamos a obtener las coordenadas exactas. Así fue como logramos llegar con ustedes a tiempo.

—Sí, supongo que el localizador ayudó mucho. Pero para mí la verdad es que Dios nos ayudó. Sabes, la idea era trasladarnos esa misma madrugada a la frontera, por lo que escuche cuando uno de los hombres hablaba por teléfono. Pero el hecho de que el hombre que estaba conmigo cuando llegaste, fue el mismo que nos ofreció las bebidas en el antro, aquel que dijiste que no te gustaba....

Los ojos de Leo se ponen en blanco y puedo ver que ha quedado sorprendido con esa información y me interrumpe.

—Sí, lo recuerdo. Lo dije. No me gustaba la forma en como las estaba viendo.

—Bueno, el hecho de que hubiera testigos de que nos ofreció unas bebidas y que se las

rechazamos, hizo que el tuviera que quedarse un par de horas más en el antro, para que no lo relacionaran con nuestro rapto. Así que definitivamente para mí eso fue obra de Dios, y eso les dio tiempo de localizarnos antes de que nos movieran sabe a dónde y se hubiera vuelto más complicado el rescatarnos.

Leonardo cierra los ojos y noto como se tensan los músculos de sus brazos resaltando más las venas de sus manos. Imagino que por pensar que, si no hubieran llegado a tiempo, la historia en estos momentos sería muy diferente. Pasa la palma de su mano por mi rostro, exactamente por la zona en donde están los moretones por los golpes que ese hombre me dio (ya se está haciendo costumbre que Leonardo me vea con moretones en la cara).

—Tienes toda la razón Romy. ¡Gracias a Dios!

Me acomodo en el asiento para dormir. Leo me tapa con la manta y acomoda la pequeña almohada blanca.

—A partir de ahora tendré una razón de más para celebrar la independencia, gracias a ti soy libre...

Antes de quedarme profundamente dormida me da un beso en la frente.

Capítulo 10

El reto

Octubre 2011

Estas dos últimas semanas he reforzado los entrenamientos, la idea es poder aflojar un poco el paso la semana próxima. No es bueno que un deportista llegue agotado a una competencia. Hoy será el último día en el que mi entrenamiento será tan exhaustivo.

Gracias a la extensión territorial de los viñedos, no tengo que pagar cuotas en los clubs deportivos para ir a correr. Además de eso, está la seguridad que mi propia casa ofrece. Después de lo sucedido en los Cabos no soy capaz de andar corriendo sola en un lugar en donde cualquier persona puede entrar sin muchas restricciones.

También ahorro una gran cantidad de dinero, al no tener que pagar membresías en los gimnasios. Tener cuatro hermanos vanidosos, que en sus épocas de preparatoria y universidad les diera por el ejercicio, hizo que mis papas les mandaran construir un pequeño lugar cerca de la alberca para no tener que pagar la membresía en el gimnasio de cuatro hijos. Con el tiempo mis hermanos lo han remodelado y equipado, inclusive podría decir que está en mejores condiciones que muchos de los gimnasios aquí en la localidad. Cuando era niña, mi mamá me llevaba a ballet y danza contemporánea, así que al gimnasio se le añadió un área para que yo pudiera practicar.

Para relajarme un poco después de mis actividades de rutina de la mañana. He puesto la música a todo volumen. Trataré de improvisar alguna rutina combinando lo clásico del ballet y la danza moderna. Veamos la selección de mi iPod, ¿qué canción podrá ser? No pretendo hacer una magistral improvisación (lo cierto es que mantengo muy bien el ritmo, pero no soy una dotada bailarina), la idea es solo divertirme un rato y relajar mis músculos después del exhaustivo mes de entrenamiento que he tenido.

A mitad de la duela de baile, presiono el botón play del mando a distancia de mi iPod, empieza a escucharse *Boom* de *Anjulie*. Es una melodía ligera, sensual y mientras estoy bailando, creo que por primera vez la letra de la canción tiene un significado para mí.

Obviamente al escuchar "*But the more I hesitate the more and more appealing. I'm trying' to erase his face from my memory*"^[7], no puedo evitar traer a mi mente a Leonardo, realmente siento que debo intentar de todas formas borrar su rostro de mis pensamientos.

Por si me quedaba alguna duda, el coro termina de recordarme la forma en la que Leo me hace sentir. *Sí, sí, sí Romina, acéptalo. Cada vez que lo ves sientes como se te va la respiración y tu corazón empieza a latir tan rápido que si no te controlas un día de estos terminarás con un ataque de taquicardia.*

Lo siento, pero esta vez no escuchare a mi voz interior. La verdad es que estoy disfrutando de la melodía y del baile, y aunque quisiera no tener en mente a Leonardo, el saber que gracias a las llamadas que realizó a "sus contactos" se pudo organizar el operativo de búsqueda para rescatarme, ha hecho que estos últimos días no haya podido sacarlo de mis pensamientos.

Justo cuando escucho "*He's walking up to me.... Eyes come in contact....*"^[8]

—¡Con un demonio!, —como si lo hubiera invocado, *Boom boom* dijera la canción, está recargado en una de las barras en la que por muchos años practiqué mis rutinas de ballet—, ¡me asustaste! ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo suficiente para corroborar los beneficios que el deporte hace en ti —esboza una sonrisa traviesa y coqueta.

—¿Ahora resulta que eres un acosador?

Desde que habíamos acordado ser amigos aquella noche después de que todos mis hermanos hubieran visto como Yair me besaba y más después de que Leo me hubiera rescatado de aquella casucha, se ha fortalecido nuestra amistad y de alguna manera se ha desarrollado más confianza entre nosotros.

—No llego todavía a tanto. Digamos que sólo me gusta admirar las maravillas que Dios ha creado —a la par que pronuncia cada una de las palabras, su mirada recorre desde mis pies hasta mi rostro y en el momento en que sus ojos están en contacto con los míos, muerde su labio inferior.

¡Ay, Señor! si no tuviera novio y no tuviera miedo a que este *Adonis* rompiera mi corazón ya me hubiera ido encima a darle un beso, ¿Cómo puede provocar eso en mí?

—¡Vaya!, ¿Qué clase de pervertido eres? —muevo la cabeza y hago una mueca de aparente indignación, y no puedo evitar reírme.

—Uno normal. Pero para tranquilizarte no tengo mucho tiempo aquí observándote. Me mandaron a avisarte que el desayuno ya está listo.

—Yo desayune mucho antes de que tú despertaras. Desayuné antes de irme a correr a las seis de la mañana.

—¡Está bien!, entonces te aviso que ya puedes ir a almorzar, ¿no crees que te exiges mucho a ti misma, con un entrenamiento tan estricto?

—La verdad, no. Estoy acostumbrada a este ritmo de actividad, por años ha sido parte de mi vida diaria y para mí es normal redoblar esfuerzos antes de una competencia.

Camino hacia el solarío pregunta cómo es un día de entrenamiento mío.

—Pues a las cinco y media de la mañana me tomo un licuado de proteínas y como un poco de fruta, a las seis de ya estoy corriendo por los viñedos, pasado de las siete voy al gimnasio para hacer ejercicio en los aparatos, después práctico yoga. No hay nada mejor para hacer los estiramientos finales que el yoga, además de que me ayuda mucho a relajarme. Si todavía tengo algo de tiempo antes de irme a la universidad practico algo de danza, como hace rato me viste hacer, o *kick boxing*, depende de mi estado de ánimo. Por las tardes realizo las prácticas de natación.

—Sí ya vi. Muy normal, muchas personas lo hacen solo por mantenerse en forma todos los días.

—Aja, un entrenamiento normal, así casual, todo mundo lo hace sólo por diversión —y no puedo evitar reírme al ver la cara que pone Leonardo por mi expresión un poco exagerada al decir que era algo *muy normal*.

—No eres la única que practica algún deporte. Sabes, cuando tengo tiempo libre yo también entreno *kick boxing*. Podría retarte un día de estos.

—Sí como no, como si pudieras ganarme.

Mientras nos acercamos al solarío vamos jugando y riendo, yo en particular, porque no puedo imaginarme a Leonardo y a mí en un enfrentamiento de contacto físico. No porque tenga miedo de perder (he practicado este deporte por años), más bien de saber que sería un buen pretexto para poder estar más cerca de Leo. *Romina, compórtate. Qué clase de pensamientos son estos.*

—Bueno, ¿qué se traen ustedes?, —pregunta Enrique muy interesado en saber cuál es la razón de tanto alboroto entre los dos.

Como la mayoría de los domingos, todos mis hermanos y mis cuñadas (al menos las que están casadas) están en casa. Pregunto en dónde andan mis sobrinos que no escucho alborotos, ni los veo corriendo por todo el lugar, a lo que Alonzo contesta que mis papas se los han llevado a

pasear.

—Ni crean que no nos van a decir que se traen ustedes dos —Rafa trayendo de nuevo el tema de por qué veníamos riendo cuando llegamos. Definitivamente nunca deja pasar nada hasta que no obtiene lo que quiere.

—TU AMIGO, dice que me reta en *kick boxing*.

Mis hermanos se miran unos a otros, pasan las miradas de Leo a mí, de mí a Leo.

—¿Acaso creen que podría lastimarla? —pregunta Leo a mis hermanos, bastante intrigado por la reacción que tuvieron, cómo poniendo en tela de juicio el que Leonardo pueda hacerme daño.

—Amigo —interviene Rafa—, la verdad me preocupas más tú. Ella puede llegar a ser una verdadera fiera difícil de vencer.

Un rayo eléctrico recorre toda mi espina dorsal, en reflejo mi piel se eriza y he sentido como si la sangre abandonara mi cuerpo. Si Leo no hubiera llegado a tiempo en aquel momento, ahorita otra sería mi historia. Mis hermanos notan que mi cuerpo se ha tensado.

—Romy, ¿qué pasa?, ¿te sientes bien? —me pregunta Rafa algo preocupado—. Te has puesto muy pálida

—Sí, no... es sólo que... aquel hombre en los Cabos... me decía que... me decía que me defendía como *fiera*... ah... me dijo que quería ver que tan... que tan *fiera* sería en la cama —no puedo evitar decirlo sin un nudo en la garganta y tuve que hacer un gran esfuerzo para no llorar.

En el lugar reina el silencio, todos estamos pensando que de haber tomado las cosas un rumbo diferente yo no estaría aquí, es más no sabría ni en donde estaría (eso si es que todavía “estuviera”).

—Romy, perdón. Admito que muchas veces me encanta molestarte, pero TE AMO y jamás volveré a decirte esa palabra —Rafa se está alterado por haberme hecho recordar aquellos ominosos momentos.

—Ahhh... —suspiro profundamente— está bien Rafa, no te preocupes. Supongo que tendré que irlo superando poco a poco.

Leo pasa un brazo por mis hombros.

—Bueno Romina, ¿entonces qué? ¿Aceptas el reto? —Leo pregunta y me da un guiño en señal de que no siga pensando más en lo sucedido.

—Nunca dejes pasar un reto. La pregunta es ¿tú estás listo para este reto? y lo más importante aquí ¿*tu niño* no se va meter para defenderte?

—Punto número uno, Julián no es mi “niño”; y punto número dos, no lo necesito para que me defienda de ti, creo que soy bastante capaz como para poder contigo.

—¿Y el punto tres?

—¿Qué? —me pregunta con una mirada de no entender de qué le estoy hablando.

—Siempre hay un punto tres —digo tratando de dejar claro lo que para mí es muy obvio.

—De momento lo dejaremos en dos puntos, y no intentes quitar la atención de lo más importante aquí. ¿O es que acaso estas tratando de echarte para atrás?

¡Romina, compórtate! Sigue con esa mirada sobre él y vas a provocar un incendio de tal magnitud que atraerás la atención de tus hermanos, y hasta donde tengo entendido lo que menos quieres es que se den por enterados de lo mucho que te interesa Leonardo, o, ¿me equivoco? ¡Por Dios NO! Como la mayoría de las veces mi conciencia no se equivoca. Pero es que esas palabras “soy bastante capaz como para poder contigo”, ¡wow!, evocan en mí tantas promesas (no muy decentes que digamos, debo reconocer).

—Apuesto quinientos pesos a favor de Romy —Adriano apostaría por mí hasta con los ojos cerrados.

—¿Qué dices, a quien apuestas? —pregunta Leo a Rafa.

—Amigo —responde mi hermano—, la verdad es que hay muchas otras cosas en las que apostaría por ti. Debo reconocer, que me encantaría ver que por primera vez alguien pueda poner a mi hermana en su lugar, pero no me queda ninguna duda, así que voy a apostar por ella.

Esta sí que es una gran noticia para mí. Desde que nació Rafa siempre se las ingenia para importunarme, y que en estos momentos esté considerando que puedo ganar, significa mucho para mí.

—Quinientos pesos a Leo —dice Alonzo, todavía con algo de duda de si estará haciendo la inversión correcta.

—Enrique y yo apostamos quinientos a favor de Romy —dice Rebecca dándome una mirada de que más me vale ganar.

—Bien —comienzo a decir a Leo—, si yo pierdo te preparo una cena —Leo me observa con reserva, no está tan seguro que preparar una cena pueda significar un castigo, por lo cual continúo —, yo sola, sin ayuda de mi nana y mira que aquí mis hermanos son testigos que traigo pleito declarado con la cocina. Pero si tú pierdes... —trato de pensar que podría pedirle a Leo que haga por mí si el pierde— si tu pierdes, ya veré como me pagaras. Creo que esto será de alguna manera parte de tu castigo, no sabrás que te pediré y no sabrás cuando lo pediré.

—Sí yo gano tú cocinas, creo que eso suena más a castigo para mí que para ti. Pero tomando en cuenta que yo no conoceré cual será mi castigo, hasta que se te haya ocurrido, que te parece si me das la ventaja de calentar un poco.

—Mi hermana con todo y la ventaja que te dé terminará venciéndote —comenta Adriano, muy seguro de que podré con el desafío.

Lo cierto es, que Adriano pondría las manos al fuego por mí en cualquier momento, fuera cual fuera la situación. Así que no puedo defraudarlo. Tengo que buscar una manera en la que pueda evaluar a Leo antes del enfrentamiento. Averiguar sus movimientos para poder vencerlo.

—Ok, suficiente plática. Yo elijo el calentamiento.

Bien, tengo esta ventaja para saber qué tan rápido y ágil es, así que tengo que averiguar una manera de saberlo. Voy pensando como lograré mi objetivo mientras espero que Rafa le preste ropa más adecuada para nuestro encuentro. El lugar para el reto será sin lugar a dudas el gimnasio.

Ahí estamos todos, como si fuera una pelea callejera o como esas peleas que se ven en las películas, en donde se enfrentan dos chicos del colegio y los demás están de espectadores.

Pongo el iPod en el reproductor, le doy indicaciones a Leo de que nos pongamos a la mitad de la duela viendo hacia los espejos.

—¿Listo? —Leonardo asiente—. Sólo tendrás que seguirme al ritmo de la música, nada complicado —su mirada es de incertidumbre, pensando si no estaré jugando sucio o intentando hacer trampa, así que continuo para tranquilizarlo—, lo prometo solo calentamiento.

Con el control a distancia presiono el botón de play. Se empieza a escuchar un agradable bit, ya he identificado la canción. *Stop the rock* de *Apollo 440*. *¡Así que baby, veamos que tanto trabajo nos darás para vencerte!* Mi voz interior está lista para darle batalla a este maravilloso gladiador romano.

Con el intro de la canción hacemos movimientos sencillos de estiramiento, los hombros arriba-abajo, el cuello derecha-izquierda, movimientos circulares de la cabeza y en cuanto empieza a activarse el ritmo de la canción, acelero los movimientos en una combinación de pasos clásicos de aerobics y unos otros de baile sacados de la película *Chicos y Chicas* (que por cierto he visto muchas veces). Empiezo a verlo algo agitado, espero que llegue al final de los tres minutos y

treinta segundos que dura la melodía.

—¿Cansado?, —no puedo evitar dar una gran sonrisa, ver a Leo a punto de sofocarse es divertidísimo. Ahora es él quien está perdiendo la respiración y seguro aumentando su frecuencia cardíaca, y yo soy la causa. Aunque sólo de esta forma pueda lograr alterarlo, lejos de su autocontrol, voy a disfrutar verlo así.

—¡No Romina!, no te dejaré vencer tan fácil.

Al terminar la canción, Leo ha puesto sus manos sobre sus rodillas inclinándose un poco, empieza a respirar profundamente para poder normalizar su respiración.

—Bien te daré otra ventaja, para que te animes pondré una selección de canciones de TU tiempo, para que te sientas como en tus mejores momentos —*Bien Romina, provoquémoslo un poco. Ya sabes cuáles son sus puntos débiles, no creo que se haya dado cuenta que lo de la música solo fue para ver sus movimientos y reflejos. Espero y haya percibido que, con eso de TU MÚSICA, queríamos que recordara que es once años mayor que tú, lo cual a ti te da más energía.* Eso espero, porque a veces las apariencias engañan, ¿no? OK sin distracciones. Concentración.

Estamos en la mitad de la duela, uno frente al otro (desde luego que con el respectivo equipo de seguridad). Enrique está a un lado de nosotros y nos da las indicaciones.

—No golpes a la cara. Lo digo por ti Leo, luego acabamos en urgencias arreglando una que otra nariz —no podía mi hermano dejar pasar este momento para hacer bromas.

—Muy gracioso Quique, muy gracioso —le digo haciéndole una mueca en señal de que no fue muy gracioso su comentario.

—¿Qué?, ¿yo qué?!, si no he hecho nada —Rebeca carraspea dándole una mirada severa a Enrique—. Ya, está bien, seriedad. Son válidos todos los golpes con la mano, los ataques de pierna sobre los muslos, las patadas. No está permitido golpear a la cadera y nada de golpes de rodilla o codos, está prohibido el golpe a la espalda, nuca, rodillas y partes blandas. ¿Entendido? —asentimos los dos.

—Bueno... y si ya empiezan a toquetearse, entonces mejor se buscan un lugar más privado —Rafael y sus chistes estúpidos.

—Vaya, que bien, ya vi que mis hermanos cenaron payaso anoche por que están tan graciositos o les ha hecho daño no haber desayunado todavía —aunque la verdad, ahora con el comentario de Rafa, una imagen viene a mi mente, nada tan erótico que dos personas en pleno contacto físico para iniciar unos arrumacos, he visto películas en las que una pelea termina en besos y otras tantas en “algo más”. *¡Romina, concéntrate! Tienes que vencerlo y andar tonteando no te va a ayudar.*

—Rafael, Adriano y Alonzo serán los jueces de mesa. Yo seré el árbitro principal. Serán tres rounds de dos minutos por un minuto de descanso. ¿Listos?

Rebeca y Alejandra se han sentado en el piso, bastante alejadas del lugar de la *gran pelea*, se están riendo de nosotros por la seriedad con la que nos hemos tomado este duelo. Cada uno de nosotros estamos muy metidos en nuestro papel correspondiente, los dos peleadores (Leo y yo) y los jueces (mis cuatro hermanos).

Después de saludar al chocar nuestros puños, da inicio nuestra contienda.

Lanzo un par de golpes para medir la defensa de Leo. Los cuales esquiva fácilmente. Regresa el ataque con una patada circular baja, me giro hacia la derecha y tiro una patada circular interior la cual logra evitar. Da un giro y me da un golpe en el costado con una patada (¡ouch! esto duele).

—Tiempo. Punto a Leo —dice Enrique indicándonos que el primer round había concluido.

Bien, ahora sé cómo se mueve, solo tiene oportunidad de llegar a mí con patadas, pero me he

movido rápido y no puede dar patadas circulares por que pierde tiempo, solo pueden ser patadas directas. *Tiene un punto ciego, si llegas por ahí no te verá y podrás atacar. Bien, te costó algunos golpes y por la tarde tendrás varios moretones, pero ya lo tienes Romina.*

Todo el segundo round fue para que pudiera llevarlo hasta su límite. Poder poner a prueba mi resistencia y ver que es buena, gracias a tanto entrenamiento, me da tanto aliento, sólo tuve que aguantar estos dos minutos y llevarlo al extremo. Desde luego no hubo punto para nadie en este asalto, pero ya está cansado (es bueno, pero sí que le hace falta ejercitarse más). *Es tiempo de acabarlo, si lo logras derribar es todo tuyo nena y tú ganas la contienda.* Aunque después de todo no será nada malo cocinar para él... *Romina, compórtate, y controla tus hormonas. Recuerda se trata de tener tú el control.* Sí, sí, hagámosle caso a la voz interior.

Tercer round, varios golpes al pecho, una buena defensa. La verdad no había pensado que sería divertido, es como una danza. Nuestro “primer baile”. *Bueno Romina ¿qué te pasa?, no te desconcentres, después sueñas todo lo que quieras.* Un baile sincronizado con unos golpes de puño, unas patadas circulares, algunas altas, otras bajas. Retrocedo para tomar impulso y BAM, no se esperaba esta patada volada (bendito sea el ballet y todos esos saltos que he dado, ¿quién dice que el arte y los deportes no pueden combinarse?). No le doy tiempo a que se recupere y una patada circular a pantorrillas hace que pierda el equilibrio y termine en la duela. Está todavía aturdido en el piso, cuando corren todos y Enrique empieza a contar.

—Uno, dos, tres... ocho, nueve, diez —Enrique contó del cinco al diez como si fueran un solo segundo, que más podía esperar de mi hermano. Por lo cual no puedo evitar lanzarle un beso y sonreír como una niña de cinco años que le han dado su postre favorito.

—¿Estás bien? —pregunto a Leo, que todavía sigue en la duela después de haberlo derribado.

—Tan bien como puede estar un hombre con el orgullo herido. Creo debo despedir a mi entrenador que siempre me dice que estoy en buena forma —me responde todavía sin intención de levantarse, no sé si es porque sigue aturdido o porque no se esperaba que una chica lo venciera. *O a lo mejor está haciendo mucho al teatro porque te dejo ganar Romina.*

Eso es algo que no se me cruzó por la mente para nada, algún día se lo preguntaré, pero por lo pronto disfrutaré del momento.

—¡Genial Romy!, me agrada que hayas ganado, así demuestras que las chicas usamos maña y no fuerza para las peleas —Rebecca no puede evitar sacar la lengua hacia Enrique, se ve que ella también ha librado sus batallas con mi hermano (Dios espero que nunca hayan sido batallas a golpes).

—¡*Girl Power!* —grita eufórica Alejandra —, ya que hemos demostrado que somos la fuerza aquí ¿podemos irnos a desayunar? ¡Muero de hambre!, —no puede evitar su alegría al demostrarles a los chicos que nosotras también podemos ganarles en su mismo juego.

Quedamos en el gimnasio sólo Rafa, Leo y yo, y mi hermano realmente parece muy divertido con lo sucedido, le da la mano a Leo para ayudarlo a parar y me da un gran abrazo.

—¡Duende sí que me has sorprendido! ¡Te lo advertí Leo!, pero no te preocupes, ya habrá otros momentos para poner a mi hermana en su lugar. Por cierto, al rato iremos al cine con Fer, que dicen vienen con nosotros, yo invito Romy, te lo has ganado.

Realmente me sorprende ver que mi hermano se siente orgulloso de mí, de que su pequeña hermanita haya vencido a su amigo. Y que me invite al cine y él no sólo piense pagar las entradas sino todo lo que coma, eso sí que es nuevo.

—Me encantaría ir, pero quede de ver a Yair. Con los entrenamientos es poco el tiempo que podemos estar juntos.

De verdad, de verdad desearía poder ir con ellos, pero he descuidado mucho a Yair, y aunque

me seduce la idea de pasar más tiempo con Leonardo, no puedo hacerle eso a mi novio. Yair ha tenido mucha paciencia conmigo con todo esto de los entrenamientos.

—¿Todavía sigues con ese chico? —me pregunta con gran curiosidad Rafa—, conociéndote pensé que ya te habías cansado de él y como no has comentado nada de él en días pensé que ya no estaban juntos.

—La verdad es que sólo espero en que él no terminé cansándose de mí —le respondo sinceramente a Rafa.

Yair ha sido muy especial en mi vida, no podría compararlo con otros novios porque es el primero que tengo. Pero realmente me gusta, tenemos muchas cosas en común, no comprende muy bien cómo puedo llevarme con tantos hermanos, pero fuera de eso no tenemos muchas diferencias. Lo único que si tengo muy claro es que él es mi realidad ahorita.

—Sería un tonto si te dejara ir por no entender que le dediques más tiempo a la natación que a él estando cerca una gran competencia —comenta Leo, dándome ánimos mientras salimos para integrarnos a los demás para el desayuno.

Después de esta conversación con Rafa y Leo no puedo evitar pensar en uno de los diálogos de Sensatez y Sentimiento “¿Puede el alma satisfacerse realmente con afectos tan afables?”. Es un hecho que Yair es solo eso para mí, un afecto, pero es un afecto que tengo seguro y que es un hecho. Este cariño ciertamente no se podía comparar con el estallar de mi corazón, lo cual Leo me hace sentir. Para Marianne eso era importante, pues amar es arder, aunque los personajes a los que se refería habían tenido finales patéticos, para ella era glorioso morir por amor.

¿Realmente merecía la pena el morir por amor?, tengo muy claro que no se trata de morir literalmente o hacer algo muy drástico y radical, en mi caso significa terminar con el corazón destrozado por Leo.

De una cosa sí estoy segura, y es que no tengo ni idea que significa amar y ser amada en esa intensidad.

Capítulo 11

El Beso

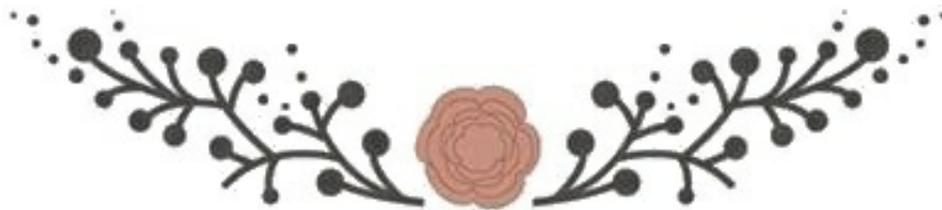
Saber que en un par de horas estaré en uno de los eventos más importantes para muchos deportistas, me ha tenido algo inquieta, emocionada, nerviosa, no lo sé, son muchas las emociones que tengo en estos momentos. El evento en donde ponemos nuestros sueños, una vez que se ha llegado hasta aquí solo es necesario poner todo nuestro esfuerzo y dedicación para lograr la clasificación a los Juegos Olímpicos. Mi familia ha estado apoyándome, no sólo en estos momentos. Desde que tengo uso de razón ellos han estado ahí siempre para mí. Ya sea para un recital de ballet de fin de cursos, la feria de ciencias, las competencias regionales o en este caso los Juegos Panamericanos.

El vuelo fue muy tranquilo. Reconozco que me costó mucho trabajo subir al avión, tenía en mente todo lo que había sucedido en nuestro último viaje. La diferencia en esta ocasión, es que mamá viene conmigo. A todas las competencias que he tenido mamá ha estado presente y si hay que salir fuera de la ciudad acude mi papá o alguno de mis hermanos (la tradicional escolta si eres la hija más pequeña y tienes unos hermanos sobreprotectores). Los Panamericanos coincidieron con la evaluación para la certificación de la planta, por lo que todos tienen que estar en la vinatera. Rafael le pidió a Leonardo que nos acompañara. De alguna u otra manera me siento muy tranquila, después de lo que Leo realizó para poder rescatarme debo reconocer que le tengo mucha confianza y bueno no se diga mis papas y mis hermanos (y aquí entre nos, es la primera vez que no me molesta que la lapa de Julián tenga que estar adherido a nosotros, esto me hace sentir más segura). Pero no creo que sea muy saludable para mí (emocionalmente hablando), esta revolución que siento en mi interior; con solo su voz, con el toque de sus manos, hacen que mi cuerpo vibre de una energía tan rara, tan nueva para mí.

En el recorrido inaugural de nuestra delegación, puedo ver en todos los deportistas, así como en los entrenadores, una alegría inundada de ilusión en sus ojos. Todos estamos dispuestos a dar la vida para que el nombre de México suene muy en alto y no sólo porque este año los Panamericanos son en Guadalajara. Traer puesto este traje tan representativo de México, es un honor y me siento con mucho orgullo por ser mexicana. Es para mí un reto doble porque esta noche no solo se trata de nosotros los jóvenes que buscaremos obtener medallas, es una noche que habla del trabajo de miles de mexicanos a lo largo de la historia que han dado su vida trabajando, construyendo y fortaleciendo una nación.

Se escucha “MÉXICO” y es nuestro turno para salir y dar el recorrido por la pista. Todos en las tribunas se han vuelto locos y puedo percibir la confianza que han puesto en nosotros. Aquí solo se puede sentir una euforia, entre gritos, risas y llantos (en mi caso más llantos que risas, pero juro que son de alegría por tener la oportunidad de vivir este extraordinario momento).

Después de lo vivido en el evento inaugural, de tantas emociones, de tanta euforia, es muy difícil poder conciliar el sueño. Me toca compartir habitación con una chica del Estado de México. Mi mamá y Leo están en un hotel, los familiares no pueden estar con los deportistas en la villa olímpica. Me siento muy intranquila de que no estén cerca, pero trato de tranquilizarme pensando que la seguridad de las villas es muy estricta y nadie puede pasar sin registro.



He tenido un día libre antes de este grandioso y tan esperado día (bueno no tan libre, porque en estos momentos no debo perder el ritmo), hoy serán los 200m libres y mañana 400m libres. Así que heme aquí en los vestidores, entre bajando a todos los santos y los ángeles de la corte celestial y tratando de hacer mis ejercicios de concentración a ver si logro relajarme. *Bien Romina, mente en blanco. No pienses en nada más que en lo que te corresponde hacer. Es una competencia normal, como las regionales o las nacionales. Es más, solo piensa que estas nadando en casa.* Si claro tan sencillo, sólo que ahora la competencia es contra lo mejor del mundo. *¡No seas exagerada Romina!, no de todo el mundo, sólo de América. ¡Y ya te dije que no pienses en ello!* OK, ya entendí, serenidad y calma.

De camino a la alberca, veo a mamá y a Leo, los dos me saludan con gran entusiasmo. Mi mamá trae una sonrisa, bueno que puedo decir, de oreja a oreja es quedarme corta; supongo que por el hecho de que su hija esté en la final.

Estoy en posición y en cuanto dan la señal me lanzo a la alberca. *No pienses Romina, solo haz lo que sabes hacer, has tenido años entrenando y estás aquí en la final. Brazada por brazada, no olvides respirar.*

Cuando alcanzo la meta, me doy cuenta que soy la primera en llegar, por unas décimas de segundos llega después de mí la chica canadiense, eso significa ¿qué? *Has ganado Romina, has ganado y estás en las Olimpiadas.*

Recibir esa medalla, escuchar el himno nacional, ver a mamá llorando ha sido como tener un huracán en mi interior. Olas de emoción que chocan contra mi aparente seguro fuerte, pero la verdad es que no puedo evitar terminar llorando igual que ella.

Al salir de los vestidores, mamá y Leo están ahí (y también varios medios de comunicación). Corro para abrazarlos, no puedo parar de darle gracias a mamá, de toda la paciencia que ha tenido conmigo, de los permisos para las competencias, de que se diera tiempo de llevarme a cada una de ellas y es tanta mi emoción que he besado a Leo. Sí, así como se oye, he besado a Leonardo Bianchenssi *en la boca* y por cómo me estoy sintiendo puedo contar que no es un beso sencillo de secundaria, es UN GRAN BESO, es “El Beso”. He perdido el suelo y no necesariamente por que me sienta volar, sino porque me ha cargado. *¿Leo ha correspondido tu beso Romina?* Hay sí, ya cállate no eches esto a perder. *Bien Romina, no te diré nada. ¿Pero recuerdas que ganaste una medalla en un evento internacional y hay medios de comunicación? No se te ocurrió pensar que probablemente ¡YAIR TE ESTÉ VIENDO!* ¡Con un carajo!, no había pensado en eso. En automático me alejo de Leo, aunque todavía sigo en sus brazos y he tenido que pedirle que me baje. Ya podrás imaginar la cara de mamá (la verdad no luce enojada, luce ¿divertida?). Así que solo se me ocurre correr a sus brazos y usarla de refugio.

—¡Nunca te había visto tan feliz nena! —mi mamá tiene una gran interrogante en su rostro por la razón que pudo haberme llevado a besar a Leo, pero fuera de eso, se ve feliz y no sólo porque he ganado. *¿Acaso a mi mamá le agrada la idea de que Leo y yo terminemos juntos?*

Hay Romina, y de vuelta a lo mismo, entiende niña. Sí dije niña, ya deja de estar

construyendo castillos en el aire.

—Lo estoy, de verdad lo estoy, nunca me imaginé poder ganar y bueno las Olimpiadas es algo en lo que he soñado.

—¿Segura es solo por las Olimpiadas? —me susurra al oído mientras me da un beso en la cabeza y esboza una pícaro sonrisa en su rostro.

—¡No lo sé mamá, la verdad es que no lo sé! —le digo también en voz baja para que sólo ella pueda escuchar y acto seguido termino llorando como si se me acabara de morir un pariente.

Suena el celular de mamá y comenta que es de la casa, que todos me mandan felicitar y que ya celebraremos al regresar.

Después del día que he tenido, el ganar y el beso de Leo (que aquí entre nos no se compara con NADA al primer beso de Yair, es más a ninguno de los besos que él me ha dado). El dormir es algo que me parece casi imposible.

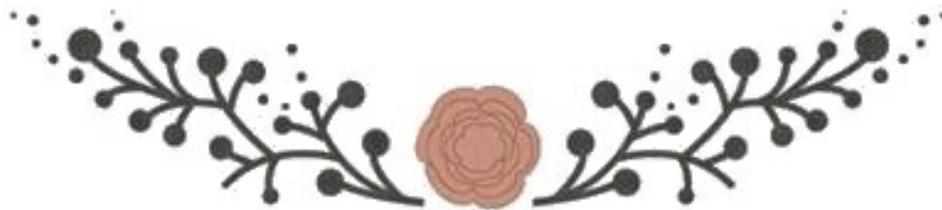


Demonios Romina, no has dormido nada bien. ¡Agh ya cállate, no me estreses más de lo que ya estoy! Está bien, no diré nada, pero esas ojeras, por cierto, marca mapache, sólo demuestran que no has dormido nada bien.

Siempre he tenido una complicada conversación con mi conciencia, no estoy segura a partir de en qué momento inició esta locura de mantener una dialéctica conmigo misma; sin embargo, debo reconocer que “mi conciencia” en una gran cantidad de situaciones me ha evitado complicaciones y otras tantas ha complicado mi entera existencia. Pero en este momento, sé que tiene razón. No he descansado bien y aunque me quiera forzar en no escuchar, la imagen frente a mí en este espejo del baño no me oculta nada. Mi rostro muestra tantos signos de agotamiento y no sólo porque no he podido conciliar completamente el sueño, lo cual es clásico en mostrar signos físicos. Ha sido más el agotamiento mental que he tenido, en estar pensando en Leonardo, nuestro beso, ¿el por qué ha correspondido mi beso?

Todos mis pensamientos han hecho que en la competencia de 400m libre no me fuera muy bien que digamos. Logré clasificar para las Olimpiadas, pero, no me pude concentrar y definitivamente me costó no llegar a la final. No podía dejar de pensar en lo que sucedió ayer, en qué le voy a tener que decir a Yair ¿Por qué Leo correspondió el beso? *Hay Romina por favor, de verdad crees que te besó porque siente algo por ti. ¿Me vas a decir que con este beso ya te declaró su amor?* Ciertamente no. Es obvio que no. Viviendo con cuatro hermanos se precisamente que lo que para una como mujer es una declaración de amor para ellos como hombres es algo normal, como saludarte con la mano.

Lo cierto es que estoy muy enfadada, no sé si es el hecho de que no logre estar en la final, o porque en el fondo sé que el beso que me dio Leo (está bien, yo fui quien lo beso), no significa realmente nada trascendental para él o porque mi cuerpo reaccionara con mayor intensidad ante *el beso* de Leonardo que a *los besos* de Yair, o porque realmente estoy deseando que ese beso haya significado algo más importante para Leonardo.



Cuando llegamos a casa Yair me estaba esperando, trae puesto un pantalón de mezclilla deslavado, una playera polo azul marino y unos mocasines color café. Se ve guapo, varonil y en verdad yo lo he visto siempre como mi puerto seguro, en lugar de estar en un pequeño barco en el ojo del huracán (lo que para mí significa Leo, desastre seguro).

—Hola hermosa, te extraña —lentamente se acerca a mí y me da un sencillo beso en la boca.

Yair ha manejado muy bien a mis temerarios hermanos, cualquier chico se sentiría intimidado por lidiar con cuatro “cuñados” y mira que mis hermanos pueden ser muy difíciles de tratar cuando se lo proponen; pero para Yair ha sido muy natural tratar con ellos (creo que haber sido hijo único le dio mucha seguridad), inclusive lleva buena relación con mis papás.

—Hola guapo. ¿Me perdonas por descuidarte mucho?, —le digo con un gran tono de culpa (realmente más culpa por el beso con Leo que por no haber pasado mucho tiempo con él en las últimas semanas).

—Ha valido la pena ¿no?, ya estas dentro de las Olimpiadas y tienes una medalla de oro. Así que te perdono si un día de éstos me dejas verla.

—Claro, es un trato —intentando esbozar una sonrisa, pero la verdad es que de mí sólo brota una mueca, como la de un niño que no sabe esconder la gran travesura que ha hecho.

—Romy, ¿crees que podamos ir al jardín a platicar un rato? Esta semana y el viaje te deben tener agotada, y salir no creo sea un buen plan. Pero no veo nada de malo en pasar un rato con mi novia en su casa ¿o sí?

—Desde luego que no. Voy a avisar a mis papas. ¿Me acompañas o me esperas aquí?

— Te veo en el porche, voy por algo que olvide en el carro.

Me dirijo a la sala, donde están mis papas, mis hermanos, mis cuñadas y Leo (desde luego está aquí, considerando que regresamos juntos de Guadalajara y venimos llegando del aeropuerto). No dejo de pensar en que Yair me comentó que quería hablar, seguro vio el beso que le di a Leo. *Claro tonta, ¿de qué más crees que quiera platicar? ¿Acaso tenías la ilusión de que no hubiera visto el besote que le plantaste a Leo? y en caso de no haberlo visto, es seguro que alguien más lo vio y le comentó. ¡Ay, ya cállate!*, mi voz interior puede llegar a ser muy útil muchas veces, pero otras tantas, como en esta ocasión solo me vuelven más loca de lo que dicen que estoy.

— Nena, ¿lista para celebrar? —me pregunta papá, mientras me abraza y me da un beso en la cabeza—. Me siento tan orgulloso de ti, pero todavía quedan los exámenes finales y no quiero sorpresas.

—No, ninguna sorpresa papá. Estoy al corriente en todas mis materias, y estudiaré con todas mis fuerzas como entrené estos meses. Lo prometo.

—Me parece perfecto, nena —mamá es mi mejor aliada, en el pasado aparte de pagar entrenadores pagaba tutores para que no descuidara los estudios—, ¿ya se fue Yair?

—No mamá, vamos a estar en el jardín. No hemos pasado juntos mucho tiempo.

—Romy, dile que se quede a cenar.

Cuando llego al porche Yair está parado, sosteniendo un maravilloso ramo de rosas rojas. Trae

una gran sonrisa dibujada en su rostro y al entregármelas me comenta que las rosas no se comparan en nada con mi belleza, y que no habla solamente de mi belleza física. *Demonios*. No puedo evitar sentirme ruin ante tal halago, después de haber besando a otros chicos (bueno no otros, sólo uno). *Hay Romina, ya basta de tanto drama, lo besaste por impulso, no creo que una corte marcial te condene solo porque te dejaste llevar por la euforia del momento, así que ya basta. Si lo vio o no lo vio de una vez enfréntalo, háblalo con él y verás cómo te sientes mejor.*

—Gracias, la verdad es que no tenías por qué hacerlo.

Hay Romina, cuando entenderás. Si el chico quería traerte flores déjalo, no se las pediste tú. Además, no has entendido nada respecto a “déjate consentir”.

—Lo sé, pero... ¿acaso no puedo regalarle unas flores a mi novia?

—Desde luego que sí y me encanta que lo hagas, es solo que... veras siento que te debo una disculpa.

Bien, entre más rápido lo enfrentes mejor, para que ya dejes de andar como si trajeras sobre la ropa una letra escarlata. ¡Ay, ya cállate!, que ni me dejas concentrar y no sabré que tengo que decir. Bien, ya no digo nada, pero recuerda, se sincera y no andes con tantos rodeos.

—Creo que te disculpaste hace rato, no te preocupes. Cuando te conocí sabía qué pasabas mucho tiempo en entrenamientos, siempre fuiste honesta conmigo respecto a tus tiempos.

Mmmm, respecto a mis tiempos siempre he sido sincera, pero no estoy siendo sincera con él en cuanto a lo que siento. Mamá siempre ha dicho que uno podrá engañar a los demás, pero nunca se puede engañar a uno mismo. La verdad, es que en estos momentos no estoy segura de que es lo que en realidad siento, pero lo que sí sé, es que Yair no se merece que yo no sea sincera respecto al beso que le di a Leonardo e intente hacer como que no pasó nada.

—No me refiero a eso. Veras... después de la competencia, fue tanta la euforia por el momento, que me emocioné muchísimo, me dejé llevar y besé a Leo...

—Lo sé, créeme que cuando es un evento de esa magnitud todo sale en televisión —me interrumpe antes de que pueda seguir dando más explicaciones.

—¡Ay Yair, lo siento! Créeme que no fue algo que hubiera pensado hacer.

Si, como no Romina, en tu mente muchas veces has imaginado cómo sería un beso de Leo. Así que eres una gran mentirosa al decir que no era algo que pensaras hacer. ¡Agh ya cállate!, ya sé que lo he imaginado. Pero, una cosa es soñarlo y otra muy diferente es que realmente pensara hacerlo.

—¿Sentiste algo al besarlo?

—La verdad es que sí —debo ser honesta—. Veras, no ando por la vida besando chicos, y debo reconocer que fue una rara experiencia, algo nuevo —bien, dije la verdad. El no decir todo, no es mentir, ¿o sí?

—Me agrada oír eso, y te diré que por un momento quise golpearlo, pero después me calmé y lo único que pude pensar es que yo soy tu novio, él no.

Al imaginarme a Yair intentando golpear a Leonardo, solo puedo pensar en que, no creo que Yair tenga una oportunidad de salir bien librado de un enfrentamiento con Leo. Me enfrente a él por un reto en kick-boxing y la verdad sabe defenderse. En parte creo que me dejó ganar, así que realmente Yair no tendría ninguna posibilidad de ganarle.

Yair se veía tan orgulloso cuando salieron las palabras “yo soy tu novio”, y se notó el desprecio por Leo al decir “él no”. Me imagino que para él debió haber sido algo complicado, lidiar con la imagen de *su novia* besando a otro.

Platicamos de muchas cosas, durante varios minutos. Estar con Yair es sencillo, no es complicado platicar con él. La verdad es que fluyen las palabras cuando estamos juntos, la

mayoría de ellas sin sentido, otras tantas respecto a los proyectos futuros que tenemos cada uno de nosotros para nuestras vidas; nuestros sueños, terminar la universidad, trabajar en lo que nos guste y los viajes que podríamos hacer, tiene un gran sentido del humor y reímos la mayor parte del tiempo. Entonces ¿por qué me sigo sintiendo mal?

—Vaya, por fin la princesa decidió entrar al castillo y honrar con su presencia a estos simples mortales —mi hermano Rafa y sus comentarios, desde que se reencontró con su amigo Leo se ha vuelto más insoportable conmigo. No es como si nunca me hubiera molestado, pero en verdad que se esmera más.

—Rafa, por favor, deja a un lado tus tonterías que no estoy de humor —la ira salía de mí no solo por las palabras que fluyeron por mis labios, sino de mi mirada.

—Romina, acabas de ganar una medalla en los Panamericanos, estas en las Olimpiadas y vienes de estar con tu novio, ¿qué te pasa amor? ¿Quieres platicar? —papá realmente se ve preocupado por mi humor tan volátil, hace unos minutos tan alegre y ahora parece que me he comido a pitufo gruñón.

Quisiera decir tantas cosas, estoy segura que él y mamá podrán ayudarme en muchas cosas, pero la verdad es que, refiriéndose a mis sentimientos, no sé cómo podrán ayudarme.

—La verdad, es que.... Yair me ha pedido que me case con él —trato de sonar muy natural, con una voz relajada. Pero el hecho es que estoy llena de sentimientos encontrados.

—¿Y qué le has contestado nena?, —mamá me mira muy cautelosa, no tiene una certeza respecto a cuál pudo haber sido mi respuesta. Ella fue testigo del beso que le di a Leo y como me puse a llorar como Magdalena después de eso.

—No lo sé —todos se me quedan viendo, muy intrigados de que les diga que no sé qué le respondí a Yair—. Todo fue tan rápido, era algo que no me esperaba. Pero supongo que le dije que sí, porque me puso este anillo —les muestro el anillo en el dedo anular de mi mano izquierda —, e inmediatamente llamó a sus papás. Por cierto, mamá, ¿está bien que en la semana te llame la mamá de Yair?, tú sabes, para coordinar cuando pueden venir a pedir mi mano.

—Sí, me parece bien. Pero, Romina me preocupas, no te ves como una chica feliz a la que acaban de pedirle matrimonio.

Un murmullo me hace percibir la presencia de mis hermanos y mis cuñadas, que no han dicho ni una sola palabra, realmente los he dejado mudos. Si saber que tenía novio fue un balde de agua fría para ellos, me imagino que esta noticia ha de haber sido como una bomba.

—¡Estoy feliz mamá! —*hay Romina, a otro perro con ese hueso. A tú mamá no la puedes engañar y menos a mí, que para eso soy tú conciencia*—, es sólo que ha sido un shock para mí, y todavía lo estoy procesando. Digo, no nos estamos ya casando mañana. Falta terminar la universidad y titularnos.

—Rafa, en diciembre se casa Alonzo —después de haber estado en completo silencio, mi hermano Adriano ha roto este momento tan incómodo, bendito sea por eso—, y más te vale casarte antes de Romy, ya sabes por eso de chivo saltado, chivo quedado. No vayas a terminar siendo para siempre el señorito de esta casa.

—Ja, ja, ja. Muy gracioso Adriano —por lo visto a Rafa no le agradó mucho el comentario de mi hermano, a ver si así se da cuenta que no es nada divertido ser a quien estén importunando.

—¿Verdad que no es nada agradable que te estén molestando?, —le digo a Rafa mientras le hago muecas en señal de que no me agrada que él se dedique a estarme dando lata a cada rato.

—¡Bueno ya está bien!, ¡a esta edad y todavía peleando como si tuvieran cinco años! —mamá más que molesta se ve divertida, creo que en el fondo le gusta seguirnos viendo como sus pequeños—. Rafa y Alonzo pongan la mesa que ya vamos a cenar.

—Voy a estar en el corredor, ¿me avisan cuando esté lista la cena? —lo que menos quiero es estar ahí en medio de la tormenta. *Romina, eres una cobarde, tú fuiste la que creo esta tempestad y ahora huyes.*

Si por mí fuera, ya me hubiera ido a mi cuarto con el pretexto de estar muy agotada, pero nana se ha esmerado en preparar una cena para celebrar. Y si algo no puedo hacer, es una grosería a nana con despreciarle la comida que con mucho amor ha preparado especialmente para mí.

—¡Vaya con la noticia!, se te está haciendo costumbre dar noticias que ponen a tus hermanos de mal humor.

—Leo, la verdad no estoy de humor para escuchar comentarios de este tipo.

Bueno que acaso es iniciativa de Leonardo o mis hermanos lo mandan a ver cómo están las aguas después de que he armado un alboroto.

—Lo siento, no era mi intención molestarte. ¿Estás segura de que quieres pasar el resto de tu vida con él?

—Me has salvado la vida, y lo agradezco. Has sido para mí como otro hermano, con el que, por cierto ando peleando la mayor parte del tiempo. Pero en estos momentos no me siento como para andar dando explicaciones.

—Romina, nadie te ha pedido explicaciones. Ni tus papás, ni tus hermanos, desde luego que yo menos que nadie. Sólo queremos saber que estás segura de lo que estás haciendo.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Tu mamá tiene razón, no te ves como una novia feliz. Al contrario, luces como una chica bastante perturbada.

Como salvada por la campana, nos avisan que ya está todo listo para cenar, pero antes de entrar Leo me toma del brazo. ¡Dios, el toque de sus dedos! ¿Por qué provoca esta energía que recorre todo mi sistema nervioso?

—Antes de que tomes una decisión, me gustaría contarte algo. Si después de hacerlo, todavía sigues queriendo casarte, adelante. Pero ni a mí, ni a tu familia nos gustaría ver que por la razón que sea que hagas esto, te metas a un matrimonio sin amor.

Conseguir dormir después de todo lo sucedido esta tarde, definitivamente se me ha vuelto un reto. Mil y un ideas dan vueltas y vueltas en mi cabeza. Todo pasó tan rápido que no le mentía a mamá cuando le dije que no lo había terminado de digerir. A parte del hecho de que aparentemente estoy comprometida con Yair, las palabras de Leo no han dejado de atormentarme, “Por lo que sea que hagas esto”, ¿de verdad hay una razón no normal para querer casarme?, ¿hay una razón oculta tras todo esto de querer casarme?

Capítulo 12

El baile

Noviembre 2011

Al llegar noviembre en casa se empieza a vivir a mil por hora. Cada año está la carrera Baja 1000 en la que patrocinamos a una escudería (y bueno, es una excelente oportunidad para salir con los amigos, eso sin contar la cantidad de fiestas que se organizan con el pretexto de las carreras). Tengo exámenes y proyectos finales. Mamá inicia con el espíritu navideño y andamos de tienda en tienda, podría describirse como andar de cacería de los adornos navideños para la casa y las oficinas (debo reconocer que mi mamá tiene una creatividad impresionante para la decoración y eso la vuelve un poco obsesiva a la hora de elegir los detalles); pero lo que más nos trae como locos, es todo el trabajo en los detalles finales para la boda de mi hermano Alonzo.

No es que me esté quejando, la verdad es, que doy gracias de que haya tantos quehaceres y que por lo tanto en estos últimos días mi mente se ha mantenido ocupada sin tener tiempo para pensar en Yair y Leonardo. Los papás de Yair han pospuesto dos veces la cena para pedir mi mano y nana se la pasa repitiéndome que debo aprender a ver en la vida diaria esas pequeñas señales que Dios nos manda. Lo cual solo me recuerda que Leonardo me pidió que por favor lo escuchara, que él, tiene algo que contarme. Honestamente no sé qué me podría decir que hará que cambie de opinión respecto a casarme con Yair. Pero es un hecho que he estado evitando esa charla. Estas últimas semanas Leonardo se ha comportado como mis hermanos, he estado peleando por todo y por nada con los cinco.

Hay Romina, por favor, ¡acepta que lo que tienes es MIEDO! Eso no es cierto. Si no tienes miedo, entonces explícame ¿Por qué esquivas la plática con Leonardo? No lo sé, ok, eso querías escuchar, no lo sé y punto.

Tengo muy claro que Leonardo no está pensando en declararme su amor, ni nada por el estilo (aunque debo confesar que sería algo portentoso, pero, aunque eso fuera cierto, ¿qué podríamos tener en común? Me lleva once años y además siempre andamos polemizando todo lo que dice el otro, si él dice negro yo digo blanco); sin embargo, la seguridad con la que me dijo que lo que va a contarme podría hacerme cambiar de opinión respecto a la boda, eso sí que me da escalofríos. Lo cierto es, que estoy muy confundida y no quiero tener más ideas en mi cabeza para evitar embrollarme más.

Pero como ya empecé a cavilar al respecto, realmente, ¿cómo puedo estar segura de qué se siente amar?, ¿cómo sé que no amo a Yair? Toda mi vida he observado a mis papás y he visto el gran amor que se tienen, también los he visto disgustados muchas veces y resolver sus problemas (y no es que sean de los papas que pelean frente a los hijos, tengo muy claro que lo hacen en privado, pero uno nota cuando están molestos, el trato entre ellos es distinto). Sé que sin amor ellos no hubieran podido salir a flote después de tantos conflictos en su matrimonio, ¿pero qué es amar? Hasta dónde sé, es algo que va más allá de una simple atracción (cómo la fuerte atracción y química que tengo por Leonardo), sé que se requiere de comprensión y un gran entendimiento para dialogar (lo cual tengo con Yair). Con Leonardo estoy peleando todo el tiempo por todo y por nada, y con Yair siento que me hace falta mucha química, pero me siento segura y tranquila a su lado. ¿Se puede aprender a amar?, si es así, ¿podría aprender a amar a Yair?

—Por más que mires y mires la luna, no vas a llegar a ella.

Una voz grave me trae de regreso al “planeta tierra”.

—Pá ¿dónde estás?

Estaba sentada en las escaleras que dan al jardín, me senté aquí desde la tarde y por estar tan metida en mis cavilaciones no me percaté de que había oscurecido, por lo que no me di a la tarea de prender las luces del corredor y del jardín, así que apenas y podía distinguir el área en donde estaba sentada.

—Justo detrás de ti. En dónde siempre he estado desde que empezaste a caminar.

Esa era la voz que realmente necesitaba en este momento. Mi papá siempre ha sido muy enérgico conmigo en cuanto a mi educación, de la misma forma con la que ha sido con mis hermanos; sin embargo, al ser su única hija es más flexible, tolerante y muy cariñoso conmigo. Especialmente en estos últimos días, ha estado al pie de mi cuerda floja, esperando que no tropiece y si lo hago, él pueda cacharme y evitarme un buen golpe en la caída.

—¿Qué haces en casa Romy?, pensé que andarías con tus hermanos o con Yair.

—Mmmm... —digo después de un largo suspiro—, veras Yair tiene trabajo en equipo para proyectos finales y mis hermanos se fueron a hacer el recorrido con los autos antes de la carrera.

—Y por el tono en que lo dices, deduzco que tus hermanos no te quisieron llevar.

—¿Qué comes que adivinas pá?, últimamente siento que me quieren como el sol.

—¿Cómo el sol? —me pregunta poniendo una cara, en la que puedo leer que está tratando de escrutarme la mente para saber por qué tanta melancolía en mis palabras.

—Sí, entre más lejos mejor.

Suelta una gran carcajada. Normalmente en la casa todo mundo dice que tengo cada puntada. Y creo que es algo que no puedo evitar, tiendo a decir lo primero que se me viene a la mente y dicen que suelo ser muy ingeniosa.

—Hay nena, tienes cada ocurrencia. ¿Se puede saber de dónde sacas que tus hermanos te quieren tener como el Sol?

—Han estado evitándome. Me dirigen la palabra solo para lo más indispensable y eso, sólo si, realmente tienen que hablar conmigo. Si por ellos fuera ya me hubieran prohibido la entrada a la embotelladora, solo he ido a la reunión de consejo y eso porque tengo que estar ahí y no pueden evitarlo. Y cuando hacemos planes para comer o ir al cine, me salen con mil y un compromisos de último momento.

—Mmm, ya veo ¿Tú por qué crees que están así contigo?

—Están enojados conmigo desde que les dije que Yair me propuso matrimonio. Y la verdad no lo entiendo pá, ¿por qué están tan molestos conmigo? Adriano y Enrique se casaron y nadie dijo nada. Alonzo se casa en diciembre y hasta dónde yo sé nadie se ha molestado con él, entonces, ¿por qué se han puesto en ese plan conmigo?

—No están ni enojados, ni molestos, ni nada por el estilo nena...

—Entonces peor aún, ¿los he desilusionado?

—No Romy, tampoco están desilusionados y sábelo de una vez, no tiene nada que ver directamente contigo. Lo que les pasa a tus hermanos es que no han sabido cómo manejar esta noticia. Para ellos, así como para nosotros tus padres sigues siendo nuestra pequeña niña. Todo esto ha sido difícil, no esperábamos hablar de tu matrimonio por lo menos en unos diez años más. Desde que naciste has dado una dinámica diferente a esta casa, tu alegría llena como luz todos los rincones y nos acostumbramos a ello. Así que ahora el saber que te casaras pronto y ya no estarás organizando locuras en esta casa, que tu risa no rezumará más por estas paredes, nos ha puesto en un estado lánguido y en el caso de tus hermanos, es algo que no saben cómo manejar. Aunque no

lo admitan, ellos te siguen viendo como el día que llegamos del hospital contigo en brazos, como una pequeña de dos kilos quinientos gramos.

—Mamá y tú no han estado molestos conmigo, quizá... quizá algo preocupados, puedo sentirlo.

—Veras nena, tu madre y yo lo hemos tomado muy natural, a tu edad nosotros ya estábamos casados. En nuestra época era algo muy normal casarse jóvenes. Hoy en día eso no es así, ahora la mayoría se casa después de los treinta y en ese paradigma están tus hermanos, no pueden entender que siendo tan joven quieras casarte, para ellos todavía te quedan muchas cosas por experimentar antes de llegar al altar y creen que te estás apresurando al tomar esa decisión con el primer novio que tienes.

—¿Tú y mi mamá creen que me estoy apresurando al tomar esta decisión?

—Nena, ¿Cuánto tiempo llevan de novios? no más de dos meses, ¿cuántas veces han salido? hasta dónde tengo entendido han sido muy pocas ocasiones, considerando tus entrenamientos no han tenido tiempo para salir y convivir juntos. Así que mi respuesta y la de tu madre es que sí, es muy apresurado. A diferencia de tus hermanos no creemos que haya una edad para casarse, pero sí coincidimos con ellos en que tu decisión ha sido muy acelerada, no han tenido el tiempo suficiente para poder conocerse, para saber si realmente lo amas. La edad no importa para casarse, eso es un hecho, pero sí es muy importante que se casen por amor. El matrimonio es muy difícil, si no entras a él con amor, no podrán vencer las vicisitudes que se les presenten.

—Lo sé papá. Te prometo no tomar las cosas a la ligera, si antes de casarme tengo alguna duda, no lo haré.

En realidad no le estoy dando el avión a papá, no le estoy diciendo lo que quiere escuchar. Realmente he tomado esa decisión, no casarme si siento una duda, aún sea el momento del altar. Realmente considero que eso será preferible a pasar toda la vida atada a alguien a quien en realidad no amas. Sería muy doloroso despertarte todas las mañanas y saber que el hombre que está a tu lado no es a quien amas. Según un viejo dicho, dice algo respecto a que el amor es ciego, pero que el matrimonio te abre los ojos. Muchos dicen que mientras se es novios, se guardan muchas apariencias que en la convivencia diaria del matrimonio no se pueden ocultar. Desde mi perspectiva creo que la mayoría de las personas no ocultamos nuestra verdadera personalidad tratando de sacar ventaja, tan solo queremos agradar al otro, evitar que salga corriendo al ver nuestros defectos; supongo que un noviazgo es un periodo corto en comparación con los años que puede durar un matrimonio.

Entonces Romina, con todo y tus deducciones ¿sigues en la loca idea de casarte con Yair? Como siempre mi voz interior se pone de un pesado, ya sé que estoy sonando bastante incoherente entre lo que pienso y lo que estoy haciendo, pero, vaya, no me estoy casando ya mañana. Yair y yo hemos acordado que sea hasta el próximo año, creo que es tiempo suficiente para poder conocernos, aunque, realmente ¿cuánto es un tiempo prudente?

—Bien, me parece muy bien. Y... ¿qué te parece si hacemos cambio de tema y te invito a salir esta noche?

—La verdad pá..... —digo con un tono y una cara como si realmente me pesara la idea, pero la verdad es que nada mejor para salir de mis aturdidos pensamientos— será maravilloso, ¿A dónde vamos?

—Al baile anual del Club Rotario.

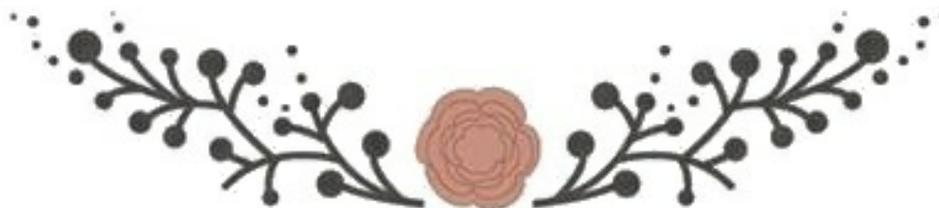
Cada año el Club Rotario organiza una cena-baile, muy elegante, en la cual recauda fondos para diferentes actividades de beneficencia. Es un evento social del cual todo el mundo habla durante varias semanas después, y asistir a este evento es una gran estrella en tu currículo social.

—Mmmm... supongo que eso implica vestido formal, maquillaje y peinado.

Sólo en tres ocasiones en mi vida he hecho todo el numerito del circo, maroma y teatro, ponerme un vestido de gala y pasar horas en una cámara de tortura llamada salón de belleza para eso del maquillaje y peinado. La primera vez fue en la graduación de la prepa, y las otras dos en las bodas de Enrique y Adriano. No es que me desagrade la idea de sentirme como cenicienta; debo admitir que una vez que termina el largo tiempo de arreglo, y te paras frente al espejo dices que ha valido la pena y más cuando muchas personas te dicen lo bien que te ves. Lo que no me gusta es tener que estar tantas horas con un vestido que muchas veces no te deja ni respirar, unas zapatillas que lo único que generan es dolor de pies al día siguiente y no se diga tener que estar al pendiente toda la velada para no agarrarte la cara y no hacer trizas el maquillaje.

—No lo digas como si fuera una tortura china. Tu mamá está en el salón de belleza, podemos hablarle y la alcanzamos allá, ¿qué te parece la idea?

Me agrada la idea de ir con mis papas, cuando era niña no me llevan a esta clase de eventos, así que supongo será ilustrativo. Además, me agrada mucho el pensar en pasar tiempo tan sólo con mamá y papá. Supongo que sufrir un rato el martirio de la secadora y las tenazas será mejor que quedarme encerrada en mi cuarto viendo películas y comiendo helado de coco.



Mientras vamos en camino al lugar del evento, me siento como una niña pequeña de cinco años, que va en la parte trasera del automóvil, en dirección al parque de diversiones que visitará por primera vez (debo admitir que hasta la fecha siempre que voy a un parque de diversiones sigue siendo bastante emocionante y siempre procuro hacer al menos una visita al año a Six Flags). Voy observando la ruta por la que nos vamos desplazando, poniendo cuidado a cada detalle del camino por el que transitamos. Papá reduce la velocidad y gira a la izquierda. El acceso es una verja blanca abierta de par en par, la cual ha sido decorada con varias guirnaldas de flores naturales con unas pequeñas guías de luces LED blancas. Pasamos por una vereda de un fino color rojizo, aunque las ventanas van cerradas puedo escuchar cómo el tezontle va crujendo conforme las llantas las van triturando a nuestro paso. Hay árboles a cada lado de la vía, sus copas forman un arco sobre nosotros, como si la naturaleza se hubiera encargado con el paso de los años en crear este túnel de ramas sin la ayuda de mano humana alguna.

Al entrar al salón, la decoración es tan sencilla, pero a la vez luce tan elegante, todo en blanco perla y dorado. Mientras nos conducen a nuestra mesa hemos saludado a varias personas, entre amigos de mis papas, algunos clientes y con cada uno de ellos mi papá me presenta con tanto orgullo “Mi hija Romina”, “... así es ella ganó medalla de oro en los Panamericanos y participará en las Olimpiadas”; debo reconocer que el escuchar de nuevo *los Panamericanos* me hace temblar en tan sólo pensar en aquel beso que le di a Leonardo.

Todo aquí es muy ceremonioso, me recuerda esos bailes que se organizaban en el siglo XIX. Todo el protocolo de etiqueta, las mujeres de vestido largo y los hombres de frac o esmoquin. Inclusive yo llevo puesto un vestido largo en gasa color verde turquesa, aplicaciones plateadas al talle, con los hombros descubiertos. Mamá me ha prestado un juego de gargantilla y aretes en oro

blanco y esmeraldas, llevo el anillo que me dio Yair el día que nos comprometimos. Mi cabello ha sido recogido en pequeñas ondas sujetadas con varios pasadores (la verdad es, que siento la cabeza pesada con tanto pasador, que en verdad creo podría provocarme un serio dolor de cabeza al final de la noche).

En este evento tan formal, se realiza la presentación de las “señoritas en sociedad”. Cada año las chicas al cumplir los dieciocho años durante esta cena realizan su primer baile y son presentadas a la sociedad de Baja California. Una idea bastante anticuada para mi gusto, pero al parecer toda familia que *pretenda buscar un buen futuro* para su hija no puede faltar a este gran evento de sociedad para decir sin palabras “Mi hija ya está en el mercado, busquemos a los mejores postores” (bueno, esa es mi impresión de todo esto y por lo que veo de mis papás también, porque a pesar de lo que la “sociedad” señala no nos dio por hacer el mismo numerito cuando yo cumplí los dieciocho).

El maestro de ceremonias anuncia la cantidad recaudada en este evento, un millón trescientos cuarenta y dos mil quinientos pesos. A lo que todo mundo aplaude enérgicamente. Por la cantidad de personas que observo y haciendo algo de matemáticas, el plato para este evento debió haber costado cerca de mil quinientos pesos (si me preguntan diré que es mucho dinero para una cena).

Unos minutos después del gran anuncio de la cantidad recaudada, inicia todo el asunto del primer baile en sociedad. Por orden alfabético van nombrando a cada chica, la cual pasa al frente con su padre. En el momento en que todas las chicas de este año están en la pista de baile, se escuchan las primeras notas de una melodía, *November rain* de Guns N’ Roses (bueno, sí que se desgastaron mucho el cerebro al pensar en “¿Qué canción ponemos?”, bastante originales considerando que estamos en noviembre). No me mal interpreten, no pretendo sonar amargada ni nada por el estilo, la verdad es que la letra tiene lo suyo y si lo vemos desde la perspectiva de padre e hija dice mucho; y no soy la única que lo piensa, porque a papá se le han humedecido los ojos, cuando nota que lo estoy observando quita la vista de la pista de baile y la dirige hacia mí. Toma mis manos entre las suyas y después de unos segundos viéndonos uno al otro me dice:

—Sé que es difícil querer mantener sólo para mí tu corazón, eso sería egoísta de mi parte. Todos tenemos nuestro tiempo y nuestro momento, pero quiero que sepas que yo siempre estaré aquí para ti, cuando sientas que tus miedos te alcanzan, cuando no puedas ver más allá porque hay neblina en tu camino e inclusive cuando creas que no necesitas de alguien.

Con un reflejo involuntario me lanzo a los brazos de mi papá, sus palabras han sido como una varita mágica que ha abierto las compuertas del llanto (ahora entiendo por qué les dio por poner esa canción para el baile de padre e hija). *Demonios Romina o te comportas o acabarás con la cara de mapache con todo el delineador corrido y eso sin contar las manchas de maquillaje que dejaras en el impecable frac de papá*. Al incorporarme mi papá toma el pañuelo de su pantalón, seca mis lágrimas y me da un beso en la frente. Cuando volteo hacia mamá para preguntarle si ha habido grandes daños con el maquillaje, me percató de que tiene sus grandes y hermosos ojos verdes delineados con unos finos trazos de lágrimas (genial, espero que nadie nos esté viendo por qué toda esta imagen de una alocada chica de veintiún años llorando en los brazos de sus papás resulta algo embarazosa). Le pido a mamá que me acompañe al baño, lo bueno de asistir a un lugar profesional de los rituales del maquillaje y peinado es que utilizan buenos productos a prueba de agua, han sido mínimos los daños en mi rostro.

Cuando salimos del baño y nos dirigimos a nuestra mesa, la banda se ha acomodado dispuestos para iniciar el baile. Al llegar a nuestro lugar papá está metido en una cautivadora conversación (me imagino que ha de ser una interesante plática por que ha dado tal risotada). Papá se levanta para acomodar a mamá en su silla, pero al mismo tiempo el joven con el que estaba platicando

también hace lo mismo conmigo.

—Romina, me encanta esta faceta tuya. Debo admitir que el verde te sienta muy bien y hace juego con tus ojos —me dice al oído mientras tomo asiento y él acomoda mi silla—. Señora Rossi, se ve radiante y hermosa.

Ver a Leonardo siempre ha sido grato para mis pupilas, pero esta noche se ve imponente, un modelo sacado de algún espectacular, el esmoquin negro da tanta elegancia a su figura y no puedo evitar sentir el jugueteo de centenares de mariposas dentro de mi estómago. De todas las personas con las que podría toparme esta noche, tenía que ser con Leonardo Bianchenssi y no sólo eso, sino qué, compartiré con él la mesa.

—Tranquilo chico, que ésta *radiante y hermosa* señora viene conmigo y tengo el honor de que sea mi esposa —dice papá al mismo tiempo que aletea sus brazos ceremoniosamente señalando a mamá y a él y acto seguido extiende la mano a mamá—. *¿Danza con me la mia bella signora?*^[9]

Ahora que mis papas se han ido a la pista de baile, interrogaré a este individuo, últimamente le ha dado por estarse apareciendo sin haber sido invitado, aunque pensándolo bien ¿a mí que me importa? *Sí claro Romina, haré como que te creo eso de que no te importa.* Hay sí ya cállate, como si tú no quisieras saber que lo trae por estos eventos, cuando siempre se ha pasado diciendo que los eventos de sociedad son puras pretensiones.

—Leo, ¿no se supone estabas de viaje?, ¿qué haces aquí? —le digo sin poder evitar el tono recriminatorio.

—Hasta donde tengo entendido esta cena es organizada por el Club Rotario Internacional, del cual soy miembro desde hace un par de años, por lo que tengo todo el derecho de estar aquí si así lo deseo. La pregunta aquí Romina, es, ¿Tú que haces aquí?, ¿no será que supiste que yo vendría y decidiste venir de último momento?

—No bueno, pero si súper enterado de que yo no asistiría a este evento, ¡Hey! ¿quién está al pendiente de quien aquí? Y siento si lastimo un poco tu ego, pero no estoy aquí por ti, vine porque papá me invito.

—Bien, una vez aclarados los puntos. Señorita Romina Rossi ¿me concede esta pieza?

—Circo, maroma y teatro —murmuro mientras le doy la mano para dirigirnos a la pista de baile.

—¿Dijiste algo Romina?

—No, nada importante.

Cuando acepte la invitación de papá a esta cena, tenía muy claro que no sólo sería cuestión del vestido, maquillaje y peinado; también, estaría la parte de bailar, después de todo era una cena-baile. Lo último que se me pudo haber cruzado por la mente, es que terminaría bailando con Leonardo Bianchenssi esta noche. Y debo añadir que me ha sorprendido la gracia que tiene para bailar, es un excelente bailarín (casi tan bueno como papá), sabe lucirse y mira que el swing no es nada sencillo de manejar. Dominamos la pista de baile, es muy difícil acoplarse con una pareja, especialmente con un ritmo complejo como éste; pero esta noche Leo y yo nos hemos acoplado como si hubiéramos nacido para bailar juntos, estamos dando un gran show, sin las vueltas y cargadas debo admitir (eso ya sería demasiado).

Capítulo 13

La platica

Hay que reconocer que la cena ha estado exquisita, aún sigue haciéndoseme una cantidad estratosférica lo que se ha pagado. Pero después del postre, madre mía, el costo ha valido la pena. Una delicia de chocolate, por fuera crujiente a la perfección, pero al partirlo se derrama un delicioso chocolate semi-amargo, como si fuera lava que escurre por los costados de un volcán en erupción. Y la verdad es, que así siento en mi boca, una explosión de sabores, el chocolate, la crema batida, y esta salsa de fresas, moras, cereza y naranja al ron. *Romina, ¿sabes cuántas calorías estás ingiriendo esta noche?, ¿sabes lo que te costara dormir esta noche después de tanta azúcar y chocolate?* ¡Ay, sí ya cállate!, y la verdad es que no me importa, y deja que continúe devorando esta delicia, ya mañana tendré tiempo para sentirme culpable, no esta noche.

Ha sido inevitable que un gemido de placer escapara de mí. Todos en la mesa dirigen su mirada hacia la fuente de la cual provino esa pecaminosa expresión.

—Ahmm, lo siento... —no puedo evitar encogerme de hombros — pero no todos los días se me permite comer chocolate.

En estos momentos quisiera que me tragara la tierra, me siento tan incómoda y puedo sentir como el calor ha recorrido mi cuerpo de pies a cabeza, si pudiera verme en un espejo estoy segura que mi rostro ha pasado por todas las tonalidades de rojo.

—No tienes por qué apenarte nena. El chocolate es simplemente adictivo y uno nunca sabe cómo podrá reaccionar —dice una señora, su rostro habla de tener unos setenta años y es algo regordeta, mete un bocado de postre a su boca y hace un gemido muy parecido al mío.

No puedo evitar sonreírle y darle una mirada de agradecimiento por haber intervenido en ese momento tan ignominioso para mí.

Minutos más tarde, la mesa se encuentra vacía, todos han ocupado un lugar en la pista de baile. Sólo hemos quedado Leonardo y yo.

—Romy, ¿por qué seguimos sentados en la mesa?, considero que deberíamos estar en la pista de baile, ¿qué dices? —me pregunta muy atento, pero no puede evitar esbozar una agradable sonrisa traviesa en su rostro.

Nada en este mundo podría alejarme de esa imagen, él y yo, dejándonos persuadir por las suaves notas musicales. Pero por más fuerte que sea mi deseo de estar entre sus brazos, pero esta vez, deslizándonos bajo una tenue melodía, debo dar inicio a una conversación que probablemente, no me gustará como terminará.

—Ahmm... no por el momento

—“No por el momento”, entonces ¿qué quieres que hagamos?

¡Ay, Dios!, de nuevo esa mueca traviesa vislumbrada entre la comisura de sus labios. Ese gesto tan dulcemente perverso que me hace tener tantas ideas de lo que podríamos hacer juntos. *Ok Romina, contrólate, no es el lugar ni el momento para que te pongas a estar pensando tonterías. No son tonterías. Está bien lo reconozco no lo son, pero no ahora.*

—Es sólo que... ahh por ahorita, la verdad es que... me gustaría tener esa charla contigo. Dijiste que tenías algo que contarme.

Romina, ¿estás loca?, ¿qué carajos haces? ¿Estás realmente segura de que quieres tener esa plática, aquí y ahora? Sí, aquí y ahora. Lo que sea que tenga que decirme que sea de una vez, el

ambiente de fiesta me ha dado el valor para afrontar lo que tenga que decirme, y mejor es tomar el toro por los cuernos lo más rápido posible.

—“Esa charla” ... —repite las palabras que dije en un tono severo mientras por sus ojos escapa una pizca de picardía— ¿te parece si damos un paseo y tenemos “esa charla”?

—¿Vas a estar repitiendo todo lo que digo? —con un vistazo juicioso y una pequeña pincelada de diablura le pregunto mientras tomo la mano que me ha tendido. Mi mano está muy fría y por la expresión que ha puesto sé que él puede sentirlo (sólo espero que piense que es por el clima del otoño y no por los nervios que me provoca no sólo esta charla, sino estar solos los dos). Me levanto cautelosamente de la mesa, lo que menos quiero es resbalar y realizar todo un remolino de platos y copas al caer después de chocar con un mesero.

—No puedo evitarlo... —he puesto mis ojos en blanco, honestamente no creo que no lo esté haciendo para molestarme— lo juro, de verdad. Bueno sólo una parte, luces algo agobiada.

Al salir del salón, nos dirigimos hacia el jardín poniente del lugar, ahí hay un lago artificial que está iluminado tenuemente y la luna añade un toque atractivo (por no decir sensual, seductor y romántico).

—Y bien, ¿cuál es tu veredicto de este evento? —pregunta Leo.

—Me siento en esos bailes del siglo XIX...

—Como los bailes de tus libros —me interrumpe, completando la oración justo como estaba pensando.

—Sí, como los bailes de mis libros. Sabes, creo que no ha habido mucho cambio en dos siglos. Todavía sigue habiendo muchas pretensiones “sociales” en estos bailes. Y si no fuera porqué con lo que se recauda realmente se genera una ayuda, diría que es una locura pagar tanto dinero por una cena.

Hay unas bancas de madera y la música apenas y es perceptible.

—Pues ha valido hasta el último centavo que he pagado esta noche. Ha sido para mí un enorme placer haber bailado contigo y además en mi mente siempre tendré presente la expresión que tenías mientras te comías ese postre —las palabras respecto a mi demostración por el postre las dice casi murmurándome al oído mientras nos sentamos y en sus ojos arde una llama de deseo.

Bufar describiría muy bien la forma en que le rezongue, en el fondo no ha sido porque me incomodara su comentario, al contrario, lo he sentido como un halago. Ha sido más bien un reclamo para mí, porqué después de ver ese brillo sutilmente perverso en su mirada no pude evitar sentir una ráfaga de brisa cálida recorrer mi cuerpo.

Romina, contrólate. ¿Has venido hasta aquí para hablar con Leo o para estar coqueteando? Está bien, me centraré a lo que he venido.

—Bien, ¿qué es lo que querías platicar conmigo? —digo después de que se me escapara un suspiro para tomar valor.

—Wow, cuando pienso que ya no podrás sorprenderme más, haces algo inesperado. Directa, sin rodeos. Me gustan esos atributos en las personas.

¡Ay, demonios!, sé que podría sorprenderlo con un gran beso inesperado en este momento. ¡Carajo!, porqué hace tan complicado que me concentre, esa chispa en su rostro, su voz con la tonalidad de las notas graves de un piano y sólo puedo recordar ese beso que le di y lo bien que se sentiría volver a besarlo. Me pregunto si el tendrá ese beso en su recuerdo. *Vamos Romina, mujeres espectaculares debieron haberlo besado, de verdad te crees tan importante como para que tú beso lo haya guardado en sus recuerdos de los besos que le han dado.*

—Sí, me imagino —esto salió de mí en voz alta, pensando en ¿Cuántas chicas habrá besado Leo?, trato de hilar el sentido de la conversación y continuo—. Debe ser una característica que

buscas en las personas, si se quiere cerrar un negocio de manera exitosa.

Ya sé que podría seguir con este “jueguito” un rato más, pero no estoy segura sea bueno seguir dándole alas a un deseo que resultará infructuoso. También es una forma de retomar un poco el control de mí misma, porque realmente no sé hasta dónde llegaría si hubiéramos seguido la dirección de aquella estimulante conversación.

—No sólo para los negocios Romina. Es bueno que las personas, te digan lo que piensan, lo que sienten. Que sean libres, que no se anden con tantos rodeos o peor aún que no digan nada y asientan a todo lo que uno dice.

—En casa todos me dicen que no debo decir todo lo que pienso, que algún día me meteré en grandes líos por no cerrar mi bocota a tiempo. Además, se me hace que el querer escuchar lo que los demás piensan, es una cualidad muy rara de encontrar en alguien que le gusta tener el control.

—Me gusta poder tener el control, no voy a negarlo. Y en cuanto a lo de escuchar lo que los demás piensan, no sé a los demás que les parezca, pero a mí... por favor... ahh... siempre dime lo que piensas. Seguro muchas cosas no me van a gustar y sé que otras tantas veces voy a querer ahorcarte, pero te prometo nunca causarte grandes líos por ello. Uno que otro pequeñito de vez en cuando —dice ésta última frase mientras con sus largos y finos dedos acomoda un mechón de mi cabello que ha caído cuando el clima ha exhalado el frío viento del otoño.

Control Romina, control. No puedes permitirte un arrebato como en los Panamericanos. Sí, ya lo sé. No puedo volver a cometer ese mismo error. Pero, ¿por qué no siento que sea realmente un error?, lo único que sé es que no debo perder el control. El ambiente embriagador, la luz tenue, la brisa suave de noviembre hará que me deje llevar. No puedo entender por qué me siento como si tuviera tanto que reprimir cuando estoy con Leonardo, porque debo hacer un gran esfuerzo para controlar mis impulsos de saltar sobre él y darle un beso.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo y mi piel se eriza, no sé si ha sido el aire frío o el deseo de arrancarle la camisa a Leonardo aquí y ahora. ¡Romina!, más cuidado con tus impulsos te lo he dicho. ¡A un demonio!, ¡déjame en paz! Estos sentimientos, estos deseos no es algo que sea normal. No puedo entender por qué tengo estos pensamientos. *Hay Romina, porque el tipo te atrae, y si no tuvieras estos PENSAMIENTOS tendrías atole en lugar de sangre en las venas.*

Leonardo se quita el saco del esmoquin, y lo pone sobre mí, alejándome de mis divagaciones personales.

—Les quita el encanto a tus hombros y probablemente no sea un accesorio muy bonito para tu vestido, pero no me gustaría que te enfermaras.

Hay si supieras que frío no es la palabra que describirá la sensación térmica de mi cuerpo en estos momentos.

—Gracias —digo torpemente, tratando de articular cada letra, tomo aire y continuo—, y bien. Ya estamos aquí, que era lo que querías platicar conmigo.

—Contarte una historia, una historia de dos amigos que acabó mal. Mi historia... —cierra los ojos y en su rostro se ve que todavía le duele el recuerdo— Yo me casé prácticamente a tu edad Romina y las cosas no salieron nada bien.

¿Qué él qué?!, ¿de verdad ha dicho que él se casó? ¿Cómo?, ¿cuándo?, ¿con quién?, ¿seguirá casado? ¿Rafael sabe de esto? Sí desde luego que lo sabe, han sido grandes amigos desde que se conocieron. No me extrañaría que mi hermano haya asistido a su boda. ¡Dios bendito!, el hombre está casado y yo teniendo estos pensamientos (vaya cubetada de agua fría para desacelerar a mis hormonas). Lo más seguro es que su esposa haya visto el beso que le di y haya tenido problemas por eso.

—¿No dices nada? ¡Vaya, no puedo creer que haya dejado sin palabras a Romina Rossi!

Me había quedado tan absorta en mis pensamientos que no me percaté que habían transcurrido un par de minutos sin que dijera ni una sola palabra, ni una broma, ni una palabra sarcástica, nada salió de mi boca.

—Ahh... bueno... es que... la verdad, es que no sé qué decir, sólo qué.... —*pregúntalo Romina, es lo que quieres saber ¿no?, pregúntale entonces si todavía sigue casado*— ¿Por qué dices que las cosas no salieron nada bien?

—Porqué nos casamos sin amor. Claro que cuando nos casamos no sabíamos que no estábamos realmente enamorados. La costumbre, la amistad nos hizo pensar que estábamos locamente enamorados y el siguiente paso lógico era casarnos.

—¿Cómo fue que se dieron cuenta que no había amor?

—De la manera más desgarradora. Veras, no fue así desde un inicio. No sólo éramos novios, éramos grandes amigos. Cuando acabamos la universidad, no tardamos mucho tiempo en obtener trabajos estables, y era lógico que después de casi tres años de novios consideráramos que lo que seguía era casarnos. Todo el mundo nos preguntaba “¿para cuándo se casan?, ¿cuándo es la boda?”, y siendo económicamente estables pues no tuvimos ninguna duda. De hecho, tu hermano asistió a la boda.

—Me lo imagino. Alonzo me comentó una vez, que tú y Rafa han sido grandes amigos desde que se conocieron en la universidad.

—Sí, de hecho, él fue el único que me dijo que lo pensara bien. Que no era una decisión para tomarse a la ligera.

—Ohhh, con razón.

—¿Qué Romy?

—De todos mis hermanos, Rafael es el que más molesto está conmigo, no lo entendía. Al final a él que le importaba si me casaba o no, pensaba que debería estar feliz porque ya no tendría que estar aguantando mis locuras. Pero ahora lo comprendo, él ha vivido como tu amigo toda tu historia y no quiere que yo pase por lo mismo.

—¿Sabes por qué siempre te ha molestado?

—No. Bueno tengo mi teoría. En la casa hay cinco habitaciones, dos grandes, una mediana y dos habitaciones que comparten baño. Antes de que yo naciera Enrique tenía mi cuarto, Adriano tenía la habitación mediana y Alonzo y Rafael lo único que compartían era el baño. Al nacer yo, Rafa tuvo que compartir la habitación y siempre me ha culpado a mí por eso.

—¿En qué basas tú teoría Romina?

—Pues muchas veces cuando Rafa se enojaba conmigo siempre me decía que él estaba bien antes de que yo naciera. Que desde que llegué a casa lo había desplazado y le había quitado su propio espacio —sacudo mi cabeza, en señal de que ese no era el tema principal que estamos poniendo sobre la mesa—. Pero ya nos desviamos, estábamos en que te casaste porque según ustedes era lo siguiente que tenían que hacer.

—Cierto, y así lo hicimos. El vestido, el traje. Las flores, la recepción, el pastel, tú sabes todo lo que “socialmente” es esperado. Todavía unas horas antes de la boda, tu hermano me volvió a preguntar si estaba seguro. Que, si tenía alguna duda, estaba a tiempo de dar marcha atrás. Inclusive me dijo que me viniera con él aquí a Baja, que él me daba alojamiento y que estaba seguro de que podría trabajar en los viñedos o en la embotelladora. Pero no lo escuche, ¿por qué habría de tener dudas?, era algo que Claudia y yo habíamos planeado, aparentemente era algo que ambos queríamos —así que el nombre de la esposa de Leo es Claudia, de ahora en adelante no veré con buenos ojos a las Claudias—. Al principio todo era miel sobre hojuelas, amor por aquí, amor por allá. Pero de repente todo cambió, todo por lo que antes disfrutábamos se empezó a

convertir poco a poco en rutina, cada mañana era una tortura.

>>Empezamos a darnos cuenta que teníamos planes de vida muy diferentes, Claudia quería ir al norte y yo al sur, por así decirlo. No había día que no tuviéramos una discusión, un día eran las cosas no puestas en su lugar, otro día la comida. Bueno nos llegamos a pelear hasta por qué los calcetines iban en un cajón y no en otro. Los reclamos se iban incrementando con el paso del tiempo y junto con los reclamos las palabras hirientes. Una noche llegué de trabajar y ella estaba con unos amigos en la casa, estaban por salir. Le pregunté por qué tenía que salir todas las noches, empezamos a pelear y me dijo que todavía estaba joven que tenía que disfrutar su vida, y después de un intercambio de palabras altisonantes me gritó que me odiaba por haberle cortado las alas antes de volar, qué nunca debió haberse casado conmigo.

El silencio perduro por varios minutos, cerro sus ojos y después de una fuerte exhalación, abrió sus ojos y su mirada se instaló fijamente en mi rostro, tratando de encontrar una pista de lo que yo pudiera estar pensando.

—No puedo figurarme lo terrible que debió haber sido. Escuchar a la persona con la que te casaste, la que creías amar, te diga que te odia.

—Es algo que honestamente no le deseo a nadie. Esa noche ella ya no regresó a la casa y a la semana me llegaron los papeles del divorcio. Después de firmar todos los documentos era tanto mi sufrimiento que me refugié en el trabajo, y así fue como me volví tan adicto al trabajo, era el único lugar en donde yo puedo controlar toda la situación. ¡Pero hey!, dicen que no hay mal que por bien no venga —y así sin más ni más paso de la melancolía al entusiasmo—, gracias a eso desperté mi espíritu emprendedor.

—¡Wow!, lo haces sonar tan sencillo y civilizado. ¿Hace mucho tiempo de eso?

—Mmmm, bueno, ahora que sólo puedo escucharlo y no vivirlo, pareciera que fue un proceso muy sencillo. Contarlo no es tan complicado de lo que realmente fue. Y en cuanto a lo de si fue hace mucho tiempo, pues nos divorciamos hace siete años.

Bien, todos esos años habrá sido tiempo suficiente para que realmente lo superara. ¿Seguirá amándola?, dijo que creyeron que estaban enamorados, pero ¿seguirá pensando en ella? *Romina Rossi, ¿a dónde quieres llegar con esto? ¡¿Qué?!*, a ningún lado, sólo intento ser empática con él. *¡Sí claro! ¿A quién pretendes engañar? Santa Romina Rossi, patrona de las almas atormentadas por exesposas del pasado.*

—Y, ¿cuánto tiempo duraron casados?

—Tristemente no logramos llegar ni al año.

—Al menos no fue mucho tiempo el que tuvieron que vivir en ese infierno. Aunque ahora que lo veo bien, por otra parte, es muy triste que en tan poco tiempo se acabara el “amor” y llegaran a ese martirio.

—Sí, eso es verdad. Hay muchas parejas que, por cuestiones sociales, por evitar el qué dirán, por evitarles sufrimiento a los hijos duran años, décadas, e inclusive toda una vida en ese infierno. Supongo que dentro de todo tuvimos suerte en no querernos aferrar a algo que sólo nos traería muchos años de agonía. Pero también está el otro lado de la moneda, es muy triste que el “amor” se esfumara tan rápido.

—Y.... ahhh... ¿Tú...?

Hay Romina, sé qué piensas. Ya dilo de una vez. No te vas a quedar tranquila hasta que no lo sepas. Y todavía quieres que te crea que no tienes interés en Leonardo. ¡Ya sé que lo sabes!, eres mi conciencia, y ya ¡CALLATE! Que no me dejas concentrar.

—¿Tuviste hijos?, digo sé que es poco tiempo el que estuviste casado, pero pues... todo es posible —sí ya lo dije, ha puesto una expresión que esboza un poco el esfuerzo por evitar una

carcajada y un tono de querer entender de donde viene mi curiosidad de hacer la pregunta.

—No, me hubiera gustado mucho. Hoy sería muy feliz de tener en mi vida a alguien que dependa de mí, un pequeño ser que me permita llenarlo de mimos y cariños; aunque, debo reconocer que no me gustaría tener que compartirlo, un tiempo conmigo, un tiempo con su mamá. No considero que sea algo muy favorable para el desarrollo de un niño.

—No, yo también creo que no es bueno que un niño crezca en dos ambientes diferentes.

—Uff, bien... —resopla aliviado como si hubiera dejado de cargar una enorme loza por mucho tiempo, mientras pasa sus dos manos por su ondulado cabello castaño—... lo he dicho. En fin, no creas que te he contado todo esto, esperando que decidas no casarte. No soy nadie en tu vida como para pedirte que no lo hagas, sólo he compartido contigo lo que he vivido. Si decides casarte, lo hagas realmente segura de que lo quieres hacer. El matrimonio puede volverse un verdadero tormento si no hay verdadero amor.

Aquí estoy yo, viéndome en el reflejo de sus ojos. Esos ojos tan profundos como un océano azul. Sólo puedo contemplar a este ser, físicamente perfecto, deseando fundirme entre sus brazos tan sólo para consolarlo. Queriendo quitar una parte de su sufrimiento, pero la verdad, es que no puedo hacerlo. Mamá siempre me ha dicho que nadie puede quitarte la carga de las penas personales. He dejado de pensar en Leonardo como un ser que con sólo tronar los dedos puede conseguir todo lo que tiene (así lo he percibido por la forma en la que hablan mis hermanos respecto a la facilidad con la que se le dan todos los negocios). Ha pasado de ser una persona calculadora que siempre quiere tener todo bajo control, a ser un ser humano que ha sufrido. Sé que, si otras personas supieran esta parte de la historia de Leonardo, probablemente verían a un titán caído, venido a menos de sus días de gloria. Pero para mí, ha crecido ante mis ojos por haber sobrevivido a una sangrienta batalla.

Capítulo 14

La cena

Durante esta semana he estado al borde de la locura. Al estrés normal del periodo de exámenes finales, tuve que agregarle una sobre dosis de estrés *casual* sobre “mi futuro matrimonio”. No he podido detener mi mente, sólo ha estado dando vueltas y vueltas en lo que Leonardo me ha confiado. Sé que Rafael sabe al respecto, pero, ¿sabrán mis otros “enfadados” hermanos y mis padres que Leo estuvo casado? Me imagino que sí.

Tanto ha sido mi estado de perturbación que el día de hoy estuve a punto de reprobar mi último examen, más de la mitad del tiempo me encontraba totalmente absorta en mis pensamientos. Tengo que darle las gracias a mi profesor, si no hubiera sido por que me preguntó si me encontraba bien (supongo que después de haberme estado observando un rato y se percatará que la razón de no anotar ninguna respuesta no ha sido precisamente porque no hubiera estudiado), lo más seguro es que se acabara el tiempo y mi examen en estos momentos estaría tan blanco como la nieve, bueno la verdad es que ni tan blanco, considerando que estaría tan sólo mi nombre escrito en la esquina superior izquierda de la hoja de respuestas y que las hojas de papel reciclado no son de un color claro.

Desde que Yair y yo nos comprometimos, nuestra relación ha sido mecanizada, como si hubieran programado dos personajes de computadora para que reaccionen en tiempos y bajo ciertas situaciones. He tenido tanto miedo, después de las palabras de Leonardo: “La costumbre, la amistad nos hizo pensar que lo siguiente era casarnos”.

Al menos la casa y la oficina han estado tranquilas, mis hermanos tienen tres días fuera con todo el alboroto de la carrera, el día de ayer estuvieron todo el día en la revisión técnica de los autos y hoy salieron desde muy temprano y considerando que la carrera es un recorrido promedio de 40 horas, pues son 1000 millas (por eso el nombre de BAJA 1000), estarán de regreso hasta el domingo por la tarde. Normalmente me llevan con ellos, pero en esta ocasión han puesto de pretexto que estoy en periodo de exámenes finales; la verdad es que en años pasados eso no ha sido inconveniente para poder asistir con ellos. Papá ha seguido insistiendo en que no tome las cosas personales, es solo la impotencia de mis hermanos al lidiar con la situación de que su hermana pequeña esté considerando casarse con alguien que según ellos no conozco bien.



Es viernes, hoy presente mi último examen, las vacaciones han iniciado, estamos a un semestre para terminar la universidad, y pretextos sobran para que esta noche salgamos a bailar. Lety se las ha ingeniado para convencerme. Las carreras son un imán para grandes fiestas, y Lety no ha parado de hablar de ello en todo el día “*Romy, por favor, puede ser mi noche de suerte y conocer al hombre de mis sueños*”. No hay nada mejor para reunir a una gran cantidad de muchachos que

automóviles y velocidad (y hay que reconocer que hombres muy guapos se dan cita en Ensenada con el alboroto de las carreras, no es que yo ande buscando ligar; pero a nadie se le puede prohibir admirar las maravillas que Dios ha creado. El que estés a dieta no te impide poder ver las delicias que hay en el menú). A Mario no le agrada mucho el que salgamos de fiesta, porque no puede tolerar la idea de que los chicos anden rondando cerca de nosotras (la verdad es que Mario no está muy preocupado de mí), aunque siempre lo niega cuando le pregunto, es muy obvio que siente algo por Lety. La forma en que la mira, lo paciente que es con ella y especialmente lo celoso que se pone cuando alguien se acerca a ella.

Estoy terminando de arreglarme cuando Lety entra como torbellino a mi habitación.

—¡Hola Okis! —Lety me dice “Okis” porque desde niñas siempre que me preguntaban algo, yo para responder o para afirmar, en lugar de responder si o está bien, digo okis.

—Hey chica.... ¿Oye te vas a quedar a dormir siempre?

—Sí, mis papás me dieron permiso, así que esta noche será hasta morir.

—¿Es aviso o amenaza?

—Es aviso, pero se me hace que va a ser amenaza. Más te vale que te diviertas, porque no te ves muy entusiasmada de salir esta noche eh. ¿Por qué traes esa carota si los ogros que tienes por hermanos no están en casa para estarte molestando eh?, especialmente Rafael.

—No lo sé, creo que el hecho de que por primera vez mis hermanos no me toman en cuenta para nada, siempre que les digo si vamos a comer o al cine me sacan la vuelta.

—¿Segura es solo por eso Romy?, nos conocemos desde antes que pudiéramos caminar. Así que sé que hay algo más en esta cabecita tuya, o mejor dicho en este gran corazón.

Antes de que pueda decirle a Lety algo relacionado con mis atormentados pensamientos respecto a Leonardo o Yair, un “toc-toc” en la puerta nos distrae y mi papá entra a la habitación.

—Hola Lety, ¿cómo están tus papás?

—Bien, a veces supongo que queriendo ahorcarme, pero todo bien.

—Me los saludas, y hablando de ahorcar, más les vale que no se excedan esta noche y no lleguen tan tarde a casa. Y les aviso que Mario ya está abajo esperándolas.

—Nada de excesos y trataremos de llegar *no tan tarde* pá.

—Lo digo en serio Romina.

Sé que podría seguir repelando por más tiempo y tratando de extender un poco más el horario de llegada, pero después de lo vivido en los Cabos, supongo que para mis papás la idea de salir sola a un antro les pone los pelos de punta.

Al bajar a la sala, no sólo está Mario esperándonos, también está Julián. Intento buscar algún indicio de que Leonardo esté en la casa, pero no logro tener ni un rastro de él.

—Señorita Rossi, ¿espero que esté bien? Sé que se pregunta qué hago aquí, pero solo obedezco órdenes.

—¿Ordenes? —pregunto algo extrañada.

—Romina, el señor aquí se nos va a pegar como sello postal toda la noche —el tono de Mario es de reclamo, y el reclamo es dirigido a mí por tener que cargar con peso extra esta noche.

Por la forma en la que Mario ve a Julián, puedo notar que esa mirada es por celos. Y me he percatado por qué, Lety ha estado dándole miradas coquetas. Julián es un hombre de complexión atlética, robusta (supongo que un requisito indispensable si vas a dedicarte a cuidar de la seguridad de alguien); su rostro muestra tener menos de cuarenta años, sus facciones no son del todo finas, pero resulta atractivo a la vista.

—El señor Bianchenssi, quería acompañarla el mismo, pero surgieron contratiempos de trabajo y me ha pedido que esté cerca de ustedes. Pensó que, al ser su primera salida a un antro, quizá se

sentiría más segura con algo de apoyo.

—Gracias Julián. No había pensado en eso, pero el que puedas estar al pendiente de nosotros me hace sentir con mayor seguridad.

Agradezco la preocupación y atención de Leo, pero, ¿cómo *demonios* se enteraron que saldríamos esta noche? Me imagino que por Rafa.

Todo el camino Mario no ha parado de hablar, quejándose y quejándose, “ya vieron cuanta gente hay en la calle”, “el antro va a estar a reventar”, “mejor hay que regresar y vemos películas”, “al final vamos a arrepentirnos de salir esta noche” Te sorprendería la cantidad de lamentos que puede hacer este hombre en tan poco tiempo.

Estoy parada frente a la puerta del antro y hay una fuerza que me impide mover un pie. No puedo dar un paso para entrar al lugar, mi corazón empieza a latir más rápido conforme vienen a mí los recuerdos de la noche en los Cabos.

—Romy, ¿estás bien? Tranquila, tarde o temprano teníamos que volver a salir —me dice Lety con mucha cautela en cada una de sus palabras.

—Lo sé, lo sé. Es sólo que no puedo dejar de pensar en lo que paso la última vez que decidimos salir de fiesta.

—Romy, grandulón viene con nosotros. Y no se nos va a despegar ni un minuto. Si hay que ir al baño, el bodoque este se encargará de despejar el baño solo para nosotras y no se moverá de la puerta. ¿Verdad monigote? —dice dirigiéndose a Julián y el asiente con la cabeza. No puedo evitar reírme de ver que una pequeña mujer delgada de un metro sesenta esté dándole órdenes a un hombre alto y corpulento como Julián.

Solo los primeros minutos han sido algo incómodos en el lugar, pero la música, y los amigos que van llegando hacen que me olvide por completo de mis temores. Cerca de las once de la noche el lugar está abarrotado, no hay espacio ni para moverse. El pánico empieza a invadirme, por más que intento controlarme no puedo evitar que conforme me siento más restringida en mi espacio la respiración se acelera, la cabeza me da vueltas, y regresan a mí los recuerdos de esa aterradora noche. Intento salir, pero no puedo dar un paso con libertad y sin darme cuenta en que momento pierdo el conocimiento.

Cuando despierto estamos en la camioneta. Lety está sentada a un lado mío, ella sujeta un algodón con alcohol cerca de mi nariz y con la otra mano sostiene una de mis manos. Julián y Mario están sentados en los lugares del conductor y copiloto respectivamente y están al pendiente de lo que sucede en la parte posterior.

—¿Cómo estás?, —me pregunta Lety mientras me acerca una botella con agua para que beba y doy unos sorbos.

—Bien, gracias —al ver sus preocupadas miradas, empiezo a darles una explicación de lo que pasó—. En cuanto el lugar se llenó, me sentí encerrada, atrapada. Pensaba que si tenía que correr no podría hacerlo. Venían a mí las imágenes de lo que vivimos esa noche, intenté salir de ahí, pero con tanta gente me fue imposible. El terror se fue apoderando poco a poco de mí y me desespero. Pensé que las terapias me habían ayudado, pero no puedo, no puedo volver a entrar ahí —las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas y de nuevo empiezo a sentir como se me agita la respiración—. No puedo, no quiero, por favor no...

—Shhh, tranquila —me abraza y no puedo evitar derramar con más fuerza el llanto—. Lo que vivimos no es algo que podamos superar de la noche a la mañana, y tú te llevaste la peor parte. Así que todo a su tiempo okis.

Todavía sollozando, pero ya más tranquila les digo que siento haberles echado a perder la noche, y que podemos continuar la fiesta en casa. Pero tanto Mario como Lety han considerado

más prudente que yo vaya a casa a descansar. Leticia no está muy contenta de regresar tan temprano a casa y quedarse encerrada por el resto de la noche, así que después de todo el drama que arme en el antro y de haber arruinado el momento lo menos que puedo hacer es decirle a Lety que si se quiere quedar por mí no hay ningún problema, obviamente ella está más que encantada con la idea y puedo confirmar que Mario la adora por qué está dispuesto a hacer lo que a ella le haga feliz. Lo único que me preocupa es que nos venimos todos en la camioneta de Leonardo, Mario dejó su carro en mi casa, el recorrido de Ensenada hasta Valle de Guadalupe en taxi y ya a altas horas de la madrugada no es muy barato que digamos. A lo que Julián amablemente nos comenta que él se encargará de hacerles llegar transporte a la hora que ellos lo soliciten y llevar el carro de Mario a su casa en la mañana.

De camino a casa, le pregunto a Julián si podría poner algo de música. Enciende el estero de la camioneta y se escucha una suave melodía, es de Chopin. Veo que está por cambiarle y le digo que por mí no hay problema que me agrada la música. Metida en mis pensamientos, sobre si fue lo correcto dejar a mis amigos, mi voz interior me recuerda que es lo mejor que les pueda pasar, que últimamente entre mis paranoias y mi volátil estado de ánimo no soy una buena compañía. La voz de Julián me distrae de mis cavilaciones.

—Señorita Rossi, no se preocupe. Ellos estarán bien, tenga por seguro que me cercioraré de que lleguen sanos y salvos a casa.

—Gracias por todo Julián.

—No se preocupe señorita, es mi trabajo.

—Ahhh... hablando de trabajo. ¿Tienes mucho tiempo trabajando con Leonardo?

—Aproximadamente unos cinco años.

—¿Siempre has tenido este puesto?

—Así es señorita, desde el primer día de mi contratación he estado a cargo de la seguridad del señor Leonardo.

—Oh. Y... bueno... ¿siempre te encargas tú de la seguridad de las damiselas en apuros?

Romina, que te traes tú, con tanta preguntadera. Vaya, ya era hora de que aparecieras, cuando más te necesitaba estabas quien sabe dónde. *Estaba evaluando como salir de ese lugar, hasta que te hiperventilaste y perdiste el conocimiento, ¡niña, sin oxígeno yo no puedo trabajar bien!* Sí, sí como sea. Pues si no me ayudaste antes, ahorita no estás molestando.

Julián ve por el retrovisor, y me da una mirada de escrutinio. Me imagino que ha de estar pensando lo mismo que mi conciencia, que es lo quiero obtener de “tanta preguntadera”.

—No, Señorita Rossi.

Ya ves, eso es lo que querías saber, desde luego que este dios romano, debe tener más personal que se encargue de atender a sus damiselas. Hay ya cállate, y no digas tonteras que yo NO soy SU damisela ni nada por el estilo. *Que no lo seas no significa que no te estés muriendo por serlo.* Por lo que veo mi conciencia y yo vamos a tener esta noche un pleito casado, decido ignorarla por el resto de la noche y presto atención a la respuesta de Julián

—Yo sólo me encargo de la seguridad del señor Leonardo y debo decir que es la primera vez que no estoy al pendiente de su seguridad en horarios de trabajo. Y respondiendo a su pregunta, usted es la única damisela de la cual el señor Leonardo se preocupa por su seguridad.

—Oh, ya veo. Julián... ¿Leonardo, siempre ha sido así de controlador para todo?

—Sí, señorita. Desde que lo conozco ha sido así.

Han transcurrido no más de quince minutos de camino cuando baja el volumen del estéreo para poder tomar una llamada.

—Aquí Julián... Sí, señor... En la autopista, ya vamos para la casa de la señorita Rossi... La

señorita no se sentía muy bien... No señor, todo en orden... —señor, no señor, sí señor, me imagino que a quien tiene al teléfono es Leonardo. Hablando del rey de Roma y éste que se asoma —. Entendido señor, le hablo ya que esté por llegar al aeropuerto.

—¿Era Leo?

—Sí señorita, en cuanto la deje a usted en casa iré por él al aeropuerto. Al parecer termino antes de lo que tenía previsto.

—Oh... sabes... yo no tenía previsto llegar tan temprano a casa y todavía falta para llegar a Valle, y creo que vas a realizar un recorrido largo al irme a dejar hasta la casa y de ahí ir hasta Tijuana. Se puede ahorrar tiempo si tomas la siguiente salida... y podría yo acompañarte. Digo, es sólo una idea.

Hay Romina Rossi, "es sólo una idea", si cómo no. ¿Qué es lo que pretendes ahora? Aunque pensándolo bien, no es tan mala idea, Julián nos dijo que tú eres la única chica por la que se preocupa de su seguridad. Y es algo muy dulce el que haya mandado a Julián esta noche cuando no podía acompañarte. ¡Ay ya cállate!, definitivamente esta noche no nos estamos llevando muy bien, primero que no y ahora que sí, quien te entiende.

—No habrá necesidad de ir hasta Tijuana, el señor Leonardo llegará en un vuelo privado a Ensenada. Pero, si hay algún inconveniente con usted señorita Rossi puedo llevarla a casa.

—Pues bien, de regreso a Ensenada, no se diga más y en marcha.

Antes de llegar al aeropuerto, le pido a Julián que, al realizar la llamada prometida a Leonardo, no le comente nada de que yo vengo con él. Espero que al verme se lleve una agradable sorpresa. La verdad ya que estoy aquí, realmente me estoy cuestionando si realmente fue una buena idea, en estos momentos estoy creyendo que ha sido algo muy impulsivo. *Romina, ya estamos aquí. Hay ya vas a empezar con tus cosas. No, no, lo prometo, no pienso molestarte. Sólo digo que ya estás aquí, y convivir con Leo, platicar con él y conocerlo más será bueno para que ayudes desenmarañar ese enjambre que traes en tus sentimientos.*

Julián estaciona la camioneta cerca del área de arribos, desciende del automóvil y se dirige al acceso a esperar la llegada de su *controlador* jefe. Mis manos están muy frías y no puedo evitar que los latidos de mi corazón sean muy parecidos a los de un pequeño colibrí. Por el espejo retrovisor alcanzo a percibir que Leonardo ha entregado un portafolio a Julián y que junto a ellos va otro hombre. Es García el otro chico que se encarga de la seguridad personal de Leo, lo reconozco vagamente por que fue él quien nos recogió en el aeropuerto de Tijuana el día que llegamos de los Cabos. En cuanto se empiezan a acercar a la camioneta mi respiración para por completo, debo obligarme a tomar una bocanada de aire para tratar de relajarme. Y sin darme cuenta me hundo en el asiento, como si de alguna manera pudiera volverme invisible.

Con la mirada en mis pies, escucho que se abre la puerta del conductor, esperando ver a Julián. Me llevo una gran sorpresa al ver que es Leonardo quien se sube a la camioneta. Espero unos segundos y no hay señal de los chicos de seguridad, deduzco que ellos irán en otra unidad. Leo acomoda el espejo retrovisor y nuestras miradas se cruzan. Un rayo eléctrico recorre por todo mi cuerpo.

—¡Romina!... ¡Wow!, siempre logras sorprenderme —me dice todavía con la mirada puesta sobre el retrovisor para no perder nuestro contacto visual.

—Es un don, aunque a mi familia últimamente no les han agradado mis sorpresas. ¿Espero que para ti haya sido una agradable sorpresa?

—No logro imaginarme el por qué no les agradan tus sorpresas, pero para mí, esta ha sido una MUY agradable sorpresa.

—¿Piensas quedarte estacionado aquí toda la noche?

—¿Piensas llevarme como tu chofer?

—Por qué no, al menos que te moleste. No creo que Julián y García se nieguen a llevarme a casa —una pequeña muesca en la comisura de sus labios me hace notar que esta divertido por nuestra conversación mientras enciende la camioneta y nos ponemos en marcha—. Me figuro, que, a un hombre obsesivo del control, le gustaría cerciorarse personalmente de que llegue a salvo a casa.

—Un hombre obsesivo del control, se encargaría de que comas algo antes de cerciorarse de que llegues a salvo a casa. ¿No crees?

—Sí, yo creo que sí lo haría.

Todo el camino vamos hablando de trivialidades, de cómo estuvo el viaje, que tal con mis últimos exámenes, de los planes que hay para la graduación, de lo complicado que estuvo su reunión de trabajo. Estoy terminando de contarle lo sucedido hace un par de horas en el antro, cuando reconozco el lugar al cual me ha traído a cenar *I Giardini di Toscana*. A esta hora el restaurant se encuentra cerrado, desde luego que eso no es un impedimento si tú eres el dueño.

Dejamos el área del estacionamiento y nos dirigimos a la parte posterior del establecimiento. Leo apaga el motor del automóvil, muy en su papel de *chofer* desciende de la unidad, abre la puerta de la camioneta y me extiende su mano para que pueda bajar. Caminamos sin soltarnos de la mano toda la travesía desde el área de carga y descarga hacia el interior del establecimiento (a pesar de haber tenido un par de horas de haber sido cerrado, todavía puede percibirse el aroma como si estuviera recién hecha la comida). Acomoda un par de bancos en una de las barras de la cocina, me indica que tome asiento y me ofrece una copa de un delicioso vino fresco, una excelente selección y una de las mejores cosechas (reconozco un buen vino en cuanto lo veo, quizá sea porqué es uno de los que producimos).

Empieza a mover varios utensilios y sartenes, se quita el saco, lo pone en un extremo de la barra, afloja el nudo de su corbata y se enrolla cuidadosamente las mangas de su camisa.

—Así que esta noche no sólo serás mi chofer, también serás mi cocinero. ¿Sabes? —deja lo que está haciendo y regresa a verme directo a los ojos, pero su mirada primero se posa en mis labios—, deberías tener cuidado, una chica podría acostumbrarse a esto.

—Deberías. Por mí encantado de servirte.

Capítulo 15

La confesión

Es cautivadora la forma en la que se desenvuelve en la cocina (si yo intentara hacer la mitad de todo lo que él ha realizado, lo más seguro es que hubiera quebrado un par de platos, quemado la salsa, y esto en el mejor de los casos; porque siendo *yo*, lo más seguro es que terminara quemando la cocina). La cena ha estado deliciosa, la entrada fue de tomates caramelizados con queso mozzarella, eneldo y aceitunas negras; como plato fuerte salmón al limón y finas hierbas acompañado de una suave pasta con una ligera crema de nata con ajo y albahaca. En cuanto al postre, unas peras flameadas con canela y *limoncello*.

—Señorita Romina, ¿se ha quedado usted con hambre? —me dice divertido al verme comer mientras me sirven mi segunda o tercera copa de vino.

—Mmm no. ¿Sabes?, es en estos momentos en los que confirmo lo limitado que es el ser humano.

—¿Limitado?

—Sí, limitado. Es en estos momentos, en los que desearía poder tener más estomago para poder comer más de estas deliciosas peras.

—Eres la primera mujer que veo no cohibirse al comer frente a un hombre. La mayoría de las chicas sólo piden ensaladas, agua mineral y sin postre.

—Ahhh... no se las demás mujeres, supongo que sólo pretenden guardar las apariencias. Yo no voy por la vida tratando de andar pretendiendo ser algo que no. Y bueno... quizá pueda ser el hecho de que una deportista de alto rendimiento debe mantenerse bien alimentada...

Me toma por sorpresa, cuando con su dedo pulgar quita una pequeña borona de mi labio inferior, lo que hace que se ahoguen las palabras y no puedan seguir saliendo de mi boca. Su sonrisa podría iluminar toda la habitación y no puedo evitar corresponderle con una nerviosa risita. Quedamos en silencio varios minutos, solo viéndonos uno al otro. Me reprendo a mí misma, por desear que la distancia que hay entre nosotros desaparezca.

—Así que... veo que no traes tu anillo —toma mi mano y con sus dedos acaricia mi dedo anular, a la altura donde debería estar el anillo que Yair me dio en señal de nuestro compromiso — Y al verte hoy en el aeropuerto después que esta tarde me enterara que ayer regreso Yair a Morelia, pensé que quizás... —y así como así, el momento extraordinario se esfumó. Nunca se me ocurrió que pudiera malinterpretar el que yo haya ido por él al aeropuerto.

—Si no traigo anillo es porque salí corriendo de casa y olvidé ponérmelo. En cuanto a Yair, se regresó a Morelia para ver la posibilidad de realizar su cambio y cursar aquí su último semestre. Respecto a lo de verte en el aeropuerto, sólo fue porque no quería llegar todavía a casa. Me he sentido sola porque mis hermanos me han estado evitando y en estos momentos no están en casa con lo de las carreras. Sólo pretendía buscar la compañía de un amigo. ASÍ QUE... no empieces a sacar deducciones que no son. Si te di esa impresión lo siento.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en querer ocultarlo?

—¿Ocultar qué?

—Que te gusto.

Madre mia, un balde de agua fría ha caído en mí. De algún modo sabía que era una completa equivocación el venir y por el rumbo que está tomando la conversación me estoy convenciendo de

que mejor hubiera sido irme a casa. Y ahora me encuentro aquí, frente a él, sin saber que responder. En estos momentos podría hacer uso de mi usual sarcasmo, pero mi cerebro no está carburando bien y ni luces de mi “adorable” conciencia.

—¡Ay, no inventes! No te sientas tan importante —¡Tragame tierra! Estoy tan nerviosa que no se me ocurrió nada mejor por decir.

—Ya te lo dije, es algo que no puedes ocultar. Lo sé, por la forma en que tus ojos se iluminan cuando me vez. Lo siento, en tu respiración que se agita cuando me acerco a ti...

—Wow... eres bueno —lo interrumpo antes de que continúe, tengo miedo de que conozca a detalle cada una de mis reacciones—. Deberías dedicarte a escribir novelas y si no te funciona puedes escribir frases cursis para tarjetas.

No sé de dónde vino esta ridícula respuesta, la verdad es que solo ha salido de mi boca por reflejo. Estoy tan nerviosa, y no puedo permitir seguir manteniendo la conversación sobre este eje, o terminare besándolo y cediendo. Y mañana no me sentiré nada bien de haberle hecho esto a Yair. Después de todo, él es mi prometido y no puedo darme el lujo de actuar impulsivamente.

Me toma de las muñecas, me acerca a él y pone mi mano derecha en su pecho, a la altura de su corazón.

—¿Sabes por qué lo sé?

Niego con la cabeza. No pretendo decir más palabras, no quiero que salgan más palabras de mi boca y que termine arrepintiéndome de decirlas.

—Lo sé, porque es lo mismo que siento yo cuando te tengo cerca. ¿Acaso no puedes sentir los latidos de mi corazón? Lo sé, porque no puedo evitar sonreír como un tonto cuando estoy pensando en ti. Lo sé, porque mi primer y último pensamiento del día siempre es para ti. Lo sé, porque siempre he estado enamorado de ti.

¿Qué dijo qué?! Vaya, buen momento para regresar. De toda la conversación justo ahora te da por aparecer. Romina, es que acaba de decirte que está enamorado de ti. ¿Pero cómo puede decir que está enamorado de mí?, apenas y nos conocemos. Hay romina y tú qué, si no dejas de pensar en él desde que lo conociste, ¿por qué te sorprende que él sienta lo mismo? SÍ ME GUSTA, oíste bien, me gusta. Pero no estoy enamorada de él, ¿o sí? ¡Ay, ya no me distraigas, me haces decir tonterías! ¿De verdad él no me está diciendo que le gusto, me está diciendo que me ama? Hay Romina, definitivamente estás muy trastornada, eres la primera mujer a la que un hombre guapo e inteligente como él le dice que la ama y tú te pones con tus niñerías, buscando la semántica de las palabras, “gustar-amar”, “amar-gustar”.

—No me mires así, es la verdad TE AMO. Sin saberlo me fui enamorando de ti desde que eras una niña.

¿Desde que era qué...?! No me esperaba que me dijera que me ama, pero esto sí que es la peor locura que ha salido de sus labios. ¿Cómo se atreve a decirme que me ama desde que era una niña?

—¿Acaso estás enfermo?, ¿cómo puedes enamorarte de una niña?, —no puedo ocultar el tono de miedo en cada una de las letras que voy pronunciando.

No es que tenga miedo de él, es un miedo que me paraliza. Es miedo de que por primera vez tengo algo en mis manos que no puedo tener bajo control como siempre estoy acostumbrada.

Una parte de mi quiere salir corriendo, sé que no es pánico propiamente lo que siento, es más mi incapacidad por no saber cómo manejar esta situación. Después de todo no es algo normal que alguien te diga que ha estado enamorado de ti desde que eras una niña. Sigo sentada (más que sentada podría decirse que estoy petrificada, lo que acaba de decirme, esas palabras que siguen retumbando en cabeza “te amo desde que eras una niña”, se han posado en mí impidiéndome

realizar movimiento alguno, anclándome fijamente en el asiento). En el fondo de mi ser sé que no podría hacerme daño. La forma en la que siempre ha estado ahí para mí, su mirada de miedo e impotencia en aquella casucha en los Cabos cuando pensaba que me habían agredido sexualmente. La preocupación de haberme lastimado seriamente aquella noche en los viñedos. *Romina, eso no lo hace un hombre enfermo que tenga una obsesión. Eso lo hace alguien que realmente se preocupa por ti. Lo hace un hombre que te ama.* No puedo quitar mi mirada de su rostro, el brillo de sus ojos se ha apagado. Puedo ver el terror en su mirada a que reaccione yo de una manera violenta contra él. Miedo a que me vaya de aquí esta noche y no pueda volverme a ver. Lo más raro, es que yo también tengo miedo de que no pueda volver a verlo otra vez.

Quiero saber más, quiero poder asimilar serena y maduramente lo que me está diciendo. Estoy esperando una explicación para que no siga retumbando tan ilógico en mi cavidad mental lo que acaba de decirme. Así que lo animo a que continúe.

—No pienses mal, nunca ha sido nada enfermizo lo que yo he sentido por ti. En un principio era cariño, a través de tu hermano aprendí a quererte. No tienes idea de lo mucho que te ama tu hermano, de lo importante que eres para él y de lo orgulloso que se siente de que seas su hermana —esto sí que es algo nuevo para mí, por años he pensado que mi hermano y yo somos como el agua y el aceite, que su única misión es hacerme la vida imposible—. Por años he escuchado a Rafael contar de tus travesuras, de tus logros en la escuela, de tus locuras, de tus competencias. A través de él fui absorbiendo esa admiración, ese amor filial. Eras alguien a quien solo conocía a través de la percepción de tu hermano y en fotos, y ya sentía la necesidad de cuidarte y protegerte.

—¿En qué momento cambio o creció ese cariño? —Pregunto, tratando de obtener más información que me permita comprenderlo.

—Después de hablar con tu hermano y platicarle que abriríamos una sucursal del restaurant aquí en Baja California. Es en ese momento cuando supe que por fin te conocería personalmente. Es en ese momento cuando reaccione y me di cuenta de que tú ya no tenías nueve años, y no pude evitar que mi corazón se moviera tan bruscamente en mi pecho por la emoción de encontrarme contigo. El día de la vendimia, estaba tan seguro que te vería por primera vez, estaba deambulando por los rosales, por tu casa, por los viñedos sin poder dar contigo. No te puedes imaginar el pánico que sentí al saber que a la persona que había herido esa noche eras tú, la hermana pequeña de Rafael. La primera vez que me topaba contigo y te había hecho daño. En el momento en que estabas indefensa en mis brazos me di cuenta que ese cariño fue permeando tan profundo en mi corazón. Con el transcurso de los años, sin saberlo, se convirtió en amor.

—Es tarde —mi voz apenas puede percibirse por lo débil que ha salido de mis labios—, todavía queda una hora de camino a casa. No quiero que papá este preocupado porque no llego, le prometí no llegar tan tarde.

En silencio recorreremos todo el camino hacia el exterior. Él caminando detrás de mí, dándome mi espacio. Al llegar al pie de la camioneta me doy media vuelta para quedar frente a él.

—Gracias por la cena —le digo, aunque en realidad lo que quería decirle era gracias por quererme tanto sin yo saberlo, sin yo merecerlo.

—No quiero perderte. No quiero que lo que te he dicho haga que no quieras volver a verme nunca.

Yo también me siento así. No quiero dejar de verlo, pero en estos momentos no estoy en condiciones para seguir manteniendo esta conversación.

—*Nunca*, es mucho tiempo —respondo, creyéndolo realmente—. No te prometo que mañana te pediré que nos veamos, todavía tengo que asimilar todo lo que me has dicho esta noche.

Abre la puerta de la camioneta y justo cuando estoy por entrar a ella, me toma de la mano

jalándome hacia él y me da un tierno beso. Me ha tomado tan de sorpresa que no sé cómo reaccionar, por lo que intento alejarme de él. Me sujeta con mayor fuerza a él y su beso se vuelve más apasionado, nuestras respiraciones se aceleran. Su agarre en mí a través de mi cintura es más firme. Lo que me dice que sus palabras son ciertas. Me ama. En la forma en la que sus labios desesperada y ansiosamente buscan mi boca, sé que también esconden el temor de no volver a verme, pues se niegan a separarse de los míos.

Cuando por fin logra soltarme, después de hacer un descomunal esfuerzo por dejarme ir, mi cabeza está dando vueltas. Siento como el aire ha abandonado mis pulmones dejándome con tan sólo un ligero aliento para darme la firmeza de entrar a la camioneta. Siento mi corazón latiendo por todo mi cuerpo. Siento calor saliendo de mi rostro.

La desolación invadió su rostro, cuando le pedí que Julián fuera quien me llevara de regreso a casa. Creo que en el fondo él pretendía seguir alargando esta angustia lo más posible, solo por el hecho de continuar juntos. Pero no creo que fuera saludable para ninguno de los dos, estar tan cerca el uno del otro sin decirnos ni una sola palabra durante una torturadora y eterna hora.

Capítulo 16

El amor NO se racionaliza

De todas las cosas que pude haberme imaginado que podrían suceder esta noche, de ningún modo hubiera podido vislumbrar lo que pasó. Por más esfuerzos que hago por dormir mi mente se mantiene tan activa, no puedo sacar de mi cabeza las palabras de Leonardo “te amo”, “te he amado desde que eras una niña”, no puedo parar de tener la loca idea de haber correspondido su beso. ¿Qué hubiera pasado si le confirmaba con mis palabras que me gusta, que siento algo por él? Pero, ¿amor?, ¿cómo puedo estar segura de que siento amor por él? Él dice que me conoce a través de las palabras de mi hermano, ¿cómo puede estar él seguro de que es amor lo que siento por mí?, cariño y admiración lo puedo entender, ¿pero amor? A pesar de lo desgastado de mi cuerpo es imposible poder conciliar el sueño. Todo este escrutinio yendo a una velocidad de mil por hora terminará colisionando mi juicio. Así que por mi propia salud mental emergo de mi cama, me pongo unos pants, una sudadera y mis tenis favoritos. Decidida a correr. Sé que las cuatro y cacho de la mañana no es una muy buena hora, considerando el clima frío de noviembre. Pero prefiero que el aire gélido del invierno queme mi interior a que, me sofoque la respiración el vendaval de pensamientos que hay en mí.

He estado corriendo alrededor de hora y media, me he llevado al límite de mis esfuerzos al correr a esta velocidad, lo empiezo a sentir ahora por el dolor físico de mis piernas y la dificultad para respirar; sin embargo, este daño no es nada comparado con el dolor que siento en el fondo de mí ser (si fuera físicamente posible te diría que me duele el alma). Este sentimiento de desolación y desconsuelo vuelven a mí, lo que me incita a que corra con más y más arrebatos como si estuviera tratando de huir de mis pensamientos, de mis dudas. Como si pudiera esconderme de mis sentimientos. De repente las fuerzas se esfuman de mi cuerpo derrumbándome en medio de los viñedos. Soy sorprendida por una ligera llovizna y lágrimas emergen de mis ojos con tanta fuerza y sin control alguno, como si de esta forma pudiera sacar de mí todo este dolor que siento, como si estuviera realizando una limpieza desde el fondo de mi ser. Me siento desfallecer y no sé qué tanto es por el desgaste físico y que otro tanto es por el agotamiento emocional. Finalmente, el sueño termina derribándome.

La humedad de la tierra y los rayos del sol del mediodía que se filtran entre la vid han creado una bruma sofocante que me desadormece de este letárgico ensueño. Si buscamos una palabra que me describa en estos momentos podría decir que es *zombi*. Como si me hubiera levantado desde las entrañas de una tumba, cubierta de fango, con el cabello revuelto, cadavérica y con los ojos hundidos y sin vida.

Al entrar en la casa percibo un gran alboroto, lo más probable es que estén mis sobrinos corriendo de un lado al otro, haciendo travesuras como acostumbran y volviendo locos a medio mundo aquí. Cuando entro a la sala, la habitación queda en sepulcral silencio, las miradas son totalmente dirigidas hacia mí (sí ya sé que no debo tener una agradable apariencia, pero realmente me están viendo como si fuera un muerto viviente, bueno, también supongo que mi apariencia no ayuda mucho a no verme así). Antes de que pueda preguntar qué es lo que está pasando, mamá corre hacia a mí y me toma por sorpresa, me da una fuerte cachetada y acto seguido me abraza fuertemente. Puedo ver como las lágrimas salen de sus ojos. Ella llora desconsoladamente. De repente un grito de ira al fondo del salón, me hace saltar de miedo. El grito emerge desde las

entrañas de mi padre.

—Tienes idea de todo lo que ha pasado por nuestra mente en cuanto nos dimos cuenta que no estabas. He estado haciendo llamadas a hospitales, a la policía, a tus amigos y ni un solo rastro tuyo.

Mamá se separa de mí para evaluarme. En cuanto a papá nunca había visto esta furia y agonía en sus ojos. Nunca me había golpeado mi mamá. Nunca me había gritado así mi papá. *Demonios, demonios, demonios en esto sí que no pensamos Romina*. Nunca fue mi intención provocar todo este alboroto. Nunca he querido lastimarlos a ellos, y por lo que veo también en ellos estoy provocando sufrimiento con toda mi tormenta personal.

—Papá. Sólo fui a correr, como todas las mañanas.

—Y llegas a estas horas y en esas trizas ¿Qué es lo querías que pensáramos? Sé que llegaste a casa, hasta ese momento estaba tranquilo. Pero esta mañana voy a buscarte para desayunar y ni rastro tuyo por toda la casa. Nadie tenía ni una fregada idea de en donde podía estar la niñita. Pasa del medio día y seguíamos sin noticias tuyas. ¿Acaso este año te has propuesto volvernos locos Romina? ¿Pretendes matarnos a tu madre y a mí de un susto?

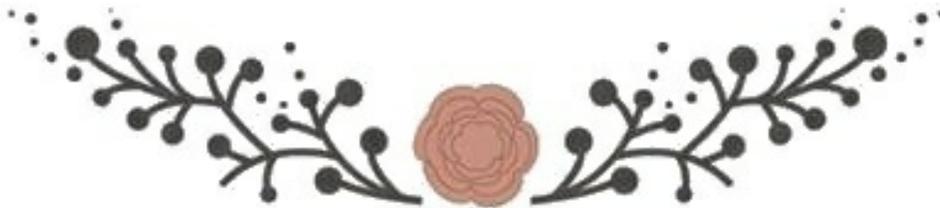
Mis hermanos se han mantenido al margen todo este rato, tan sólo son espectadores. En sus miradas puedo ver lo sorprendidos que están de ver que papá me esté regañando de esta forma. Sé que tiene toda la razón de hacerlo, pues debo reconocer que este año pareciera que mi propósito ha sido ir de problema en problema. Tengo muy claro que todo lo que me ha pasado este año no me lo he buscado yo directamente, pero los he estado llevando de susto en susto, de sorpresa en sorpresa.

—Lo siento. No pensé que...

—¡Nunca piensas Romina! —me interrumpe papá todavía bastante alterado—. ¡Ese ha sido siempre tu problema!, ¿cuántas veces tu madre y yo te hemos dicho que no actúes impulsivamente?, ¿cuántas eh? —me toma de los hombros y está sacudiéndome violentamente—. Dime Romina ¿cuántas veces te hemos dicho...

—¡Ya basta! —grita mamá desesperadamente y papá me suelta—. Hablaremos cuándo todos nos hayamos calmado. Alonzo avisa que ya está aquí Romina, para que no sigan buscándola y no estén preocupados. Y tú Romina Rossi tomate un Tylenol y vete a bañar, lo que menos quiero es que te vaya a terminar dando pulmonía.

Bien niña, ya viste todo el alboroto que has armado. Sólo a ti te pueden pasar tantas cosas en un solo rato. Tus hermanos estaban, bueno, no daban crédito a que papá estuviera gritando de esa manera a su niñita, a la luz de sus ojos... En otros momentos hubiera callado de tajo a mi conciencia, pero ya no tengo energía para pelear, para decir nada. Quisiera llorar, pero en los viñedos han quedado derramadas todas mis reservas de llanto, así que lo único que en estos momentos es posible hacer es dormir. Dormir tanto y de ser posible no despertar.



Me he recluido en mi cuarto, prisionera de mí misma. De alguna manera autocastigándome por todas las preocupaciones que les he causado a mis padres, de todas las locuras que he hecho

imprudente e impulsivamente; y de otra forma evitando tener contacto con el mundo exterior para no saber nada de Yair y mucho menos de Leonardo. Mi celular ha estado apagado todo este tiempo, he desconectado el teléfono de mi cuarto. Las cortinas de mi recámara están cerradas, así que he perdido la noción de la noche y el día. Tan sólo he estado vegetando en mi cama, abrazando mis almohadas y envuelta en mi cobertor favorito. Creo que en el fondo tengo miedo de salir, por mi inmadurez para lidiar con todo, con mis papás, con mis hermanos. Pero lo más importante es que no tengo el valor para darle la cara a Yair. En cuanto a Leonardo, él tenía muy claro que no lo vería en mucho tiempo; sin embargo, el mantenerme aquí aislada me hace sentir sin la necesidad de cuestionarme referente a mis sentimientos (ya lo sé, estoy siendo cobarde, he sido yo quien ha ocasionado todo este cataclismo y sólo se me ocurre esconderme sin hacerme responsable de ello). Y vuelvo a quedarme dormida, flagelándome por mi incapacidad de resolver mis problemas.

Cuando abro los ojos, mamá esta acostada a un lado mío sosteniéndome entre sus brazos, acariciándome el cabello.

—¿Ya piensas bajar a comer?

—No tengo hambre mamá. Estoy enferma —digo acurrucándome en la cama y cubriéndome el rostro con el cobertor.

—Lo único de lo que, SÍ estoy totalmente segura ahorita, es que tú no estás enferma. Así qué, ¿vas a decirme que te pasa? —y despeja mi rostro para que pueda verme a los ojos.

—No sé quién soy. Me veo y no me reconozco. Yo no soy así mamá.

—Lo sé, por eso quiero saber qué te está pasando para poder ayudarte.

—Creo que todos mis problemas empezaron cuando me hice novia de Yair... —le cuento a mamá como pasaron las cosas esa noche aquí en la casa, desde el beso de Yair, hasta que me dijo que no desmintiera nada y fuéramos novios realmente.

—Ya veo, y si no te gusta ¿por qué sigues con él?

—No es que no me guste. Él es sensible y tan increíble. Todas las chicas en la escuela se mueren por andar con él y es como si no pudiera pedir nada más, es perfecto. Es tan caballeroso, me abre la puerta del carro, me dice lo bien que luzco...

—Te hace sentir bien —afirmo con la cabeza—. Te dice lo que quieres y sobre todo lo que necesitas escuchar ¿no es así?

—Sí, en eso no me puedo quejar, de alguna manera se *medio* lleva con mis hermanos, habla de negocios con papá. Pero, a veces me encuentro fingiendo, otorgándole sonrisas falsas. Y es tan frustrante mamá, es tan tóxico para mí. No puedo entender que teniendo a un gran muchacho como él no me sienta feliz.

—¿Por qué no le dices la verdad? Dile lo que me estás diciendo ahorita, que es un chico extraordinario pero que no puedes continuar así, que ha sido un error haber iniciado algo. Estoy segura de que lo entenderá.

—Me imagino que sí —llevándome de nuevo la cobija al rostro.

—¿Qué más hay Romina?

—Nada —digo todavía debajo del cobertor—. Es sólo qué, veras... —salgo de entre las sabanas y le relato lo sucedido esa noche con Leonardo. Le digo que él me dijo que me amaba. De lo loca y desesperadamente que me besaba en la madrugada como queriendo evitar que me alejara— después de eso no podía dormir, así que me salí a correr, y de repente me encontraba bajo la lluvia gritando y luchando contra lo que me hacía sentir lo que me dijo, contra lo que me hizo sentir su beso. Yo sé que estaba actuando como una loca, y supongo que de tanto llorar me quede dormida.

—Creo, que estás enamorada de Leonardo mi niña, y no te has dado cuenta

—¡Ay, mamá!, por favor. Me la vivo peleando con él por todo, la mayor parte del tiempo quiero ahorcarlo, después de anoche lo único que hago es maldecir su nombre y lo que menos quiero es volver a verlo.

—Romina, el amor también es así. Pasión, locura, arrebató.

—No creo que así sea el amor mamá. Dicen que el amor es maravilloso. Y suponiendo que así fuera, entonces es una tortura. Es dar por hecho que, el que se enamora muere. Aun sabiendo eso, ¿quién querría enamorarse? Es como ir a la horca voluntariamente.

—Romy, enamorarse no es una opción. No se trata de si quieres o no enamorarte. El amor no te permite elegir de quien sí o de quien no enamorarte. El amor en ocasiones llega sin que te des cuenta. Y en tu caso, te será más sencillo vivirlo sin sufrimientos si dejas de pensar. El amor no se racionaliza, se siente.

Capítulo 17

El paseo

Mi auto-impuesta condena, ha sido ligeramente reducida. El lunes por la noche después de hablar con mamá me he permitido al menos una comida al día (traídos a mi recamara por cortesía de mamá o nana). Hoy he abierto las cortinas, las ventanas y la puerta del balcón. Nana siempre ha dicho “Con comida, aire y sol uno siempre se siente mejor”, y es cierto. La comida ha evitado que me sienta débil. El sentir el sol de nuevo en mi piel no sólo me ha dado una sensación de calor agradable, físicamente es un hecho que la oscuridad es solo ausencia de luz; así que el que mi recamara se haya iluminado me da una perspectiva más clara de mi vida. La fresca brisa ha hecho que el olor a cripta se esfume llevándose mis entelarañados pensamientos.

No pretendo salir a ningún lado, todavía está en mis intenciones seguir en mi cuarto (ya no como una celda, más bien ahora lo veo como mi lugar seguro), en lo que decido que es lo que voy a hacer. Bueno sé lo que tengo que hacer (una de las cosas “a hacer” es hablar con Yair), sólo estoy tomando algo de valor para hacerlas.

Después de tomar un largo baño, y el cambiarme con ropa limpia me ha hecho sentir *casi* por completo viva. Porque, aunque ya no sigo en mi estado “zombi” metida solo en cama, en las oscuridades del sepulcro de mi habitación; todavía sigue habiendo algo que me provoca dolor, haciéndome sentir todavía ligeramente aletargada. Pero supongo que no podrá continuar en mi corazón por siempre. Estoy terminando de cambiar las sabanas de mi cama, cuando tocan a mi puerta. Por la hora debe ser el almuerzo que nana se ha preocupado por traerme en estos últimos dos días. Para mi sorpresa no es ella quien lo trae. Es mi hermano Rafael.

—Vi como buena señal que hayas abierto tus ventanas. Así es que me ofrecí a traerte el almuerzo. Nana, pensó que te gustaría un poco de pan recién horneado —verlo después de que Leo me confesara que mi hermano me quiere mucho más de lo que yo siempre pensé, me ha hecho sentir algo agobiada.

Sin decir una palabra mi hermano pone la charola en la mesa de centro de mi cuarto y solo nos quedamos viendo por algunos minutos. Yo no sé qué es lo que está pasando por su mente (me imagino que Leonardo le hizo partícipe de la conversación que tuvo conmigo), pero por mi mente, está el abrazarlo y pedirle perdón por los muchos juicios que he hecho hacia él respecto a la forma en la que según yo me trataba sin poder entender su manera de amarme.

—Rafa... ¿me acompañas a almorzar?

—Sí, aunque considero que te sentaría mejor comer al aire libre. ¿Qué dices vamos a almorzar sólo los dos fuera de casa?

—¿Me comprarías helado?

—Todo el que tú quieras.

Rafa está esperando por mí en el carro. Pero antes de irnos, debo ir a la cocina a darle las gracias a nana por su delicioso pan y prometerle que lo comeré para la cena. Ha hecho todo un esfuerzo por mantenerme con pequeñas dosis de mis comidas favoritas para hacerme sentir mejor estos últimos días, desde luego que no podía agraviarla al no comerme el pan que ella misma ha horneado. Cuando íbamos bajando la escalera, mi hermano me comentó que nana se ponía furiosa si alguien intentaba comer algo de lo que ella me preparaba. Esas comidas eran exclusivamente para mí, mis comidas favoritas.

Por un instante pensé que comeríamos en algún lugar cercano, pero hemos tomado la carretera con dirección a Ensenada. *No creo que a tu hermano se le ocurra llevarte al restaurant de Leo, ¿o sí?* No si valora su vida, pero de verdad no creo que esa sea su idea, ¿o sí?

—Rafa, ¿acaso pretendes secuestrarme?

—No. Eso ya lo has hecho tu misma en estos últimos cinco días.

—*Touché.*

—Todos en casa hemos estado preocupados por ti. Nunca te habíamos visto derrumbarte así.

—Me lo imagino, y lo siento. En verdad lo siento. Para mí ha sido también bastante “extraño”.

—Papá por poco y manda llamar a las fuerzas especiales de la armada para que montaran un operativo de rescate.

—Hubiera sido algo difícil que le hicieran caso, pues, era yo misma la que me mantenía en cautiverio.

—Eso mismo era lo que mamá le decía. “Enrique, deja a tu hija en paz. Ya saldrá cuando tenga que hacerlo”. Sabes, papá se sentía culpable.

—¿Culpable por qué? —saber que papá se ha sentido culpable, ha hecho que mi interior se consuma, él sólo ha estado preocupado por mí, eso lo puedo entender, pero la única culpable aquí he sido yo. Quien he causado tantos estragos por mis locuras, por mi comportamiento, por mi inmadurez.

—Pensaba que había sido muy estricto contigo ese día que llegaste a casa. Nunca te había gritado de la manera en que lo hizo y mucho menos te había agredido físicamente. Decía que si en lugar de portarse de esa manera contigo, te hubiera abrazado y preguntado que te pasaba, no te hubieras encerrado en tu cuarto por tantos días.

—Fueron sólo un par de días. Tenía que aislarme, necesitaba un tiempo conmigo misma. Había tantas cosas que procesar, muchas cosas que todavía no entiendo, poner en orden mis ideas, mis sentimientos. No me encerré porque me hubiera lastimado la forma en que me trato, tenía toda la razón de hablarme como lo hizo. Me imagino que no fue nada fácil para él, ya hablare con él.

—Eso también se lo dijo mamá. “No es tu culpa, ella está lidiando una batalla interior. Y en estos momentos si ella necesita estar sola para afrontarla la dejaremos”

—Y, ¿mis hermanos, tú, que pensaban?

—Bueno, debo reconocer que todos estábamos preocupados. No te habíamos visto tan mal, Adriano al igual que papá pensó muchas veces en entrar a tu cuarto y sacarte de ahí, “de ser necesario a jalones y tirones”, decía. Enrique hablaba casi cada hora para ver como seguías y siempre se le decía lo mismo, “aún en su cuarto sin salir”. Alonzo ha pensado en cancelar su boda...

—¡No, no, eso no! No debe cancelar su boda solo por mí —lo interrumpo. Dios los trastornos que he causado no solo se reflejan en mí, también han afectado a toda mi familia. He sido muy egoísta pensando sólo en mí, sin darme cuenta que al ser una familia, pasándole algo a uno les afecta a todos.

—Eso también lo dijo mamá. “Todo a su debido tiempo, por el momento no cancelaremos nada”. Vaya Romy, eres muy parecida a mamá.

—Sí claro, sobre todo mi inmadurez para encerrarme a hacer berrinche en mi cuarto.

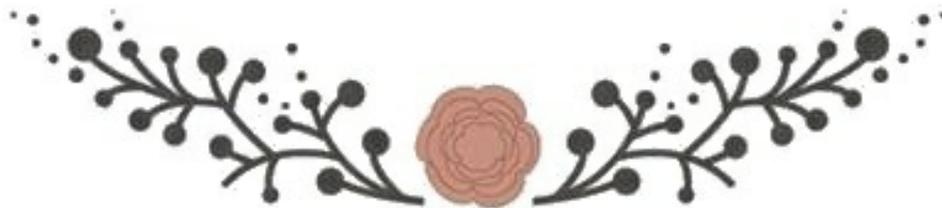
—Romy, nosotros tus hermanos también hemos pasado por cosas. Sólo que no las recuerdas, eras muy pequeña cuando tuvimos nuestros “momentos”. A Enrique le dio por usar el cabello largo, a Alonzo por andar en moto. A Adriano le dio por irse de la casa, estuvo fuera de casa más de quince días. A mí, me dio por la carrera de autos. Todos de alguna manera hemos pasado por momentos en los que no sabemos cómo reaccionar y hacemos cosas alocadas. Si lo supiéramos

todo, entonces la vida no sería divertida ¿Para qué viviríamos entonces si no tuviéramos esos momentos de aprendizaje?

—Sí, tienes razón. Pero me siento mal que este año solo he logrado que mis papás se llenen de tantas preocupaciones.

—Nena. Creme, cuatro hijos varones dan muchos más problemas. Y las preocupaciones que has dado a mis papás, no son nada comparadas con las que nosotros les hemos dado a ellos por muchos más años. Creo que sólo han estado fuera de forma, han pasado muchos años desde la última crisis de “hijos problema”, además me imagino que para ellos ha de ser diferente, batallaron con los “problemas de chicos”, y pues no tenían experiencia en “problemas de chicas”.

El resto del camino, Rafa me platica todas y cada una de las locuras que han hecho a través del paso de sus “fases de rebelde”. Obviamente con más detalle en las que a él le corresponden. La vista panorámica de la bahía de Ensenada, de sus playas y de la isla de Todos los Santos, me hacen darme cuenta de a dónde vamos. A la Bufadora, mis papás nos traían muy seguido cuando éramos niños (bueno cuando yo era niña, porque mis hermanos ya eran adolescentes cuando yo nací).



—Sabía que te haría bien unos tacos de pescado —me dice Rafa muy sonriente de verme comer con mucho entusiasmo.

—También serán necesarias unas tostadas de ceviche y no creas que me vas a llenar de comida para que se me olvide que me prometiste *mucho helado*.

—Si mal no recuerdo, te prometí todo el que tú quieras.

—Oye, no tendrás problemas por no regresar a la oficina.

—No creo. A lo mucho me descontaran el día. Pero en ese caso, valdrá cada centavo descontado por haberte visto comer bien, que hayas vuelto a reír, y lo más importante que has salido de tu encierro.

Después de comer, empezamos a caminar al mirador.

—¿Sabías qué?, una ballena llegó a estas aguas con su ballenato, éste se separó de su mamá y nado al interior de una gruta, al día siguiente había crecido tanto que no pudo salir. Desde ahí se observan chorros de agua y se escuchan sus lamentos. Creo que, si hoy no te hubiera sacado de tu cuarto, te hubieras terminado quedando atrapada ahí. Y tendríamos que escuchar tus lamentos por el resto de nuestras vidas.

—¡Ay, no me digas! No creo que fuera un recorrido turístico muy interesante, ¿Quién pudiera estar interesado en conocer unos viñedos con su propia llorona?

Rafa me abraza y nos quedamos varios minutos observando cómo el agua del mar es expulsada varios metros al aire, con ese sonido peculiar como si fuera un animal furioso. Ahora que estoy escuchando el sonido, me quedo pensando ¿así se habrán escuchado mis lamentaciones y llanto? Con razón todos estaban tan preocupados en casa. Para papá habrá sido difícil saber que ahí adentro de esa habitación había un ser en sufrimiento, y ese ser era su hija la más pequeña. Me imagino que para cualquier papá ha de ser un momento muy angustiante saber que su hijo está en

un sufrimiento tan terrible y que ellos no puedan hacer nada para evitarlo. Lo bueno que mamá y yo hablamos y me imagino que ella fue una gran ayuda para papá, al tranquilizarlo de que yo en algún momento tendría que salir. Según Rafa, las palabras exactas que mi mamá le dijo a mi papá fueron, “Ella en estos momentos tiene un ala rota, la curación de esa ala es dolorosa. Si tu intentas tomarla entre tus manos, podrás evitar que sane correctamente y provocarle un mayor dolor a largo plazo”.

—Rafa —digo interrumpiendo nuestro momento—. ¿Por qué me molestas tanto en lugar de decirme que me quieres?

—Por protección —dice alzando los hombros, tratando de restarle importancia.

—¿Te protegías de mí? —pregunta incrédula a su respuesta.

—En parte, pero era más por tus hermanos. No quería verme débil ante ellos.

—No entiendo.

—Contigo sentí más celos que con ningún otro de mis hermanos. Y eso que todavía no nacías. Así que les prometí que al bebe le haría la vida difícil. Pero resultó que ese bebe era una bebita. Sentí una frustración, porque no sabía cómo pelear mi lugar ante una niña. Así que de alguna manera me dije que no te querría.

—¿Y cómo pasaste de no quererme a quererme?

—Cuando mis papas llegaron del hospital, y te vi indefensa en los brazos de mamá, abriste tus pequeños ojos verdes y todos esos celos que yo sentía desaparecieron. En ese instante, supe que serías mi debilidad, y eso no lo podrían saber mis hermanos. Sabía que me molestarían el resto de mi vida, diciéndome que una nenita me hace débil.

—Y decidiste molestarme para no quedar mal ante ellos. O sea que, si Leo no me dice nada, tú te la vivirías molestándome por el resto de mi vida, sólo para que mis hermanos no sean hostiles contigo.

—No te me quedes viendo así. Lo haces sonar más mal de lo que realmente es. Tú sabes que solo te molestaba por darte lata, nunca te he lastimado.

—Hay otra cosa que no entiendo. ¿Por qué si tú pretendías guardar tu “imagen” de hermano malo conmigo, con Leonardo en la universidad te comportabas como el hermano mayor más amoroso y orgulloso de su pequeña y traviesa hermana?

—Bueno, a él le dije que te amo, pero que alguien debe hacer el papel de hermano malo contigo para que no se te subieran mucho los mimos y cariños de los demás.

—¡Ay hermano!, y luego dicen que soy yo la que tiene unos razonamientos muy ilógicos. Rafa... ya que estamos hablando... ¿Tú sabías lo que Leo sentía por mí?

—Sí.

La seguridad en su respuesta provoca que por poco se me salgan los ojos.

—¿Desde cuándo? —pregunto con cautela.

—Desde que llegó a Ensenada.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque era algo que *no* me correspondía a mí decir.

—Y, de todo esto, ¿tú que piensas?

—Mira nena, te diré lo mismo que le dije a él. Tú eres mi hermana y te amo, él es mi mejor amigo y nada me daría más gusto que terminaran juntos. Pero es algo que a mí no me corresponde decidir.

—¿Tú lo has ayudado a acercarse a mí?

—Sí lo hice —responde como si lo estuviera diciendo bajo juramento—. Buscaba los mejores momentos para que pudieran encontrarse. Tú sabes, coincidir, para que pudieran convivir,

conocerse. Pero el que tú lo aceptaras solo iba a depender de ti, yo no podría hacer nada al respecto. Desde un inicio fui muy claro con él. Lo ayudaría a acercarse a ti, pero yo no haría nada para influir en tu decisión.

—Romina, ¿en qué estás pensando? —pregunta al ver que me he quedado sin palabras.

—Es sólo que no puedo creer que tantos años de conocerse, y sólo hasta cuando llegó hace un par de meses te haya dicho que sentía algo por mí. ¿Te dijo que ha estado enamorado de mí desde que era una niña?

—¡Wow! —los ojos parecen salirse de órbita, al menos no le dio por salir corriendo a matar a su amigo—. Ni siquiera paso por mi mente el que él pudiera sentir algo por ti. Mira, él me contó que cuando supo que vendría, sintió mucha curiosidad por conocerte. Finalmente te conocería en persona. Me confesó que esos meses en los que preparaba todos los pendientes para poder abrir aquí en Ensenada, se sentía de alguna forma culpable por que repetía tu nombre noche y día y no era nada bueno que pensara con tanta ansiedad en la hermana pequeña de su amigo. Cuando llegó y nos vimos, salió el comentario del berrinche que armaste para no hacer el primer corte de la vendimia. Yo le dije que en casa te seguimos viendo como la pequeña de dos kilos y medio que llegó en los brazos de mamá, pero, aunque no nos gustara debíamos reconocer que ya ibas a cumplir veintidós años. Y en ese momento me confesó que no había parado de pensar en ti, en conocerte y me preguntó que si no tendría yo algún inconveniente en que él te tratara como un pretendiente. Y más que estar enamorado de ti desde que eras una niña, creo que era el hecho de sentir un cariño. No lo culpo, debo confesarte que yo no paraba de hablar de ti.

—Aunque ya me dijiste tus razones. Todavía no puedo creer que TÚ, no pararas de hablar de mí “con tanto cariño”. Oye, ¿y los demás saben esto?

—Sólo mamá. Cuando tuviste el accidente, casi le tengo que rogar que me dejara quedarme contigo en el hospital para cuidarte. Ya te imaginabas que a ella le extrañó, considerando el hecho de que siempre estoy molestándote. Pero créeme, las mamás tienen un sentido muy despierto, son como videntes. Me dijo que ella ya sabía lo mucho que te amo, sólo no entendía que hubiera tardado tanto en reconocerlo, bueno al menos ante ella. Así que le conté como me sentía antes que nacieras y después, también le comenté respecto a Leo y de lo culpable que se sentía por haberte lastimado. Le pedí que guardara “mi secreto”, así que fingimos que ella me estaba obligando y yo obedeciendo a regañadientes.

—¡Ay, Rafa!, ahora compruebo que la locura viene de familia. —digo riendo resignada a nuestro cuestionable estado mental.

—Aunque me he negado muchas veces el reconocerlo, tú eres mi reflejo, en ti me veo a mí mismo. Quizá esa también sea una razón por la que te molesto mucho.

El timbre del celular de mi hermano nos distrae de nuestra conversación, Rafa ignora la llamada. Pero quien está llamando parece no darse por vencido por que insiste dos veces más. Así que no le queda más a mi hermano que tomar la llamada. Doy unos cuantos pasos para alejarme un poco, dándole su espacio para que pueda tomar su llamada sin intromisiones.

—¿De la oficina?, ¿algún pendiente? —le pregunto cuando observo que guarda su celular en el pantalón y camina para acercarse a mí.

—No. Era mamá —me dice y me acerca a él pasando su brazo sobre mi cuello dándome un beso en la frente—. Nana le dijo que salimos desde temprano. Sólo quería ver si llegaríamos tarde.

—¿Qué le dijiste?

—Que te había prometido un helado. Y que el tiempo que tardaremos dependerá de que tanto helado te vayas a comer. También me dijo que nos ve en el centro comercial, a ver si aprovechan

porque no has visto nada de tu vestido para la boda de Alonzo.

—Cierto, se suponía iríamos con mamá y Lety este lunes.

—¿Qué te parece una carrera hasta el carro, el que pierda paga el cine mañana?

De regreso, la postal que nos toca por vista es la puesta del sol. Es extraordinario ver como la naturaleza pinta de tonos violetas, naranjas y rosas la bahía de Ensenada. El día de hoy la comida, el aire y el sol, me han hecho sentir definitivamente mucho mejor.

—Romy, ¿te puedo preguntar algo?

—Mmm —respondo apenas saliendo del mundo de fantasía al que me fui unos minutos por contemplar el maravilloso atardecer y afirmo con un movimiento de mi cabeza.

—Hablando de bodas, ¿vas a seguir con tus planes con Yair?

—Mamá y yo hablamos al respecto, debo ser honesta con él. No puedo seguir dándole esperanzas. No puedo continuar con algo que sé que solo terminará lastimándolo. Sólo que no sé cuándo y cómo se lo voy a decir.

—Creo que eso es algo que sólo tú puedes saber.

—Supongo que en el fondo te alegras de que no me vaya a casar con Yair. Nunca te cayó bien.

—Bueno, no es que me cayera mal. Es buen chico, pero yo tenía mi favorito.

—No puedo imaginarme quien podría ser —digo poniendo los ojos en blanco.

—Nena, sé que quizá no sea el momento. Pero hay algo que quiero pedirte.

—¿No me vas a pedir que salga con Leonardo verdad?

—No, ya te lo dije. Si salen o no salen es asunto de ustedes, yo no me meteré en eso. Es otra cosa.

—A ver, escucho.

—Alonzo invitó a Leo a su boda. Y bueno, él me ha dicho que no irá.

—¿Por qué no habría de ir?

—Me comentó que prometió que te daría tu espacio y que no lo verías a menos que tú quisieras.

—*Verità*^[10] —tengo que respirar para no sentir que me sofoco—. Mmmm... No es que me muera por verlo. Sería mejor si todavía pasara un poco más tiempo antes de volver a verlo... pero... agh... creo que no sería nada maduro de mi parte el pedirle que no vaya.

—Bien, entonces le diré que por tu parte no hay problema.

—Sí, pero no te prometo que vaya a hablarle.

—¿Algún día lo harás?

—Supongo que sí. Todavía hay escombros del huracán que ha pasado por mi vida en estos días, y tengo que levantarlos.

—Bueno, me gustaría que supieras que yo estoy aquí para ayudarte a levantar esos escombros.

Tengo que confesar que este “nuevo” Rafa, servicial y totalmente abierto respecto a cómo se siente conmigo, me agrada. Es algo raro acostumbrarme a su “nuevo” trato, no se restringe para abrazarme, darme un beso, está dispuesto a conversar conmigo de mis sentimientos, de sus sentimientos. Nunca habíamos platicado tan abiertamente, exponiendo nuestro interior cómo lo hemos hecho hoy.



Mamá ya estaba esperando por nosotros cuando llegamos al centro comercial, podía ver que sus ojos estaban tan llenos de vida, en su sonrisa se veía que ella ya sabía que Rafa y yo habíamos dado fin a nuestra “guerra fría” (ya lo había dicho mi hermano, mamá sabe todo antes, creo que es un don que tienen todas las madres). El resto de la tarde realizamos todo el recorrido de tienda en tienda en la “cacería” del vestido. Aunque ya me siento anímicamente un poco mejor, mi sentido de humor todavía tiene sus altibajos, así que no confío mucho en mis gustos. He puesto mil y un pretextos a la mayoría de los vestidos que me he probado. “Este está muy corto”, “este está muy escotado”, “este color no me gusta”, “la tela de este me pica”. Me imagino que mamá y Rafa, deben hacer un esfuerzo extra para no mandarme a freír espárragos en este momento.

—¿Y qué tal este vestido?, —pregunto ya cansada de haberme probado tantos vestidos durante la tarde.

—Romina, parece que te involucraste en una cortina —y ahí está, ese humor con el que mi hermano me trata, sigue siendo él y sus comentarios. Pero ya no me molestan—. Además, a ti nunca te ha gustado vestir de negro. ¿No crees que un poco de color te haría sentir de mejor ánimo?

—Nena, tu hermano tiene razón. Eres joven y bella.

Rafa me acerca un vestido, argumentando que este sería más mi estilo y que el color me favorecerá. Debo reconocer que para ser un hombre tiene buen sentido de la moda, porque el vestido que me dio para que me probara es muy bonito, largo en tafetán color rojo cereza, ajustado en el torso, falda abombada, con un hombro descubierto. Lleva aplicaciones doradas del otro hombro a modo de tirante que bajan por el centro del busto hacia la cintura. Dicen que a veces nosotros mismos somos nuestro peor crítico, pero si a ello le sumas una “ligera” depresión y que mi sentido del humor va en rieles de la montaña rusa, logran que vea la peor imagen de mí misma ante el espejo; sin embargo, a mamá y Rafa les ha parecido “un vestido extraordinario” y que me veo bien. Así que para ya no seguir dando más vueltas de tienda en tienda he decidido llevarme el vestido.

—Listo, solo faltan los zapatos y los accesorios —mamá se ve realmente complacida con las compras, creo que es porque hace mucho tiempo que las dos no salíamos de compras y porque en el fondo disfruta de volver a estar “a cargo” de mí como cuando era niña, como cuando era bebé y me combinaba los zapatos con mi ropa.

—Bien, pero antes pasamos por el helado que me debes Rafa.

Nos desplazamos a la parte norte del centro comercial. En búsqueda del establecimiento de mis helados favoritos, cuando llegamos mi hermano me pregunta:

—¿Romy, de coco y maracuyá como siempre?”

—No. Hoy quiero helado de chocolate.

Capítulo 18

La boda

Diciembre 2011

Helado de chocolate, el pan recién horneado de nana con helado de chocolate, pastel de chocolate con helado de chocolate, vino tinto con helado de chocolate, vino blanco con helado de chocolate y la compañía de mamá con helado de chocolate ha sido la combinación balsámica que me ha mantenido a flote durante estas semanas. He subido unos 3 o 5 kilos, si no fuera porque he redoblado los entrenamientos para poder estar al nivel de las Olimpiadas y de los kilos que perdí en mis días de encierro, es casi seguro que hubiera subido unos diez o quince kilos con la exorbitante cantidad de helado que he estado ingiriendo. *Atascándote, sería la palabra correcta Romina.* Estoy segura que muchos en casa han querido impedir mi “nueva relación”, pero nadie se ha atrevido. ¡Ay, Romina!, *de verdad deseo que nadie note que subiste de peso. Con todo ese helado que has estado ingiriendo será un milagro que te suba el cierre. Más te vale no moverte mucho, o en una de esas tu vestido se terminará rompiendo. Sólo espero que no en plena ceremonia.* ¡Ay, ya cállate!, no necesitas recordármelo, lo puedo ver claramente en el espejo, además primero debo lograr subir el cierre.

—¿Estás lista?, ya tenemos que irnos —papá me toma de sorpresa justo cuando estoy en batalla campal con el vestido para que logre cerrar.

—Papá, ¿me podrías ayudar en algo?

—Claro nena, ¿en qué te ayudo?

—¿Podrías? —señalo el cierre del vestido.

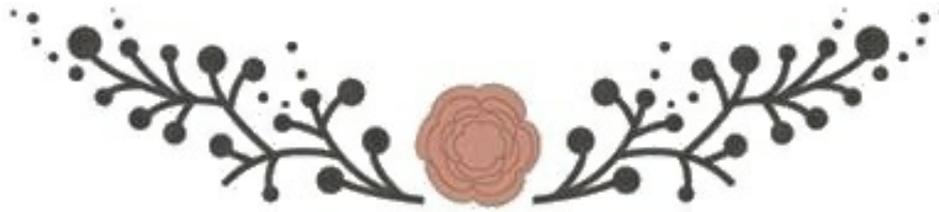
Ese día en el centro comercial estaba segura que el espejo decía que me veía terrible, pues ahora puedo decir que me siento peor porque después de que papá logró subir el cierre el respirar es toda una odisea, eso sin contar que me siento muy limitada en mis movimientos.

—Te ves hermosa nena.

—¿Pá te estas burlando de mí?, o ¿es tu forma “amorosa” de decirme que me veo gorda?

—No amor. Sólo tú y yo sabemos que nos ha costado trabajo subir el cierre, pero no se nota. Inclusive creo que te han sentado bien esos kilitos de más. Y no exageres, porque después de haber estado encerrada y sin comer bajaste de peso, así que con esto que has subido solo has recuperado lo que bajaste y una pisquita más que te hace ver saludable.

Papá diría cualquier cosa para hacerme sentir bien en estos momentos, y evitar que termine encerrándome de nuevo. Subirme el ánimo ha sido la misión en la que todos en casa se han centrado en estas semanas. Debería ser de las que les da por no comer cuando se deprimen, así hubiera perdido peso en lugar de ganarlo. *Sí claro Romina, y con la cantidad de ejercicio que haces por los entrenamientos, seguro ya hubieras dado el changazo. Y entonces sí adiós Olimpiadas, porque es un hecho que así no te permitirían participar.* Sí buen punto, las Olimpiadas han sido el objetivo que me he propuesto alcanzar y no puedo dejarlo, así como así. A partir de hoy (bueno del lunes), le diremos bye-bye al helado de chocolate. *No seas radical Romina, un poquito no nos hará daño. Ya me he vuelto ligeramente adicta a él. A cualquier persona que entra en rehabilitación no le quitan la “droga” de un día para otro.* Sí, está bien. Supongo que una cucharadita de vez en cuando no nos hará daño, además siempre es bueno un poco de carbohidratos y azúcar que te den energía para el ejercicio.



La parroquia tiene una exquisitez excepcional, un toque mágico que hace que en el lugar realmente se sienta el romanticismo. Mamá y Olivia han puesto tanta atención a cada detalle, que al ver este lugar me hace sentir dentro de un cuento de hadas. Para mí las bodas siempre han tenido un gran encanto, algo que sin darte cuenta te hechiza. Toda esta magia, que en particular esta boda me hace sentir, ha provocado que una parte de mí de alguna manera se sienta culpable. De haber continuado con Yair toda esa locura de casarnos, lo más probable es que la siguiente boda que mamá hubiera tenido que organizar hubiera sido la mía. Hablar con Yair fue una situación muy complicada y dolorosa para ambos, para mí un momento muy difícil de afrontar. En sus ojos pude ver la tristeza desde que inicié diciéndole “tenemos que hablar”, es como si de antemano él ya supiera que esta “platica” tarde o temprano tenía que suceder. Un dolor tan grande cruzó mi pecho como una espina, cuando me dijo que en mí había encontrado todo lo que él buscaba, que en cada una de mis locuras había aprendido a amarme. Y yo no era capaz de corresponder a tanto cariño. Para mí era incomprensible que en tan poco tiempo yo hubiera significado tanto para él. Él realmente se había hecho la idea de una vida conmigo. Me sorprendió que me confesara que en toda nuestra relación había existido un toque egoísta de su parte. Esto último lo supe hace un par de días que recibí un e-mail de él.

Te voy a extrañar

Yair Velázquez Noriega <yvnoriega@mailsm.com>

Enviado: martes 14/12/2011 01:22 a.m.

Para: romina.rossi@mailsm.com

Romy:

Ha sido muy difícil para mí el decirte adiós. Pero creo que en el fondo siempre supe que en algún momento terminaría pasando esto. Debo reconocer que no debí haberlo iniciado, de alguna forma todo lo hice premeditadamente.

Veras, sabía que tus hermanos estaban viéndonos esa noche, así que aproveche el momento y te bese. Cuando me comentaste lo que le dijiste a tus hermanos, desesperada de no saber cómo reaccionar ante su actitud, aproveché esa oportunidad para que realmente fueras mi novia y no permití que me dieras un NO por respuesta. Ver el beso que le diste a Leonardo en los Panamericanos, me hizo sentir que te perdía, que si no hacía algo que lo evitara en algún momento correrías a los brazos de Leonardo y te pedí matrimonio. Todo lo he hecho de alguna forma por egoísmo, quería tener de cualquier forma lo que deseaba tener y cuando lo tuve no iba a perderlo. De verdad soñé y anhelé el tener una vida contigo.

Sabía muy bien que entre Leonardo y tú hay algo muy fuerte, una atracción que no pueden ocultar. La forma en que te mira, como se iluminan tus ojos cuando lo ves, podía notar como

tratabas de evitarlo. Al final creo que la única que terminó creyendo que no existe nada creciendo entre ustedes fuiste tú.

Hoy con este adiós, te pido que esto que yo he visto, no te lo ocultes a ti misma. No sé si Leonardo es tu felicidad, pero si lo es, no permitas que se vaya. Mi mayor felicidad será verte feliz.

Con amor

Yair

Siento que la respiración me hace falta, no estoy tan segura que tanto es por el vestido que me está sofocando o por las palabras de Yair que me han estado calando como hierro fundido en el alma desde que leí su mail. Esas palabras que me han hecho sentir tan culpable, si hubiera tenido el valor de decir NO cuando tuve que hacerlo le hubiera evitado a él muchos sufrimientos, y sin sonar egoísta también me los hubiera evitado yo misma. Desde luego que la noche que hablé con Yair, el día que terminé con él definitivamente, no le dije ni una sola palabra de la confesión que Leonardo me había hecho, no quería que pensara que eso fue lo que provocó de alguna manera que yo tomara esta decisión. No tenía caso echarle más leña al fogón. Ya bastante había provocado que ardiera Roma en mi casa, en mi vida, como para provocar un incendio más fuerte en la vida de Yair.

Toda la ceremonia, he estado actuando en automático, por reflejo podría decirse. El padre Andrés dice de pie, yo me pongo de pie. El padre dice sentados, yo me siento. El padre dice amén, yo contesto amen. Mi cuerpo aparentemente está en la boda de mi hermano, pero mi mente sigue en su propio planeta (hasta aquí soy egoísta, que mi “sufrimiento emocional” esta sobre puesto al momento más importante de mi hermano).

—¿Romy, podrías sonreír? Y al menos pretender que eres feliz en mi boda —las palabras de mi hermano me despiertan justo cuando están por tomar la foto familiar.

—Lo soy Alonzo. De verdad estoy feliz por ti —en reflejo doy la mejor de mis sonrisas y veo los flashes de las cámaras haciendo click-click.

—Lo sé nena —me dice mientras me abraza, me da un tierno beso en la cabeza y continúa—. A lo que me refería es que no me gusta verte así, que lo que realmente quiero es que seas feliz por ti. Han sido semanas terribles para mí viéndote agonizar y yo sin poder hacer nada por ti.

Sus palabras han tocado las fibras de mi corazón y no puedo evitar derramar el llanto. No puedo soltar a mi hermano y él no pretende dejarme ir de sus brazos. No puedo creer que sea el día de su boda y que, en lugar de estar abrazando a Olivia, su ahora esposa, tenga que estar sosteniéndome a mí para no derrumbarme.

—Lo siento —le digo a mi hermano todavía gimoteando mientras me limpio las lágrimas del rostro—, no pretendía hacer este espectáculo.

Oliva, quien no ha dicho ni una sola palabra y ha mantenido la distancia para darnos nuestro espacio, se acerca a nosotros y nos abraza.

—Romina, siempre vas a contar con tu hermano, y sabes que siempre cuentas conmigo. No me importa dar un espectáculo como tú dices, si con esto podemos hacer que te sientas mejor. Así que ánimo, que ya me asegure de conseguirte algo de helado de chocolate para que acompañes tu pastel.

—Creo que casi todo Valle de Guadalupe sabe que últimamente he desarrollado un vicio por el helado. Sera necesario hacer una advertencia, no deberían darme tanto chocolate, me pone algo “emocional”. Pero quien soy yo para impedírtelo.

Las bodas de Enrique y Adriano se realizaron en la casa, cerca de los viñedos, en el mismo

lugar que se realiza la fiesta de la vendimia. Pero el invierno en Valle de Guadalupe no es muy amigo de las fiestas al aire libre. Por ese motivo, la recepción de la boda de Alonzo se llevó a cabo en el mismo salón en donde se realizó la cena-baile de caridad del Club Rotario. En esta ocasión los colores que enmarcan las decoraciones son blanco y plata. Aquella noche de noviembre una chalina ligeramente gruesa era más que suficiente, pero hoy es necesario llevar puesto algo más abrigador si no quieres sufrir de un resfriado al día siguiente. Ya me había recuperado del catarro que me dio después de mi campamento al aire libre en los viñedos, bajo la lluvia, aquella noche en la que me enteré de lo que Leonardo sentía por mí.

—Romina, ¿en algún momento piensas bajar del carro o pretendes quedarte aquí a cuidarlo? — percibo la voz de mi hermano Rafael apenas como un débil susurro.

—Sinceramente, estoy contemplando la idea de quedarme en el carro.

—¿Temes el volver a ver a Leonardo?

Me limito a tan solo levantar los hombros. Trate de mentalizarme que este día volvería a verlo, después de casi un mes de no saber nada de él, y puedo decirte que me sentía tranquila de alguna manera preparada para nuestro encuentro. Pero este lugar me trae tantos recuerdos. Nuestro primer baile, el caminar por el jardín bajo la luz de la luna, cómo me sentía tan atraída por él, ese deseo tan fuerte por besarlo; si en ese momento reprimí mis impulsos fue porque pensaba que tenía en mente que era novia de Yair, pero hoy, no tendré nada que me detenga si vuelvo a estar en esa misma situación. Todos los recuerdos desde que lo conocí, hasta el día en que me confesó que me amaba embisten violentamente mi mente y tengo que hacer un gran esfuerzo por no derrumbarme, mi corazón ha acelerado sus latidos. Me siento tan asustada, es como ese día que estaba en el bar, esa misma noche tratando de vencer mis miedos después de lo pasado en Los Cabos. Totalmente descontrolada e hiperventilada.

Es en este lugar donde me contó que se había casado y divorciado. *Dios mío Romina, ¡Cálmate ya!, no crees que será mucho drama de tu parte, primero tu escena de llanto afuera de la iglesia, y ahora desmayarte en plena fiesta. Además, lo más probable es que Leonardo no venga, no estuvo en la ceremonia.* Solo espero que tengas razón. Pero ahora que lo mencionas, es verdad. No lo vi por ningún lado en la misa, no es propiamente que estuviera al pendiente de si llegaba o no. Tengo entendido que mi hermano le dijo que por mi parte no había ningún inconveniente en que viniera. ¿Pero por qué no habrá venido?, ¿también se sentirá como yo, incomodo ante la idea de volver a vernos?, ¿será que en el fondo realmente no quiere volver a verme? *Bueno, Romina ¿estás loca?, hace unos minutos te morías ante la idea de volver a verlo, y ahora estas exprimiendo tu mente para entender por qué no vino. Ya mejor olvida todo esto y concéntrate en lo que verdaderamente es importante esta noche, la boda de tu hermano Alonzo.* Mi conciencia muchas veces es muy exasperante; sin embargo, en esta ocasión (bueno en la mayoría de las ocasiones) tiene razón. No puedo aparecer en las fotos o en el video de su boda, como esos espectros que se ven en las imágenes captadas en investigaciones de cosas sobre naturales. Así que ya basta de estar dándole tantas vueltas a las cosas, si viene o no es muy su problema, tan sólo me voy a disponer de disfrutar de la fiesta.

Las bodas tienen sus “tradiciones” y aunque hay muchas que ya no se utilizan en la actualidad, todavía se sigue bailando el vals familiar con los novios. Los primeros son los padres, y ver los rostros de mis papas mientras bailan con mi hermano y Olivia, solo demuestra que ellos nos aman por igual a cada uno de sus hijos. Mamá no puede evitar derramar unas lágrimas, le dice algo al oído a mi hermano (me imagino que le dice lo mucho que lo ama y le da sus mejores deseos para la nueva aventura que emprende en su vida) y le da un beso. Después de los padres, es turno de los hermanos para que pasen a bailar con los novios, así que del lado del novio inician con

Enrique y Rebecca, después en orden de nacimiento Adriano y Alejandra, Rafael y su novia Fernanda. Cuando mencionan mi nombre, el nombre de mi acompañante es el de Yair. No puedo evitar que mi corazón de un respingo, terminé con él la semana pasada y al parecer no hicimos movimientos en el programa. Voy reviviendo en mi mente ese momento en el que le dije que no podía continuar más esta relación, mientras estoy caminando al centro de la pista de baile y tomo la mano de mi hermano. Fernanda me cede el paso para bailar con Alonzo y Rafael continúa bailando con Olivia. Dirijo mi mirada hacia mi hermano Rafa para darle las gracias por no dejarme a mi sola pasar por este momento, él parece decirle algo al oído a Olivia, supongo que le ha comentado que Yair y yo terminamos porque alcanzo a leer en los labios de ella que lo siente. Justo en ese momento, Leonardo se acerca (sabe Dios de donde salió que no lo vi llegar) y toma el lugar de mi hermano Rafael. Siento como si la sangre abandonara mi cuerpo y por consiguiente no puedo evitar ponerme fría.

—¿Romy, estas bien?, te has puesto muy pálida —me pregunta Alonzo, su rostro refleja una alarmante preocupación.

—Sí, creo que sí.

—Por un momento pensé que te desmayarías. Veo que te ha afectado su presencia.

—Ahmm... es sólo que llegue a pensar que no vendría, no lo esperaba, eso es todo.

—Sólo te diré una cosa. No cierres la puerta a una posibilidad, sin haber visto que es lo que puede ofrecerte.

—¿Mamá o Rafa te han comentado algo?

—No, no hay necesidad de que alguien tuviera que decir nada. Digamos que es un secreto a voces —al ver mi expresión continúa rápidamente para tranquilizarme—. No es que sea un tema de conversación Romina, pero sólo un ciego no podría darse cuenta de la forma en la que se miran.

En ese momento, nombran al hermano de Olivia para que pase a bailar con los novios, mi hermano me da un fuerte abrazo, besa mi frente. Leonardo se acerca a mí y toma mi mano para acompañarme de regreso a la mesa. Al parecer nuestra mesa.

—Siento mucho el retraso. Una fuerte tormenta en México provocó una ligera demora en los vuelos —dice Leonardo a todos en la mesa, a modo de explicación por no haber estado en la ceremonia.

Mis hermanos comentan que el clima ha estado bastante loco en estos últimos días, que no es normal este tipo de tormentas en esta época del año, de los frentes fríos que están por entrar y no sé cuántas cosas más. Entre la acalorada conversación sobre el clima y el shock de haberme topado con Leonardo de esa manera en la pista de baile, he perdido la noción del tiempo, ignoro cuanto tiempo ha pasado realmente, y así como así sólo por reflejo ya me encuentro comiendo la cena. Cuando es momento del postre, sirven un delicioso pastel de duraznos y mandarina; sin embargo, el único plato que acompaña el pastel con helado de chocolate es el mío. Cuando Olivia me dijo que se cercioraría de encontrar para mí helado de chocolate no pensé que realmente estuviera pensando en serio. Es irónico ¿no?, que se acordara de que me prometió helado de chocolate y no de que ya había terminado con Yair, lo cual me hizo tener que enfrentarme a algo así como el fantasma de pasado, presente y futuro al mismo tiempo a mitad de un vals nupcial.

—¿No piensas decir ni una palabra?, ¿tanto te ha molestado mi presencia? —dice con sus labios rozando mi oído para que sólo yo pudiera escucharlo. ¡Dios mío!, lo que provocó en mí, que se encendieran todas las alarmas en cada una de las fibras de mi ser, paralizando mi espina dorsal de una descarga eléctrica.

Niego con la cabeza, soy incapaz de articular una palabra.

—No has dicho ni una sola palabra y has estado ausente.

Me muerdo el labio y tomo valor para dirigir mi mirada a su rostro. ¡Oh Dios se ve tan hermoso! Aclaro mi garganta esperando que salgan las palabras sin problemas de mi boca.

—Ahmm... es solo que los vi tan metidos en su conversación que no quise ser imprudente al interrumpir, no tenía nada importante que aportar a la charla. Además, las bodas siempre me ponen algo sensible y más cuando se trata de mis hermanos. Eso es todo —¡Ay, trágame tierra!, Tantas cosas por decir y digo esta tontería.

—Entonces, ¿tú y yo estamos bien? —pregunta con un brillo especial en sus ojos.

Doy un profundo respiro, y en ese momento siento liberada mi angustia, como si con ese suspiro se hubiera desbloqueado una obstrucción que me había estado oprimiendo el pecho. Con una ligera sonrisa respondo —Sí, creo que estamos bien.

—Bien aclarado ese punto pasemos a otro ¿Con quién debo ir a quejarme?, acaso hay favoritismos aquí, ¿por qué eres la única que tiene helado de chocolate?

Y con esta frase, acabo nuestra pequeña conversación privada, por qué su tono de voz ha sido escuchado por todos en la mesa. Mis hermanos le han puesto una cara de “mejor no continúes andando por ese terreno”. De reojo he visto a Adriano hacerle señas con la mano de que corte, me imagino que por que el helado de chocolate está ligado a mi etapa de recesión y lo que menos quieren en estos momentos es que vuelva a caer en una crisis emocional. Sé que tienen muchos argumentos para estar preocupados por mi “estabilidad emocional”, después de mi infantil reacción de encerrarme a hacer drama por varios días en mi cuarto. Pero debo confesar que no estoy tan perturbada como pensé que estaría al volver a ver a Leonardo. Es cierto que me tomó por sorpresa después de haber dado por hecho que no asistiría a la boda de Alonzo. Por lo que el haberme quedado ausente, fue más bien un momento que necesitaba conmigo misma para tratar de aclarar mis pensamientos, más que como una reacción de choque irracional de volver a verlo.

La mayoría de luces se apagan. Son muy pocas las luces que tenuemente pueden percibirse. La pista se ilumina en diversas tonalidades y empieza a ser invadida por la bruma del hielo seco, señal de que es momento de iniciar con el baile. Mis hermanos sacan a bailar a sus esposas, bueno Rafa a su novia. Mis sobrinos, es muy difícil saber en dónde están en estos momentos, después de cenar no han parado de andar corriendo de un lado al otro del salón (gracias a las niñeras que contrataron tengo una cosa menos por qué estar preocupada). Leonardo y yo nos hemos quedado solos en la mesa. Después de varios segundos Leonardo rompe el silencio.

—Y bien, ¿no piensas sacarme a bailar Romina?

—Sería muy descortés de mi parte el no hacerlo Señor Bianchenssi.

Todo el trayecto desde la mesa hasta la pista de baile, somos asediados por las miradas curiosas de mis hermanos, mis cuñadas y mis papás. Esto solo confirma lo del secreto a voces, pareciera que todo mundo ha estado consciente de lo que Leo sentía por mí, menos yo misma. *Romina, no te hagas, que tú también sientes algo por él, y no vas a ganar nada si sigues negándolo.* No niego nada, siempre he dicho que me atrae, pero sentir, lo que se dice sentir, no propiamente. *Bien, sigue en tu negación. Ahí quédate atorada todo el tiempo que quieras.*

—Romina, ¿sigues pensando que no existe nada creciendo entre nosotros? —pregunta Leonardo, como si se hubiera puesto de acuerdo con mi conciencia para arrancarme una respuesta.

Sólo confirmo su manía por ir directo al grano. No pudo haber iniciado con un ¿cómo has estado?, ¿qué tal la cena?, ¿qué bien se ven los novios?, no, directo a “¿qué hay de nosotros?”. *Que esperabas Romina, es un hombre de negocios. Si se detuviera a realizar preámbulos antes de cerrar un negocio, no tuviera el éxito que tiene.* ¡Ya cállate!, que no me dejas pensar. *¿Qué es*

lo que tienes que pensar?, en realidad crees que hay muchas cosas que debes pensar antes de responderle.

—Lo siento —*hay Romina, tantas cosas que podrías haber dicho y sólo dices “lo siento”.*

—¿Por qué? —su mirada es firme, pero se ve iluminada, contagiada por la sonrisa de sus labios.

—De que las cosas raramente salgan como uno quiere. De que no exista lo que según tú dices que existe.

Mi mirada sigue la trayectoria desde sus ojos hasta su pecho, tratando de esconderme. Tratando de evitar que mis ojos me delaten (pero no sé qué es lo que podrían decir, quizá la verdad que todos ven y que yo misma no puedo encontrar). Tratando de evitar el perderme en la profundidad de sus ojos azules. Esos ojos que me hacen pensar en un azul líquido en el que podría hundirme fácilmente.

—Y según Romina Rossi, ¿qué no existe? —el agarre de sus manos sobre mi cintura y mi mano se hace más fuerte, está dispuesto a no dejarme escapar esta vez. Al menos hasta que le dé una respuesta.

—Que me quieras, que yo te quiera —respondo torpemente, y en esta ocasión no es para evitar distraerlo. Realmente no puedo dejarme creer que un ser tan maravilloso como él pueda quererme. Que el hombre de negocios esté enamorado de una rebelde chica universitaria.

—Así que estás muy segura de lo que yo siento —resopla, su mandíbula se tensa al decir “lo que yo siento”, pone sus ojos en blanco y continúa—, habla por ti si quieres, pero no lo hagas por mí. Tú podrás engañar a medio mundo, pero recuerda que no te puedes engañar a ti misma. Y si te esmeras en engañarte a ti misma, solo acabarás sufriendo. Además, tarde o temprano, espero más temprano que tarde, terminarás diciendo que me quieres.

Su tono de voz ha pasado de un estado de frustración a una tierna esperanza, respondo todavía sin el valor de mirarlo a los ojos.

—Nunca ha sido mi intención engañar a nadie y desde luego que no a mí misma. Pero tengo muy claro lo que quiero en este momento.

—Ah sí, ¿qué quiere Romina Rossi?

—Poner orden en mi mundo, mis pensamientos, mis sueños, especialmente mis sentimientos.

—Ya vez, has dicho sentimientos. Si llegaste a tener dudas por Yair, ¿será por qué entré yo en esa ecuación?

—No sabía que aparte de “controlador”, también eras poseedor de una “gran autoestima”. De verdad te adjudicas el ser la causa de mis dudas —alzo mi mirada para retarlo. ¡Por Dios!, realmente está tan confiando en sí mismo.

—No por egocentrismo, ni mucho menos por vanidad Romina. Es por lo que no puedes ocultar, por lo que me dices sin que me lo digas.

—¿Ocultar?, ¿decir sin decir? Bueno, pero ahora resulta que eres tú el que sabe que hay en mí mejor que yo misma. Hace rato me dijiste que no hablara por ti, ahora te pido lo mismo, no hables por mí.

—Te lo dije aquella noche. No puedes evitar que cada vez que me acerco a ti, escuche como se altera tu respiración —no digo nada, no sé qué más decir, así que él continúa—. ¿Vas a salir huyendo como la otra vez?

—No, “aquella vez”, me tomó por sorpresa lo que me dijiste.

—Eso es bueno saberlo, ¿sabes?, “aquella vez” me pasó como la canción de Frank Sinatra, y tenía mucho miedo de haber perdido todo.

—¿Cuál canción?, además, no puedes perder algo que no tienes.

—Aquella canción que dice que siempre supe que estaba en línea de espera, hasta que aceptaste salir conmigo. Todo iba bien, teníamos buena charla, buena comida. Muchas noches pensé la mejor forma de decirlo, pero sólo dije algo estúpido como “Te amo”. Y, SÍ tenía algo, tenía tu amistad Romina. Tuve miedo de haber perdido tu amistad tan solo por haberme atrevido a decir lo que siento por ti. ¿O es que acaso nunca tuve ni siquiera tu amistad?

—Mi amistad, sí. Siempre has contado con mi amistad. Y estate tranquilo, que nunca he considerado la posibilidad de que dejáramos de ser amigos.

—Me agrada escucharlo. Sabes, ¿podemos ser más que amigos? Pero si me dices que no, es un hecho que no te voy a creer.

—Leonardo Bianchessi, por ahora sólo confórmate con mi amistad. Te lo dije hace rato, por ahora necesito poner en orden muchas cosas que hay en mí. Y tiene muy poco que terminé con Yair, así que todavía tengo muchos sentimientos encontrados.

—¿Terminaste con Yair?!

—¡Ay, por favor!, no te hagas el sorprendido Leonardo. Cómo si mi hermano no te hubiera dicho nada. Son TAN AMIGOS, que no creo que no te haya mencionado ni una palabra al respecto.

—¿Es verdad Romina!, Rafael no me ha comentado nada. Se ha mantenido al margen de todo. Siempre que le preguntaba por ti, él sólo se limitaba a decirme que ahí la ibas llevando y cambiamos a otros asuntos.

—Pues ya lo sabes. Y quita esa tonta sonrisa de tu rostro, que como te lo dije antes, no ha sido porque entraras tú en la ecuación. Mamá me hizo ver que no podía seguir dándole ilusiones a Yair, que entre más tiempo pasara él iba a salir más lastimado.

—Bien, entonces veo que sólo me queda esperar.

—¿Esperar qué?

—Esperaré a que sientas lo mismo que yo. Bueno esperaré a que ya no niegues que sientes lo mismo que yo. Esperaré a que de pronto tan sólo me quieras besar por el resto de tu vida.

—Leo, no es como si compraras un boleto para una rifa y tan sólo te sientas a esperar a que salga ganador.

—Romina, por ti, esperaré toda la vida si es necesario para que mi boleto salga ganador. Y créeme, no sería sólo ganar una rifa, sería sacarme la lotería.

Que puedes decir, después de escuchar que este hombre está dispuesto a esperar por ti, de ser necesario la vida misma. En el fondo no sé si realmente sea merecedora de ese cariño. ¿Qué méritos he hecho para tenerlo?, sólo lo que él percibía de mí a través de las palabras de mi hermano. ¿Cómo puede ser eso suficiente para que él me quiera? No niego que siento una fuerte atracción por él, pero lo que yo siento, no creo que pudiera acercarse ni una décima al cariño que el parece profesarme. ¿De verdad algún día llegaré a sentir tanto por él? Todas estas preguntas no tienen una respuesta en este momento. Leonardo me gusta, y MUCHO. Pero, ¿estoy enamorada como me dijo mamá?, no puedo permitir que él siga aquí esperando a lo que yo decida. Sería exactamente lo mismo que con Yair, ¿o no? Al parecer, todo mundo puede ver claramente lo que hay en mis sentimientos, pero, ¿por qué yo no puedo verlo? Rafael, mi mamá y hace rato mi hermano Alonzo me lo han dicho, que han observado que algo pasa cuando Leonardo y yo estamos juntos.

—¿Romina?

—Mmmm

—Te has vuelto a quedar callada.

—Ah, lo siento, no era mi intención.

—Y volvemos con “los siento”. ¿Te digo un secreto?

—¿Otro? —no puedo evitar poner mis ojos en blanco, en estos momentos no estoy tan segura de que pueda soportar otro “secreto” sin quebrarme.

—No he podido olvidar el beso que te di aquella noche fuera del restaurant. Y si no fuera por qué toda tu familia está aquí, ya te hubiera robado otro beso.

Bueno, éste no es un secreto que pudiera haberme “quebrado”. Pero no fue hasta después de que él mencionara lo del beso, cuando empecé a sentir un fuerte deseo por besarlo, olvidándome de que estamos rodeados de muchas personas, no sólo mi familia.

—No sólo mi familia Leonardo, estamos rodeados por medio mundo.

—Me importa un comino el *mundo entero*. Lo único que me importa es que aprecio mucho a tu familia, y que respeto tu decisión. Si no fuera por eso, en lugar de estar platicando contigo estaría besándote en estos momentos.

Capítulo 19

La rueda de la fortuna

Enero 2012

Navidad y Año Nuevo han pasado tan rápido como un suspiro. Extraño a mi hermano Alonzo, por su luna de miel no ha pasado las fiestas con nosotros. Me había habituado a la dinámica familiar en casa, mis papás, Rafael, Alonzo y yo, considerando que Enrique y Adriano ya tienen varios años casados y desde luego como es natural fuera de casa. Me siento como la canción de los perritos, de los 5 que tenía de los 5 que quedaban sólo quedan 2. En casa sólo hemos quedado mi hermano Rafael y yo. Sólo espero que no le dé por casarse este año, porque sí me sentiría completamente sola en casa. Lety muchas veces me ha preguntado si no me gustaría haber sido hija única y siempre le dije “soy hija única”, pero no es hasta estos momentos que empiezo a temer lo que se sentiría ser realmente la única hija y no es un sentimiento que me agrade mucho.

Rafael divide su tiempo entre el trabajo, Fernanda y yo. Adriano se ha puesto celoso de que últimamente dedico más tiempo a Rafa. La nueva relación “amistosa y de unidad” entre Rafa y yo, mis hermanos la justifican a que sólo somos él y yo en casa y que no nos ha quedado de otra más que aprender a coexistir, por lo que Rafa se muestra más relajado por no tener que limitarse en cuanto a demostrar sus sentimientos se trata.

No he visto a Leonardo desde la boda de mi hermano. No es que sigamos distanciados, es sólo que ha ido a pasar las festividades a Argentina, después de todo es una época para estar con la familia. Tampoco hemos estado muy en contacto que digamos, sólo cruzamos un par de mensajes deseándonos lo mejor en las vísperas de navidad y año nuevo.

Las posadas, los preparativos para la cena de navidad y año nuevo, la búsqueda de regalos para los intercambios, la compra de juguetes para mis sobrinos, han sido actividades que me han ayudado a mantenerme ocupada y no pensar tanto. Después de la rosca de reyes, me di cuenta que todas las actividades ocupacionales de la temporada habían terminado. Gracias a Dios ha dado inicio otro tipo de actividades que me mantienen ocupada, el nuevo y mi último semestre, y el que esta semana he acelerado el ritmo en los entrenamientos, esto me ha ayudado mucho para no romper mi cabeza con huracanes mentales. No es que lo vea como placebos para evitar andar dando vueltas entre mis pensamientos, y que estos no me lleven a un sufrimiento por no comprender qué es lo que realmente está pasando en mi interior, por no saber qué es lo que siento y mucho menos por no tener ni una clara idea de qué es lo que quiero en estos momentos. Más bien, ha evitado que me vicie en mis ideas y que me quede bloqueada. Me ha ayudado a salir del ojo del huracán y poder tener una nueva perspectiva, ver las cosas desde un ángulo diferente.

Los pocos minutos que tengo libres, los he utilizado para digerir con calma todo lo que ha pasado en mi vida estos últimos meses. Estos limitados momentos libres han sido suficientes para ir asimilando poco a poco las cosas. Ya empiezo a parecerme más a la Romina pre-crisis. Tengo muy claro que no voy a volver a ser totalmente la misma, porqué, realmente creo que cada vivencia te ayuda a crecer, cada prueba que vas superando te hace una persona diferente. No es que ya haya alcanzado totalmente la “madurez”, sé que todavía habrá muchas vicisitudes más por pasar. Pero hoy me siento un poco más fuerte, creo que he ganado una “herramienta emocional” más para continuar mi caminar por la vida.

Al final se han obtenido muchas cosas positivas después de la revolución emocional que he

armado en casa, mis hermanos ahora ya se toman la molestia de preguntarme si estoy disponible para cuidar a mis sobrinos y yo me siento en mayor libertad de decirles que NO cuando realmente no puedo. En cuanto a mi “trauma” por los antros y bares, puedo decir que por fin he podido superar ese pánico que me provocaba y hemos salido un par de veces con Rafael, Fernanda, Mario y Lety. El que se quedaran solos Mario y Lety, aquella noche del caos (así es como yo llamo aquella noche, en la que por salir corriendo del bar inició mi “crisis sentimental”) fue muy benéfica para ellos, pues Mario finalmente le dijo a Leticia lo que sentía por ella y desde esa noche son novios (en el fondo creo que Mario pensó que sería la última oportunidad que tendría de hacerlo). Así que ya te podrás imaginar cómo me siento cuando salgo con esos cuatro, me siento como fuera de lugar entre esas dos parejitas.

—Si sigues andando así, vas a hacer un surco muy grande. Y no creo que a papá le guste una zanja a mitad de los viñedos Romina.

Mi hermano Adriano me toma por sorpresa, pensé que todo mundo estaba ya en el solarío. El martes pasado fue cumpleaños de Leonardo y mi mamá realizó una reunión hoy sábado para festejarlo, una parrillada, quesos y desde luego que no podía faltar el anfitrión principal de un viñedo. Mamá dice que una persona no debe pasar solo su cumpleaños. Él no tiene familiares aquí, mi hermano Rafael es su mejor amigo, por tanto, mi familia es algo así como lo más cercano que tiene. Por eso estoy dando vueltas como león enjaulado de un lado al otro en el viñedo, viéndolo desde lejos y tratando de tomar valor para acercarme, y volver a tener a Leonardo frente a frente.

—Estoy observando a Mario y a Lety, no me acostumbro a verlos como una pareja. Es algo raro —le digo a mi hermano a modo de respuesta y no sacar a relucir mis verdaderos pensamientos.

—Romina —me toma del brazo y empezamos a caminar entre los viñedos, como lo hemos hecho por muchos años, estos viñedos han sido partícipes de nuestras conversaciones y conocen todos nuestros secretos—, tú siempre has dicho que sabías que había algo más entre Mario y Lety, y que de alguna manera se negaban o no querían verlo, ¿no es así?

—Así es, Mario siempre ha sido muy atento con ella, y la forma en que la mira, como si estuviera admirándola. Y ella, se ve radiante, se dibuja una sonrisa en su rostro cuando lo ve.

—¿Y tú has podido verlo?

—Sí.

—Bien, entonces es normal que ellos hayan decidido intentar ver si funciona esa relación, ¿no crees?

—Sí, desde luego, se merecen esa oportunidad.

—Duende, ¿por qué entonces tú no nos crees cuando te decimos que vemos que hay algo entre Leonardo y tú?

Cuando le dije a mi hermano que estaba observando a Mario y a Lety, en lugar de decirle mis miedos sobre volver a ver a Leonardo, fue porque en el fondo estaba tratando de evitar el tener esta clase de conversación con él; pero ya veo que por algo me lleva varios años de ventaja, por algo ha sido mi confidente por muchos años y me conoce tan bien.

—Porqué... creo que es... la verdad es que... argh, bueno... creo que en parte es miedo.

—¿Miedo a qué? ¿A salir lastimada?, ¿a qué no sea el amor de tu vida? —afirmo tan sólo haciendo un pequeño moviendo con la cabeza y continúa—. Te acuerdas de niña el miedo que te daba subir a la rueda de la fortuna, pero no fue sino hasta que te subiste que pudiste decidir por ti misma si te gustó o no. Al principio tenías miedo, pero después tuvimos que bajarte llorando porque no querías irte, ¿te acuerdas qué dijiste a mis papás cuando te preguntaron qué te animo a subirte si no querías?

—Sí, les dije que tú ibas a subir conmigo y eso me hizo sentirme confiada, con seguridad de que nada me pasaría por que tú estarías ahí siempre conmigo.

—El amor, Romina, es casi lo mismo que la rueda de la fortuna. Sabes que habrá momentos en los que estarás arriba, otros abajo, y no sabes con certeza si estarás más tiempo arriba o abajo, pero todo depende de con quien vayas en compañía.

—¿Cómo sabes que esa es la persona correcta para animarte a subir?

—Ese es el punto, no lo sabes.

—Pero yo lo sabía contigo.

—Sí Romina, pero yo soy tu hermano, siempre he estado para ti desde que naciste, y eso tú ya lo sabías, tenías la certeza de que así es. Nos amamos nena, esa es la labor de los hermanos quererse siempre, y por eso hay una seguridad, por eso tuviste la confianza de subirte conmigo. Pero cuando pretendes subirte a la rueda del amor buscando quien será la compañía para el resto de tu vida, realmente no sabes si es o no la persona correcta. Y no lo vas a saber nunca, a menos que decidas subirte y comprobarlo. Sólo así lo sabrás, si te da seguridad y confianza estando en los momentos altos y en los momentos bajos, antes no.

—¿Y qué pasa si no me gusta con quien me subo?

—Eso es lo mejor del noviazgo, si no te ha gustado, te puedes bajar sin ningún problema de la rueda de la fortuna cuándo tú lo quieras. Y volver a intentarlo con otra persona, hasta que te encuentras con esa persona con quien quieres estar, entonces, te quedas en la rueda de la fortuna por el resto de tu vida.

—Bueno, me ha quedado claro el punto de si a mí no me gusta la compañía en la rueda de la fortuna me bajo e intento con otra persona, pero, ¿qué pasa si a mí sí me gusta la compañía y yo no soy la compañía para él?

—Ya veo, así que tu miedo es enamorarte de Leonardo y que él no te corresponda —asiento con un ligero movimiento de cabeza—. Bien, pues es lo mismo, te bajas e intentas con otra persona. Desde luego te va a costar más trabajo, por qué has entregado tu corazón y no es fácil recuperarse de una herida así, pero lo vuelves a intentar hasta que encuentres tu verdadera compañía. ¿Te acuerdas cuantas novias tuve antes de Alejandra?

—Cuatro o cinco, creo.

—Cinco, contando a Ale. Tres de ellas pasaron sin afectarme mucho emocionalmente, una de ellas creí que era el amor de mi vida y sufrí mucho cuando me dejó, tuve mis depresiones también, me reprimía y cuestionaba una otra vez como yo no podía ser suficientemente bueno para ella y ¿sabes que me dijo mamá? —me limito a sólo alzar mis hombros, pues realmente no tengo ni idea de que pudo haberle dicho mamá—. Me dijo, que estaba equivocado en ver la vida de esa manera, que no debería verlo desde la perspectiva de que yo no era bueno para ella. Simplemente ella no era para mí, de la misma forma que yo no era para ella. Qué ella y yo no éramos un complemento. ¿Me dolió que ella no se quedara en mi vida?, sí, pero llegó Ale y entonces entendí lo que me dijo mamá, eso de ser un complemento, entendí lo que significaban sus palabras, ella es para mí, de la misma forma que yo soy para ella.

—¿Te digo algo?

—Claro nena, dime.

—Cuando te platicué todo lo que hablamos Leonardo y yo en la boda de Alonzo, hubo algo que no te dije.

—¿Qué es nena?

—¿Creo que Leonardo me pidió que fuéramos novios?

—¿Crees?, ¿por qué no estás segura de que te lo pidió?

—Veras, cuando le dije que todo estaba bien, que tan amigos como siempre, él me dijo que sería mejor ser más que amigos. Yo asumí que quería decir “novios”, pero realmente no estoy tan segura.

—Hay nena —me dice con una gran carcajada—, por años hemos platicado de muchas cosas, pero nunca habíamos platicado de chicos y amores, creo debimos haberlo hecho hace algún tiempo, pero nunca es tarde. ¿Por qué no estás tan segura de que te haya pedido ser novios?

—No lo sé, nunca me dijo “¿quieres ser mi novia?” Además no dijo nada más al respecto, sólo así frío sin preámbulos “ser más que amigos”

—Nena, hombres y mujeres no somos iguales. Un hombre tiene sed y solo dice “dame agua”, una mujer probablemente diría algo como “el calor ha estado terrible estos días, uno debe mantenerse bien hidratado, etc., etc.”, y está esperando que uno al final adivine y le ofrezca un vaso de agua.

—Creo que estás estereotipando Adriano.

—No, sólo estoy ejemplificando. Y quiero que quede muy claro, que no me encuentre juzgando, ni criticando. Sólo estoy tratando de exponer un punto. Los hombres somos de pocas palabras, y lo que decimos es lo que realmente queremos decir. Y creo que los libros que tú y la mayoría de las chicas leen, les hacen mucho daño.

—Ahora vas contra mis libros.

—No nena, no hay nada malo en los libros, pero acéptalo, se visualizan en el romance perfecto y no hay perfecciones en las relaciones. En el fondo esperan una declaración tan perfecta como la del “perfecto” Señor Darcy, o ¿me equivoco?

—No lo había visto en esa perspectiva. Entiendo tu punto de vista, pero no veo que haya nada de malo en querer un poco de romanticismo en nuestras vidas. Ya de por sí la vida es bastante difícil como para no permitirse un poco de color rosa en ella.

—Cierto, hay que darle color a la vida para que no todo sea tan gris monótono y aburrido. Pero no siempre tiene que ser “rosa”. No es lo mismo romántico que cursi. Nena, hay que reconocer que también estamos los hombres que no somos de muchas palabras, o de muchos detalles como flores y chocolates, pero eso no implica que nuestros sentimientos no sean sinceros, y que no intentemos pintarles la vida de un mejor color. ¿No dicen que los hechos dicen más que mil palabras?

Me encojo de hombros y respondo —Eso dicen.

—Entonces, ¿qué dicen los hechos de Leonardo? —continúa antes de que yo pueda pensar en una respuesta— no me respondas a mí, a ti es a quien debes responder esta pregunta. Pero, si me permites darte un consejo, no intentes escrudiñar mucho en tu cabeza por la respuesta, búscala en tu corazón.

Seguimos vagando por los viñedos por unos minutos más, con su brazo sobre mis hombros, mi mano izquierda en el bolsillo de mi chaqueta, mi mano derecha enganchada a la pretina de su pantalón de mezclilla favorito, mi cabeza recargada en su torso y en silencio. Mi hermano está dándome mi espacio para poder asimilar todo lo que hemos hablado. Nunca había visto las cosas desde esta perspectiva, no hay que buscar trasfondos a lo que los hombres dicen, generalmente lo que dicen es lo que quieren decir y una tratando de descifrar algún código oculto en cada una de sus palabras. A los hombres les gusta el romanticismo, pero no ser cursis; por algo presuntuoso, ridículo, pretencioso y ostentoso son sinónimos de cursi. Yo en muchas ocasiones he llegado a sentirme abrumada con las cosas cursis de mis amigas hacia sus novios, no dicen que a veces menos, es más. Supongo que verte en el cuarto de un hospital con la cara “aplastada como tomate” y pedirte salir con él es mucho mejor que mil arreglos florales; el mover cielo mar y

tierra para encontrarte en medio de una situación de peligro es mejor que kilos de la más fina variedad de chocolates; y compartir el último bocado de su postre favorito es mejor que cientos de cenas a la luz de las velas y en restaurantes lujosos.

—¡Vaya, por fin sus majestades se han dignado a honrarnos con su presencia! —nos dice mi hermano Rafael haciendo una sarcástica reverencia.

—La realeza llega en el momento que es necesario llegar —le respondo a mi hermano mientras le guiño un ojo y le saco la lengua.

—Yo no tengo la culpa que Romy prefiera mi compañía a la tuya —Adriano siempre ha molestado a Rafa en sentido de protección y defensa por mí, como mi vengador personal por todas las veces que Rafael me ha molestado—, podrán haber recientemente empezado a aprender a cohabitar juntos, pero yo siempre seré su hermano consentido y SU confidente.

Si mi hermano Adriano supiera lo mucho que nos hemos acercado Rafa y yo, y que nada tiene que ver que sólo hayamos quedado los dos viviendo en casa con mis papás, realmente se sorprendería de todo lo que sabemos él uno del otro y él no.

—Ya, no peleen por mí, sé que soy irresistible —no puedo evitar reírme, por más que intento ponerme en modo dulce y tierno—. Pero, para no ser la manzana de la discordia aquí, les diré lo que mamá nos diría: *a todos los amos por igual, en mi corazón no hay ningún favorito.*



Doy una rápida inspección visual por el lugar, por qué no he visto ninguna señal de Leonardo, no creo que se haya ido, lo estaba viendo cuando fui tomada por sorpresa por Adriano ¿Habría tenido un imprevisto?, después de todo que sería de una fiesta de cumpleaños sin el festejado. *Romina Rossi, ¿a quién pretendes engañar?, ¿por qué no aceptas que estás buscando desesperadamente a Leonardo porque te mueres por volver a verlo? ¡Cállate!, no pretendo engañar a nadie, además se te olvida que hace unos minutos ya lo habíamos visto, y bueno, que nunca vas a parar de estar dándome lata. Probablemente el día que te mueras, recuerdas que soy tu conciencia, para bien o para mal contigo hasta el final.*

Me encuentro en el estirar y aflojar los hilos de la razón con mi conciencia cuando mi mirada localiza a Leonardo. Viene caminando con mi hermano Enrique por el sendero que llega desde la casa. Se dirigen hacia el asador con una hielera cargada de carne, salchicha para asar, chistorra, muchas personas considerarían una exagerada cantidad de comida, pero somos una familia numerosa y mis hermanos se caracterizan por ser de buen apetito. Leonardo está muy concentrado en obtener la llama perfecta en el asador, una de las cosas por las que se destacan los argentinos es por su experiencia en carnes. Así que este italo-argentino como es de esperar, luce tan despreocupado con la labor que se le ha encomendado, lo cual lo hace ver mucho más joven de lo que realmente es. Está terminando de verificar la marinada, cuando nuestras miradas no sólo se cruzan, sino que se han quedado enganchadas, no puedo evitar darle una grande y sincera sonrisa.

A través de nuestros ojos fluye una conversación que sólo él y yo podemos entender: “¿Cómo has estado?, me agrada volver a verte, luces maravillosas, etc.” Si hace unos días me hubieran preguntado si creía posible que se pudiera entablar un diálogo sin hablar, tan sólo a través de las

miradas hubiera contestado que es imposible.

Escucho una ligera voz a mi oído por encima de mi hombro izquierdo, Lety me ha tomado por sorpresa.

—Sí lo sigues mirando así, lo vas a desgastar.

—¿Mirándolo así cómo? —le digo mientras me doy media vuelta para quedar frente a ella.

—Con ojos de borrego a medio morir okis.

—Ah, nunca he visto los ojos de un borrego a punto de morir.

—Sim-pá-ti-ca. Lo digo porque reconozco esa mirada, porque es la misma que yo pongo cuando veo a Mario.

—Cierto, Mario y tú ¿Cómo les va?

—Podría irnos mejor, pero lo cierto es que nos va bien. Estamos acoplándonos a la idea de ser novios, desde la primaria hemos convivido como amigos y no queremos poner nuestra amistad en riesgo. Así que vamos poco a poco, sin acelerarnos. Por cierto, ¿ya felicitaste a Leo?

—No, no he podido. No sabía que era su cumpleaños hasta ayer que mamá y Rafael organizaron la reunión de último minuto. Y pues ahorita no he tenido la oportunidad de felicitarlo.

—Deberías aprovechar, se ha quedado solo —y con un movimiento de su rostro me señala hacia Leonardo y me anima con la vista a que vaya junto a él.

Un pie tras otro pie, aseguro un paso antes de dar otro tratando de no tropezarme, ese paso que acorta la distancia entre Leonardo y yo, empiezo a sentir que la vista se me nubla, el calor empieza a irradiar por mis mejillas y me doy cuenta que he empezado a hiperventilarme. *Romina, respira despacio y profundamente, con calma que el corazón se nos va a salir del pecho. Además, no querrás que otra vez Leonardo tenga que rescatarte.* Es en este momento, que recuerdo que justo en este lugar, me desmayé aquella noche de la vendimia y él tuvo que cargarme para llevarme a la casa; es justo en este lugar en donde escuche su nombre por primera vez; es justo aquí a mitad de los viñedos en donde Leonardo entró bruscamente a mi vida.

—¡Hey!, feliz cumpleaños

Alzo la copa de vino que tengo en mi mano brindando por su felicidad, él se inclina ligeramente sobre mí y no estoy segura si sus intenciones serán darme un beso o está esperando que yo le dé un beso. Queda a tan solo unos centímetros de mi rostro y puedo sentir que mi pecho me duele de lo rápido que golpea mi corazón contra él. Se estira un poco más y toma la copa de vino de la barra que tengo a un costado y chocamos nuestras copas.

—¿Qué se siente ser tan viejo? —le pregunto rápida y abruptamente, todavía con la respiración entrecortada, para evitar que se dé cuenta de que ha logrado alterarme su acercamiento.

—¿Acaso se está burlando de mí la señorita? —y una mueca graciosa se dibuja en la comisura de sus labios.

Por ese movimiento de sus labios mi vista ha sido capturada, y no puedo evitar sonrojarme porque me he acordado de cada uno de sus besos (que suman en la larga lista sólo dos).

—¡Yooo!, ¡nooo! —no puedo evitar hacer una mueca de cómica indignación—. ¡Yo jamás podría hacer tal cosa!

Creo que más que decírselo a él, me lo estaba diciendo a mí misma, de alguna manera reprendiéndome por tener en mi mente el robarle un beso en estos momentos “no puedes hacer eso, al menos no aquí con todos viendo” y continuó con una ilusoria seriedad:

—Mis papás me han enseñado a respetar a las personas mayores.

—Entonces también te habrán enseñado a escuchar y obedecer a las personas mayores.

—Sí y no —digo mientras levanto mis hombros y se escapa por mis labios una pícaro sonrisa.

—Me he perdido —me dice sin despegar su vista de mis labios—, a ver o sí o no.

Esto sí que es algo inusual. Leonardo sonrojado. *Romina, creo que lo hemos perturbado. Me pregunto si él también se distrajo pensando en robarte un beso por la forma en la que se ha quedado hechizado por tus labios.* No lo sé, pero ya cállate que no me dejas concentrar.

—Sí, cuando se trata de cosas como: “Romina comete los vegetales”; “Romina no llegues tarde a casa”; “Romina la tarea se entrega mañana”, ya sabes el tipo de cosas que son para mi bien y que me ayudan a crecer. Y no, cuando se trata de: “Romina, salta por el acantilado”; “Romina deberías dejar la natación y dedicarte solo al estudio”; “Romina deberíamos ser más que amigos” —con esta última frase no puedo evitar sacarle la lengua y él me regala una coqueta mueca de sus labios, desde luego no puedo evitar sentir la sangre cálida recorrer mi cuerpo (que digo cálida, hirviendo). Su mandíbula se tensa, muerde su labio inferior y su dedo índice recorre la boca de la copa de vino que tiene en sus manos.

Continúo antes de que me pierda totalmente en su profunda y oscura mirada.

—El tipo de cosas que van en contra de mis ideales, de lo que creo, en contra de mis valores y de mis principios.

—¿Siempre tienes una respuesta para todo? —levanta su ceja izquierda y ahora en lugar de jugar con sus dedos en la copa lo hace con su labio inferior.

Dios bendito, si seguimos en esta línea voy a terminar sufriendo un infarto. Mi corazón se ha precipitado que puedo sentirlo latir no sólo en mi pecho, sino en todo mi cuerpo.

—No siempre —respondo rápidamente antes de seguir pensando hacia donde podría llevarnos este jugueteo—, pero por la mayoría de las veces sí.

—Oye, dime ¿cómo el “deberíamos ser más que amigos” va en contra de tus valores y principios?

—Oh, porque para una chica que ha crecido bajo la influencia de cuatro hermanos, eso significa algo así como “tengamos un free”, “salgamos sin compromiso a ver si funciona”, “amigos con derechos”, “amigo-vios”

—Ya, ya, calma, creo que ya entendí la idea —me interrumpe antes de que pueda seguir enlistando todas las definiciones que podría tener “más que amigos” según mi diccionario construido a partir de unas que otras conversaciones que por accidente llegaba a escuchar de mis hermanos y sus amigos, y por las pláticas y consejos de mi hermano Adriano—. A ver, explícame esto último de amigo-vios, ¿qué significa?

—Ahhh, verás. Es cuando tienen los “derechos” de novios, pero sin los compromisos y obligaciones. Pueden ser exclusivos o no.

Me pregunto cuántas veces Leonardo habrá optado por este tipo de “relaciones” con las chicas, me imagino que después de Claudia ha de haber sido complicado para él tener una “relación seria” o ¿no?

—Bien, ya he entendido el concepto. Has de obtener muchos conocimientos del “mundo de los hombres” teniendo cuatro hermanos mayores, y eso debe ser una gran ventaja para ti. Lo cual me deja en desventaja porque no conozco mucho del “mundo de las mujeres”. Mi mundo es de puros hombres, somos tres hijos y a mí me ha tocado la parte difícil de ser el sándwich.

—Oh, ya veo, creo que de ahí te viene lo de ser controlador.

—Señorita Rossi, me muero por escuchar tu psicoanálisis sobre mí.

—Pues, es lógico. El hijo sándwich es molestado tanto por el hermano mayor, como por el menor. No se siente importante, por qué no recibe todos los beneficios y atenciones que tienen el hijo mayor y el más pequeño. Así que como no podías controlar esa situación, buscaste algo que sí podías controlar.

—Wow, me sorprendes. He pasado muchas horas en terapia y gastado grandes cantidades de dinero, y tú descifras mi vida en unos minutos.

—¿Vas a terapia?

—No, y, ¿tu desde cuando le haces a la psicología?

—Desde que leí un artículo sobre los hijos de en medio, mientras esperaba mi cita en el consultorio del dentista.

Reímos torpemente y volvemos a chocar nuestras copas.

Cuando todo está listo, tomamos nuestros lugares a la mesa, después de la oración de papá bendiciendo los alimentos, dando gracias por los dones recibidos y por la familia, los amigos nos disponemos a cenar. Es por estos momentos, por lo que nunca me gustaría ser hija única. Sería muy aburrida una mesa de tres personas. A pesar de que Adriano, Enrique y Rafael han emprendido una nueva aventura al lado de sus esposas, siempre buscamos los momentos de reunión (la verdad es que los pretextos siempre nos sobran), y nuestra familia de ocho elementos ha crecido a trece, y en esta velada somos trece más la compañía de nuestros amigos. Me encanta ver muchas personas sentadas alrededor de la mesa (una larga mesa, por cierto), ver cómo van de un lado a otro los platonos llenos de comida. Escuchar el bullicio festivo, las risas, los gritos de los niños al jugar. Disfrutar de preparar una comida no sólo por el hecho de comerla, sino porque la compartes con los seres que amas en medio de anécdotas, consejos, cariños, y chistes.

Nana me pide que la acompañe a la casa, todavía hay algo que es necesario traer de la cocina. No sería una celebración de cumpleaños si no hay un pastel con velitas por apagar. Y no hay mejores pasteles en todo Valle de Guadalupe que los que hace nana. En cuanto a las velitas, considero sustituirla por una de esas bengalas que se han puesto tan de moda, 33 velitas en un pastel serán todo un reto para apagarlas.

Mientras vamos de camino y ya de regreso al solarío, con el pastel en mis manos no puedo dejar de pensar que once años son mucha diferencia. Es un hombre joven, pero es todo un hombre realizado, con trabajo, independencia. ¿Cómo verán los demás una relación con muchos años de diferencia? *Romina, nunca nos ha importado lo que piensen los demás, sólo la familia y los amigos. Y la familia y amigos, no han mostrado desaprobación al respecto. Además, su edad es una de las cosas que nos atrae de Leonardo, es un hombre maduro. Once años no son mucha diferencia y ese “hombre mayor”, ha desactivado la fuerza de gravedad a nuestro mundo y aunque al principio fue extraño me agrada estar flotando.* Ahora nos agrada, ahora somos las dos, ahora es en plural. Cuando antes siempre me regañabas en singular. *Sí, porque antes tú no aceptabas abiertamente que te sientes atraída por Leonardo y yo siempre lo tuve claro. Ahora, las dos estamos de acuerdo, así que ahora es nosotras.*

Todos aplauden con entusiasmo cuando llegamos con el pastel. Lo pongo en la mesa frente a Leonardo y le vuelvo a decir “Feliz Cumpleaños”. Soy tomada por sorpresa ante el comentario de nana.

—Mi niña Romina lo hizo especialmente para ti.

Los rostros de todos los presentes no lucen conmoción. Por Dios, como si fuera tan normal que yo entre a la cocina a hornear un pastel. Me da la impresión que de alguna manera sin ponerse de acuerdo, están tratando de hacerme lucir bien ante los ojos de Leonardo. No digo nada para desmentir a nana, después de todo no tuve tiempo de comprarle un regalo. Puedo dejarle creer que esto ha sido un regalo de mi parte, después de que realmente pase toda la tarde vagando por el centro comercial tratando de resolver una pregunta, ¿qué le regalas a alguien que lo tiene todo?

Capítulo 20

La reunión de trabajo

Seramente estoy arrepintiéndome de haberme dejado convencer por Leticia para estar en el comité pro-graduación. El estrés por el último semestre, la tesis, el examen Ceneval; el estrés por las Olimpiadas, las reuniones con el Comité Nacional de Natación, las pruebas mensuales anti-doping; el estrés por concluir los reportes de las prácticas profesionales en la embotelladora, el pensar en qué área de la empresa me gustaría trabajar; todo eso para mí es más que suficiente para un ser humano. Pero como al parecer a Lety no le era suficiente, había que buscar más actividades; así que ahora además de una serie de labores adicionales, tengo una gastritis que estoy a nada de que se me haga un hueco en el estómago. Buscar lugares para la fiesta de graduación, organizar eventos para recabar fondos, entregar cuentas del dinero, buscar diseñadores para la decoración del evento, han sido tan sólo unas cuantas actividades que se han sumado a mis ya ajetreados días. Es tanto mi estrés que he empezado a somatizarlo con pequeñas marcas en mi piel, principalmente en piernas y brazos.

Este año sucederán muchas cosas y a partir de ahí tomaré decisiones, no sólo en mi vida personal (terminar mi carrera, las Olimpiadas, aceptar o no a Leonardo); también en mi vida profesional, éstas últimas decisiones no sólo afectarán mi vida, también se verán reflejadas en la empresa familiar.

Como parte de la familia, he participado en el Consejo de Familia desde los nueve años, pero hasta los dieciocho tuve voto. A los cinco años papa y mamá me hicieron accionista (al igual que mis hermanos), así que desde entonces he formado parte de la Junta General de Accionistas con la representación de mi papá como tutor, desde los dieciocho años asisto a cada una de las reuniones y tengo voz y voto. Pero este año, entraré a trabajar oficialmente a la planta, con mi contrato firmado, previamente revisado y aprobado por el Comité de Dirección y Recursos Humanos, eso en caso de decidirme quedar a trabajar en el negocio familiar (porque también puedo decidir emprender mi propio negocio o trabajar en otra empresa, todo depende de mis resoluciones personales). Papá me ha pedido que antes de tomar la decisión de quedarme a trabajar en la empresa o emprender mi propio vuelo, conozca a detalle cada una de las áreas, que viva cada una de las experiencias laborales que me ofrecen *Viñedos Nonna Rosa*.

Esta semana estoy a cargo del área de ventas (medio tiempo porque por las mañanas voy a la universidad). Rafael ha tenido que viajar a Nueva York, hay un par de restaurantes nuevos que están interesados en comprar nuestros vinos. Todo parece indicar que estará fuera dos semanas.

Estar en contacto con los clientes, dar seguimiento a sus pedidos, enviar las órdenes de embarque, revisar pedimentos de exportación, es una labor que parece muy tranquila. Mi hermano lo hace ver como una actividad bastante sencilla de realizar. Pero a mí me ha estado costando mucho trabajo, una de las razones por las cuales decidí estudiar ingeniería (aparte de mi amor por la física y las matemáticas) es que no soy muy buena interactuando con las personas, a mí ponme frente a una maquinaria o equipo y yo me entiendo a la perfección. En el área de ventas, debo tener mucho contacto con los seres humanos, por lo que, la interacción con los individuos es un factor clave que la verdad me está costando un inusual esfuerzo; sin embargo, hay algo el día de hoy que me hace el trabajo más agradable.

“Tu cita de las cuatro está aquí” —una delgada y aguda voz se escucha en el otro lado de la línea, es la asistente de mi hermano Rafael.

—Gracias Lucy, que pase.

Dos golpes a la puerta aceleran mi corazón, provocando que el calor irradie por mis mejillas. *Romina, por favor podrías al menos disimular la sonrisa que traes dibujada en tu rostro.* Cierto, cierto. Esta mañana traigo puesta una amplia sonrisa de oreja a oreja como accesorio adicional a mi vestimenta de este día. Rápidamente acomodo mi blusa y mi cabello.

—Adelante.

La puerta parece mucho más pesada de lo que realmente es, debido a que toma más segundos de lo normal abrirse de par en par (probablemente sea mi percepción por la ansiedad), para dar paso a mi cita de las cuatro y la razón por la cual mi trabajo de estos días se ha hecho menos pesado desde que vi la agenda a seguir de mi hermano. Mi cita de las cuatro, es Leonardo Bianchensi.

A mi oficina (bueno la oficina de mi hermano) entra un adorable hombre de 1.95 metros, vestido con pantalón de lana azul marino que resaltan sus cautivadores ojos azules. Debajo de un jersey con botones dorados lleva una camisa mil rayas azul claro de manga larga (es la segunda vez que lo veo en su papel de “soy todo negocios”). *Respira, respira niña, que te vas a empezar a poner morada.* Bruscamente tomo una gran bocanada de aire y con un ligero movimiento de mi mano le indico que tome asiento.

—En cuanto supe que tu hermano estaría fuera y que sería atendido por otra persona, estuve a punto de pedirle a mi asistente que cambiara mi cita. Me alegro de no haberlo hecho —se adueña con toda propiedad del asiento asignado y pone su iPad sobre el escritorio—. ¿Cómo estás? —pregunta con voz suave pero firme, ni un rastro de inquietud en sus palabras.

Por un segundo se me hace extraño que mi hermano no le haya comentado que yo estaría ocupando su lugar en lo que él estaba fuera, después de todo son grandes amigos.

—Bien gracias. Rafael regresará en un par de días, así que no tendrás que soportar por mucho tiempo a esta torpe aprendiz de ventas.

Le doy una ligera sonrisa y él me regala un seductor y prometedor guiño. *Mantente concentrada Romina, control niña. Control.* Sí cierto, control. OK ¿en que estaba? Sí, sí, ventas. Entro al programa de la empresa y busco en el módulo correspondiente a ventas el registro de clientes. No estoy familiarizada con el sistema, así que me toma un poco de tiempo dar con el registro correspondiente. Mi hermano ha sido muy considerado y ha dejado anotaciones respecto a los pendientes a atender con cada uno de los clientes, lo cual ha facilitado mi trabajo durante estos días.

—¿Te ofrezco algo de beber? —le digo en mi tono “soy toda negocios”, si él puede estar en ese modo yo también puedo.

—Una copa de vino —me responde con la mirada fija en mí, como si estuviera tratando de escudriñar que hay dentro de mi ser, tratando de encontrar algún indicio de si mis sentimientos por él han cambiado a su beneficio en cuanto mi decisión de ser más que amigos.

Tomo el teléfono y en cuanto hay respuesta —Lucy, por favor te pido una copa de vino de nuestra reserva especial y un té de manzanilla con dos de crema y una de azúcar mascabado. Gracias.

—¿No tomaras una copa conmigo?, una reserva especial es para disfrutarse en compañía —me dice arqueando provocativamente una de sus cejas.

¡Oh por Dios! ¿Cómo la promesa que evoca una sola copa de vino me hace sentir tan ilusionada? Compartir una vida con él me gustaría más que una botella de vino. *¡Por Dios!, ¿te estas escuchando?, compartir una vida es compartir una eternidad. ¿Realmente, estás listas para ello? Eres tan libre, tan independiente, ¿podrás aguantar de por vida a un hombre tan controlador como él?*

Me aclaro la garganta y respondo.

—Prefiero el té a esta hora, gracias.

Lo que menos necesito es beber un líquido que actuará en mí como suero desinhibidor. En estos momentos necesito jalar con las pocas fuerzas que me quedan los hilos de mi cordura, además con mi recién adquirida gastritis lo que menos necesito es un irritante que me haga correr al hospital por el dolor y lucir vulnerable ante Leo.

—Bueno, en ese entonces, ¿a qué hora te es más apropiado? Puedo invitarte a cenar esta noche y tomar una copa de vino.

¡Con un demonio! ¿Cómo puede hacer eso, mantenerse tan en control?, y yo tengo que hacer un gran esfuerzo por no olvidar mi nombre.

—No salgo con nuestros clientes, Sr. Bianchenssi.

Antes de que él pueda darme una respuesta y justo a tiempo para no seguir escuchando a mi conciencia “*Con un demonio Romina, vámonos de una vez, salgamos de aquí con este maravilloso chico*”, y terminar aceptando su propuesta, Lucy toca a la puerta. Le digo que pase. Ella entra con una pequeña charola cromada. Pone la copa de vino en el escritorio frente a Leonardo junto a una servilleta con las iniciales del viñedo. Antes de poner mi taza de té a un lado mío, me pregunta si no se me ofrece algo más. “Sí, concentración por favor”, ¿cómo me puedo mantener concentrada si Leonardo no quita sus ojos de mí? ¿Cómo puedo estar bajo control, si no puedo quitar mi vista de la comisura de sus labios? *Ok Romina, concéntrate que te han hecho una pregunta. Ah, sí, sí, cierto.*

—No Lucy gracias.

—Con permiso entonces —dice Lucy mientras su pequeña y regordeta figura sale de la oficina de mi hermano.

—Así que no sales con clientes, ¿no podrías hacer una excepción conmigo? —toma su copa y da un par de sorbos.

Trago saliva. E instintivamente tomo un sorbo de mi té, lo cual ha resultado un grave error porque me he quemado la boca; sin embargo, trato de disimular mi reacción para no lucir torpe ante Leonardo.

—Acaso pretende usted que me corran antes de que oficialmente me hayan contratado —le digo todavía con la irritación en mi lengua por el té caliente.

—Entiendo —me hace señas de que espere unos minutos y saca el celular del bolsillo del pantalón—, necesito hacer una llamada.

¿Qué?! ¿De verdad va a hacer una llamada en medio de...en medio de nuestro coqueteo? (Si es que así se le puede llamar a lo que sea que estemos haciendo).

Vuelvo a dar otro sorbo a mi té, pero esta vez me cercioro de soplar antes. Y mi vista oscila de la taza de té a su rostro, de su rostro a mi taza de té. Justo en ese momento suena mi celular. Veo el identificador de llamadas. ¡Con un demonio! ¿Este loco a qué está jugando? Regreso mi vista a Leonardo, pero esta vez mi mirada va cargada de un poco de irritación.

—No piensas contestar —con un ligero movimiento me señala con su dedo mi celular—, ¿qué tal si es algo urgente?

Su mirada refleja un destello que no había visto antes, un destello de dulce pasión. Sea cual sea el juego que pretende jugar, le ha emocionado.

Pongo mis ojos en blanco, tomo mi celular y con un resoplido deslizo mi dedo sobre la pantalla para contestar. Mando llamar a lo poco que me queda de paciencia, contesto con voz serena, tratando de ahogar la risa que me ha provocado este juego.

—Hola —digo sin perder nuestro contacto visual.

—Romina, habla Leo. Dame un minuto.

Baja el celular y con la otra mano lo cubre (una acción que harías normalmente para evitar que la persona en el otro lado de la línea escuche la conversación).

—Tomaré esta llamada es importante —sé que se está dirigiendo a mí, la Romina físicamente presente en este lugar.

—Adelante —le respondo con una pisca de duda, ¿qué es lo que pretende?

Se pone en pie, camina hacia la ventana y retoma su llamada telefónica. Mis ojos no lo han perdido de vista durante toda su travesía.

—Romina, siento haberte hecho esperar. Estaba atendiendo unos asuntos de negocio —me responde dándome la espalda, con su vista hacia el exterior.

—Está bien, no te preocupes. Yo... también estaba en algo de negocios —digo con una seria incertidumbre respecto a cómo debo conducir esta conversación.

No sé a dónde pretende llegar con esto, pero después de todo no es tan exasperante como pensé. Me está empezando a agrandar el rumbo que está tomando este juego.

—Paso por ti a las siete para ir a cenar.

Y justo en este momento he entendido hacia donde quiere llevar este juego, como la Romina encargada (temporalmente) de ventas le dijo que no podía salir con un cliente, ha decidido llamar a Romina su amiga y hermana de su mejor amigo. *¿Hasta ahora te has dado cuenta niña?, si era más que obvio que estaba decidido a salir contigo esta noche desde que te vio al cruzar por esa puerta. Sí, sí, cómo digas, pero ¿te parece si lo hacemos sufrir un poco? Sí, pero sólo un poco. No se vaya a terminar cansando y te quedas sin invitación a salir con él.*

—¿Me estás preguntando si puedes pasar por mí o me estás diciendo que vas a pasar por mí?

Debo llevar una mano a mi boca para sofocar la risa que estaba a punto de brotar de mí como gran carcajada.

—Cierto, que modales los míos. Romy, si no estás ocupada ¿te parece si paso por ti a las siete para ir a cenar?

—Ahh, no puedo —lo oigo resoplar de frustración por lo que rápidamente continúo—, tengo entrenamiento y seguimiento de tiempos con los de la comisión de deporte —y alcanzo a ver como esboza una traviesa sonrisa a través del reflejo del cristal. Se ha dado cuenta de que he entrado en el juego—, te parece mejor a las nueve en la deportiva de Ensenada.

Se da la media vuelta, con una sonrisa que se extiende hasta su mirada, y continúa con nuestra conversación telefónica.

—Estoy en Valle de Guadalupe. Como te dije, negocios. Te parece si paso por ti y te acompaño a Enseñada —camina hacia el escritorio y me da un guiño.

Me está coqueteando a mí Romina “soy toda negocios”, mientras habla conmigo Romina “podría ser tu novia”. Toma un trago de la copa de vino y camina de regreso junto a la ventana todavía con la copa en mano y retoma su posición anterior dándome la espalda frente a la ventana de la oficina. No sé qué es lo que tenga en mente, porque su mirada es serena y su caminar muy propio (realmente se ha tomado en serio que físicamente aquí nuestra interacción es solo “trabajo”).

—Estoy en la oficina, atendiendo a un cliente molesto —le hago mil y un gestos. Aparentemente él también puede verme en el reflejo del cristal porque se ríe y ladea ligeramente su cabeza para evitar que yo pueda seguirlo viendo.

—Si es tan molesto puedo ir a rescatarte.

—Mmm —resoplo—, me invitó a salir, ¿cómo se atreve? Pero no, gracias, debo terminar con esto y puedo manejarlo. A las seis estaré lista.

—Bien, a las seis entonces.

Guarda el teléfono en el bolsillo de su pantalón y regresa a tomar asiento en la silla junto al escritorio. Todavía estoy cautivada por nuestra “loca” conversación telefónica. No me di cuenta que me había perdido varios segundos viendo mi celular, con una estúpida sonrisa en mis labios. Su voz me hace regresar a la realidad.

—Lamento interrumpirla señorita Rossi, ¿una llamada importante le impide atenderme? —dice señalándome con la vista el celular que todavía tengo entre mis manos.

—Sí una llamada importante, estaba hablando con *mi novio* —le digo haciendo gran énfasis en las palabras “mi novio” viéndolo directamente a los ojos para poder ver su reacción.

Leonardo acababa de dar un trago a su vino cuando le dije esto, así que por poco y se ahoga. Era algo que no esperaba, su rostro se ha iluminado y parece un pequeño niño a quien por fin le han dado el juguete que tanto ha querido. El juguete de sueños por fin era una realidad para él, una realidad para mí.

Esta tarde he aceptado ser su novia, de la misma forma en la que él me lo ha pedido. Informal y aparentemente poco romántico, pero no puedo evitar sentirme fascinada. No es que me lo hubiera propuesto. No me levante esta mañana y me dije que por la tarde ya sería novia de Leonardo de una manera poco convencional. Siempre imaginé este momento con flores a la luz de la luna. Nunca pensé que nuestra conversación telefónica me haría decir estas palabras, las palabras que me hacían aceptar su propuesta de ser más que amigos. Tan solo las palabras brotaron instintivamente de mis labios, y debo admitir que no me ha pesado decir “mi novio” (lo cual me pasaba cuando salía con Yair). Es más, me he sentido cómoda y confiada al decirlas. Me sentí aliviada de por fin haberlas dicho.

Al cuarto para las cinco terminé con Leonardo todos los asuntos de negocio. El mantener totalmente nuestra posición de estamos en el trabajo, nos ayudó mucho a estar enfocados en los asuntos que estábamos tratando. Un par de veces, nos quedamos unos segundos viéndonos el uno al otro, sintiendo una energía que nos jalaba para aproximarnos el uno al otro. Logrando ignorarla después de un gran esfuerzo para mantenernos enfocados en el trabajo. Por mi parte, pasaba la idea de saltar encima del escritorio y comérmelo a besos (al final de cuentas ya es mi novio), pero recordaba que estaba en la oficina y que había pendientes por terminar.

Estoy terminando de poner las anotaciones de seguimiento en el sistema, en el registro de cliente que corresponde a Leonardo. Pensando en nuestra silenciosa interacción romántica mientras tratábamos asuntos de negocios, soy tomada por sorpresa por el sonido del teléfono de mi oficina. En la pantalla del teléfono IP, veo el número de la extensión de la cual proviene la llamada, a su lado se leen las palabras Dirección General.

—Hola papá, ¿necesitas algo? —respondo en cuanto tomo el auricular.

—¿Qué pendientes tienes para el resto de la tarde nena?

—Nada, sólo estoy avanzando en el cierre de mes, para que el lunes no ande a las carreras y el martes pueda tener listo el reporte de ventas para la junta mensual del miércoles.

—Déjalo yo lo haré, sólo cerciérate de subir tus actualizaciones al sistema para que pueda jalar la información desde mi computadora. Y ya vete, es viernes sal a divertirte.

No es la primera vez que papá permite que el personal salga temprano en viernes. Para él, es importante que las personas tengan una vida fuera de la oficina, no todo en la vida se trata de trabajar y trabajar; sin embargo, hoy más que nunca me he puesto de buen humor por salir temprano. Será porque eso significa que veré a Leo antes de lo que tenía previsto.

—Gracias pá. Te amo, te veo en casa por la noche.

—Yo también te amo nena. Ahh... —interviene rápidamente antes de que cuelgue el teléfono—

no se te olvide que yo soy tu primer amor.

Esta llamada me la hubiera esperado de mamá, ella tiene un sexto sentido, que no me extrañaría que a estas alturas ya sepa que Leonardo y yo somos novios. ¿Pero papá?, la forma en que me dijo “no se te olvide que yo soy tu primer amor” Es como si ya supiera que Leonardo y yo iniciamos una relación. *Hay Romina, no te aceleres. Todo mundo, al parecer, tenía mucho más claro que tú misma que solo era cuestión de tiempo para que terminaran juntos. Por lo que, si no tiene la certeza de que a partir de hoy ya son novios, sabe que pronto será.*

Estoy terminando de subir la actualización al sistema, cuando tocan a mi puerta. Papá debió haber hecho el aviso para que todos se vayan temprano, por lo que ya estaba esperando que Lucy apareciera por mi oficina, para ver si no hay algún pendiente antes de que se vaya.

—Pasa.

Se abre la puerta y todavía estoy frente a la computadora dando clic en el botón apagar. Cuando alzo mi vista, no es Lucy quien está frente a mí. Es Leonardo, esto si era algo que no me esperaba.

—Decidí pasar antes, en caso de que necesitaras te rescate de clientes molestos o... —en sus ojos hay un fulgor que hace que la temperatura de invierno se me olvide por completo— salieras temprano.

Con una juguetona sonrisa, se acerca a mí arqueando una de sus cejas. Descansa una mano sobre el respaldo de mi sillón y la otra mano sobre mi rostro y con su pulgar acaricia suavemente mi mejilla. Me da un beso en la frente. ¡¿Un beso en la frente?! Me esperaba un apasionado beso. No es que me esté quejando, ha sido un beso tan dulce, a través del cual me ha transmitido el cariño y la admiración que me dijo que siempre ha sentido por mí.

—Nunca dejaste las instalaciones ¿verdad? —digo mientras termino de acomodar las cosas en el escritorio y tomo mi bolsa.

En su rostro puedo leer su respuesta, es una mirada pícara, que combinada con la forma en la que frunce la nariz y muerde la comisura de su labio lo que me hace ver que está admitiendo una culpa.

—¡Fuiste a hablar con mi papá! —me pongo de pie, le doy un golpe con mi puño en el pecho, él me toma de la mano, y alza sus hombros. De nuevo admitiendo su culpa. Ya intuía yo que papá sabía algo.

—Tenía que pedirle permiso para poder salir contigo. Considerando que ya estaba a sólo unos pasos —responde a modo de explicación mientras caminamos hacia la puerta de la oficina.

—¿Qué fue lo que te dijo?

No me imagino a Leonardo en la oficina de mi papá, hablando sobre permisos para que pueda pretenderme. A mi mente vienen varias escenas de mis libros, en los que la época exigía al chico hablar con el padre de la chica en cuestión y le expusiese los motivos para pretenderla. Después de eso el padre consentía o no esa relación.

—No se mostró sorprendido cuando le platique que he estado enamorado de ti desde hace mucho tiempo. Después de como reaccionaste tú, por un momento pensé que tú padre me mataría cuando le dije que te he amado desde que eras una niña.

Mamá y papá tienen una muy buena comunicación, ellos platican de todo, por lo que supongo que la razón por la cual papá no fue tomado por sorpresa es que ella se lo comentara. La verdad es que nunca me ha molestado, porque siempre que papá se entera de TODO a través de mamá, siempre guarda respeto y no comenta nada, hasta que uno decide contárselo por sí mismo. Recuerdo muchas veces que le contaba a mamá sobre algo, y a la mañana siguiente papá me despertaba haciéndome caricias en mi cabeza y me decía “no tienes nada nuevo que contarme”. A

lo que yo contestaba “ya te lo dijo mamá, para que quieres que te lo cuente de nuevo”, y él con una sonrisa que iluminaba su rostro me respondía “porque quiero que tú me lo cuentes”. Así que supongo, mañana estará a primera hora en mi cama, para que le cuente con mis propias palabras el cómo termine aceptando a Leonardo como mi novio esta tarde.

Al bajar las escaleras nos topamos con mi hermano Enrique, él iba subiendo a su oficina. Fue tan divertido ver su mirada fija en nuestras manos entrelazadas, supongo que él como todo mundo en casa se esperaba vernos tarde que temprano así, pero lo hemos tomado por sorpresa. No dijo ni una sola palabra mientras pasábamos a un lado, sólo se limitó a saludarnos con un movimiento de cabeza. Ya empiezo a figurarme lo que me espera en la noche que llegue a casa, tendré a toda mi familia ansiosa de escuchar todos los pormenores de lo sucedido esta tarde. Por qué una cosa es que mamá y papá platiquen, y el tema solo queda entre ellos; y otra es que uno de mis hermanos se entere de algo, porque automáticamente se propaga como el fuego sobre la paja.

Al salir fuera del edificio una corriente de aire me hace estremecer, recuerdo que por salir rápidamente de la mano de “mi novio” olvidé mi suéter en la oficina. Leonardo se apresura a tomar su jersey y lo pone sobre mis hombros, creo que debo empezar a acostumbrarme a este trato. Siempre me ha gustado ser independiente, no depender de nadie (bueno, salvo de los mimos y cariños de mis papas), así que debo hacer un esfuerzo extra por no decirle: “gracias volvamos a la oficina por mi suéter”. Nana se cerciora de que al lavar mi ropa le pongan un toque extra de aroma de vainilla y cardamomo, pero acepto que después de todo no me resulta una tortura el dejarme seducir por el aroma de Leonardo a través de su jersey. Una dulce y sensual combinación de madera, frutas exóticas y almizcle.

Tengo que ir a mi carro, mi maleta para ir al entrenamiento está en la cajuela. No creo que a mi entrenador le guste la idea de que cancele mi entrenamiento de hoy. Y aunque estoy más que extasiada con la idea de que Leonardo y yo seamos novios, está también el hecho de que no quiero distraerme de uno de los objetivos que he tenido desde niña, participar en las Olimpiadas.

He logrado torpemente sacar la maleta de la cajuela de mi auto, mis manos están frías y sudorosas. La proximidad de Leo me altera tanto que mis movimientos son más lentos de lo normal. Leonardo toma la mochila de mis manos y cierra la cajuela con la mano que no trae ocupada. Acomoda mi cabello, pone su mano sobre mi cuello y me da un suave y largo beso en la boca. Su mano se desliza recorriendo el trayecto desde mí nunca descendiendo por mi espalda lentamente. Al llegar a mi cintura me rodea con su brazo y me acerca a su cuerpo. Torpemente nos recargamos en la cajuela de mi carro y el beso suave y tierno se vuelve poco a poco más apasionado al mismo ritmo que se va acelerando nuestra respiración. Y así es como oficialmente queda sellado nuestro “somos novios”.

—Por fin —susurra sobre mis labios, me estremezco de ese roce de nuestros labios, de poder respirar el mismo aire que exhala de su boca.

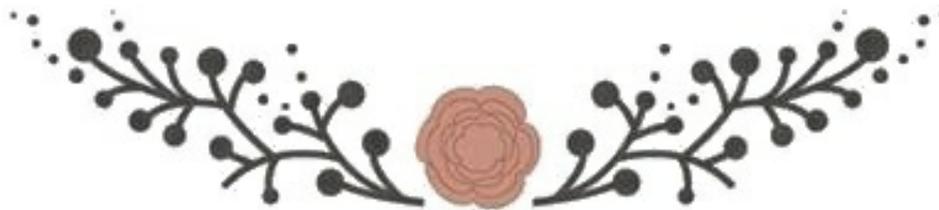
—¿Qué? —le digo recargando mi cabeza sobre su hombro, tratando de recobrar el aliento.

—Por fin, después de tanto tiempo de espera tengo un beso tuyo —dice sobre mi oído, siento una agradable electricidad recorrer mi cuerpo. Deseando estar siempre en sus brazos. En sus brazos me siento protegida, segura.

—¡Oh! No es nuestro primer beso, ¿recuerdas? —le digo y le doy un pequeño beso en el cuello.

—Cierto, pero el primer beso tú me tomaste por sorpresa y el segundo yo te lo robe. Así que este es nuestro primer beso, ambos deseándolo y esperándolo.

¡Wow!, desde que conocí a Leonardo, un par de veces (bueno está bien, muchas veces) he deseado y esperado un beso de él. Ahora sus palabras me revelan que lo mismo le pasó a él.



Hoy he mejorado mis tiempos de una manera increíble, mi entrenador se ha quedado muy sorprendido. Me preguntó qué es lo que he estado haciendo, antes de que pudiera contestarle me dijo: “*No necesitas decírmelo, lo veo en tus ojos. Ya veo que el amor es capaz de lograrlo todo, sólo no te distraigas demasiado*”.

Tengo la certeza de que, a esta hora, todos en casa ya han sido partícipes de la noticia. No estoy tan segura de si Rafael estará enterado, pero sino, me gustaría ser yo quien se lo dijera. Así que tomo mi celular y le llamo. Después de un par de tonos, mi hermano toma la llamada.

—Hola duende, ¿algún problema?

¿Por qué mi hermano piensa que solo le llamo cuando estoy metida en algún problema? *Cálmate Romina, por qué no piensas que también puede estar pensando que se haya ofrecido algo en la oficina en lo que él no estaba.* Pero aun así podría significar que me metí en problemas en la oficina.

—No, ninguno. ¿No puedo llamar a mi hermano solo para saludarlo?

—Desde luego que sí, sólo que no esperaba ninguna llamada a esta hora.

—Lo siento, ¿estabas ocupado?

—No, apenas estaba por meterme en cama.

—Mmm... ¿ya tienes que dormirte?, ¿tendrás unos minutos?

—Para ti, siempre.

—Ahhh. ¿No te han hablado de la casa?, ¿o mandado algún mensaje mis hermanos?, ¿o no has hablado con Leonardo?

—No, ¿ha pasado algo?

Bien Romina, has logrado poner nervioso a tu hermano. Siempre te gusta andar jugando entre las ramas en lugar de ser directa en este tipo de asuntos.

—¡No, nada! Solo quería avisarte que Leo y yo a partir de hoy somos novios.

—¡Wow, finalmente!

Lo ves Romina, era algo que todos ya esperaban.

—Sí, bueno... sólo quería ser yo quien te lo dijera antes que TU AMIGO, o antes que mis hermanos.

—Gracias nena, me alegra mucho escucharlo. Me platicas todos los detalles cuando llegue, ¿te parece?

—Sí, te dejo. Descansa. Te amo.

Siempre pensé que a la primera persona que llamaría para decirle que ya tenía novio (está bien, ya tuve uno, pero me refiero a uno verdadero que yo haya aceptado por convicción y no por situación) sería a mi mamá. Pero ha sido toda una novedad que desde que Leonardo salió de mi oficina esta tarde, solo haya tenido en mi mente avisarle a mi hermano antes que a nadie. *Bueno Romina, acaso ha existido algo de convencional desde que conociste a Leonardo.* Sí, buen punto. Pero en cuanto a mi hermano, después de este tiempo de convivencia me he dado cuenta de que somos iguales, yo soy la versión femenina de él y él es la versión masculina de mí.

Al salir de los vestidores Leonardo ya está esperándome con esa sonrisa que me deshace. Antes de que diga “califragilístico” mi maleta está en sus manos y me toma de sorpresa con un beso marca ACME, me deja sin aliento y por la expresión en los rostros de las chicas que van pasando sé que también a ellas las ha impactado mi adorado dios griego. *Así es chicas, esculpido a mano por el mismísimo Zeus y es sólo mío.* Al ver mi reacción sin poder articular palabras me dice.

—Debo aprovechar antes que tu hermano me mate, Rafa ya está enterado y me ha declarado la guerra.

Al ver mi cara de preocupación rápidamente me entrega su celular con un mensaje de mi hermano.

“Felicidades, pero más te vale no hacerla sufrir porque, aunque seas mi mejor amigo no dudare en darte una buena paliza”

Capítulo 21

El Bosque

Febrero 2012

Dos semanas de noviazgo se pueden definir como estar todavía en la fase “enamoramiento”, todo ha sido miel sobre hojuelas. Bueno, la verdad es que no todo. Ha sido complicado hacer coincidir nuestros tiempos. Sinceramente no somos de estar pegados como muéganos, a ambos nos gusta nuestra independencia (lo cual no se todavía que tan bueno o malo sea). Inclusive ya hemos tenido nuestra primera discusión, *¡y es que él es tan controlador!*, no le gusta que tenga que conducir unas dos veces al día de Valle de Guadalupe hasta Ensenada y de regreso, esto por decir sólo una cosa, porque la lista tiene más de dos puntos. Quiere que García esté a mi servicio como chofer, y el hecho es que yo no estoy nada acostumbrada a traer una lapa conmigo todo el tiempo. En general no estoy acostumbrada a que me impongan lo que tengo que hacer (por años lo han intentado mis hermanos y no les fue muy bien). Pero ya se me ocurrirá algo más tarde, para que podamos quedar conformes tanto él como yo.

Este fin de semana mis papás tendrán que asistir a una convención vinícola a Paris y me han invitado a ir con ellos. Para mí ha sido una decisión muy difícil el no aceptar. Nadie dice NO a una invitación a París con todos los gastos pagados, pero por otro lado quien puede decir que NO a las profundidades de un par de ojos azules (después de todo es el primer 14 de febrero que tengo novio). Sí, sí, lo acepto estoy enamorada. *¡Estoy enamorada!, ¡ya lo dije!*, pero en esta ocasión iré paso por paso, dando un paso firme antes de dar el siguiente.

En casa nunca nos han inculcado el gusto de ser partícipes de las “festividades consumistas”; sin embargo, los pretextos siempre sobran cuando hay que organizarnos para celebrar. Por lo que a mis hermanos se les ha ocurrido este año, ir de excursión este fin de semana al Parque Nacional Constitución de 1857. Me imagino que ir a pasar fríos con este clima a mitad del bosque, es nuestra forma de manifestarnos en contra del consumismo (si vieran los precios de las flores, dulces, chocolates y todas esas cosas, *¡madre mía!*, es un total abuso de los comerciantes). *Romina, Romina, no me digas que no te mueres de que Leo te regale un impresionante arreglo de flores.* *¡Argh, ya cállate!*, no necesito que sea fecha especial, bien sabes que Leo es muy detallista sin que tenga la “obligación” de hacerlo por una fecha impuesta.

Salir de la casa fue toda una locura, entre dar vueltas y vueltas para verificar que no se nos olvide nada (principalmente mis hermanos se cercioran de que no falte comida y vinos, yo de llevar lo suficiente para no pasar fríos, mis cuñadas de dar las últimas amenazas a mis sobrinos para que se comporten y no den lata a nana). Me recordó esa película en la que es una locura salir con tantas personas y terminan olvidando a un niño. Lo bueno es que en esta ocasión no hay niños que llevar, mucho menos niños que perder. Viendo como todos en casa suben y bajan, van de un lado al otro, empiezo a cuestionarme si será una buena idea. Enrique, Adriano y Alonzo van con sus esposas, Rafael con Fer, Lety con Mario y desde luego Leonardo conmigo. Me siento muy nerviosa de entrar a un ambiente “todo romántico”, en un viaje de “vamos puras parejas”. Nunca me hubiera imaginado compartir un momento así con mis hermanos. Mis hermanos han salido en plan de parejas muchas veces, a cenar, a bailar, de viaje; pero desde luego (considerando que no tenía pareja) yo no estaba incluida en esos planes. Ahora que tengo a Leonardo, me incluyen en los planes. Siempre han sido sobreprotectores conmigo. Cuando Yair entro a mi vida los vi

celosos, más celosos de lo normal y me quedó claro que para ellos siempre seré algo así como la beba de la casa. Con Leonardo no son tan obsesivos y controladores como con Yair, pero no dejan de estar celosos de que su pequeña lleve al novio y eso me hace sentir incomoda. Realmente no sé qué esperar de esta salida. Con mis hermanos uno nunca sabe que esperarse.

Tomamos la desviación de la carretera que va a San Felipe para encaminarnos hacia Ojos Negros, siento el estómago lleno de mariposas que están revoloteando enérgicamente. Para mí es la primera vez que conviviré con Leonardo todo un fin de semana completo desde que somos novios. No es lo mismo salir un par de horas al día. Salir a bailar, a cenar. Que me acompañe a mis entrenamientos y compartir el carro ida y vuelta de Ensenada. En esta ocasión, estaremos dos días y dos noches uno a lado del otro. *Hay Romina, deja de hacer tanto drama. No es la primera vez que salen de viaje, ¿recuerdas?, fueron a los Cabos. ¡Genial, buen momento para sacarlo!, ahora has logrado ponerme más nerviosa. ¿Se te olvida qué pasó en ese “viaje”? ¿Qué si ahora también pasa algo? ¡Ash Romina!, Deja de angustiarte por puras tonterías. Lo de los Cabos fue un evento aislado. En cuanto a Leonardo y el fin de semana completo sólo sigue siendo tu misma.*

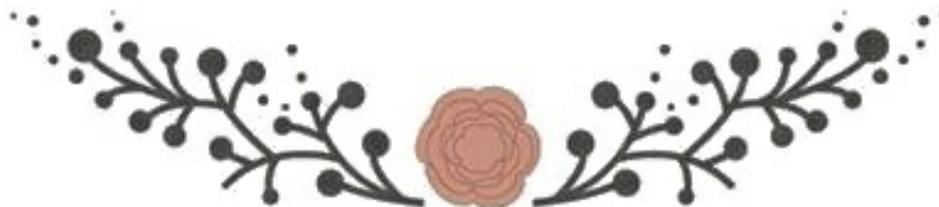
Cuando llegamos, ante nuestros ojos podemos admirar una extraordinaria imagen que la naturaleza nos brinda, una ligera alfombra blanca que cubre el bosque para darnos la bienvenida. En invierno, es muy probable que las pequeñas precipitaciones que pueda haber, lo hagan en forma de nieve. No hay necesidad de bajarme para poder darme cuenta que corre una brisa gélida, lo cual me vuelve a recordar que es una mala idea. Sólo espero que haya suficiente chocolate caliente, porque pedir helado de chocolate para calmar mi ansiedad con este clima solo provocará que termine con un fuerte resfriado.

Aquí en el parque hay varias opciones para pasar la noche. Zona con varias cabañas y zona de acampar. Los Rossi tenemos un gran espíritu aventurero. El invierno se está acercando a su final, pero por más intrépidos que seamos, no es muy de nuestro agrado el tener que pasar la noche a la intemperie tan solo protegidos por una tienda de campaña y con la posibilidad de una nevada. En una de las cabañas más grandes, hay ocho camas y la opción de que el resto de nosotros se instale en bolsas para dormir. Pero decidir a quién le tocara el infortunio de dormir en el piso se ha vuelto una misión colosal, y está más que claro que ni unos ni otros vamos a ceder. Así que la resolución final, rentar dos cabañas (gracias a Dios que cuentan con chimenea). Al salir de casa se decidió que las tres parejas de casados se instalarían en una cabaña, y que las tres parejas solteras en otra. Esto me hace sentir más tranquila, porque ya hemos salido en plan de parejas los “solteros”.

Esta noche habíamos contemplado hacer una fogata al aire libre; sin embargo, el clima ha tenido un cambio de humor, por lo que nuestra reunión tuvo que ser trasladada al interior de una de las cabañas, acompañados del fuego danzarín y resplandeciente de la chimenea. La madrugada nos tomó por sorpresa a todos, entre vino, chocolate, bombones, canciones, chistes y cuentos es normal que se nos fuera el tiempo como agua entre las manos.

El paisaje nocturno que se observa desde las ventanas ha ocasionado que me cueste más trabajo de lo normal conciliar el sueño (gracias a las historias de terror contadas por mis hermanos, saltaba mi corazón con cualquier ruido). Lograr estabilizar mi frecuencia cardíaca entre cada sobresalto cuando el viento golpeaba la ventana y el que Leonardo estuviera dormido en la cama de al lado fue toda una odisea. Finalmente, el cansancio me vence hasta quedar profundamente dormida, y me olvide del frío gracias al calor que irradia de mi cuerpo al pensar en Leo a unos centímetros míos y sintiéndome culpable por desear que el espacio que hay entre nosotros mágicamente desaparezca. Podría argumentar que tengo frío y colarme bajo sus sabanas y buscar

calor en sus brazos, pero no creo que a mis hermanos les agrade mucho la idea.



Después de la comida y de todas las actividades en familia, Leonardo y yo nos las ingeniamos para salir a recorrer el lugar. Siempre que he venido aquí, ha sido en verano y este lugar tiene una magia diferente en el invierno. Las caminatas son una de las mejores formas que existen para poder conocer un maravilloso lugar natural como éste. La tranquilidad y los sonidos que la naturaleza nos ofrece en medio de este bosque crean las condiciones perfectas para una tarde romántica. Hace varios metros que le llevo la delantera a Leo, se ve agitado. Él hace ejercicio (desde luego no al mismo nivel que lo hago yo), pero al no estar acostumbrado a la altura y al clima se agota más rápido que yo.

—¿Nunca te cansas? —me dice con la respiración entre cortada y con las manos apoyadas en sus rodillas.

—Mmm nop, ¿Qué puedo hacer para ayudarte?, ¿quizá algo de respiración boca a boca te pueda ayudar? —le digo provocativamente acercándome a él. Leonardo se endereza, alerta y expectante.

A unos pasos de llegar a él, no me fijo que pongo mi pie izquierdo en una piedra con lama y algo de escarcha, lo que me hace perder el equilibrio. Leonardo reacciona rápido y me sostiene antes de que mi cabeza golpee el suelo.

—¿Acaso pretendes poner a prueba tu mejor calzado de campo o mi paciencia Romina? —en sus ojos brilla una ligera chispa de irritación, nunca había usado ese tono conmigo.

Me pongo en pie lo más rápido que puedo. Mi estómago se tensa y empiezo a sentir como se acumula una energía en mi interior que me produce calor. No es precisamente mi libido que esté despertando. Podrá usar ese tono con sus empleados, pero, ¿cómo se atreve a usarlo conmigo?

—¡Ni lo uno, ni lo otro! Solo estoy tratando de morir, pero por lo que veo no me dejan —le digo sarcásticamente y ya molesta, doy varios pasos lejos de Leonardo.

—Supongo que estas acostumbrada a que todos hagan lo que tú dices y deseas, pero en esta vida no se puede tener todo.

En qué minuto esta caminata romántica pasó a ser una discusión campal entre dos seres que no están acostumbrados a ceder. No pienso seguir atorada en una polémica que no nos va a llevar a ningún lado. Le doy la espalda y continúo con mi asenso por el estrecho sendero que conduce a la cima del Pico Hanson. Acelero un poco más mi paso para alejarme unos metros de Leonardo (¿irónico no?, por no dejarlo atrás varios metros me acerque a él, lo cual provocó una “pequeña” riña que nos vuelve a poner unos metros lejos el uno del otro).

El viento sopla con gran fuerza cuando llego a la cima, haciendo que me sea difícil la respiración. Con cada respiro siento como pequeños cristales cortan mis pulmones a su paso. En parte por la glacial corriente y en parte por la furia que no puedo controlar. Después de varios minutos siento a Leonardo llegar, su respiración se oye cansada, sus pasos se han detenido uno o dos metros de mí. No sé si todo ese tiempo le llevó subir o porqué al igual que yo, necesitaba su propio espacio para calmarse.

—Lo siento, no era mi intención gritarte y no tenía derecho a decir lo que dije —me dice

acercándose a mí, pero manteniendo prudentemente unos centímetros de distancia entre nosotros.

Permanezco viendo hacia la lejanía, trato de encontrar una respuesta, pero no puedo evitar que mis labios digan lo que estoy pensando.

—Lo de que soy una niña caprichosa acostumbrada a hacer su voluntad. Sí, creo que de alguna manera lo soy —doy media vuelta para poder verlo a los ojos, todo este tiempo me había mantenido viendo hacia el horizonte, evitando ver sus ojos para no ablandarme—. Pero eso ya lo sabías ¿no? Si tan bien me conoces por mi hermano, me imagino que esto es una de las cosas que debió haberte contado de mí.

¡Romina te calmas!, él está haciendo a un lado su orgullo para pedir disculpas, creo que tú también lo puedes hacer. ¡Ay lo sé!, pero es que él... él... solo me desespera.

No dice ni una sola palabra, sus ojos se han quedado fijos en mi rostro, me imagino que estudiando mis facciones tratando de descifrar mi estado de ánimo. Así que continuo después de tomar una profunda y glacial respiración.

—Lo siento, no esperaba que me gritaras y yo sólo.... ahmm... no supe cómo reaccionar. No estoy acostumbrada a que me griten. Además, me imagino que no será nuestra primer y última pelea, así que debo irme acostumbrado a todos tus “tonos” de voz.

Da varios pasos para reducir la distancia que hay entre nosotros, me toma entre sus brazos y me sube a una acumulación de rocas para que nuestros ojos puedan quedar a la misma altura.

—Tengo miedo de perderte —cierra los ojos dando un respiro profundo, abre los ojos y continúa—. Ese día en los viñedos cuando te golpeé me sentí mal, verte sangrar no fue muy agradable para mí. En Los Cabos, sentí como si mi corazón dejara de latir al no saber de ti y pensar en perderte. La madrugada fuera del restaurant, sufrí al ver cómo te alejabas y pensar que nunca más querrías volver a verme.

Esto no me lo esperaba. Me hace sentir culpable. Culpable por todo ese cariño que él tiene por mí y no merecerlo, esa devoción que él muestra para mí. Culpable de haber reaccionado agresiva, inmadura e imprudentemente cuando él solo respondió en función de su miedo.

Tomo su rostro con mis dos manos, pongo mi frente junto a la suya y con nuestras miradas fundidas en una, le respondo —Somos tan diferentes y tan iguales, que me da miedo.

—¿A que tienes miedo? —me pregunta, enarcando una de sus cejas. Es el gesto que utiliza cuando está dándole vueltas a algo en la mente.

—A perderte, que al final lo nuestro no funcione. Somos tan controladores, tan impulsivos que tengo miedo de que terminemos destrozándonos el uno al otro.

Rompe su reposo y pone sus manos a cada lado de mi rostro, con su frente sobre la mía.

—Nadie ha dicho que las relaciones sean fáciles —sentir en mi rostro su respiración lenta y calmada, ha logrado que poco a poco la ira vaya abandonando mi cuerpo—. Sé que siendo ambos de carácter fuerte no será nada fácil, será difícil. Pero lo haremos nena, sí de verdad lo queremos, día a día tendremos que poner mucho de nosotros. ¿Recuerdas lo que te pedí aquella noche en la cena-baile del Club Rotario?

Ahhh, esa noche lo único que recuerdo fue que me contó que estuvo en medio de un matrimonio bastante difícil del cual le costó mucho trabajo salir, y realmente no creo que se refiera a eso, así que niego con la cabeza.

—Te pedí que siempre me dijeras lo que piensas —cierto, esa noche me dijo que el que yo dijera todo lo que pensaba, era algo que le gustaba de mí—. Te dije que era muy probable que muchas veces no me gustara oír lo que me dices, pero de esa forma podría yo saber lo que piensas, lo que quieres, lo que sientes. Si nos decimos lo que pensamos el uno al otro, creo que nos ayudará en los momentos difíciles. No significa que en algún momento vamos a dejarlos de

tener, pero nos ayudará a salir con mayor facilidad y a no pasar mucho tiempo enganchados en el enojo.

Normalmente las palabras brotan de mí automáticamente, pero mi boca permanece cerrada. No sé qué decir. Sé que tiene razón. Mamá siempre ha dicho que el secreto de una buena relación es una buena comunicación. En mi mente, sólo da mil y una vueltas los años que nos llevamos de diferencia, y si esta diferencia no será un factor que tengamos en contra. Con todas mis ideas revueltas, lo único que puedo hacer es abrazarlo y nos quedamos así. Fusionados entre nuestros brazos, mi cabeza hundida en su hombro.

—Lo único que sé, es que hoy eres una realidad para mí y... —comienzo a decir cuando mi atención es distraída por un ruido que proviene del sendero.

El bullicio nos saca de nuestra burbuja de reconciliación. Cuando volteamos a ver, mis hermanos están acercándose a nosotros.

—Mira aquí están los tortolitos —dice mi hermano Enrique.

Leonardo y yo ponemos atención a nuestros recién llegados (y no tan deseados) visitantes. Leo no me ha soltado del agarre de sus brazos y la verdad no pretendo dejar que mis hermanos me incomoden.

—Todo este tiempo a solas y están abrazaditos como novios de secundaria —Rafael hace guasa de nosotros, guiñándonos un ojo a Leo y a mí, mientras los demás no lo ven.

En otros tiempos el comentario de mi hermano me hubiera hecho hacer una fuerte rabieta; sin embargo, en esta ocasión creo que lo ha hecho más por cumplido, no sé si a mí por saber que su hermana “sabe comportarse” o a su amigo por no “pasarse de la raya”.

—Bueno, en estos tiempos los niños de secundaria son más creativos que este par de enamorados... —Olivia responde al comentario de mi hermano.

—El caso es —Rafael interrumpe a Oly, mi hermano Alonzo le da una mirada de desagrado por haber impedido que su esposa continuara en su comentario—, que pensamos que se habían desaparecido a propósito para buscar calorcito con este clima.

—¿Pensamos se habían perdido en el bosque?, ya íbamos a llamar al guardabosque y organizar su búsqueda —Alonzo continúa rápidamente, antes de que Rafa pueda seguir con sus comentarios.

No puedo evitar rezongarles a mis hermanos, pues en este desacuerdo entre ellos nos están arrastrando a Leo y a mí entre los rieles. Con mis hermanos siempre es una aventura extrema, podemos pasar de la calma a la locura y de regreso en cuestión de segundos. Tuvieron que llegar justo en el momento en el que Leonardo y yo estábamos tratando de acomodar un poco las piezas de nuestra relación.

Al parecer Leo no da mucha importancia a mis hermanos, me toma de sorpresa al robarme un beso. Yo le correspondo y una bruma cálida empieza a hacer que me sienta flotar, y olvidarme del clima invernal.

—¡Hey ustedes dos chiflando y aplaudiendo! —el grito de mi hermano Adriano nos saca de nuestro idilio, me da una sonrisa lo cual me hace ver que no es un grito de regaño—. Niños, ni porque estamos aquí se comportan. Bueno niña, por qué el otro ya se pasó de cocción.

—¡Ay amor!, como si tú estuvieras muy joven —Alejandra responde a su marido en nuestra defensa—. Ya por favor, déjenlos en paz. Cómo si Romina necesitara que ustedes anden vigilando cada uno de sus pasos.

—¿Han estado siguiéndonos todo este tiempo? —pregunto, las palabras de Alejandra respecto a que mis hermanos anden vigilando me alertan.

La idea de mis hermanos asechando, me da escalofríos. ¿Nos habrán seguido desde que emprendimos nuestra caminata? Si es así, entonces se dieron cuenta de nuestra discusión.

—No nena —responde rápidamente Adriano, para tranquilizarme—. De alguna manera todos tuvimos la misma idea de pasear por el sendero y nos fuimos encontrando en el camino.

Leonardo permanece callado, atento. Está siendo espectador. Por la sonrisa que trae y el brillo de sus ojos, luce divertido con la escena que estamos dando mis hermanos y yo.

—Bien, ¿qué planes hay para esta noche? —no es que me interese mucho, pero hago la pregunta tratando de quitar la atención del tema anterior. Sólo espero que realmente funcione.

—Una partida de póker —responde Alonzo.

No soy tan mala jugando póker, un par de veces he ganado a mis hermanos. Lo mejor no es tanto el juego, sino el ambiente que se da mientras estamos jugando. Así que por mí estoy dentro.

—Estaré encantado de despelucharlos —Rafael dice, y se ve entusiasmado ante la idea de ganarnos.

—Vamos amigo, sabes que nunca has podido ganarme —Leonardo rompe su silencio. La verdad es que no me imagino a mis hermanos jugando póker con Leo, esto podría ser algo divertido por ver.

—Bien, pues esto será algo épico. Viñedos Nonna Rosa vs Inversiones Bianchenssi —les digo arqueando mis cejas y poniendo mis ojos en blancos. ¡Hombres!, siempre encuentran la forma de hacer competencia por lo mínimo.

—La pregunta aquí Romina... es, ¿tú de qué lado vas a jugar? —mi hermano Enrique me cuestiona levantando festivamente sus cejas.

—En serio me haces esa pregunta, obvio.... soy Rossi. Pero antes que nada soy Romina, y aquí será un juego individual...

—Calma, calma —me interrumpe Adriano—. Si no se trata de organizar una contienda de clanes, así que primero lo primero. Y yo digo que primero la cena.

Entre risas, parloteo y provocaciones para ver quién será el ganador esta noche, nos encaminamos en descenso del sendero. Empiezo a sentirme más tranquila. La convivencia de Leo con mis hermanos fluye de forma natural. Desde luego, de alguna manera ellos ya convivían desde antes que yo entrara a la secundaria.

—Leo —Alonzo rompe el silencio—, dínos ¿no te sientes mal por ser un asalta cunas?

¡Genial!, creo que hable demasiado pronto. Por lo que veo siempre van a buscar algún momento para molestar a Leonardo, después de todo por muy amigos que sean, él está saliendo con su hermanita y no lo van a dejar pasar tan fácilmente. Al menos llevan mejor la situación a diferencia de cuando salía con Yair.

—La verdad no. Y te diré que se siente genial, por qué ella me ha dado la oportunidad y a ella no le molesta salir con un hombre mayor. —responde con mucha seguridad, me rodea por la cintura para acercarme más a él. Yo en respuesta busco su rostro y le doy un beso.

Y entre “auuushh” y “cosita” de todos, principalmente de las mujeres, demostramos que estamos más que felices el uno con el otro. Si Alonzo estaba pensando en provocarlo, creo que se llevó un revés, porque de alguna manera Leo ha dejado claro que lo único que le importa soy yo y no lo que puedan decir ellos, lo pude saber por la manera en la que decía “ella”.

—Niños.... niños... compórtense, chiflando y aplaudiendo por favor —con la voz de Rafael se rompe el encanto de nuestro beso—. Romina, sólo ten cuidado de que no te vaya a estar robando energía. Dicen que hay hombres que les gusta salir con chicas de tu edad para robarles su juventud.

Doy media vuelta para quedar frente a ellos sin detener mi paso en el descenso camino a las cabañas, por lo que tengo que andar con más cuidado al caminar de espaldas.

—Todos ustedes... —empiezo a decir, haciendo señas de que me refiero a cada uno de mis

hermanos, mis cuñadas se ven tan divertidas de las peleas entre mis hermanos y yo.

Sin darme cuenta mi pie resbala con una acumulación de hojas y resbalo por el canto del sendero varios metros, golpeándome entre ramas y algunas piedras. Todos corren para auxiliarme, el dolor es muy fuerte, sólo espero en esta ocasión no terminar en el hospital como ya ha sido mi costumbre desde que conocí a Leonardo.

El paramédico del lugar ha dicho que no hay ningún hueso roto, sólo han sido los golpes por la caída, una cortada y unas cuantas raspadas. Recapitulando, unos cuantos moretones que se quitaran en un par de días; un ligero desgarrar muscular en el antebrazo por intentar agarrarme de una raíz para no continuar cayendo; una contusión cerca de mi costilla derecha; raspadas ligeras y un corte en la palma de mi mano que se solucionó con un par de puntadas. Lo más grave mi orgullo herido.

Por más que insistí en que no había nada de cuidado, mis hermanos insistieron en regresarnos mañana a primera hora en lugar de por la tarde como lo teníamos planeado. Si no fuera por el guardabosque que nos indicó que no es conveniente manejar ya de noche la carretera de regreso, ya estaríamos de regreso hoy mismo.

Desde luego ya te podrás imaginar que el resto del día fui objeto de burlas y de reclamos por quitarle unas horas a nuestro descanso. En cuanto a Leonardo, me tocó volver a escuchar el sermón de tener más cuidado, de no ser tan distraída. Pero en esta ocasión no levantó la voz, pude ver que hizo un gran esfuerzo por no hacerlo. Después de todo ya era suficiente con mis hermanos regañándome cada minuto.

Al día siguiente, los moretones en todo mi cuerpo eran tan visibles. *Romina, ya se te está haciendo costumbre acabar con moretones, últimamente te salen por cualquier cosa. Si no te conociera bastante bien, diría que te gusta llamar la atención. ¡Ay ya cállate!, la atención de quién. ¿De Leonardo?, su atención siempre la he tenido. ¿De verdad crees que me es muy agradable estar ante él tan vulnerable, tan expuesta? Ahhh nop, tienes razón. Está bien, ya dejo de molestar.*

Lo bueno que la chamarra, el pantalón y las botas esconden la mayoría de los golpes. Respecto al dolor, sí tengo que hacer un gran esfuerzo y hacer uso de analgésicos para poder moverme. En cuanto llegamos a casa, también me tocó regaño de mis papás. Mamá me hizo prometer que el lunes a primera hora iría al doctor. Dejó muy claro que no le importaba si tenía clases o trabajo, que la prioridad era checar que todo estuviera bien.

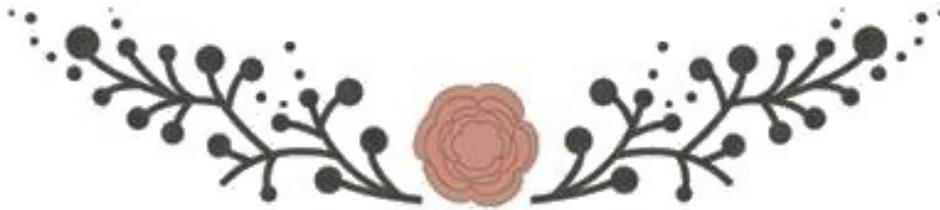
Capítulo 22

La despedida

Mayo 2012

Convivir con Leonardo es toda una odisea. Hacer coincidir su agenda con la mía, es tan complicado. Sus negocios, mis entrenamientos; sus salidas fuera de la ciudad, mis actividades escolares; las sesiones de revisión a sus inversiones, mis reuniones con la junta general de accionistas; sin embargo, hemos logrado adaptarnos. No nos vemos todos los días, pero buscamos siempre dos o tres momentos al día para mantenernos en contacto. Gracias a Dios por vivir en la era virtual, mensajes, llamadas, Skype. Eso hace que realmente disfrutemos cada uno de los pocos momentos que podemos pasar juntos. Lo que siempre tratamos de hacer (si las actividades de Leo lo permiten) es comer con la familia los domingos, “llueva, truene o relampagueé, las reuniones familiares son sagradas” fueron las palabras de mamá cuando le dijimos que Leonardo y yo ya éramos novios. Las palabras fueron más dirigidas para Leo, me imagino que mamá estaba tratando de evitar que Leo me acaparara totalmente.

Después de que oficialmente concluí la universidad. Tengo tiempo libre, así que ese tiempo lo distribuyo en mis dos actividades favoritas, Leo y mis entrenamientos; sin embargo, la semana pasada Leonardo tuvo que salir fuera del país, por lo que me tuve que buscar otras diligencias para estar ocupada. Por lo que me ofrecí para organizar el viaje de generación. Después de que papá dejara MUY claro que no le agrada la idea de que recorra Italia (la verdad sigo sin entender que el hecho de que una persona haya pasado hambre y una gran carencia sean razones para no querer que tu hija conozca el lugar donde naciste). “Así que elige mejor otro lugar, pero Italia definitivamente no”, esas fueron sus palabras, cuando le conté de los planes que estaba haciendo para el viaje. Por lo que me nuestro viaje de graduación se limitará a visitar Madrid, París, Brujas, Bruselas, Berlín, Colonia y Bonn.



Esta noche Leo, me ha invitado a una “cena especial”, se siente culpable por no haber podido estar presente el día de mi graduación, “*Espero sea una agradable sorpresa que espero compense que no haya estado contigo en la graduación*”, leí en un WhatsApp que me mandó. Ha sido muy insistente, a pesar que le he dicho que no tiene porqué sentirse mal. Pero, ¿quién soy yo para quitarle al pobre hombre las intenciones de que me consienta?

Pasé una hora parada frente al armario dilucidando qué ponerme. Sí, ya sé que como mujeres muchas veces decimos “no tengo nada que ponerme” y la realidad es que el closet está que se desparrama de tanta ropa, pero en esta ocasión lo digo en serio ¿Qué te pones para una “noche

especial”? Finalmente me he decidido por un vaporoso vestido de gasa en un ligero tono amarillo trigo, de tirantes. Unos zapatos altos de tiras color blanco completan mi look para una velada de primavera.

Un “toc-toc”, me distrae de mis pensamientos sobre las expectativas de esta noche con Leonardo.

—Duende, ¿estás decente? —la voz de Rafael se percibe desde el pasillo al otro lado de la puerta de mi cuarto.

—Pasa, estoy terminando de arreglarme —grito desde el cuarto de baño, al mismo tiempo que acomodo mi cabello por enésima vez—. Me has caído del cielo, necesito ayuda con el cierre del vestido.

—Wow, ¡te ves hermosa nena!

—Gracias, me encantaría quedarme escuchando de tu boca tanto cumplido. Pero de verdad necesito ayuda con este cierre que se me hace tarde.

—Bien, ven aquí.

Un silencio prolongado de mi hermano me desconcierta, sus manos están sujetando el cierre sin subirlo, cuando su voz me saca de mi aturdimiento —¡Romina por Dios!, ¿cómo te hiciste esos moretones, se ven terribles.

—Ahhh, estaba jugando con los niños y me caí sobre unos juguetes.

La mirada de mi hermano me confirma lo que siempre he sabido, que una vez que él empieza a indagar no se da por vencido hasta que obtiene lo que se propone.

—Romina, no sabes mentir. Dime que te pasó.

—No es nada Rafa, de verdad. Es solo una cuestión por el sobre esfuerzo de los entrenamientos.

—¿Ya fuiste al doctor a que te checaran?, no creo que sea algo normal, por más sobre esfuerzo que realices.

No decir la verdad o decir una parte de la verdad no es mentir, ¿o sí? *Romina, es tu hermano. Dile la verdad COMPLETA, él te entenderá y no estarás sola cargando este peso.* Lo sé, pero no creo que sea el momento, prometo que le diré después, con más tiempo para platicar. Leo no debe tardar en pasar por mí.

—Sí, ya fui. Cómo te digo es el sobre esfuerzo y el estrés, ya sabes, la graduación, el viaje, las Olimpiadas.

—Bien, pero la próxima visita al médico te acompaño. ENTENDIDO

—Sí, lo prometo.

De verdad lo prometo, sé que si le digo que NO se dará una idea de que esto no es tan simple como le pretendo hacer creer, se pondrá muy terco y no me dejara salir hasta que le diga TODA la verdad.

Mi teléfono suena y me siento salvada por la campana. Es un WhatsApp de Leo; *“Hermosa, llego en 15 a tu casa. Te amo”*.

—No necesitas decir de quien es el mensaje, esa tonta sonrisa te delata —me da un beso en la frente—, anda si ya estás lista bajemos para no hacer esperar a tu “príncipe azul”.

Papá está en el despacho y paso a darle un beso antes de salir con Leo, es algo que hago muy frecuente desde la graduación que lo vi llorar. Nunca lo había visto llorar así. Él es un hombre de carácter templado y fuerte, pero en cuanto dijeron mi nombre y subí al estrado a recoger mi diploma, papá no paraba de llorar. Eso sí, su rostro estaba tan radiante, feliz, orgulloso. La verdad es que él es mi vida. La razón por la que luché cada día para salir adelante es él.

—Hola pá, ¿estas ocupado?

—Para mí princesa siempre hago tiempo, aunque esté ocupado.

—Oye, desde ayer quería preguntarte algo.... Veras, todavía tengo dudas sobre la decisión de trabajar en la empresa. ¿Puedo darte mi respuesta al regresar del viaje de fin de cursos?

Papá se recarga en su sillón, cruza sus brazos y su mirada tierna fija en mí, y para variar unas lágrimas se escapan por sus ojos.

—Papi, ¿por qué lloras?, nunca te había visto llorar —le digo mientras me siento en sus piernas y lo abrazo.

—Bueno, nunca había pensado que mi bebe crecería y además hace mucho que no me decías “papi” —me dice dándome un beso en la cabeza—. Todavía recuerdo el primer día que te llevamos al kínder. Tomaste tu lonchera nos diste un beso y te encaminaste a tu salón. En cuanto te diste la vuelta hacia nosotros pensé que estarías llorando y que regresarías corriendo a nosotros para pedirnos que no te dejáramos ahí, créeme si lo hubieras hecho yo te hubiera tomado entre mis brazos y por mí no regresabas. Pero NO, alzaste tu mano para despedirte y nos lanzaste un beso. Ese fue el primer día que lloré por ti mi nena, mi pequeña princesa estaba creciendo y a partir de ese momento se empezaría a valer por sí misma. Y hoy, concluyes una etapa más de tu vida y cada día que pasa te vuelves más independiente y ya no necesitaras de este viejo.

Con esas palabras todas mis barreras quedaron derribadas y termino uniéndome a papá con las lágrimas.

—Papi, yo siempre voy a necesitar de ti. Tú eres mi vida.

—Lo ves mujer —dice mi padre con una sonrisa de oreja a oreja—, sigue siendo “la beba” que trajimos del hospital en brazos —volteo y veo a mamá que está recargada en el marco de la puerta viendo nuestro momento padre e hija.

—Lo sé Enrique, lo sé. Nena, Leo está esperando.

Me pongo en pie, le doy otro beso a papá y me limpio las lágrimas encaminándome hacia mamá y ella me regala un gran abrazo.

—Romy, ¿se lo dices tú o se lo digo yo? —pregunta papá antes de salir de su despacho, y la verdad es que no entiendo su pregunta.

—¿Qué y a quién?

—¿Qué?, pues que soy tu chico número uno. ¿A quién?, pues al hombre que quiere ocupar mi lugar en tu corazón.

Cuando cruzo el umbral de la puerta principal, el ser que me quita el aliento, está recargado sobre un majestuoso deportivo. *¡Bueno, bueno!, es que este chico está para que le tomes foto y la vendas a la agencia para que la usen de publicidad en la próxima temporada.* Clava su mirada en mí y yo no puedo más que pensar, ¿cómo es que después de varios meses me logra poner en este estado? La facilidad en la que me dejó llevar por esa luz. Esos ojos que me transportan para volverse mi rincón secreto en el que puedo soñar. Ese azul profundo en el que me puedo dejar llevar para sentirme en calma. Hacen que mis pies se despeguen del suelo y me sienta flotar. Y esa sonrisa, BUENO, creo que sería capaz de matar para que no me arranquen la dicha de verla. *Niña, niña, hace un año si nos hubieran dicho que estaríamos así de locamente enamoradas no lo creeríamos. Pero bueno, anda muévete que ya se ha dado cuenta de que te has quedado en babilonia.*

—Pero bueno, ¿Acaso pretendes impresionarme?

—Pensé en algo de ayuda, en caso de que todavía no lo hubiera logrado, ¿ha funcionado? —me dice arqueando provocativamente las cejas y haciendo esa mueca con los labios que me vuelven loca.

—Que puedo decirte, pudiste haberte ahorrado mucho dinero. Has caído bajo, querer

impresionarme con un deportivo así —no puedo dejar de pensar que debería comprarme uno, ¿qué tan rápido correrá? *Claro Romina, sólo que mientras tú puedes comprar uno, este dios griego puede darse el lujo de comprarse uno de cada modelo y de cada color*—. Pero te diré que con sólo tu mirada y esa sonrisa ya lo habías logrado, el cochecito es un punto extra.

Pensé que iríamos al restaurant de Leo, es una gran sorpresa para mí el tomar uno de los accesos a la playa. Mis ojos no pueden creer que, ante mí, hay un camino de velas y pétalos de rosa que nos conducen a la orilla en donde está una pequeña carpa con gaza blanca que baila al vaivén de la brisa marina de primavera. Una mesa para dos, sencilla y elegantemente puesta nos invita a disfrutar de una romántica velada.

La cena ha estado deliciosa y no hemos parado de reír y platicar sobre todo lo que ha pasado en este tiempo que no estuvimos juntos. De la graduación. Los planes para el viaje no son algo que le agrade mucho porque eso significa volver a estar lejos el uno del otro por un par de semanas.

Un silencio nos abraza, pero nuestras miradas dicen tanto. Leo se pone de pie y sus dos manos sirven de soporte para que se incline a través de la pequeña mesa y me dé un beso. Regresa a su lugar y toma mis manos.

—Creo que lo que tú necesitas es casarte conmigo.

—Y yo CREO, que estás sobrevalorándote ¿no crees? —juego con las palabras mientras provocativamente juego con mi cabello—. Además, primero necesitarías la autorización de mis papás y me temo que de alguna manera el permiso de mis hermanos.

No puedo evitar pensar en la reacción de mis hermanos al enterarse que de nuevo pienso en casarme y una sonrisa ilumina mi rostro.

—Que yo recuerde ni tus papás y mucho menos tus hermanos te dieron... por así decirlo permiso cuando según tú te ibas a casar con Yair. Pero considerando que se trata de mí, no creo que haya impedimento alguno.

—Muy simpático —todavía sigo sintiéndome mal por haberle aceptado a Yair la propuesta de matrimonio—, sigo insistiendo que estás sobre estimándote.

—Bueno, si lo que necesitas es que tus papás, Y TUS HERMANOS, den su aprobación, te diré que ya lo han hecho.

Pongo mis ojos en blanco, la verdad es que no me imagino a Leonardo pidiendo permiso a mis papas, mucho menos a mis hermanos para pedirme matrimonio, pero después de que Leo pidió permiso a mi papá para poder salir conmigo todo es posible.

—No, bueno. A parte de humilde, sencillo y carismático cual argentino, eres comediante.

—Lo digo en serio Romina Rossi. He hablado con tus papás respecto a mis intenciones de matrimonio y han dicho que sí. En cuanto a tus hermanos no creo que haya conflicto alguno, y más ahora que seré inversionista en viñedos Nona Rossa.

Esa mueca de Leonardo es nueva, es como si tratara de ser serio y darle un toque de comedia a sus palabras.

—Oh, me queda muy claro. Yo lo veo como una negociación, dime ¿sería como un activo dentro de la adquisición? o ¿sería más como un condicionante de inversión?

Lo siento, pero no pude evitar sacarle la lengua y hacerle mil un gestos tratando de provocar que le gane la risa.

—Para mí, serías el activo más va-lío-so, pero, tengo que dejarte muy claro que tú nunca has sido parte de la negociación con tus hermanos.

Como socia y accionista de los viñedos estuve presente en las reuniones para que Leonardo fuera aceptado como inversionista de nuestra nueva línea de vinos que pretendemos sacar para el próximo invierno, así que me consta que nunca fue parte de la negociación. Y con todos los

ademanes dramáticos habidos y por conocer le respondo.

—Bueno, eso me ha dejado más tranquila.

—Entonces Romina Rossi, que dices. Me harías inmensamente feliz si te casaras conmigo.

Mete la mano a la bolsa de su saco y veo una pequeña caja de piel en color azul marino, la acerca a mí y la abre. ¡Ay por Dios, por Dios, está hablando en serio! La garganta se me ha reseca y por más que intento no puedo articular para decir una palabra, después de tomar un trago de agua y con la sensación de la garganta irritada respondo.

—No. Lo siento Leo pero no puedo casarme contigo.

¡¿Qué estás loca?!, toda mujer sueña con que el amor de su vida le proponga matrimonio y estás diciendo que NO a este Dios griego. ¡Ya cállate, sabes que esto no acabará bien! Romina, eso no puedes saberlo.

—Bonita, no digo que sea mañana. Sé que tienes todavía muchas cosas por vivir. Esperaremos el tiempo que tú consideres necesario. Yo quiero *toda* una vida contigo y no sólo un momento. Y por esa vida estoy dispuesto a esperar todo el tiempo que tú consideres prudente.

Yo no puedo ofrecerle una vida, conmigo sería sólo un momento y sólo Dios sabe que tan fugaz será ese momento. No puedo arrástralo a mi sufrimiento. No puedo permitirlo, él se merece toda la felicidad completa y yo no puedo dársela.

—Leonardo, creo que lo mejor será que terminemos. Yo no puedo prometer algo que no puedo dar. Yo no quiero casarme.

—Romina, puedo entender que con Yair sintieras que tomaste una decisión apresurada. Nosotros no estamos tomando una decisión apresurada ya tenemos varios meses saliendo y te repito que no tenemos prisa para casarnos. Esperaremos el tiempo que sea necesario.

—¡Ya te he dicho que no voy a casarme, ni contigo, ni con nadie! No quiero que pierdas tu tiempo, porque te mereces la felicidad completa y no soy yo quien puede ofrecerlo. Nada tiene que ver lo de Yair, este tiempo me he dado cuenta de que no me veo casada.

—Está bien, respetaré tu decisión de no casarte. Seguiremos como hasta ahora.

—Dije que debemos terminar y por favor no vuelvas a insistir —conozco a Leonardo y sé que no dará por terminada esta relación a menos que sea más (segura)—. Leonardo, tú anhelas tener tu familia. Y no te puedo condenar a no tenerla, tan sólo porque yo no lo quiero. No tiene sentido que sigamos de novios si nunca voy a casarme contigo. Tú mismo has expresado el deseo de algún día formalizar esta relación y yo no puedo hacerlo.

—Romina, sé que hay algo más que te hace tomar esa decisión. Veme a los ojos y dime que no me amas.

—Dije que me quiero ir.

Me levanto de la mesa y me encamino al carro. Al ver que Leonardo no se ha movido, empiezo a caminar hacia la carretera principal. *No sé qué es lo que estás haciendo Romina, te vas a arrepentir de ello el resto de tu vida.* ¡Te quieres callar, me arrepiento!, pero por lo que sé no sufriré esto por mucho tiempo.

He estado tan aturdida en mis pensamientos que no me di cuenta de que Leonardo se ha acercado a mí con el carro hasta que la polvareda por el frenazo que dio me sacó de mis cavilaciones.

—Súbete te llevo a tu casa.

La voz de Leonardo es áspera, y su rostro se ve contrito. El silencio que nos abraza a ambos es tan asfixiante que por instantes siento que pierdo el sentido. Al llegar a casa, abre la puerta y se agacha sujetándose del marco para que nuestros rostros queden frente a frente.

—Una vez más Romina te digo, veme a los ojos y dime que no me amas, sólo así lograras que

me vaya y no dé marcha atrás.

Cierro los ojos, ¡Dios mío esto duele tanto!, pero tengo claro que no puedo arrastrarlo a mi sufrimiento. *¿Quieres dejar de repetir esta tontería?, deberías decirle todo y dejar que sea él quien decida si quiere ser arrastrado o no a tu sufrimiento.* ¡NO!, no me lo perdonaría nunca el arrastrarlo a mi agonía.

Doy un profundo respiro y abro los ojos. Sus lindos ojos azules ahora son más oscuros y unas lágrimas discretas ruedan por su mejilla. Ver el dolor que le está provocando mi actitud, sólo me da fuerzas para continuar, sabiendo que este dolor será mejor que el decir adiós por la eternidad. Así que con decisión lo miro directamente a los ojos.

—No te amo Leonardo. Siento un gran cariño por ti, pero NO TE AMO.

Lo hago a un lado con las pocas fuerzas que me quedan y corro a casa. No puedo voltear, no puedo verlo. Si lo hiciera moriría en este mismo instante. Corro a mi habitación con el poco aliento que me queda y solo deseo que lo que inevitablemente sé que va a pasar suceda en este instante.

Capítulo 23

La vida sin él

Junio 2012

Estas semanas ha sido tan complicadas, vivir alejada de él es tan agonizante. *Romina, te dije que era una decisión equivocada, ¿por qué nunca escuchas y siempre te gusta actuar impulsivamente?* Tú sabes que no fue una decisión impulsiva.

Lo que me ha mantenido ocupada es el viaje, estoy tan absorta en mis pensamientos y en organizar en la computadora los últimos detalles para el itinerario del viaje, que me doy cuenta de que mi hermano Rafael ha entrado a mi cuarto hasta que sus palabras suenan gravemente tras mi espalda.

—¿No piensas comer hoy tampoco?, te estás haciendo mucho daño Romina y vas a acabar mal si sigues actuando así.

—No me mires así por favor. Me haces sentir miserable

Desde que llegue a casa esa noche que terminé con Leonardo, en mi casa están a la expectativa de que otra vez denote la bomba *Romina*, y tratan de evitar que el desastre sea catastrófico.

—¿Podrías empezar por algo de comer, no crees?

—Estoy bien, de verdad.

—No me mientas, sé que no estás bien, no comes, no duermes.

—¿Cómo sabes que no como, que no duermo?

—No se requiere de gran ciencia, basta con verte. ¿Te has visto en el espejo últimamente? —niego con la cabeza—. Estás más delgada, te ves pálida y demacrada, además están estas grandes ojeras que te delatan.

—¿Tan mal me veo?

—Tan mal como veo a Leo —dice apenas con un susurro de voz.

No puedo sentir en mi interior una gran punzada, el dolor recorre todo mi cuerpo al saber que yo, sólo yo soy responsable de esto que nos está pasando. La curiosidad me invade y pregunto a mi hermano.

—¿Lo has visto?, ¿has hablado con él?

Mi hermano me toma de las manos y me conduce al sillón, nos sentamos y su mirada se fija en mí. Es una mirada de ternura, una mirada de frustración por no poder hacer nada para alejar este sufrimiento que ve tan claramente en mí.

—Sí, y nunca lo había visto así, ni siquiera cuando se separó de Claudia.

Romina, por favor. ¿Quieres dejar de ser testaruda y arreglar esto de una vez?, ¿no es suficiente el daño que estas generando en ambos?

—Lo siento, pero solo trato de evitarle un mayor dolor —digo más en respuesta a mi conciencia que a lo que mi hermano acaba de decirme.

Una mueca en el rostro de mi hermano me indica la frustración que siente de no poder hacer nada al respecto, de no poder sacarme de mi testaruda decisión.

—Romina —toma con mayor fuerza mis manos y lo miro fijamente a los ojos por primera vez desde que iniciamos esta conversación—, ¿no te importa Leo?

—Porque me importa hago esto.

—Sabes que con tu decisión estás haciendo infeliz a dos personas.

Una pequeña risa, más de frustración que otra cosa sale ligeramente con un breve suspiro de mí.

—Él es mi droga, sin la cual no puedo vivir; sin embargo, soy yo quien lo está matando a él, pero créeme al final este dolor será mucho menor que otro dolor más grande que pueda provocar en él a futuro.

Pensar en lo que el futuro depara para mí, hacen que un fuerte escalofrío recorra mi cuerpo, mi hermano lo nota, jala de mí y me abraza tiernamente.

—Nena, no entiendo nada.

—En su momento les diré mis razones. Cuando esté lista lo haré lo prometo. En cuanto a Leo, dejará de sufrir en cuanto me olvide.

—Romina, uno no deja de amar de la noche a la mañana, por tanto, uno no olvida con tanta facilidad.

—Créeme, llegará el momento en que no tendrá otra opción más, que dejará de hacerlo y me convertiré en sólo un recuerdo.

Los ojos de mi hermano se han dilatado tanto, sabe que lo que me pasa es algo más que sólo problemas de amores, dudas e inseguridades.

—¡Romina Rossi!, en este momento me vas a decir realmente lo que te está pasando y NO voy a salir de aquí hasta que me lo digas. Así que tu decide, o me lo dices voluntariamente u organizo una intervención con toda la familia en este momento para que nos lo digas.

La sola idea de tener que decir a TODA mi familia la verdad me llena de pavor, no estoy preparada para esto, realmente no sé si en algún momento lo estaré, ¿cómo puedes pararte frente a tu familia y decirles “hey mi vida es una bomba de tiempo que en cualquier momento puede explotar”?

Abrazó con mayor fuerza a mi hermano y de mí empiezan a salir las lágrimas, lloro desconsoladamente y mi hermano no me suelta. Sabe que lo que debo decir es algo *muy delicado*. Siento como su cuerpo empieza a temblar, puedo percibir ese terror que lo está invadiendo por la forma en que me abraza no queriéndome soltar, presintiendo que sean los últimos momentos que podemos estar abrazados.

Recupero un poco las fuerzas y le cuento todo, los moretones que me han estado saliendo, las visitas al doctor sin que nadie se enterara, el diagnóstico, y la verdadera razón por la cual terminé mi relación con Leonardo.

—Romina, creo que mis papás deben saberlo.

¡No, no, no, no!, si lo saben seguro me prohíben continuar con los entrenamientos para las Olimpiadas, me van a obligar estar de doctor en doctor y no quiero eso para mis últimos días de vida.

—No quiero preocuparlos por algo que no es importante... —trato de que la voz salga de mis labios con mucha naturalidad y seguridad para tranquilizarlo, pero no funciona porque me interrumpe.

—¡Con un carajo Romina! —su voz me sobre salta, está molesto—. ¿Cómo que no es importante?, ¿desde cuándo tu salud, tu vida no son algo importante?, ellos tienen que saberlo, toda la familia tiene que saberlo.

No puedo permitir que mis papas lo sepan en este momento, no estoy preparada, no, me niego a decirles. Desesperadamente tomo las manos de mi hermano y la cara que siempre he utilizado para salirme con la mía, le digo.

—Te prometo que mañana me acompañas con el médico, después de hablar con él y si lo consideras necesario le decimos a mis papás. Pero por favor, por el momento no les digas nada, solo harás que no me dejen ir al viaje con mis amigos, que no me permitan participar en las

Olimpiadas, y eso, eso es algo que me hace feliz. Mo me quites esta poca felicidad que me ayuda un poco a levantarme cada mañana.

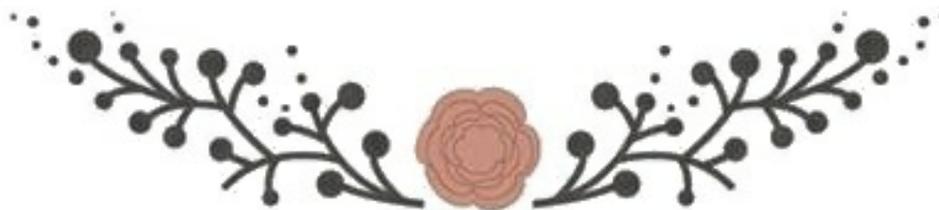
Mi voz está llena de desesperación, es verdad, lo que le digo es verdad, no es para chantajearlo emocionalmente y lograr que no diga nada. Es verdad que esto es algo que me ilusiona y hace que me olvide por momentos de Leonardo y de mi enfermedad.

—Bien —un suspiro de frustración sale de mi hermano—, por el momento hasta que no hable con el doctor no diré nada. Pero si después de hablar con él, la situación es más delicada, te juro que hablo con mis papás y yo mismo te amarro a esta cama.

No se puede detener a Rafael cuando algo se le mete entre ceja y ceja, así que habló con el doctor y se que, si por el momento no ha hablado con mis papás, supongo que él doctor le confirmó que mi enfermedad por el momento está controlada.

Julio 2012

Estoy sentada en esta banca, recorriendo con mi mirada, las maravillas de esta ciudad, Brujas, no puedo evitar preguntar, ¿se le habrá ocurrido a alguien esta ciudad para hacerte sentir que estas en uno de esos cuentos de hadas?, realmente caminar por estas pequeñas calles, observar las fachadas de las casas y de los negocios me hacen sentir como si estuviera en el pueblo de Cenicienta, o Blanca Nieves. *Romina, deja de pensar en lo que estás pensando.* No estoy pensando en nada. *Si claro, entonces de donde viene esa idea de “Ojalá Leonardo estuviera aquí para conocer juntos este maravilloso lugar”.* ¡Ay, en verdad sabes cómo enojarme! *Romina por favor, te la has pasado todo el viaje pensando en él. En la Torre Eiffel imaginabas que Leonardo llegaba de sorpresa y te besaba. En la Plaza del Sol de Madrid te sorprendí pensando en querer comprar ese detalle para Leonardo. En Berlín construiste tu historia de amor hace muchos años y que su amor era separado por el muro. ¿Sigo, porqué tengo muchas cosas con las cuales seguir? No, no necesito que sigas.*



El viaje de regreso fue tranquilo (en lo que cabe, por qué doce horas en un avión te hacen pensar de todo). Mis papás querían ir por nosotros a Tijuana, pero les convencí de que no era necesario, que rentaríamos un transporte para que nos llevara hasta casa. Tomar la carretera en domingo por la tarde es una locura, hay mucha gente, en especial de turistas que aprovechan hasta el último minuto del fin de semana.

—Te veo de mejor ánimo okis —me dice al oído Lety para que nadie escuche—, después de todo me agradó ver que la mayor parte del viaje estabas animada. Por un momento tenía mis dudas del viaje, imaginé que estarías como un espectro deambulando por el viejo continente.

—Sí, bueno, estos días fuera me han ayudado....

Un fuerte impacto me impide continuar, todo lo que veo fuera de la camioneta está dando vueltas, escucho gritos, el ruido de los cristales al romperse. Tomo la mano de Lety con mucha fuerza y de pronto todo a mi alrededor se oscurece.

Al abrir los ojos, hay mucho ruido a nuestro alrededor, las sirenas de las ambulancias son

estridentes y hacen que quiera volver a cerrar los ojos pues me provocan un fuerte dolor de cabeza. En ese momento soy consciente de lo que acaba de pasar y me pongo alerta, trato de pararme para ver cómo están los demás. Una mano en mi hombro me obliga a sentarme de nuevo y me indica que todos están bien, que no hay nada que lamentar. Me dice que unos chicos venían a alta velocidad y que al tomar la curva su coche estuvo fuera de control y se impactaron con nosotros, gracias a Dios, sólo fueron pérdidas materiales y el susto quedó sólo hasta ahí.

Cuando llegamos a la casa, a pesar de que los paramédicos les dijeron a mis papás que todo está bien, se empeñaron en llevarme al doctor. Después de unas radiografías, el doctor indicó que no había nada por lo que se tuvieran que preocupar y que podría continuar con mi vida normalmente, me recetó unos analgésicos porque después del impacto tendría algunos dolores musculares.

Capítulo 24

Las Olimpiadas

Un inglés tan perfecto del Capitán, me saca de mis obtusos pensamientos —En quince minutos iniciaremos el descenso, por favor pongan sus asientos verticalmente, y abróchense el cinturón. En el aeropuerto de Heathrow hay varios módulos para asesorar a los que tienen conexiones.

Todavía con los ojos cerrados, acomodo el asiento y abrocho mi cinturón. La mano de mamá me toma por sorpresa, lo cual hace que abra los ojos.

—Tranquila nena, sé que nunca se te han dado bien los despegues y aterrizajes, pero piensa que, en dos días iniciarán las Olimpiadas y estarás cumpliendo uno de tus sueños. Además, piensa que toda la familia, llegará un día antes de tu competencia para apoyarte en este momento tan importante.

Una enorme sonrisa sale de mi rostro, pero eso solo hace que mis nervios se acrecienten más. Respiro profundamente y vuelvo a cerrar los ojos para tratar de relajarme, un dolor fuerte en el estómago me toma por sorpresa.

—Nena, ¿estás bien?

—Sí má, tranquila son sólo los nervios.



Después de tantos días, años de añorar este momento, por fin estoy aquí, en el túnel, esperando el turno para que la delegación de México haga su salida. Estoy tan nerviosa, estos dolores de estómago ya están siendo bastante continuos. *Romina, trata de tranquilizarte si no quieres que a mitad del desfile te desmayes de los nervios, no creo que sea un espectáculo muy agradable, ¿verdad?* Sí, como siempre mi consciencia tiene razón, así que sacudo mis brazos y doy un profundo respiro. Justo en ese momento se oye “México”, iniciamos a caminar. Mi corazón está tan desbocado. Estoy cumpliendo uno de mis sueños. El dolor de estómago regresa mucho más fuerte. Siento tanto calor, mi respiración se acelera más y más con cada paso que doy. *¡Dios, Romina, no pensé que esto sería tan impactante! Por favor respira, tranquilízate que estas muy nerviosa, lo puedo sentir por cómo está tu cuerpo en estos momentos.* Siento como el sudor recorre mi cara y con una mano trato de secarlo. Al ver mi mano, veo que tengo sangre, ¿de dónde salió esta sangre? Mis ojos salen de orbita, no puedo estar sangrando, NO puedo, NO aquí, NO ahora. Caminar me cuesta a cada paso más trabajo y todo a mi alrededor desaparece.

No puedo creer todo lo que ha pasado. Todo sigue dando vueltas por mi cabeza. El haber tomado la decisión que tomé parecía algo muy sencillo, parecía en ese momento la mejor decisión. Estaba tan cerca de cumplir mi objetivo, que creo que, en el fondo, no contemple todos los riesgos.

Agosto 2012

No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que me desmayé, tengo un rato de estar consciente y no necesito abrir los ojos para saber que estoy de nuevo en un cuarto de hospital. Esta vez es diferente, no sólo tengo un suero en mi mano, puedo sentir otros aparatos conectados a mi cuerpo. Mi respiración es muy pausada, algo en mi interior me sofoca, algo que me impide respirar con normalidad. Es cuando percibo algo sobre mi nariz que me ayuda a tener una mejor respiración. Al abrir los ojos, veo a Papá entado en el sillón que está frente a la cama, como su cabeza entre sus manos, recargado en sus rodillas.

—Hola papá.

Apenas y puedo decir algo, mi voz suena tan vacía, tan lejana que ni yo misma la reconozco.

—Hola nena —su voz es áspera, su rostro desgastado muestra una barba de varios días—, nos diste un gran susto.

—Lo sé papá, lo siento.

—¿Por qué no nos dijiste nada?

—No quería asustarlos. La verdad, es que también tenía miedo a que no me dejaran participar en las Olimpiadas.

—Y justo eso pasó, al final no participaste. Si nos hubieras dicho la verdad desde un principio, después del accidente hubiéramos hecho más estudios y haber evitado este sangrado interno que estuvo a punto de costarte la vida.

No soy consciente de las lágrimas, hasta que mi padre las borra de mi rostro con sus pulgares, y puedo ver el dolor y el miedo reflejado en el suyo.

—Papá, antes de que sigas, quiero que sepas que me he estado atendiendo...

—Lo sé, hablamos a México con el doctor —me interrumpe para que no me desgaste hablando—. Nos dijo que no perdiste ninguna de tus consultas, que estas al pendiente de tus medicamentos. Pero creo debiste habérselo dicho.

Unas lágrimas se deslizan por las mejillas de papá y no puedo evitar sentirme terrible por volver a ser yo la causa del estado en que él se encuentra. Estoy por decirle, mejor dicho, rogarle que me perdone, cuando el knock-knock de la puerta se oye.

—Adelante —dice papá.

Al abrirse la puerta veo a Leonardo, no tiene un semblante muy diferente que el que tiene mi padre en estos momentos. Cierro los ojos. ¡Dios mío Romina, te has propuesto acabar con toda tu familia! ¡Ay, ya cállate!, no es el momento para que me estés haciendo sentir más culpable. No ves que no estoy preparada para ver a Leonardo, después de todo lo que ha pasado, después de que le dije que no me quería casar con él, que no lo amaba y tú todavía estas metiendo más brasa a la hoguera.

—Pasa, no te quedes ahí parado.

—Sólo pasaba a ver como está, ¿ya ha despertado?

Escuchar la voz de Leonardo hace sentir a mi corazón quebrarse en mi pedazos, después de mentirle, de hacerle creer que no lo amo, y él viaja hasta Londres para preguntar por mi salud.

—Sí, hace unos minutos.

No puedo abrir los ojos, si lo veo moriré en este instante. Puedo sentir como su cuerpo empieza a desplazarse y se acerca hasta mí, a un lado de la cama. Toma mi mano.

—Iré a tomar algo de beber —Papá dice y segundos después nos hemos quedado solos en la habitación.

Aquí estoy yo, temblando todavía con los ojos cerrados, soy tan cobarde que no tengo el valor para verlo. Intentando ordenar palabras para no hacerme y hacerle tanto daño, y yo no puedo

dejar de temblar. Con mucho cuidado el sigue tomando mi mano y acaricia mi rostro. ¿Será que a pesar de todo podremos seguir siendo amigos?, unas lágrimas salen de mis ojos y siento sus dedos fríos borrar el rastro de ellas. Lentamente abro los ojos. En ese momento soy consciente que sus ojos muestran rastros de haber estado llorando.

Su mirada está fijamente en mí, es una mirada de miedo, de furia, de frustración, no puedo soportarlo más.

—Deja de verme así.

—¿Cómo quieres que te vea entonces? Lo que hiciste es prácticamente suicido Romina.

—Hice lo que en ese momento creí que tenía que hacer.

—¿Por qué?, ¿por tú tonta obsesión para participar en las Olimpiadas? ¿A costa de qué?, ¿de tu propia vida? ¡Felicidades Romina, al final no pudiste participar!

—¡Ya tengo un Papá! —intento gritar, pero es apenas un sonido desgarrado el que sale de mi boca—. No necesito que te comportes como si fueras mi padre.

—No pretendo serlo.

Su voz suena tan agónica, mostrándome su agotamiento emocional y mental, más que un desgaste físico.

—Pues te comportas como si lo fueras.

—No te entiendo Romina. Pareciera como si necesitaras que te estén recordando que te cuides todo el tiempo, porque parece que a ti se te olvida cuidar de ti misma.

—Si sólo has venido a regañarme, bien podrías haberte evitado el viaje tan largo.

—Sabes Romina, te he visto en tus peores momentos y siempre he pensado que eres la mejor persona que he conocido. Hasta este momento. Adiós Romina, no volveré a molestarte.

Y sin decir nada más, sale de la habitación. ¿Qué he hecho? ¿De verdad quieres saberlo?, acabas de hacer que se vaya de tu vida para siempre. Lo sé, y no sabes cuánto me duele. No sabía que podía doler tanto. Este dolor en mi pecho es el peor que he sentido en toda mi vida. Siento que no puedo respirar y todo da vueltas en mi cabeza. Una alarma empieza a sonar, una que siento tan estridente en mis oídos. Y de repente nada, no puedo ver, ni escuchar nada, sólo una tranquilidad que jamás podría imaginar haber sentido.

Capítulo 25

La decisión

Después de varios estudios los doctores permitieron que regresara a México con la indicación de que debería seguir en reposo un par de semanas más. Mi familia se encargó de buscar un avión privado con todas las comodidades, en especial con equipo médico, cerciorándose de que un doctor y una enfermera estuvieran a bordo para cualquier cosa que pudiera pasar.

—Siento haberte dejado el trabajo difícil —le digo a Rafa, recordándole que al no haber estado yo en el inicio de la vendimia le tocó a él hacer el corte del primer racimo de uva.

—Sí, bueno, sólo por esta vez te perdono. Romina... —mi hermano se detiene, pensando si debe continuar, así que le doy una gran sonrisa para animarlo— ...Nena, hace un par días vi a Leonardo y me dejó una carta para ti. La verdad he estado pensando si dártela o no.

Mi mente se queda en blanco, desde el hospital en Londres nadie ha mencionado su nombre. Pero creo que ya he causado muchas cosas por culpa de mi inmadurez, así que doy un fuerte respiro para tomar valor.

—Dámela.

—¿Estás segura?, ¿cómo te sientes?

—Físicamente mejor, del alma y del corazón.... —suspiro con toda la melancolía que un cuerpo puede guardar—. Me siento destrozada, pero creo que debo cerrar ya este capítulo de mi vida, y es mejor darle prisa. Así que no te preocupes al mal tiempo buena cara.

Rafa sale de mi habitación, me imagino que ha de ir a su cuarto por la carta. No puedo detener en mi mente las ideas, ¿qué será lo que Leonardo quiere decirme?, ¿tendré todavía oportunidad de arreglar las cosas con él?

—Ten nena —la voz de mi hermano me saca de mis cavilaciones.

Lentamente tomo el sobre, y con mucho cuidado lo abro. Quizá si hubiera tenido este mismo cuidado para actuar, en este momento no habría dos corazones destrozados, o, ¿sería sólo el mío?

Romina:

No sé cómo decirte esto que siento, que nació sin darme cuenta en mi corazón. Sé con certeza que este no es el mejor momento, pero, aunque lo dese, no puedo, no quiero evitar decirlo, hay algo en mí que me está quemando desde lo más profundo de mi ser y que, aunque quiera no puedo controlar. Aún recuerdo esa parte de mi vida cuando tú no éramos nada; sin embargo, te fuiste metiste en mi vida, en mi alma y en mi corazón, como cada mañana lo hace el sol por mi ventada, me despertaba abrazando el anhelo de que algún día estuvieras para siempre en mis brazos en lugar de mi almohada, pero hoy me doy cuenta que sólo fue una quimera, una maravillosa e inalcanzable. Hubiera deseado que nuestra situación no fuera

esta, y haberte podido dar lo que siempre has buscado. Pero en ocasiones el destino, hace malas jugadas y el corazón confunde tontamente entre querer y amar.

Hubiera anhelado no ser sólo un instante en tu vida y haberte darte con gusto mi vida entera, no sólo este momento fugaz que compartimos. Aunque fugaz, el mejor y más feliz de mi vida. Deseaba haberte podido contar mis miedos, mis temores, para que con tu amor los hubieras convertido en un sueño. Pero la verdad es que, para llegar al amar y al corazón, hace falta tiempo, tiempo que nosotros nunca tuvimos y que por lo visto nunca vamos a tener.

Pero el hubiera no existe, y sólo me queda decirte que deseo que seas feliz, no prometo olvidarte, pero sí prometo no volver a buscarte.

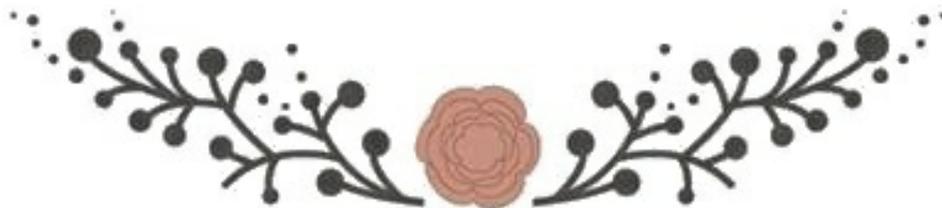
Con amor

LB

Me he quedado en blanco, no sale de mi ni una palabra, ni siquiera sale de mí una lagrima. Este dolor es tan fuerte, que siento como si hubiera sido un rayo el que hubiera golpeado mi cuerpo y me ha dejado inerte, tan solo un cuerpo que respira por inercia. No sé cuánto tiempo ha pasado, siento que alguien me sostiene fuertemente. Mi cuerpo empieza a temblar, mi respiración se acelera poco a poco y es en ese momento cuando me derrumbo, y las lágrimas salen torrenciales de mi cuerpo, como si una presa se hubiera roto y desbordado.

—Shhh, tranquila nena. Yo estoy aquí contigo.

Me toma entre sus brazos y me lleva hasta la cama, me abraza. No sé cuánto tiempo estuve llorando, pero el agotamiento terminó haciendo que me quedara profundamente dormida.



Dos días después, la casa esta vuelta de cabeza. Se han propuesto organizarme una fiesta por todo lo alto. Todavía sigo bajo la prescripción médica de estar en reposo. Por lo que cenaremos la familia, nada tan simple como el año pasado, en esta ocasión el evento es más formal. La cena es más elaborada y el pastel es una delicia de dos pisos con rosas rosas y blancas.

La verdad es que después de leer la carta de Leonardo, en mi corazón quedó una grieta que me provoca un gran dolor. Una angustiosa tortura diaria de saber que he perdido la otra mitad de mi corazón. Esta noche no soy capaz de mostrar mi desánimo. Mi familia se ha empeñado en que este día sea maravilloso y que al menos unos momentos pueda volver a sonreír como lo hacía antes.

Creo que si estuviera nominada me darían el Oscar. Porque en el fondo siento como si el dolor nunca se fuera a ir, desgarrando mi alma y mi corazón con cada respiro. Siento como en mi

interior las lágrimas no dejan de ser derramadas. Y aquí estoy tratando de cubrir todas esas emociones con mi familia, los amigos y la música, con una sonrisa que no sale de mi alma.

Pasada la media noche la fiesta es trasladada del salón al patio trasero, mis hermanos sacan las guitarras y prenden una fogata. Siento el agotamiento querer hacer sus estragos. Mis hermanos preocupados al ver mi rostro, me animan a irme a dormir. Yo les digo que no es necesario, que sigan con la fiesta yo solo me recostare en la sala. Que una vez que recupere fuerzas volveré con ellos.

Sentada en el sillón, tengo mi brazo cubriéndome los ojos. *Romy, no me gusta que estés así.* Bueno, me lo advertiste, me dijiste que al final terminaría con el corazón destrozado y no te hice caso. *Lo sé y también estas aquí por qué te anime a seguir con esta locura. Vamos, necesitamos hacer algo. ¿Hacer? ¿Hacer qué? Primero dejar estos ánimos que te van a enfermar más, no comes, no duermes y te la pasas todo el tiempo contando las estrellas en la noche.* Sí, bueno, es algo que me ayuda a no pensar.

De pronto siento como un peso se deja hundir en el sillón, justo a mi lado, y me pasa un brazo por los hombros. Mis hermanos, no me dejan sola en ningún momento. Siempre tratando de hacerme sentir bien.

—Feliz Cumpleaños —susurran a mi oído, una voz que siento que mi imaginación me está flagelando mis sentidos. Burlándose de mí, jugando con mi juicio para volverme loca.

No me atrevo a abrir los ojos.

—Sé que te prometí no volver a buscarte —abro mis ojos y no es un sueño, realmente es Leonado a quien tengo a mi lado—, pero esto es algo más fuerte que yo. Esto es algo que, aunque me cueste reconocer, no puedo tener bajo mi control.

No puedo decir nada por más que lo intento, pero mi cerebro y mi boca no responden. Las lágrimas salen de mis ojos, y sólo me aferro a él con tantas fuerzas que lo toman por sorpresa. No sé cuánto tiempo ha pasado pero mis lágrimas se han controlado, relajo mi agarre de Leonardo.

—Lo siento, no pretendía ocasionar todo este caos —le digo, tratando de que pueda perdonarme.

—¿Tienes idea del dolor que me provocaste? —su voz rompe una parte de mí, pues sé que es verdad. Bajo mi mirada a mis manos, que se han quedado inmóviles en mi regazo.

—Lo que en verdad quería era evitarte un dolor mayor —digo con apenas un susurro.

Con sus manos toma mi rostro, para que pueda verlo directamente a los ojos. Y no puedo evitar sentirme la peor persona del mundo al verlo llorando.

—¿Mayor a saber que te perdía porque no me amabas, al creer que habías estado jugando con mis sentimientos?

—Sí, no podía soportar la idea de que tuvieras que sufrir el dolor tras mi muerte. Sabía que te estaba provocando un dolor, pero en el fondo creía que con el tiempo lo superarías. No podía tolerar la idea de construir una vida juntos y que este mundo se derrumbara....

—Es a mí —me interrumpe— a quien le correspondía tomar esa decisión, ¿no crees? Yo era quien tenía que decidir si dejarte ir o aceptar vivir contigo, aun sabiendo que podrías morir —no puedo evitar sorprenderme ¿sabrá de mi enfermedad? —. Oíste bien “podrías”, porque hasta donde investigue, el síndrome de purpura no es una enfermedad mortal con los debidos cuidados. Pero suponiendo que murieras, yo prefiero perderte sabiendo que fuimos felices hasta el último momento.

—Haciendo a un lado mi enfermedad. Esto nunca va a funcionar —digo melancólicamente.

—¿Por qué estás tan segura?

—Por cómo somos. Acéptalo Leo, somos controladores por naturaleza. Tú me quieres

controlar a mí y yo no voy a poder evitar querer controlarte a ti.

—Romy, ¿Quién te dice que quiero controlarte? —pregunta acariciándome el rostro—. Es cierto que me gusta tener el control. El control de las cosas, de las situaciones, pero nunca me ha gustado controlar a las personas. Mucho menos pretendo controlarte a ti.

—¿Pero te gustaría que yo fuera diferente?

—Me gustas tal y como eres, es cierto que a veces me desesperas y claro que me gustaría que de vez en cuando hicieras lo que se te dice, pero nunca he deseado que seas diferente.

No puedo contestarle, lo que me ha dicho me ha dejado fuera del juego, sin palabras.

—No comprendes que vine hasta aquí para poder empezar una vida contigo, tenía muy claro que para abrir el restaurant no era necesaria mi presencia. Sólo tenía el anhelo de poder conocerte y tener una eternidad juntos. ¿Qué dices?, Romina Rossi, inteligente e independiente Romina ¿te casas conmigo?

—Y volvemos con lo de casarse —No puedo evitar resoplar por frustración.

—¿Por qué no quieres decirme que sí? Vamos, sé que en el fondo lo deseas tanto como yo.

¡Dios!, esa sonrisa podría matarme.

—Leo, ¿tú quieres tener una familia, no es así? —asiente con la cabeza—, pues bien, no has pensado que con mi enfermedad no podré darte hijos.

—¿Ese es todo tu argumento? —ahora me toca a mí asentir con la cabeza. El suave abrazo de Leo me sorprende—. Eso lo resolveremos llegado el momento, no antes, no ahora. Hoy solo nos corresponde ser felices. Ni siquiera sabemos si mañana amaneceremos con vida y ya te estas preocupando de un futuro que no existe.

—Leo, pero es que... —me interrumpe con un tierno beso.

—No puedes entender que me haces anhelar un futuro juntos, que me haces extrañar nuestra vida juntos, aunque todavía no existe.

—Aghh... no puedes entender que tengo MIEDO. Miedo a que nos estemos apresurando. Miedo a que creamos que realmente estamos enamorados, que tengo miedo que al final termine odiándome como a...

Pone un dedo sobre mis labios, intento seguir hablando y esta vez para callarme me da un beso. Un beso que me hace sentir calor, un beso en el cual puedo sentir como se altera mi frecuencia cardiaca. Un beso jadeante y puedo sentir su respiración más acelerada a cada segundo que avanza nuestra demostración de algo más que afecto.

—Ahora, tú recuerda bien este beso porque no volverá a pasar —¡Ay, Dios!, no sé ni por qué lo dije, en el fondo me estoy muriendo por otro beso de Leonardo.

—Solo debes olvidar tus miedos. El miedo no te lleva a ninguna parte. Se que da miedo el tener la certeza de que las palabras y los pensamientos se pueden deshacer como hojas que se lleva el viento, y que muchas veces nos escondemos tras una mascara para no mostrar nuestros verdaderos sentimientos por miedo a ser lastimados.

>>Pero, dejame decirte una cosa, no vas a andar sola por esta situación, yo caminaré a tu lado y de ser posible te llevaré en mis brazos. Dejame llegar realmente hasta el fondo de tu corazón, de la misma manera en la que tú ya estás en el mío, para quedarnos ahí, para siempre.

>>Y debes saber que TE AMO, y se que tu también, es algo que no se dice sólo con palabras, se dice a través de las silenciosas miradas, el querer ser el único en la vida del otro.

Dios de mi vida, es que este hombre me deja sin palabras. Mi cuerpo solo me permite poner mi mano en su rostro, y espero que mi mirada diga, lo que él tiene la certeza que dicen nuestras silenciosas miradas.

—Sí tienes razón, en este momento el *miedo*, está evitando que te lleve a un lugar más privado y

sólo Dios sabe qué sería capaz de hacer contigo—. Digo tratando de romper con este desasosiego que estaba cerniéndose sobre nosotros. Leonardo me responde con una enorme y traviesa sonrisa

Romina, ¿te puede comportar! ¡Ay, niña por favor! El pobre hombre está aquí abriendo su corazón y tú sales con tus cosas. Sí, está bien, ya dejaré mis “cosas” para otro momento. La verdad es que sus últimas palabras resuenan con firmeza en mi mente, todavía puedo escuchar su voz grave. Sé cuál es la respuesta a su pregunta, la decisión ha sido tomada; sin embargo, no sale de mi boca. Así que lo único que logro hacer es lanzarme a sus brazos con tanta fuerza para encontrarme con su boca, no puedo evitar morder su labio cual si fuera una dulce tentación prohibida de chocolate. Leonardo me sujeta con más fuerza y puedo sentir mi cuerpo contra el suyo (creme que no solo su cuerpo, puedo sentir como su virilidad va reaccionando con cada uno de los toques de mis labios, esto es algo nuevo para mí), vuelvo a sentir una nueva oleada de miedo. *Romina Rossi, tremendo espectáculo estas dando. No piensas que tu familia está afuera y puede entrar en cualquier momento.* Con un gran gemido (no sé si es por la euforia o de coraje por no poder continuar, porque de nuevo mi conciencia tiene razón), doy por terminando ese pasional beso.

—No más miedos —susurro a su oído y le doy un casto beso en su mejilla—, pero si no salimos voy a empezar a temer que mis padres o mis hermanos me dejen viuda antes de casarnos y a mí me manden a un convento.

Desde su pecho brota una carcajada que provoca que mi cuerpo tiemble, que me hace querer tirar mis barreras de contención y comérmelo a besos, estén mis padres o no. *¡Romina COMPORTATE!* Está bien, así que, para no continuar en esta tonalidad de pensamientos, mi mente divaga por otros.

—Ahmm, entonces veo que ya es un hecho que vamos a enfrascarnos en esta locura. Sabes que no acabará nada bien ¿verdad? ¿Sabes que soy la persona mas frustrante, testaruda y obsesiva con la que puedes estar?

—Pero eso es lo quiero —responde con una gran sonrisa dibujada en su rostro, dedicándome esa mirada que desde el primer instante en que la vi no pude evitar dejarme ir en caída libre hasta ese océano azul.

¿Acaso esté hombre se ha vuelto loco?, ¿quién en su sano juicio quiere pasarse la vida pelando contigo niña? Es que esto está para Güines, si eres TODO un caso niña. Por mi rostro siento pasar las mil y un interrogantes, y aunque no lo creas, no tengo palabras. ¿Qué digo? ¿Cómo refuto esto que en mi mente es TAN ilógico?

Y como nada sale de mi boca, es Leonardo quien toma la palabra.

—Prefiero pelear contigo TODA mi vida, que ser “feliz” aburridamente, porque en esas peleas hay pasión, hay locura, hay AMOR. Porque por más que puedas decirme todos tus DEFECTOS, sé que también tienes VIRTUDES y te AMO por tu generosidad, tu amabilidad, honestidad, ese sentido del humor tan raro que tienes y por tu sentido por la decencia.

—Bueno... después de todo ya lo digo el gran Gabo^[11]... “Dile que sí, aunque te estés muriendo de miedo, aunque después te arrepientas, porque de todos modos te vas a arrepentir toda la vida si le contestas que no”

Capítulo 26

La verdad

Abril 2013

En momentos como estos no puedo evitar pensar en que Leonardo es dañino para mi salud, desde que lo conocí he estado dos veces en el hospital, me he desbarranco de una colina, he tenido un accidente en carretera. Bueno siendo sincera, yo soy responsable de dos de las varias visitas al hospital.

—Daría toda mi fortuna por saber en qué piensas —la voz de Leonardo me trae de regreso de mis recuerdos.

—Vaya, no creo que mis pensamientos valgan tanto como para qué te quedes en la ruina al entregar toda tu fortuna —le digo con cierto recelo e ironía—, considerando que no se te ha comunicado conmigo en las últimas semanas.

—Por ti daría no sólo mi fortuna, sino hasta mi vida misma. Respecto a lo otro, hay una explicación que en su momento no podía y no sabía cómo dártela.

—Bien, espero que no tengamos la necesidad de llegar hasta tanto como para perder tu vida. En cuanto a lo otro, quizá puedas empezar por decirme qué está pasando, ¿por qué salimos tan aprisa de casa? Y lo más importante, ¿qué sucedió realmente en esa carretera?

Por unos instantes veo duda en los ojos de Leonardo, que se pierde tras una mirada de miedo, no, mejor dicho, creo ver pánico en su mirada.

—Está bien, te contaré todo, pero antes de empezar te traeré un poco de agua mineral con jugo de manzana, estás pálida, sé que han sido días muy difíciles y la salida abrupta de casa no ayudó en nada para que estuvieras tranquila, pero sabes que debes cuidar de tu salud.

—Gracias.

Mil hipótesis de lo que está sucediendo pasan por mi mente mientras Leonardo se levanta para pedir a la sobrecarga mi bebida. A pesar de todo, no sé como puede parecer tan calmado, todos sus movimientos son tan controlados, ese control tan férreo hasta de él mismo, tanto que me desespera, debería gritarle, quiero gritarle, exigirle que me diga la verdad.

Se sienta a mi lado, toma mi rostro con sus dos manos y suavemente deposita un tierno beso en mis labios, un beso tan imperceptible pues apenas y nuestros labios se rozan.

—Te amo, eso es lo primero que debes saber, y no quiero que dudes de ello.

La azafata me entrega la bebida, Leonardo espera hasta que doy varios tragos pequeños hasta tomar la mitad del contenido, toma el vaso de mis manos y lo deposita sobre la mesa que está frente a nuestros sillones. Pasa sus manos por su pelo, ese signo tan característico en él cuando está nervioso. Su mirada profunda recae sobre mis ojos, y nos perdemos uno en los ojos del otro, yo tratando de descifrar en su mirada lo que está pasando y él evaluando en la mía tratando de transmitirme calma, una calma que en estos momentos no siento, pero que deberé mostrar si quiero que me cuente realmente lo que está pasando.

—¡Con un CARAJO Leonardo! Deja de mirarme y por favor dime qué es lo que está pasando, que me estás poniendo muy nerviosa.

—Amor, lo que hoy está pasando es algo del pasado que, sin saberlo, nos ha impactado a los dos, de alguna manera nuestra vida ha estado relacionada desde antes de que naciéramos.

¿Desde antes de qué naciéramos? ¿Qué es lo que Leonardo trata de decirme? *¡Por Dios,*

Romina! No empieces a distraerte y pregunta, no estamos para estar deduciendo cosas, que al no tener toda la información sacaremos conclusiones erróneas.

—Por favor Leonardo, explicate que NO entiendo que quieres decirme.

Un bufido leve escapa de sus labios y responde a mi petición.

—Hace muchos años mi padre ayudó a escapar a la esposa e hija de Alessandro Niovola, el Capo más importante de la Mafia italiana, ellas buscaban poder rehacer su vida, una vida que llevaban años anhelando lejos de todo lo que envuelve a la *Cosa Nostra*. Ellas junto con mi padre, en la búsqueda de ayuda dieron con unos Federales en Estados Unidos que les prometieron protegerlos, dándoles una nueva identidad a cambio de toda la información que tuvieran sobre la organización.

Leonardo guarda silencio, para darme tiempo a asimilar la información que me está dando, analizando mis reacciones. Y que, siendo honesta ni yo misma sé como me siento en estos momentos tras lo que me está contando. ¡Dios mío! ¿Cómo saldremos de esto si lo que está detrás de nosotros es la Mafia italiana? ¿Ayudará de algo esta huida que hemos realizado? ¿A dónde iremos? ¿En dónde podremos estar seguros, si es que realmente en algún momento podremos estar realmente seguros? ¿Qué tiene que ver la Mafia con nosotros, mejor dicho con Leonardo?

—Por un tiempo Niovola creyó que una banda rival las había desaparecido para obligarlo a ceder el poder de todo el territorio que él manejaba. Un día le informaron que uno de los jóvenes a los que le tenía mucha confianza y en el cual había cedido mucha autoridad al sentirlo como su mano derecha lo había traicionado entregándole a sus rivales a su esposa e hija.

—¿Ese joven eras tu o tu padre? —es lo único que puedo deducir, pues no se me ocurre de qué otra forma la Mafia pueda estar relacionada con Leonardo—. ¿Pero no se supone que las ayudó a escapar, o sólo fue lo que les hizo creer a ellas para entregarlas a sus enemigos?

—Era mi padre, pero no las entregó. La pobreza lo arrastró sin darse cuenta a ese mundo, estaba arto de ver las atrocidades que sucedían y se enamoró perdidamente de la hija, no sé si ella le correspondió, pero cuando vieron la posibilidad de tener una vida fuera de toda esa podredumbre decidieron aprovecharla. Ellos tan solo desaparecieron una noche, sin decir nada, al parecer siendo tan cautelosos de no dejar ni un solo rastro, después de haberlo planeado tan minuciosamente por varios meses.

>>Mi padre no sabe por qué razón alguien le hizo creer a Niovola que mi padre las había entregado. Lo que sabemos es que Niovola juró dar cacería a mi padre, puso todos sus recursos para poder dar con él y vengarse de lo que según creyó el zaherimiento que le había hecho.

Bueno eso explica el porque empecé a notar que se alejaba de mí, supongo que saber toda esta información es algo que puede afectar a cualquiera, y si no estas preparado para manejarla afectará las relaciones con otras personas.

—¿Supongo que hace un par de meses por fin dio con tu padre? ¿Por eso has estado tan retraído conmigo? —no me doy cuenta que mis pensamientos los he dicho en voz alta.

—Cariño, ese tipo de personas te encuentra sí porque sí y no avisa. De hecho, atacaron. Él quería cobrarse ojo por ojo y diente por diente, mi padre le robo una hija, él le robaría un hijo.

Un gemido de terror sale desde de mi boca y es lo único que puede salir, no puedo pronunciar lo que mi mente está formando en estos momentos.

—Una vez que dieron con mi padre, esperaron el mejor momento para llevar a cabo su venganza. Y nada mejor que arrebatarle a un padre su hijo el día de su boda.

A mi mente viene el recuerdo de nuestra boda, ese momento que ensombreció lo que debió haber sido el día más feliz de nuestra vida, pero ese día no perdió la vida Leonardo como Niovola esperaba, esa terrible tarde fue Nana quien murió. Ese día perdí a la que desde que nacimos, cada

uno de mis hermanos y yo, consideramos nuestra abuela. Ese lugar que se ganó con sus cuidados, con sus mimos, con su amor.

—Así es amor, la bala que acabó con la vida de Nana estaba destinada a mí.

Lagrimas de dolor surcan mis mejillas, y no puedo contenerlas. Leonardo me abraza, paso mis brazos por su cintura y con mi mejilla en su pecho dejo salir todo el dolor que me está ahogando en estos momentos, la muerte de Nana. Pero hasta hoy sé que, si ella no se hubiera atravesado en la trayectoria de esa bala, sería Leonardo el que no estuviera con vida.

Una sacudida violenta hace darnos cuenta que las luces del avión se han apagado, prendiéndose las luces de emergencia, de los compartimentos superiores caen las mascarillas de oxígeno.

Leonardo me separa de él, toma la mascarilla y me ayuda a colocarla sobre mi rostro mientras yo aseguro mi cinturón de seguridad. El Capitán dice algo que por mi estado de shock no puedo comprender, me acomodo en la posición de emergencia, por el rabillo del ojo observo a Leonardo colocarse la mascarilla y ajustarse el cinturón de seguridad. Una sacudida más fuerte me hace centrar mi atención en la ventilla, observando que del ala del avión hay humo negro.

Con un gran temor y la certeza de que nos vamos a estrellar, tomo la mano de Leonardo, quien aprieta fuertemente sus largos y finos dedos sobre mi pequeña mano. Sólo el dolor que su agarre en mi mano provoca, me hace saber que esto no es un sueño.

Desvío mi mirada de nuestras manos a su rostro y de sus labios solo puedo leer un “Te amo”, antes de que sienta el impacto y pierda el sentido.

Porque esta bella historia de amor no puede terminar así. Continuará....

Agradecimientos

Gracias a todos aquellos que parcial o totalmente han leído este escrito, apoyándome con las correcciones, ideas, haciendo que no me olvide del contexto, de la psicología de los personajes, etc.

Gracias a mi padre, que espero desde el cielo, porque siempre me impulsó a hacer lo que a mi me gusta, con pasión y entrega sin importar lo que los demás piensen de mí.

Gracias a todos los que creyeron en este proyecto y que me han traído loca preguntándome ¿para cuándo?, por fin ya es una realidad.

Gracias a tí, lector, por haber llegado hasta la última página de este sueño que se ha consolidado, no te preocupes la historia de Romina y Leonardo no puede terminas, al contrario apenas va iniciando.

Biografía



Angella Aryes

Nacida en la Ciudad de México. De padres mexicanos. Ingeniera Industrial y con Maestría en Derecho Empresarial, pero escritora de corazón. Desde que aprendió a escribir en la primaria, se ha dedicado a escribir sobre sus miedos, ilusiones, sueños, frustraciones. Romina Rossi, su primera novela concluida; sin embargo, es la tercera obra que inició. Soñadora empedernida. La lectura, el teatro musical y el cine son unas de sus pasiones. Amante del Chocolate. Creyente fiel de la existencia del amor verdadero.

[1] La **Llorona**, es una leyenda mexicana, un espectro que representa el alma en pena de una mujer que asesinó o perdió a sus hijos, los busca en vano y asusta con su sobrecogedor llanto a quienes la ven u oyen.

[2] Es la fuerza que le da el *Poder* a un guerrero Jedi, en la saga de la Guerra de las Galaxias.

[3] El jardín de la Toscana.

[4] Bienvenido a la familia.

[5] Buenas noches.

[6] Cabos San Lucas, es un puerto turístico ubicado al extremo sur de la península de Baja California en México.

[7] “Pero cuanto más y más lo dude es más atractivo. Estoy tratando de borrar su rostro de mi memoria”

[8] “Está caminando hacia mí... Nuestros ojos en contacto...”

[9] ¿Baila conmigo, mi bella dama?

[10] Verdad.

[11] Gabriel García Márquez, escritor, escritor y periodista colombiano. En 1982 recibió el Premio Nobel de Literatura. Fue conocido como Gabo.